

La crisis económica y social del mundo

**sus repercusiones
en los países subdesarrollados,
sus perspectivas sombrías
y la necesidad de luchar
si queremos sobrevivir**

*Distinguidos Jefes de Estado,
Gobernantes,
Líderes políticos y estadistas en general, y
especialmente del Tercer Mundo:*

El trabajo que ahora presentamos no es fruto exclusivo de mi esfuerzo personal. Surge de las preocupaciones, meditaciones e ideas expuestas por mí durante los últimos años en variados eventos internacionales, incluido el foro de las Naciones Unidas, que han sido desarrolladas y elaboradas ahora más profundamente con la imprescindible y decisiva colaboración de un grupo valioso de jóvenes técnicos de alta calificación del Centro de Investigaciones de la Economía Mundial, constituido hace varios años en nuestro país, y del Centro de Investigaciones de la Economía Internacional, de la Facultad de Economía de la Universidad de La Habana.

Fue necesario recopilar, ordenar y analizar miles de datos dispersos en publicaciones de los más prestigiosos organismos internacionales y en revistas especializadas en cada una de las materias tratadas. Tal vez sea ésta la primera oportunidad en que se compendie en un solo documento lo esencial de cuestiones cruciales para nuestros países a partir de la perspectiva que sobre la economía mundial ha trazado el Movimiento de Países No Alineados en sus sucesivas Cumbres.

Se ha laborado arduamente en su confección, mas el tiempo, por lo apremiante de las circunstancias, resultó escaso para tan ambicioso propósito. Hay cuestiones que ha sido inevitable reiterar, para el más preciso examen de cada problema, por la inseparable asociación que existe entre determinados fenómenos y las distintas materias tratadas en cada capítulo.

Nos ha parecido interesante poner al servicio de los Jefes de Estado y de Gobierno y de los líderes políticos en general, sobre todo del Tercer Mundo, los datos oficiales, libres de toda sospecha de parcialidad, que muestran la tragedia de nuestros pueblos. Hemos procurado hacerlo con la mayor economía de datos y explicaciones posibles, pues sabemos que a los hombres con responsabilidades públicas el tiempo nos resulta escaso en medio de los problemas que nos agobian. Está escrito, además, en un lenguaje directo y sencillo, pues, a pesar de que el ejercicio de nuestras funciones nos permite adquirir una gran experiencia, los Jefes de Estado y de Gobierno no tenemos el privilegio de ser —ni podríamos ser— especialistas en todas las ramas econó-

micas y sociales. Somos fundamentalmente políticos, que es ya de por sí una de las tareas más difíciles en el mundo de hoy, y debemos ser, por encima de todo, políticos responsables.

Por otra parte, sabemos, y lo hemos tenido en cuenta, que los hombres públicos somos, como norma, reacios al lenguaje demasiado abstracto y a los excesos de tecnicismo. A mí al menos, personalmente, me ocurre eso, y jamás trato de explicar —no podría hacerlo— lo que no es suficientemente claro para mí.

Por mi parte, estoy convencido de que es absolutamente imposible ubicarse en la realidad del mundo de hoy, si el panorama que surge de los hechos y problemas que aquí se exponen no está disponible para el manejo diario y la meditación profunda de los hombres de Estado.

Por ello nuestro intento de compendiar cifras y datos de los que surge un diagnóstico que conocemos todos pero que no siempre hemos podido fundamentar en las frías y serenas estadísticas.

Muchos encontrarán en este libro el retrato exacto de las angustiosas dificultades con que se enfrentan cada día.

Comprendo que nuestro mundo —y me refiero especialmente al Tercer Mundo— abarca una enorme variedad de concepciones, ideologías, creencias y percepciones que son muy diferentes. Tenemos, sin embargo, algo en común, incluso con aquellos que forman parte del mundo desarrollado: nuestra responsabilidad con la humanidad. Pero son sobre todo comunes a los países subdesarrollados nuestros intereses económicos nacionales, los agobiantes problemas de miseria y atraso acumulados, una deuda externa inmensa e impagable para la enorme mayoría, una relación desigual de intercambio cada vez más brutal, el terrible peligro de guerra nuclear que se cierne sobre todos los pueblos y que se une al despilfarro fabuloso de la más absurda carrera armamentista, en medio de la espantosa carga de explotación que pesa sobre nuestras naciones, instrumentada de las más diversas formas, y la horrible herencia histórica que dejaron sobre las patrias de cada uno de nosotros siglos de explotación colonialista y neocolonialista, hasta llegar a la situación actual en que esa explotación se ha hecho más refinada, despiadada y cruel que nunca antes en la historia. Es común igualmente la amarga sensación de impotencia que muchos gobiernos experimentan ante tales problemas, y la preocupación de todos los hombres de Estado por la inestabilidad política que esos problemas originan.

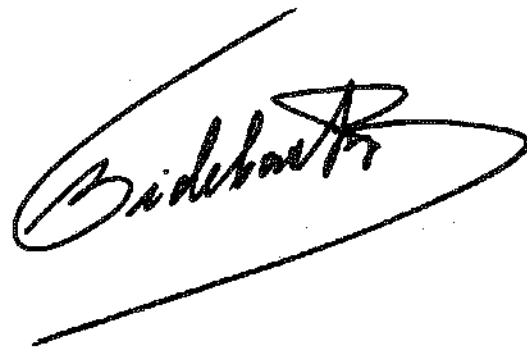
Las realidades y las perspectivas, vistas en su conjunto, son tan sombrías que si no estuviéramos seguros de nuestros propósitos podrían generar pesimismo y desaliento. Es como una medicina amarga que debemos inevitablemente ingerir, pues no hay otra forma de comenzar a enfrentarse a esas realidades que tomar primero conciencia de ellas.

No tenemos, ni creemos que alguien posea, remedios mágicos a tan difíciles, complejos y aparentemente insolubles problemas. Mas ningún problema se ha resuelto jamás en la historia hasta que no se ha hecho tangible realidad y conciencia de todos. Hoy nos enfrentamos a las más universales, graves y

angustiosas situaciones que haya conocido la humanidad. Se plantea, en fin, por primera vez en la conciencia del hombre, la cuestión de si vamos o no a sobrevivir. Pero, por gigantescas que sean la dificultad y complejidad de la tarea, ser pesimista es renunciar de antemano a toda esperanza y aceptar resignadamente la derrota, es decir, el final. No nos queda otra alternativa que luchar, confiando en la inmensa capacidad moral e intelectual de la especie humana y en su propio instinto de conservación, si es que queremos albergar la esperanza de sobrevivir.

Sólo con un gigantesco esfuerzo y el aporte moral e intelectual de todos, podemos enfrentar un futuro que objetivamente se vislumbra desesperado y sombrío, en especial para los pueblos del Tercer Mundo.

Ojalá nuestro modesto esfuerzo pueda contribuir en algo a formar esa necesaria conciencia. Estaremos por ello hondamente agradecidos a los colegas que tengan la gran amabilidad y la generosa paciencia de fijar su vista en este Informe, más aún si saben excusar sus limitaciones y deficiencias.



Contenido

1	Introducción	11
2	La crisis económica y su repercusión en los países subdesarrollados	29
3	Productos básicos y otros problemas comerciales	53
4	Cuestiones monetarias y financieras	79
5	Agricultura y alimentación	99
6	Industrialización y desarrollo económico	127
7	Las empresas transnacionales	141
8	La llamada crisis energética	155
9	Cooperación entre países subdesarrollados	165
10	La calidad de la vida en el mundo subdesarrollado	179
11	Armamentismo y desarrollo	211
	Epílogo	223
	Notas	231
	Fuentes principales utilizadas	235

1

Introducción

El mundo atraviesa por una de las peores crisis económicas de su historia.

Originada en las principales potencias capitalistas, esta crisis ha afectado con brutal severidad a los países subdesarrollados, que experimentan ahora el más grave deterioro económico de toda la posguerra.

Los primeros síntomas depresivos se comprobaron a fines de 1979 –precisamente en el período en que tuvo lugar la VI Cumbre de Países No Alineados–, pero la situación continuó agravándose con particular celeridad y, al celebrarse la VII Cumbre, ha llegado a una calamitosa coyuntura que parece no haber tocado fondo aún y proyecta la más sombría incertidumbre sobre las perspectivas económicas internacionales a corto e, incluso, a mediano plazos.

El presente Informe se enmarca en este lapso de poco más de tres años (1979-82/83) que separa ambas Cumbres, aunque –dadas las complejidades de la situación– deberá extenderse en ocasiones a la consideración de algunos antecedentes que contribuyan a que los Jefes de Estado y de Gobierno puedan acordar, con el mayor sustento posible, en datos comprobados, las líneas estratégicas de acción que requieren tan dramáticas circunstancias.

Evaluación general de la coyuntura

El crecimiento del Producto Interno Bruto mundial, que –no obstante los conocidos altibajos– había promediado alrededor del 4% en la década de 1970, descendió al 3,8% en 1979 y a poco más del 2% en 1980, para caer a sólo el 1,2% en 1981 y, en el mejor de los casos, a un nivel similar en 1982.

Esta depresión de las actividades económicas se extendió consecuentemente al comercio mundial, cuyo promedio anual de crecimiento se redujo de cerca del 7% en 1976-1978 al 6% en 1979, al 1,5% en 1980 y al 0% en

1981, y se estima que en general no superó esta situación de estancamiento virtual en 1982.

La crisis se complicó con los acontecimientos en el área monetario-financiera. La fuerte apreciación del dólar de los Estados Unidos a fines de 1980, se tradujo en una depreciación de casi la totalidad de las monedas de los principales países de economía de mercado. El alza sin precedentes de los tipos de interés de los propios Estados Unidos, que cobró impulso desde fines de 1979, produjo grandes fluctuaciones en los tipos de cambio, presionó hacia arriba los tipos de interés en otros países y se transmitió a los mercados de capital. Todo ello acentuó la incertidumbre económica y obstaculizó aún más las posibilidades de recuperación cíclica.

Entre 1979 y 1982, continuaron además los grandes desajustes en las balanzas de pagos en cuenta corriente del período anterior, pero en los últimos tiempos con grandes cambios en las posiciones por grupos de países: las mayores potencias capitalistas tendieron a una situación de equilibrio; los pequeños pero también desarrollados países de economía de mercado mantuvieron déficit significativos; los grandes exportadores de petróleo experimentaron una drástica reducción en sus superávits; y los países subdesarrollados no petroleros acrecentaron sus déficits a niveles tan insostenibles que muchos de ellos se han visto forzados a renegociar su deuda externa.

No obstante el marco coyuntural en que se ha desenvuelto el análisis de los párrafos precedentes, resulta obligado observar que esta crisis ocurre en un momento en que el nivel alcanzado por la masa demográfica del planeta supera los 4 mil millones de personas. Incide cuando los procesos de internacionalización de la vida económica han llegado a un grado tal, que los cambios que se producen en sólo uno o varios países altamente desarrollados, pueden, a través de una densa y sensible red de vínculos de dependencia hoy existentes, transmitir sus impulsos de auge o depresión a decenas y decenas de países, de hecho prácticamente a todo el mundo. Y se produce cuando la notoria brecha que separa hoy el vasto conjunto de los países subdesarrollados del más reducido grupo de potencias industrializadas, tiende a ensancharse y profundizarse al recibir el impacto de un curso depresivo originado en aquéllas de economía de mercado, sumiendo aún más en el atraso, la penuria y hasta la miseria extrema a cientos de millones de habitantes de regiones enteras.

Bajo tales circunstancias, probablemente no parecería exagerado afirmar que esta crisis puede tener efectos devastadores a escala jamás conocida por la humanidad.

La crisis en los países capitalistas desarrollados

Durante el período 1979-1982, la adversa evolución económica se extendió prácticamente a todos los países del mundo.

Incluso los países socialistas desarrollados, a los cuales la planificación económica centralizada los liberó durante décadas de las oscilaciones cíclicas

propias de las economías de mercado, experimentaron durante estos años una notable desaceleración en sus tasas de crecimiento a causa de un complejo conjunto de circunstancias tanto internas como externas.

El origen de la crisis y la transmisión de sus efectos al resto del mundo se sitúa con toda nitidez en los países capitalistas desarrollados, sobre todo en el grupo de sus siete mayores potencias y, en particular, en los Estados Unidos (35% del PNB de toda esa área). También resulta evidente sobre quiénes recaen sus más lesivas consecuencias. En tal sentido, la ONU ha apuntado:

El principal causante de los pobres resultados de la economía mundial ha sido la recesión de los países industriales de Occidente. [...] El menoscabo de la actividad económica produjo tanto un gran aumento del desempleo —que a su vez ejerció una acción depresora de los salarios— como el debilitamiento de los productos básicos.¹

La irrupción de la crisis en 1979-1980 se reflejó en un abrupto descenso en las tasas de crecimiento del Producto Nacional Bruto de los países de la OCDE. En los siete países principales —Estados Unidos, Japón, RFA, Francia, Reino Unido, Italia y Canadá— la caída fue del 3,7% en 1979 a poco más del 1% en 1980 y 1981, y a -0,5% en 1982. En los 17 países restantes de esa organización, la evolución fue similar.²

Se mantiene la contracción de las inversiones a causa de las escasas perspectivas de un mercado profundamente deprimido, abatido además por la inflación y el desempleo, desalentado por las altas tasas de interés y atascado por el fracaso de las políticas gubernamentales restrictivas. La capacidad industrial instalada continúa a niveles de subutilización sin precedentes, mientras la oleada de bancarrotas asciende a veces, como en el caso de los Estados Unidos, a ritmo espectacular. El desempleo —particularmente entre los jóvenes y, en ciertos países, en las minorías étnicas— ha alcanzado cifras que en términos absolutos sólo se comparan con las de la Gran Depresión de la década de 1930. En realidad, los pronósticos iniciales al respecto para el área de la OCDE —8% de la fuerza de trabajo, equivalente a 28 millones de desocupados— fueron ampliamente superados. Sólo en los Estados Unidos, donde se esperaba hasta un 9% de desempleo, a fines de 1982 se acercaba al 11% —más de 12 millones de desocupados—, según lo que se considera usualmente como subestimaciones oficiales.

La crisis en los países subdesarrollados

Al Movimiento de Países No Alineados interesan singularmente las repercusiones que —bajo condiciones de dependencia y a través de conocidos mecanismos comerciales y monetario-financieros— tiene la crisis en los países subdesarrollados. El impacto ocurre, en efecto, y por cierto, de manera trágicamente magnificada. Ello se explica por incidir en un entorno económico-social donde crónicamente el número de desempleados y subempleados se estima entre 400 y 500 millones de personas (de un tercio

a la mitad de la fuerza de trabajo), donde el ingreso per cápita resulta entre 7 y 40 veces menor que en los países capitalistas desarrollados y donde la abismal pobreza —hambre física, albergue miserable, asistencia médica y atención educacional casi nulas— golpea a más de mil millones de seres.

Los países subdesarrollados habían obtenido en las décadas de 1960 y 1970 tasas de crecimiento de alrededor del 5-6%. Aspiraban, según las metas aprobadas para el Tercer Decenio de la Estrategia Internacional del Desarrollo de la ONU, a una tasa del 7% en la década de 1980. Pero, de continuar las actuales tendencias, no existe ni la más remota posibilidad de que se logre ese objetivo.

La evolución real, hasta ahora, ha sido la siguiente:

Las tasas de crecimiento del conjunto de los países subdesarrollados cayeron —promediando cálculos de diversas fuentes para arribar a una estimación aproximada— del 4,8% en 1979 al 2,8% en 1980, y alrededor del 1% en 1981. No se dispone aún, en los momentos en que se prepara este Informe, de las cifras para 1982, pero puede preverse que en ese año la ejecutoria no fue mejor, sino probablemente peor que la del anterior.

La crisis afectó en distinto grado a los diferentes grupos de países.

Al parecer, durante el período que se analiza sólo una reducida docena de países exportadores netos de petróleo lograron mantener tasas de crecimiento, incluso algunas relativamente altas (6%). Los grandes exportadores de combustible experimentaron tasas negativas de crecimiento desde 1980. Y los países importadores netos de esa fuente de energía experimentaron una caída vertical en sus tasas de crecimiento: del 4% en 1980 al 1,5% en 1981 —la más baja en toda la posguerra— y probablemente a una menor en 1982.

Este brusco deterioro económico —agravado sin dudas por reconocidas inadecuaciones estructurales internas, características de la mayoría de los países subdesarrollados— tiene claramente su origen en la crisis desencadenada en los centros capitalistas más importantes. Incluso cuando en esa coyuntura puede apreciarse la acción directa de los gobiernos de aquellos países —políticas fiscales, crediticias y monetarias restrictivas—, ello se debe con frecuencia a la necesidad de enfrentar presiones generadas por graves desequilibrios de origen externo.

El descenso en los volúmenes de exportación y en los precios de los principales productos básicos exportados por los países subdesarrollados, ha sido el más grave de las últimas décadas. Se calcula que, por comparación con el valor alcanzado en 1980, las pérdidas acumuladas entre 1981 y 1982 ascienden a unos 29 mil millones de dólares. La caída en los precios ha sido particularmente dramática. Según el Boletín Mensual de Precios de la UNCTAD del pasado mes de noviembre, el índice combinado de precios de los productos básicos —excluido el petróleo, en términos de dólares corrientes y con base 1980 = 100— bajó a 84 en 1981 y a 71 en los primeros 10 meses de 1982. En términos reales, la abrupta declinación fue casi de 100 a fines de 1980, a menos de 70 a fines de 1982. Pero, en rea-

lidad, como se expresa en un documento de trabajo del Grupo de los 77, discutido recientemente en la propia UNCTAD:

La relación de intercambio de los productos básicos de los países en desarrollo no exportadores de petróleo se ha deteriorado apreciablemente desde 1978, y los datos actuales apuntan a un nuevo y fuerte deterioro de la relación de intercambio de los productos básicos en 1982.

Por su parte, el FMI reconoció en su Informe Anual de 1982 que

en el caso de los países [subdesarrollados] importadores netos de petróleo, el deterioro acumulado de los términos de intercambio entre 1977 y 1981 ha sobrepasado el 15%, o sea, el equivalente a unos 45 o 50 mil millones de dólares de los Estados Unidos.

El impacto correspondiente de esa evolución en la balanza comercial y, por tanto, en la balanza de pagos en cuenta corriente, explica la impresionante aceleración del crecimiento de la deuda externa de los países subdesarrollados importadores de petróleo. Tal evolución, por otro lado, ha conducido a una coyuntura en la cual también destaca la aparición de un nuevo rasgo en los procedimientos tradicionales de exacción monopolista del mundo subdesarrollado: ésta, ahora, no sólo se efectúa a través del intercambio desigual y la inversión privada extranjera, sino también por medios característicamente financieros, esto es, por la vía del endeudamiento externo.

El problema de los desequilibrios externos de los países subdesarrollados se ha agudizado así en los últimos tiempos. Los flujos concesionales de asistencia oficial al desarrollo han ido menguando tanto en términos nominales como reales, y no llegan siquiera a la mitad del 0,7% del PIB de los países desarrollados demandado como mínimo. El FMI, por su parte, carece de recursos suficientes; su sistema de cuotas —y, por tanto, de votación—, aparte su asimétrica distribución, limita la cuantía de los créditos que, por otro lado, se otorgan bajo un régimen de condicionalidad que no tiene en cuenta las necesidades económicas y sociales de los países subdesarrollados, ni el carácter estructural y a largo plazo de sus desequilibrios externos, ni los rasgos actuales de la coyuntura económica mundial. Los intentos de flexibilización de las prácticas de ese organismo, iniciados en 1978, quedaron en el papel. Y las nuevas facilidades financieras introducidas en la década de 1970 no han alcanzado ni remotamente para la solución de los graves desbalances de pagos que, por circunstancias externas y ajenas a su control, experimentan los países subdesarrollados.

Por otro lado, el papel desempeñado en la actualidad por las fuentes de financiamiento privado —léase banca transnacional—, tampoco ha representado una solución. El hecho es que en los últimos tiempos —como han apuntado el Grupo de los 24 en el FMI y el Grupo de los 77 en la UNCTAD— las relaciones monetarias y financieras internacionales han ido “privatizándose” cada vez más. Los bancos transnacionales —particularmente activos en el euromercado— son decisivos en el crecimiento y decrecimiento de la liquidez internacional; por la vía de los grandes movi-

mientos especulativos de capital, resultan también determinantes en las variaciones de las tasas de cambio, y han reflejado —y acentuado— el alza en las tasas de interés. Estas fuentes de financiamiento privado sólo son accesibles a un grupo de países subdesarrollados a un alto costo y, además, manifiestan últimamente una tendencia restrictiva. En realidad —como también sostienen el Grupo de los 24 y el Grupo de los 77—, ellas resultan tan incapaces de solucionar los problemas de apoyo ante los desequilibrios de las balanzas de pagos, como de hacerles frente a las necesidades de financiamiento del desarrollo de los países subdesarrollados.

La evolución económica capitalista en la posguerra: algunos antecedentes de la crisis actual

Ayudaría bastante poco a la comprensión de los problemas económicos actuales constreñir su análisis dentro de los marcos de un proceso cíclico, aun cuando se tome nota de su agravada complicación por fenómenos concomitantes de estancamiento, inflación y desempleo crónicos —rasgos éstos característicos de la llamada estanflación—, además de políticas cuya inadecuación prueba cotidianamente la propia vida. La actual coyuntura capitalista forma parte de una evolución histórica más dilatada —en el rango, por lo menos, de varias décadas— en la que han ocurrido complejos procesos que obstaculizan sus posibilidades de crecimiento a mediano y largo plazos, que han creado desequilibrios profundos y al parecer insolubles, y que han provocado el surgimiento de situaciones críticas en áreas decisivas de la actividad económica.

Durante la última posguerra ocurrieron una serie de fenómenos nuevos y, en ocasiones, trascendentales, en el campo capitalista desarrollado.

Algunos de esos importantes acontecimientos estuvieron vinculados a un auge de la concentración del poder, el capital y la producción y, a partir de determinado momento, a la extraterritorialización de esos procesos con el surgimiento de las empresas transnacionales. Estos conglomerados controlan hoy entre el 40% y el 50% del comercio mundial y comercializan entre el 80% y el 90% de los principales productos básicos exportados por los países subdesarrollados. Las consecuencias de este fenómeno en la vida económica internacional se han estudiado lo suficiente como para componer, en la actualidad, uno de los listados bibliográficos más profusos de nuestro tiempo. Entre los Países No Alineados, en particular desde la IV Cumbre de Argel, su consideración, diagnóstico y denuncia constituyen ya una tradición.

Este proceso cada vez más concentrado de monopolización —u oligopolización—, si se desea una expresión más técnica, resultó sin dudas uno de los factores determinantes de los cambios ocurridos en las relaciones de poder entre las potencias capitalistas a lo largo de la posguerra. La hegemonía prácticamente incontestable que ejercieron los Estados Unidos dentro de esa parte del mundo desarrollado a la terminación del conflicto bé-

lico, comenzó a variar en la década de 1950 con la recuperación y crecimiento que imprimieron los grandes consorcios industriales a las economías de Europa Occidental (sobre todo la RFA) y Japón. En la década de 1960, el proceso continuó acentuándose, para irrumpir en la de 1970 con el virtual establecimiento de 3 grandes centros de poder capitalista mundial: Estados Unidos —el más dominante—, la Comunidad Económica Europea y Japón, aliados en la lucha contra el socialismo y unidos frente a los movimientos reivindicativos de los países subdesarrollados; pero rivales en la pugna por las fuentes de energía, por el aprovechamiento de la mano de obra y las materias primas baratas, y por la realización de sus productos en los mercados internacionales.

El auge de la monopolización, por otro lado, tuvo lugar en circunstancias concomitantes con el del papel del Estado en las economías. Esta evolución, que en otros tiempos sólo se manifestaba en períodos de guerra, pudiera comprobarse cuantitativamente, a manera de ilustración, en que los gastos de gobierno como porcentaje del Producto Interno Bruto pasaron en el área de la OCDE de alrededor de un 28% en 1960 a cerca del 40% al finalizar la década de 1970. Sin embargo, la acción oficial en las economías de mercado desarrolladas trasciende ampliamente el papel del gasto gubernamental. En muchos países, el Estado es propietario o copropietario de grandes empresas y aun de ramas completas de la economía. En otros, intenta planificaciones macroeconómicas “indicativas”. Y en todos, manipulando las palancas monetarias y fiscales, influye —en ocasiones decisiva, pero no siempre afortunadamente— en el curso del ciclo.

El estrechamiento cada vez más íntimo entre los intereses de los grandes grupos de poder económico y las políticas de las más altas instancias del poder estatal —otra importante evolución de la posguerra—, no lo pone hoy día en duda ninguna autoridad en la materia, ni siquiera el más simple observador de estos fenómenos. Pero al respecto tienen pruebas fehacientes los países subdesarrollados, cada vez que intentan negociar una justa demanda reivindicativa en los foros internacionales. El secreto de la “falta de voluntad política” de las potencias capitalistas desarrolladas, en tales casos, se encuentra precisamente en ese hecho.

Esta interrelación se ha reflejado en el desarrollo de uno de los acontecimientos más genuinamente trascendentales de la era contemporánea: la revolución científico-técnica, un proceso que hubiera resultado del todo imposible sin una activa coparticipación monopólico-estatal.

En efecto, la revolución científico-técnica jamás se habría producido sin el apoyo estatal —financiero y de otra índole— a las actividades de investigación y desarrollo (I-D). En esta revolución se funden, de manera integral, extraordinarios avances en los dominios de la ciencia con formidables progresos en la capacidad para traducir esos avances en términos de técnica y producción. En otras palabras, se ha configurado tal sistema ciencia-producción, que las ideas que se generan en la primera se propagan y pueden aplicarse a la segunda, para convertirse, en un lapso increíblemente breve, en realidades materiales (bienes y servicios).

Desde la teoría de la relatividad hasta la de los cuanta —pasando por la física nuclear, la química de los polímeros, la cibernética y la biología molecular—, muchos hallazgos que en otras condiciones no hubieran trascendido las abstracciones científicas de un investigador o el color en las probetas de algún pequeño laboratorio, se convierten hoy en fuentes inspiradoras de proyectos que, con insólita celeridad, pasan a las mesas de los diseñadores, de aquí a las plantas de producción y de éstas a los mercados. Ha tenido lugar, así, un cambio determinante en el desarrollo histórico de las fuerzas productivas de la sociedad que, traducido en procesos de inversión o formación neta de capital a escala y diversidad sin precedentes, se nos presenta hoy en forma de nuevos artículos, líneas e, incluso, ramas de producción que sólo 2 o 3 décadas atrás hubieran sido ocurrencias fuera del alcance hasta de las mentes más imaginativas.

Pero el carácter trágicamente paradójico de esos acontecimientos golpea incluso a los espíritus más insensibles.

Los vínculos indiscutibles entre esa revolución científico-técnica y los avances en la capacidad destructiva de la moderna maquinaria del armamentismo militar-belicista —que mantiene al mundo al borde de un holocausto termonuclear—, contrastan con las posibilidades que ofrecería esa revolución, si estuviera relacionada con esfuerzos para elevar los niveles de bienestar de toda la humanidad. La ingente producción de mercancías —a veces tan sofisticadas como superfluas— que la propia revolución científico-técnica ha facilitado en las “sociedades de consumo”, contrasta con la penuria de los bienes más elementales en que viven cientos de millones de personas en varios continentes. Y el prodigioso salto experimentado por las fuerzas productivas bajo el impulso de esa misma revolución, contrasta con el no menos fenomenal atraso científico, técnico y material de pueblos enteros, en los cuales el concepto de civilización no pasa de representar, en el mejor de los casos, una esperanza más bien remota. Paradojas, en fin, de una sociedad como la contemporánea, que ha dominado las técnicas para circundarnos de satélites artificiales, colocar hombres en la Luna e investigar los anillos de Saturno; pero que parece tan incapaz de calmar el hambre que va matando, día a día, a la cuarta parte de los habitantes de su propio planeta, como de acordar un sistema eficaz que evite el desastre en los precios de los productos básicos de los países subdesarrollados.

Durante la última posguerra, y en cierto modo vinculados a los acontecimientos antes reseñados, ocurrieron también una serie de importantes cambios estructurales internos en las economías de los países industrializados, a los cuales conviene aludir por su incidencia —mayormente negativa— en los países subdesarrollados.

(El papel de la agricultura en esas economías avanzadas, por ejemplo, continuó reduciéndose al extremo de que a fines de la década de 1970 sólo contribuía al Producto Interno Bruto con un 3-4% y nada más absorbía como fuente de empleo entre el 3% (Estados Unidos) y el 12% (Japón) de la fuerza de trabajo. En cambio, hacia la misma fecha, la industria repre-

sentaba entre una cuarta parte (Estados Unidos) y una tercera parte (Japón) del propio PIB y, en general, alrededor del 30% como fuente de empleo. En realidad, el sector que creció con mayor dinamismo fue el de los servicios que, también en las postrimerías de la década de 1970, contribuía al PIB en un rango entre el 52% (Japón y Europa Occidental) y el 63% (Estados Unidos), con proporciones similares en la composición del empleo.

También tuvieron lugar cambios significativos en el sector industrial: quedaron rezagadas, en términos relativos, las ramas llamadas tradicionales, y mostraron un dinámico auge otras, en especial la electromecánica y la química. En el propio sector industrial se desarrollaron, además, procesos —algunos de ellos relacionados con la revolución científico-técnica— que afectaron de manera muy directa a los países subdesarrollados; por ejemplo, innovaciones tecnológicas ahorradoras de materias primas y sustitución de materias primas naturales por productos sintéticos.

Sin embargo, más importantes desde el punto de vista de los intereses del mundo subdesarrollado fueron los cambios que acontecieron a escala mundial, relacionados en parte con los que se acaban de mencionar.

La posguerra presenció, en efecto, un importante auge de los fenómenos vinculados a la internacionalización de la vida económica. Aumentaron de modo notable —incluso en términos reales— los flujos de capital entre países, y el comercio creció a tasas sostenidas sin precedentes. Ocurrieron profundas modificaciones en las estructuras sectoriales y geográficas de estos intercambios, y comenzaron a perfilarse nuevos esquemas de división internacional del trabajo. En los marcos de ésta, varios países subdesarrollados se convirtieron —dentro de ciertos límites— en exportadores de manufacturas, para aumentar así su participación en las exportaciones totales de los países subdesarrollados no exportadores de petróleo, de un 30% en 1950, a un 40% en 1979-1980.

Pero los cambios que produjeron el impacto más tremendo y, en cierto sentido, demoledor, en los países subdesarrollados, fueron los acaecidos en las estructuras geográfico-sectoriales de la inversión y el comercio mundiales.

Antes de la Segunda Guerra Mundial, como es sabido, la corriente principal de las inversiones de los países capitalistas desarrollados se dirigía a lo que constituía entonces el mundo colonial, semicolonial y dependiente. A partir de la terminación de aquel conflicto bélico comenzó a producirse un nuevo fenómeno: *los flujos internacionales de capital tendieron a moverse más bien entre los propios países capitalistas desarrollados*. En 1946, por ejemplo, América Latina absorbía el 43% de todas las inversiones directas norteamericanas en el exterior, y Europa Occidental apenas un 19%. A mediados de la década de 1970, América Latina era receptora de sólo el 17% de esas inversiones, pero Europa Occidental ya captaba más del 37%.

A principios de la década de 1970, se inició, además, otro proceso: *el capital privado, que entonces sólo representaba poco más del 40% del total de*

las corrientes financieras hacia los países subdesarrollados, unos diez años después absorbía más del 65%. En la década de 1970, por otro lado, se produjo otro proceso sin precedentes: del total de las corrientes privadas de capital hacia los países subdesarrollados, las representadas por inversión directa fueron viniendo a menos (de un 56% en 1970 a sólo un 28%, exactamente la mitad, en 1979), mientras los flujos financieros de la banca comercial transnacional (préstamos y créditos), prácticamente inexistentes en términos estadísticos en 1970, fueron aumentando hasta absorber en 1979 el 44% del total de esas corrientes privadas. Esto explica que en 1979, según la UNCTAD, los países subdesarrollados estuvieran abonando, por concepto de intereses de su fabulosa deuda externa, una cantidad 3 veces mayor que los pagos correspondientes a ganancias de la inversión privada extranjera directa.

La otra evolución decisiva ocurrió en la esfera del comercio internacional. En la preguerra, la parte mayoritaria del comercio internacional correspondía al intercambio entre países capitalistas desarrollados (las metrópolis) y el mundo subdesarrollado (las colonias, semicolonias y países dependientes de aquella época). Pero durante la posguerra esa estructura fue variando por completo. Y de tal manera, que el impetuoso crecimiento experimentado por el comercio mundial durante las últimas décadas, tuvo lugar más bien entre países desarrollados, con un claro desplazamiento de los países subdesarrollados (excluidos, desde 1974, los grandes exportadores de petróleo).

Se trata de un fenómeno muy vinculado tanto a los cambios estructurales y la expansión experimentados por las economías desarrolladas de mercado durante el primer cuarto de siglo de la posguerra, como a las repercusiones de esos acontecimientos en el volumen y en la composición sectorial y geográfica del comercio mundial. Así, el grupo de alimentos, bebidas y materias primas, que constituyen los renglones fundamentales de exportación de los países subdesarrollados, vieron reducido su peso en el comercio mundial de casi un 40% en 1955 a sólo un 25% a fines de la década de 1960, y el proceso se acentuó aún más en los años posteriores. El resultado está a la vista: la participación de los países subdesarrollados no petroleros en el total de las exportaciones mundiales se redujo desde casi un 25% en 1955 a sólo poco más del 11% como promedio entre 1970 y 1980.⁴ En otras palabras, esos países subdesarrollados, que representan la mayor parte de la población y de la extensión territorial del mundo, sólo participan —y tienen que vivir— con poco más de un décimo del comercio internacional.

Otros aspectos de la situación

El análisis de los problemas que enfrentan en la actualidad los países subdesarrollados, tan notoriamente agravados durante los últimos tres o cuatro años, no se agota con el impacto que ha tenido en ellos la negativa

evolución cíclica de la economía mundial. Hay otros aspectos que los afectan severamente y a los cuales debe aludirse, por lo menos, en este examen introductorio, a reserva de un tratamiento separado más amplio. La carrera armamentista es uno de ellos.

[Durante el periodo 1979-1982, la magnitud del dispendio en armamentismo, en particular entre las grandes potencias, continuó incrementándose. Entre 1979 y 1981 los gastos militares promediaron anualmente unos 505 mil millones de dólares. En 1982 fueron superiores. Más del 70% de esos gastos correspondieron a los Estados Unidos y otros países capitalistas desarrollados, y a la Unión Soviética y los países socialistas europeos.]

[Ultimamente, al contraste entre las necesidades financieras de los países subdesarrollados y el malgasto potencialmente suicida de recursos del mundo en el armamentismo, se ha añadido la no menos paradójica situación de que ese malgasto equivalga cada año, y aun supere, el monto de la deuda externa total de los países de Asia, África y América Latina, deuda que ha obligado a éstos a reducir —cuando no a cancelar— sus planes de desarrollo y a establecer restricciones que han afectado severamente los niveles de ingreso, empleo y vida de sus pueblos.]

Los Países No Alineados han reiterado en diversas Cumbres el peligro potencial que representa para la sobrevivencia de la humanidad el absurdo de la carrera armamentista y han propuesto, una y otra vez, alternativas pacíficas y constructivas, apuntando en particular la posibilidad de establecer un vínculo entre el desarme y el financiamiento del desarrollo.

[El problema alimentario mundial es otro problema que reclama cumplido examen. Se calcula que más de mil millones de personas en el mundo subdesarrollado están afectadas por la desnutrición, de las cuales más de 500 millones padecen hambre severa. Aunque esta situación afecta, en mayor o menor grado, a la mayoría de los países subdesarrollados, las áreas más golpeadas son las de África subsahariana y el sur de Asia, donde la grave escasez de alimentos coincide más explícitamente con la insuficiencia de la producción agrícola respecto al crecimiento demográfico. En esas regiones se concentra, además, buena parte del déficit alimentario prospectivo en cereales, calculado en unos 24 mil millones de dólares (a precios de 1975) para el año 2000.]

El agravamiento del problema alimentario mundial es un fenómeno de la posguerra y coincide con el auge del neocolonialismo. A escala mundial, este problema tiende, en general, a presentarse no tanto como una discrepancia entre la producción y el consumo, sino como una suma de inequidades en la estructura distributiva. El déficit en cereales de 24 mil millones de dólares antes señalado contrasta, por ejemplo, con un excedente por valor de 32 mil millones en los países desarrollados.⁵ A escala regional, subregional y de países, las deficiencias alimentarias se explican, también en general, por inadecuaciones en las estructuras agrarias (latifundismo, minifundismo y otras) y atraso técnico —a veces, a nivel primitivo— en las formas de explotación de la tierra. En cualquier caso, estas situaciones

también inciden en otros problemas ambientales, como la degradación de los suelos, el agotamiento de los recursos forestales y el aspecto extremo de deterioro generalizado del ecosistema que se expresa en la desertificación.

⁶ Otra cuestión a considerar es la llamada crisis energética. El alza en los precios del petróleo llevada a cabo por la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) en 1973-1974, recibió en general el apoyo de los países del Tercer Mundo como una reivindicación en principio justa, y con la esperanza de que el nuevo poder de los países petroleros y los cuantiosos recursos de que iban a disponer, podían situarse al servicio de la defensa de precios justos para los productos básicos y de la ayuda al desarrollo económico del Tercer Mundo.

Sin embargo, dicha medida afectó severamente la economía de los países subdesarrollados y en determinados años —de manera notable en 1974, 1976 y a partir de 1980— representó un peso negativo importante en sus balanzas de pagos. Surgió así, para esos países, un nuevo intercambio desigual, esta vez con relación al petróleo, que los afecta no sólo por la vía del combustible que importan, sino también por la de los productos que adquieren en los países capitalistas desarrollados, cuyos precios se incrementaron en proporción incluso mayor que los costos del petróleo. Y a la enorme erogación que esto representa, se añade la de las inversiones a realizar para resolver en el futuro, en la medida de lo posible, sus necesidades energéticas.

Crisis capitalistas, crisis del neocolonialismo y el Movimiento de Países No Alineados

Los primeros 25 años de la última posguerra representaron, desde el punto de vista económico, uno de los períodos más ricos en acontecimientos, cambios estructurales y surgimiento de nuevas tendencias en toda la historia del capitalismo. Sin embargo, esta evolución desencadenó contradicciones, condujo a desequilibrios y provocó tensiones como tampoco las había conocido jamás el sistema.

Las potencias capitalistas y, en general, todas las economías desarrolladas de mercado, enfrentan ahora problemas de hondura y gravedad inimaginables sólo 10 o 15 años atrás. Uno de ellos consiste en las alteraciones ocurridas en el comportamiento del ciclo, ahora caracterizado por fases de recuperación cada vez más breves, débiles y vacilantes, acompañadas a la vez de fenómenos persistentes y al parecer concomitantes de altos niveles de inflación y desempleo. Mas pudieran añadirse otros problemas —interrelacionados todos— no menos serios y aparentemente insolubles, a saber: las bajas tasas tendenciales de crecimiento a mediano y largo plazos, los procesos crónicos de inestabilidad monetaria y financiera, la crisis energética, la crisis

ecológica y lo que ya se evidencia a todas luces como crisis de todo el sistema neocolonial.

A los Países No Alineados interesa, en particular, este último fenómeno.

Como es sabido, durante la última posguerra tuvo lugar el derrumbe del sistema colonial del imperialismo. Este proceso vino a enlazar, sin embargo, con el desarrollo del neocolonialismo, una nueva y más sutil modalidad de las políticas metropolitanas de antaño. El neocolonialismo, al tiempo que se manifestó como una tolerancia inevitable de la independencia política formal de las antiguas colonias y semicolonias, trató de consolidar en éstas la dependencia económica, basada tanto en la explotación imperialista directa de cada país como en todo un sistema inequitativo de relaciones económicas internacionales. Pero la noticia histórica consiste, ahora, en que —según un conjunto de datos portadores de evidencias incontestables— el neocolonialismo, como otrora el colonialismo, también ha entrado en crisis.

Y ha entrado en crisis, en primer lugar, por las contradicciones que provocaron con el mundo subdesarrollado los desenvolvimientos capitalistas a que se hizo referencia en el epígrafe anterior.

Por ejemplo, los flujos de inversión y comercio, al desviarse en sustantiva proporción de los países subdesarrollados hacia los desarrollados, acentuaron sobremanera los problemas estructurales de los primeros y frenaron sus posibilidades de desarrollo al relegarlos a una posición completamente marginal en medio del acelerado crecimiento de las corrientes de capital y mercancías que caracterizaron los intercambios mundiales de las últimas décadas.

(Las mismas corrientes de capital hacia los países subdesarrollados) que representaron en forma de inversión privada directa durante toda una época la explotación, la deformación y la dependencia económica (tendieron a menguar en los últimos tiempos) pero, como se apuntó antes, sólo para ser sustituidas por flujos de capital bancario tan onerosos que han llevado a la creación de una deuda gigantesca, cuyo servicio ha puesto en crisis no sólo a las economías del Tercer Mundo, sino al propio sistema financiero del imperialismo. El mecanismo del intercambio desigual, agravado hasta sus últimos extremos por la inflación, los precios del petróleo y, encima de ello, los efectos de la actual crisis, no sólo ha contribuido de manera decisiva al auge de esa deuda, sino que ha conducido a una situación crónica de déficit en la balanza comercial, con el correspondiente impacto en la balanza de pagos que, por razones tanto estructurales como de perspectivas económicas, no tienen sencillamente solución dentro de los marcos del régimen neocolonialista que caracteriza hoy las relaciones de intercambio mercantil entre los países capitalistas desarrollados y el mundo subdesarrollado.)

La crisis del neocolonialismo también resulta explícita en hechos como la reivindicación de los precios del petróleo por la OPEP en 1973-1974 y en el lanzamiento entonces, a iniciativa de los Países No Alineados, del

programa por el Nuevo Orden Económico Internacional. Al cumplirse ahora el décimo aniversario de este histórico planteamiento en la IV Cumbre de Argel, el saldo de su gestión parecería, a primera vista, desalentador. No se ha logrado avanzar apenas un solo paso en la consecución de sus demandas económicas más justas y fundamentales. Por el contrario, las potencias capitalistas lograron frustrar uno tras otro los proyectos más constructivos e importantes que bajo el aliento de aquel programa hubieron de adelantarse, como el Programa Integrado de Productos Básicos, las Negociaciones Globales y la aplicación del conjunto de principios que cobraron cuerpo —para luego deshacerse en la nada— durante la Ronda de Tokio de las Negociaciones Comerciales Multilaterales. Sin embargo, de tales defraudaciones no debiera inducirse una lección derrotista. Ellas forman parte —episodios— del proceso de crisis de un sistema y del fracaso de un régimen de relaciones económicas internacionales condenado por una historia a cuyo desarrollo progresivo tanto ha contribuido —precisamente acrecentando su capacidad de desafío ante las circunstancias más adversas— el pujante Movimiento de Países No Alineados.

Balace de los esfuerzos por el establecimiento del Nuevo Orden Económico Internacional

Durante el período 1979-1982, los Países No Alineados y, junto a ellos, los países subdesarrollados en su conjunto, mantuvieron enhiestas las banderas por el establecimiento del Nuevo Orden Económico Internacional. Desafortunadamente, el saldo de sus esfuerzos resultó tan negativo como el llevado a cabo desde mayo de 1974, cuando el VI Período Extraordinario de Sesiones de la Asamblea General de la ONU aprobó las Resoluciones 3201 y 3202, contentivas de la Declaración y Plan de Acción de ese programa. De manera que al celebrarse la VII Cumbre, los Jefes de Estado y de Gobierno pudieran, si la situación no requiriera un lenguaje más enérgico —como actualmente, en realidad, parece requerir—, reiterar el criterio que expusieron al respecto en la Cumbre de La Habana:

Los Jefes de Estado y de Gobierno reafirmaron su profunda convicción de que una solución duradera a los problemas de los países en desarrollo sólo puede lograrse por medio de una constante y fundamental reestructuración de las relaciones económicas internacionales a través del establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional. Sin embargo, cinco años después de la aprobación de las Resoluciones 3201 (VI) y 3202 (VI) de la Asamblea General de las Naciones Unidas [...] la situación económica de los países en desarrollo continúa su general deterioro, agravado y acelerado por los efectos de la crisis económica mundial [...] Los Jefes de Estado y de Gobierno deploran profundamente la intransigencia mostrada por la mayoría de los países desarrollados y su negativa a empeñarse en negociaciones serias para llevar a

la práctica las resoluciones mencionadas [...] Los Jefes de Estado y de Gobierno enfatizaron la necesidad de adoptar medidas urgentes para lograr el establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional.

Estos resultados pobres, prácticamente nulos, de la gestión por el establecimiento del Nuevo Orden Económico Internacional —programa de tanto más urgente aplicación cuanto mayor, más profundo y dramático ha sido el deterioro experimentado por la coyuntura económica mundial en los últimos tres años—, contrastan con el sostenido vigor de los esfuerzos realizados por los Países No Alineados y todos los países subdesarrollados durante ese período.

En efecto, apenas terminada la VI Cumbre, después de testimoniar las posiciones de los Países No Alineados respecto a la perentoria necesidad de adoptar medidas para el establecimiento del Nuevo Orden Económico Internacional, Cuba, en representación del Movimiento, planteó en la ONU fórmulas para dar respuesta a la desesperada situación económica y social del Tercer Mundo. Cuba propuso, en primer término, un flujo adicional de recursos de no menos de 300 mil millones de dólares, a los valores reales de 1977, distribuidos ya desde los primeros años en cantidades anuales no menores de 25 mil millones, para emplearse en los países subdesarrollados. Esta ayuda debía ser en forma de donaciones y créditos blandos a largo plazo y mínimo interés.

En aquella ocasión, Cuba sintetizó en 10 puntos los pasos adicionales imprescindibles para comenzar a revertir la crisis y que, por ser hoy tan actuales como nunca, vale la pena reiterar:

- El intercambio desigual, arruina a nuestros pueblos. ¡Y debe cesar!
- La inflación que se nos exporta, arruina a nuestros pueblos. ¡Y debe cesar!
- El proteccionismo, arruina a nuestros pueblos. ¡Y debe cesar!
- El desequilibrio que existe en cuanto a la explotación de los recursos marinos, es abusivo. ¡Y debe ser abolido!
- Los recursos financieros que reciben los países en desarrollo, son insuficientes. ¡Y deben ser aumentados!
- Los gastos en armamentos, son irracionales. ¡Deben cesar y sus fondos empleados en financiar el desarrollo!
- El sistema monetario internacional que hoy predomina, está en bancarrota. ¡Y debe ser sustituido!
- Las deudas de los países de menor desarrollo relativo y en situación desventajosa, son insostenibles y no tienen solución. ¡Deben ser canceladas!
- El endeudamiento abruma económicamente al resto de los países en desarrollo. ¡Y debe ser aliviado!

El abismo económico entre los países desarrollados y los países que quieren desarrollarse, en vez de disminuir se agranda. ¡Y debe desaparecer!

La propia VI Cumbre de los Países No Alineados había sugerido, además, que el Comité Plenario de la Asamblea General de la ONU comenzara a preparar una Sesión Especial de ese órgano a fin de lanzar una Negociación Global en las áreas de los productos básicos, la energía, el comercio, el desarrollo y los problemas monetarios y financieros. En el otoño de 1979, en efecto, la Asamblea General acordó por unanimidad que las "negociaciones globales y sostenidas" debieran impulsarse en la 11ª Sesión Especial de 1980, en la cual también debía adoptarse la Nueva Estrategia General para el Desarrollo. Como es sabido, la Sesión Especial se celebró durante el verano de 1980, y culminó en un fracaso. Algunas potencias capitalistas —y, de manera notoria, los Estados Unidos— sabotearon prácticamente el proyecto, que quedó paralizado a nivel de cuestiones de procedimiento.

El período que separa estas dos Cumbres debe analizarse sin espíritu derrotista, pero enfrentando de manera objetiva y aleccionadora su saldo de acumuladas frustraciones en el terreno económico. En estos años no sólo fracasaron los intentos de lanzar las Negociaciones Globales —aunque a ellas no han renunciado los países subdesarrollados hasta ahora—, sino, además, se afectaron negativamente importantes propuestas, principios y hasta logros del mundo subdesarrollado, con el factor agravante de una crisis económica mundial de profundidad y alcance sin precedentes en toda la posguerra.

Así, el Programa Integrado de Productos Básicos cayó en un estancamiento, y los acuerdos de estabilización de los mercados resultaron gravemente afectados por las políticas de ciertas potencias capitalistas, como ocurrió en el caso del convenio internacional azucarero, cuyo funcionamiento a plenitud impidió la conducta egoísta de la Comunidad Económica Europea. Además, determinados principios y aun demandas cuyo reconocimiento habían logrado los países subdesarrollados tras muchos años de lucha, fueron desatendidos en las Negociaciones Comerciales Multilaterales. Estas negociaciones terminaron con un balance negativo en aspectos fundamentales, entre ellos el Sistema General de Preferencias, cuyas ventajas quedaron erosionadas en varios miles de millones de dólares.

Por otra parte, la marea proteccionista en los países desarrollados de economía de mercado, en lugar de abatirse, resurgió durante estos años con particular fuerza, afectando también a un número de países subdesarrollados. La asistencia oficial para el desarrollo (AOD), en lugar de aumentar como se solicitaba, disminuyó, sobre todo en términos reales. E instituciones como el Fondo Monetario Internacional —más que nunca bajo el control de los Estados Unidos y un grupo de potencias capitalistas— continuaron aplicando políticas contrarias a las demandas de los países subdesarrollados.

Debe señalarse que la historia de la frustración de los países subdesarrollados en sus esfuerzos por el establecimiento de un sistema más equitativo de relaciones económicas internacionales, trasciende ampliamente los marcos cronológicos del decenio prácticamente transcurrido desde la aprobación del programa del Nuevo Orden Económico Internacional. En realidad, comprende un período mucho más amplio, que se inicia en los primeros años de la posguerra, cuando comenzó a cobrar auge el movimiento de liberación nacional que culminaría con el derrumbe de los imperios coloniales, el acceso a la ONU de decenas de nuevos Estados y el inicio de la lucha contra el neocolonialismo, de la que fue vanguardia el Movimiento de Países No Alineados. Durante esos años, el trabajo de especialistas individuales, de centros de investigación y estudio y de diversos órganos de la propia ONU, arrojaron luz sobre los problemas del subdesarrollo, en particular sobre aquellos que, derivados de inadecuadas e injustas estructuras económicas internacionales, obstaculizaban el camino de la genuina independencia, desarrollo y progreso de los países de Asia, África y América Latina. En ese período también surgieron diversas iniciativas —como la Primera y Segunda Década de la ONU para el Desarrollo— que estimulaban, al menos en cierta medida, la cooperación internacional para enfrentar los problemas del subdesarrollo, y organismos —como las comisiones económicas regionales y la UNCTAD— que, a la vez que realizaban investigaciones, servían de foro para el debate y el impulso de acuerdos favorables a los países subdesarrollados.

Los Países No Alineados y el Grupo de los 77 jamás regatearon su apoyo a esas iniciativas y organismos, ni siquiera cuando —aun contra el criterio de un número de países— las propuestas de diálogo entre los países desarrollados y los subdesarrollados, suponían negociaciones fuera del ámbito de la ONU, como ocurrió con la Conferencia de París (1976) y la Reunión de Cancún (1981). Esta última estuvo inspirada sobre todo en las propuestas de la Comisión Brandt. Aunque esta Comisión contó con la participación de expertos y figuras representativas del mundo subdesarrollado, rindió un informe que reflejaba evidentemente las posiciones de los círculos más lúcidos de los países capitalistas desarrollados, y contenía apuntes y sugerencias favorables a las demandas de los países subdesarrollados, si bien en función de una filosofía marcada por los intereses a largo plazo del sistema capitalista.

No obstante ostentar Cuba la Presidencia del Movimiento de Países No Alineados, su participación en la Reunión de Cancún fue vetada por los Estados Unidos. En gesto reconocido como ejemplar, y también como expresión de la actitud positiva de los países subdesarrollados hacia todo tipo de foro que ofreciera posibilidades de solución a los graves problemas enfrentados por éstos, Cuba renunció a su presencia en el evento. Pero la Reunión de Cancún, como es sabido, también terminó con un rotundo fracaso, a causa sobre todo de las actitudes de los Estados Unidos.

El momento culminante de ese proceso de varias décadas lo constituyó, sin dudas, la aprobación en mayo de 1974 de la iniciativa de los Países

No Alineados recogida después por el Grupo de los 77, apoyada por los países socialistas y aceptada —aunque con renuencia— por los países capitalistas desarrollados: el programa por el establecimiento del Nuevo Orden Económico Internacional. Este programa, enriquecido posteriormente con acuerdos en el seno de conferencias de la ONUDI, la UNCTAD y otros órganos, tuvo el mérito histórico de ser el primero que se lanzaba en la ONU por la acción original de los países subdesarrollados y con el apoyo unánime de todos ellos. Contenía posiciones políticas correctas (anticolonialismo, antirracismo, defensa del derecho de autodeterminación y soberanía sobre los recursos naturales) y demandas económicas no menos justas (en favor de los productos básicos, la asistencia oficial al desarrollo, la reforma del sistema monetario internacional, etcétera).

La acción sostenida por la aplicación de los principios del Nuevo Orden Económico Internacional dio fuerza, coherencia y unidad a los países subdesarrollados en su denodado esfuerzo por lograr un mundo no basado en la explotación, sino en la cooperación internacional, un mundo menos injusto y más equitativo, un mundo que, en lugar de obstaculizar, favorezca los esfuerzos que se realicen por hacer salir del círculo vicioso del atraso y la dependencia a más de 100 países donde se concentran las tres cuartas partes de la población mundial y también casi todo el hambre, la pobreza y hasta la desesperanza que abruman hoy a la humanidad.

De ahí que resulte permisible predecir que las vicisitudes y frustraciones encontradas por los Países No Alineados y todos los países subdesarrollados en su lucha por ese programa, en lugar de desalentar, servirán de acicate en la búsqueda de los caminos que deberán conducir al éxito final.

2

La crisis económica y su repercusión en los países subdesarrollados

La crisis cíclica actual y sus complicaciones

La crisis actual se inserta como parte del curso cíclico característico de las economías capitalistas desarrolladas. Se presenta ahora, sin embargo, con algunos rasgos nuevos, agravantes y complicadores. No es necesario entrar aquí en análisis teóricos sobre el tema. No obstante, resulta evidente que ciertas observaciones fundamentales al respecto son de obligada consideración a los fines del diseño, por los Países No Alineados, de una estrategia realista y certera, acorde con las circunstancias.

Las crisis —como fase de la postración más depresiva en la evolución cíclica característica del desarrollo capitalista— datan, por lo menos, desde el segundo cuarto del siglo XIX. Con el tiempo, las crisis han tendido a interrumpir los procesos de auge económico de una manera cada vez más brusca, profunda y generalizada en términos de espacio internacional. La más conocida, por su carácter catastrófico y propagación a todo el mundo, fue la de 1929-1933.

(Durante la última posguerra, y aun en medio de un fenómeno de expansión relativamente prolongado y abarcador, esta evolución cíclica estuvo presente, si bien con significativas alteraciones en su comportamiento —por así decirlo— clásico. Así, las fases de auge tendieron a dilatarse y las de crisis perdieron su sincronía internacional anterior y se manifestaron, en ocasiones, como procesos recesivos más bien breves y poco profundos.)

(Esta evolución cambió a partir de fines de 1973, cuando, en medio de un auge sin precedentes, se produjo un súbito debilitamiento de la actividad económica que, en 1974 y la primera parte de 1975, se convirtió en una crisis de notable hondura, extendida esta vez a todo el mundo capitalista desarrollado.)

De esa crisis, pese a su gravedad, se emergió ya en la segunda parte de 1975, con la manifestación de un proceso recuperativo acelerado y transformado en el alza que caracterizó el primer semestre de 1976. La evolución de los dos años siguientes (1977 y 1978) se reflejó en tasas de creci-

miento relativamente modestas e inestables (entre el 3,5% y casi el 5,0%). Pero esta situación apenas se mantuvo hasta el primer semestre de 1979. En el semestre siguiente, los síntomas anunciadores de la actual crisis comenzaron a hacer acto de presencia. (A partir de 1980, el deterioro continuó agudizándose hasta llegar a los bajos niveles depresivos actuales, sin precedentes en toda la última posguerra. Debe apuntarse, además, que la evolución capitalista, a partir de 1974-1975 —en algunos aspectos tan reminiscente de la que caracterizó la década de 1930—, es considerada por cierta corriente de opinión como el inicio de una fase de crisis que continuó en los años posteriores, pese a la reanimación relativa de 1976-1978, para profundizarse después a su nivel actual.)

La descripción anterior, si bien resumida y somera, está sugiriendo, sin embargo, las peculiaridades de una evolución cíclica sin precedentes. En primer lugar, la vacilante brevedad del proceso recuperativo y de auge, que antaño solía extenderse entre 8 y 10 años y que ahora apenas pudo sostenerse por 3 o 4 años. Pero, además, la presencia de otros dos fenómenos que imprimen nuevos rasgos a la coyuntura.

Uno, la coexistencia de un proceso recuperativo y de auge aparente como el de 1976-1979 con altos índices de desempleo. La tasa media de desempleo en los países de la OCDE llegó al 5% durante la crisis de 1974-1975, pero nunca bajó de ese nivel en los años posteriores y, por supuesto, se agravó en 1979 (más del 5,5%), en 1980 (más del 6%) y en 1981 y 1982 (más del 8%).

Dos, la coexistencia de un proceso de crisis con altos índices de inflación. Durante los últimos años, la inflación, medida por los índices de precios al consumidor, no ha bajado en ningún momento para los países de la OCDE del 8% anual y, en cambio, ha llegado a superar el 12%.

El ligero descenso en los niveles de inflación de los meses recientes, por ejemplo, es inseparable, según opinión general, del incremento del desempleo hasta más de 30 millones en el área de la OCDE.

Otro aspecto de relevante importancia consiste en el fracaso, hoy reconocido internacionalmente, de las políticas regulatorias estatales de los procesos cíclicos en las economías desarrolladas de mercado. El recetario keynesiano aplicado durante las tres primeras décadas de la posguerra, resultó impotente para enfrentar los complejos acontecimientos de la década de 1970. Y el recetario monetarista —tan en boga últimamente, y aplicado en la actualidad con diversos matices por la mayoría de las potencias capitalistas— ha culminado en el desastre económico más espectacular de los tiempos contemporáneos.

No se trata sólo de que tales políticas —la alquimia de la “mezcla monetario-fiscal”—, además de su trágico costo social, ha servido únicamente para mantener y aun agravar la crisis. El problema consiste en que esas políticas tienen repercusiones económicas desastrosas en los países subdesarrollados. Y, lo que resulta aún peor, (que determinados gobiernos —directamente o a través de algunos organismos internacionales— intentan proyectar tales regresivas concepciones a esos países, con lo que agudizan

en ellos el impacto de la crisis y los someten a tensiones políticas, económicas y sociales internas realmente insostenibles.)

Así, en los países subdesarrollados, los efectos de la crisis se han transmitido de manera verdaderamente dramática, y (han agravado su ya precaria situación, caracterizada por el escaso desarrollo de sus fuerzas productivas y la deformación de sus estructuras económico-sociales.)

Para los pueblos del Tercer Mundo, la actual crisis ha significado la ruina casi completa de sus economías; la cancelación de las esperanzas de una mejora, resultado de las cada vez peores condiciones de intercambio comercial; la quiebra aplazada con la hipoteca del futuro y aun del presente mismo, materializada en una deuda insoportable e impagable; la perspectiva, en fin, de hambre, miseria y enfermedades para una proporción dolorosamente creciente de la humanidad empobrecida.

En los últimos años es posible apreciar, ante todo, la subordinación del Tercer Mundo a la dinámica general del mundo capitalista desarrollado, que transfiere los efectos de la crisis a los países más débiles.)

La crisis se expresa en toda su crudeza a través de aquellos indicadores vinculados a las relaciones económicas externas del Tercer Mundo. En ellos se observa con nitidez cómo se transfieren los efectos negativos del ciclo a los países subdesarrollados.

Lo anterior resulta particularmente visible, en primer término, a través de las (tasas de inflación, que crecieron hasta un 15% más en 1974-1975 en los países subdesarrollados no exportadores de petróleo, de lo que aumentaron en los países desarrollados de economía de mercado en ese mismo período. La inflación importada por la vía del sistema monetario y comercial internacional, deviene factor erosionante de las deterioradas economías del Tercer Mundo, las cuales, salvo en el caso de los países petroleros, no cuentan con mecanismos defensivos capaces de compensar siquiera parcialmente esas tendencias negativas.

Similares conclusiones pueden extraerse del deterioro que se observa de los (términos de intercambio, que descendieron un 15% entre 1974-1975 para los países no petroleros.

El deterioro de las relaciones económicas externas del Tercer Mundo se expresa de manera resumida en los crecientes saldos negativos de la cuenta corriente de la balanza de pagos, que totalizó 83,3 miles de millones de dólares entre 1974 y 1975. Tales saldos negativos no pudieron cubrirse, en estas condiciones, más que con la solicitud de préstamos que marcaron el inicio de la espiral de endeudamiento que padece hoy el mundo subdesarrollado.)

De esta manera, la (deuda externa creció a un ritmo promedio anual del 25,1% entre 1973 y 1975, en tanto que el servicio de la deuda crecía a un ritmo anual del 61,1% en ese período. La deuda externa comenzó a manifestarse a partir de la crisis de 1974-1975, como factor de amortiguación a corto plazo de las consecuencias de ésta, al precio de hipotecar el futuro de los países subdesarrollados y generar un creciente —y ya hoy insoponible— proceso de asfixia económica en estos países.)

Con posterioridad, la economía de los países capitalistas desarrollados mostró altos ritmos de crecimiento en 1976, que no lograron, sin embargo, rebasar los niveles previos a la crisis. En efecto, si se examinan los datos disponibles, se observará que el PIB creció a un ritmo promedio del 6,3% en 1973, en tanto que para 1976 sólo se alcanzó el 5,2%.¹

Igual situación presentó el grueso de los países del Tercer Mundo, pues la tasa de crecimiento que se obtuvo en 1976, sólo fue superior a la de 1973 en el caso de los países exportadores de petróleo.²

En realidad, en 1976 se inició un proceso de reanimación al principio explosivo, pero inmediatamente debilitado, que se sostendría —a ritmos de incrementos decrecientes— hasta alrededor de 1979, sin culminar en el auge económico estable y configurando un estancamiento evidente del sistema.

Entre 1976 y 1979, la economía de los países subdesarrollados también sufrió un estancamiento visible, al tiempo que se deterioraron de manera evidente sus indicadores relativos a la actividad económica externa. En efecto, durante estos años aumentó el diferencial inflacionario con los países capitalistas desarrollados, que alcanzó hasta un 19% en los países no exportadores de petróleo durante 1976. Igualmente, es apreciable de nuevo el deterioro de los términos de intercambio a partir de 1978 y, después de una efímera disminución, reapareció la tendencia al incremento de los saldos negativos de cuenta corriente. Sin embargo, el deterioro más significativo se muestra en el nivel de la deuda externa, que creció a un ritmo medio anual del 22,4% en tanto que su servicio lo hizo al 31,7% entre 1976 y 1979.

De tal modo, la recuperación económica tampoco llegó al Tercer Mundo, en tanto que se potenciaron las tendencias negativas en su economía durante estos años posteriores a la crisis de 1974-1975.

La economía mundial entre 1979 y 1982

Durante los años que van de 1979 a 1982, la economía capitalista no sólo no ha logrado superar las serias dificultades que ha venido atravesando desde 1974, sino que ha evolucionado negativamente.

En los gobiernos capitalistas pasaron a un primer plano políticas económicas de corte monetarista, que han centrado su atención en la lucha contra la inflación, considerada con más fuerza en los últimos años por los círculos gobernantes como la causa principal de todos los males que aquejan al sistema capitalista.

Así, las *políticas restrictivas* aplicadas, sobre todo a partir de 1980, han significado, en primer término, la reducción de los gastos fiscales. Esto ha entrañado reducciones presupuestarias de los programas sociales y racionalización de empleos públicos, con consecuencias negativas tanto sociales como políticas. Pero aún más lesivas han sido las manipulaciones mo-

netarias y, entre ellas, la *elevación de las tasas de interés* que se ha venido produciendo desde 1979. De tal modo, las políticas aplicadas en estos años han conducido a profundizar la recesión económica en todos los países capitalistas, sin que se haya producido como contrapartida una reversión estable del fenómeno inflacionario, lo cual ha traído como consecuencia el empeoramiento del nivel de vida de los trabajadores.

Las repercusiones de estas medidas han sido particularmente agudas en el ámbito financiero, y muy en especial en lo referente a los países subdesarrollados.

Asimismo, el desorden y la inestabilidad de la economía capitalista también han afectado en este periodo a los países socialistas, que se han visto sometidos, además, a una creciente hostilidad política por parte del gobierno norteamericano.

En ese contexto de sombrías perspectivas, la evolución de la economía mundial entre 1981 y 1982 reflejó esencialmente las tendencias negativas de años anteriores. Por tercer año consecutivo, en 1982 el Producto Interno Bruto del conjunto de países capitalistas desarrollados, mantuvo un comportamiento bastante pobre, lo cual constituye la expresión de la crítica situación en que se halla la economía capitalista, agudizada sin dudas en los últimos años.

PAÍSES CAPITALISTAS DESARROLLADOS EVOLUCIÓN DEL PRODUCTO INTERNO BRUTO

	Variación anual (en por ciento)		
	1980-79	1981-80	1982-81
Siete mayores países OCDE			
Canadá	-0,1	2,9	-5,0
Estados Unidos	-0,1	1,9	-1,75
Japón	4,4	3,0	2,5
RFA	1,9	-0,2	-1,25
Italia	3,9	-0,2	0,75
Francia	1,2	0,3	1,5
Gran Bretaña	-1,4	-2,2	0,5
TOTAL	1,1	1,3	-0,5
Países restantes OCDE	1,9	0,7	0,5
TOTAL OCDE	1,2	1,2	-0,5
OCDE-Europa	1,6	-0,3	0,25
OCDE-CEE	1,4	-0,6	0,25

FUENTE: OECD. *Main Economic Indicators*, abril de 1982, p. 180; *Economic Outlook*, no. 32, diciembre de 1982, pp. 15-16.

La tasa de crecimiento del PIB de los países miembros de la OCDE en 1981, en relación con 1980, sólo fue del 1,2%, similar a la obtenida en 1980, en tanto que descendió a -0,5% en 1982 con relación a 1981.

Para los 7 países más importantes de la OCDE, que representan, como se sabe, cerca del 84% del PIB total, la suerte no fue mejor. Tras alcanzar un magro 1,3% de crecimiento en 1981, este indicador decreció en 1982 un 0,5%. En este último año, sólo Francia y Japón lograron una tasa de crecimiento superior al 1%. Los restantes, o bien se mantuvieron casi estancados (Italia y Reino Unido), o bien mostraron decrecimientos.

Particularmente adverso fue 1981 para los países capitalistas europeos y, en especial, para los miembros de la Comunidad Económica Europea. El PIB de los primeros decreció en -0,3%, mientras que para los miembros de la CEE el decrecimiento alcanzó -0,6%. Durante 1982, en ambos casos, sólo creció un 0,25%.

Por otro lado, el índice de crecimiento de la *producción industrial* para el conjunto de países de la OCDE durante 1981, fue ligeramente superior al crecimiento registrado en 1980. Sin embargo, el descenso de la producción industrial en el área de la OCDE, que alcanzó en 1982 un -3,5%, confirma la existencia de una crisis en la industria de esos países.

PRODUCCIÓN INDUSTRIAL. OCDE

(variación en por ciento en relación con el año anterior)

	1980	1981	1982
Estados Unidos	-3,6	2,6	-8,25
Japón	7,0	3,1	1,5
RFA	0,2	-1,5	-2,5
Francia	-0,4	-0,9	-1,5
Gran Bretaña	-9,4	-6,3	0
Italia	5,6	-2,3	-0,25
Canadá	-1,8	1,0	-9,25
Países mayores OCDE	-1,2	0,8	-4,25
TOTAL OCDE	-0,8	0,7	-3,5

FUENTE: OECD. *Economic Outlook*, no. 30, diciembre de 1981, pp. 12, 61, 67, 72, 78, 84, 89, 94; *Economic Outlook*, no. 32, diciembre de 1982, pp. 15, 67, 74, 79, 85, 91, 96 y 101.

Esta situación observada en 1982 es la continuación de un proceso de estancamiento en el crecimiento industrial que, como tendencia, se ha venido produciendo en los países capitalistas a partir de la crisis de 1974-1975. En 1976, y hasta 1979, se produjo cierta recuperación industrial de estos países, pero a fines de 1979, y en lo fundamental en 1980, de nuevo la crisis económica capitalista repercutió, de manera negativa, en la industria de los países miembros de la OCDE.

La ligera recuperación en el crecimiento de la producción industrial durante 1981 estuvo concentrada fundamentalmente en la primera mitad del año, y se explica en gran medida a partir de un crecimiento en la producción industrial en los Estados Unidos durante el primer trimestre del año. Esto se producía mientras que la industria se encontraba, en la mayor parte de las principales naciones capitalistas de Europa, en una situación de estancamiento. Sin embargo, en el segundo semestre de 1981, y en lo fundamental en el último trimestre, la producción industrial de los Estados Unidos experimentó una brusca reducción, mientras que la producción industrial de los principales países capitalistas desarrollados continuaba, en general, estancada.

El *desempleo*, que junto a la producción industrial resulta uno de los indicadores más expresivos de la profundidad alcanzada por la fase crítica del ciclo, ha llegado a niveles sin precedentes en los últimos años. A partir de la crisis de 1974-1975, que arrojó un saldo de 15 millones de desempleados en los países capitalistas desarrollados, el desempleo ha crecido ininterrumpidamente. En 1980 alcanzó a 21,4 millones de personas y en 1981 sobrepasó los 25 millones, y se estima que hoy alcanza cifras superiores a 30 millones.

TASA DE DESEMPLEO

(por ciento de la fuerza laboral)

	1980	1981	1982
Estados Unidos	7,2	7,6	9,5
Japón	2,0	2,2	2,25
RFA	3,4	4,8	7,0
Francia	6,3	7,3	8,5
Gran Bretaña	7,0	10,6	12,25
Italia	7,6	8,5	9,25
Canadá	7,5	7,6	11,0
Total de los siete países más desarrollados de la OCDE	5,7	6,5	8,0
Otros países OCDE	8,3	8,9	10,5
TOTAL OCDE	6,2	7,1	8,5

FUENTE: OECD. *Economic Outlook*, no. 30, diciembre de 1981, p. 19; *Economic Outlook*, no. 32, diciembre de 1982, p. 35.

Pero no se trata sólo de un problema cuantitativo, aunque su masividad es en realidad una situación muy grave. El actual desempleo abarca prácticamente sin excepción a todas las ramas de la economía capitalista, desde los servicios hasta aquellas ramas que o bien habían sido históricamente muy poco sensibles al fenómeno, o son de reciente aparición. Pero, ade-

más, en consecuencia con lo anterior, puede decirse que no hay categoría en todo el ámbito de la economía capitalista que no haya sido afectada. El desempleo crónico ha golpeado no sólo a los obreros, sino hasta grupos sociales más favorecidos.

Por otra parte, la evolución de los precios durante 1981 indica cierta mejora en los niveles de inflación en la mayoría de los países de la OCDE.

ÍNDICE DE PRECIOS AL CONSUMIDOR
(variación en por ciento en relación con el período anterior)

Tasas anuales

	<i>Promedio</i>						<i>12 meses</i>
	<i>1961-70</i>	<i>1971-77</i>	<i>1978</i>	<i>1979</i>	<i>1980</i>	<i>1981</i>	<i>hasta</i> <i>sep. 1982</i>
Estados Unidos	2,8	6,6	7,7	11,3	13,5	10,4	5,0
Japón	5,8	10,7	3,8	3,6	8,0	4,9	3,2
RFA	2,7	5,6	2,7	4,1	5,5	5,9	4,9
Francia	4,0	9,0	9,1	10,8	13,6	13,4	10,1
Gran Bretaña	4,1	13,9	8,3	13,4	18,0	11,9	7,3
Italia	3,9	13,1	12,1	14,8	21,2	19,5	17,1
Canadá	2,7	7,5	9,0	9,1	10,1	12,5	10,4
Total de estos 7 países	3,2	8,1	7,0	9,3	12,2	10,0	6,5
OCDE-Europa	3,8	10,0	9,3	10,6	14,2	12,3	9,8
OCDE-CEE	3,6	9,6	7,1	9,1	12,3	11,5	9,2
TOTAL OCDE	3,3	8,5	8,0	9,8	12,9	10,6	7,3

FUENTE: OECD. *Economic Outlook*, no. 30, diciembre de 1981, p.47; no. 32, diciembre de 1982, pp. 46 y 163.

Se aprecia una tendencia relativamente acentuada a la reducción del incremento de los precios, explicable, además, por otra serie de factores coyunturales que, en opinión de muchos especialistas, podrían dejar de actuar en un futuro próximo.

La evolución de los precios en 1982 evidenció que, a pesar de la aplicación de una política monetaria restrictiva en el marco de una recesión económica, el incremento de precios fue atenuado, pero no eliminado. Esto se explica por el hecho de que la inflación en los países capitalistas no es sólo la consecuencia de procesos estrictamente monetarios, sino el resultado de fenómenos más complejos derivados de profundas contradicciones socioeconómicas.

La elevación indiscriminada de las *tasas de interés* promovida por el gobierno de los Estados Unidos, constituye, sin duda, una de las más arbitrarias medidas económicas de los últimos años. Esta medida entraña serias consecuencias no sólo para la propia economía norteamericana —ha

contribuido ciertamente a profundizar la crisis—, sino que ha promovido, además, un notable deterioro del mercado financiero internacional, ha incrementado el servicio de la deuda externa del Tercer Mundo y ha contribuido al estancamiento del comercio internacional. Aunque pueden añadirse otros factores que también contribuyeron a la presencia de altas tasas de interés. Entre ellos pueden citarse el alto requerimiento de préstamos por parte de los gobiernos, en un contexto de política monetaria restrictiva como consecuencia de los elevados déficit presupuestarios; el proceso de eliminación de regulaciones en los mercados de crédito y la utilización de nuevos mecanismos financieros en una serie de países como resultado del reajuste del sistema financiero crediticio (fundamentalmente en los Estados Unidos), y la necesidad, por parte de algunos países capitalistas (Europa Occidental y Japón), de proteger la posición de sus monedas y evitar la descapitalización de sus mercados financieros.

TASAS DE INTERÉS A CORTO PLAZO^a

	<i>1979</i>	<i>1980</i>	<i>1981</i>	<i>1982^b</i>
Estados Unidos	12,10	13,60	12,97	8,03
Japón	8,13	9,90	6,75	6,97
Francia	12,59	11,56	15,26	13,45
RFA	9,58	10,27	10,82	7,58
Gran Bretaña	15,84	13,02	14,78	8,83

^a Tasas de interés de valores del Tesoro por 3 meses.

^b Hasta octubre de 1982.

FUENTE: OECD. *Main Economic Indicators*, abril de 1982, p. 24.

TASAS DE INTERÉS A LARGO PLAZO^a

	<i>1979</i>	<i>1980</i>	<i>1981</i>	<i>1982^b</i>
Estados Unidos	9,64	11,49	13,72	10,91
Japón	8,64	9,41	7,93	8,45
Francia	12,14	14,71	17,00	16,44
RFA	7,90	8,90	9,70	8,30
Gran Bretaña	11,75	12,14	13,89	9,73

^a Tasas de interés de Bonos del Gobierno a largo plazo (5 años o más).

^b Hasta octubre de 1982.

FUENTE: OECD. *Main Economic Indicators*, abril de 1982, p. 25; diciembre de 1982, p. 25.

La actuación de este conjunto de factores, unida a particularidades nacionales y fenómenos de carácter especulativo, dieron como resultado el desarrollo de altas tasas de interés en la mayoría de los países de la OCDE, que influyeron, de manera negativa, en la evolución económica de estas naciones.

Durante estos años, muchas fueron las críticas que los principales socios comerciales de los Estados Unidos formularon al gobierno norteamericano, culpándolo de ser el causante, en gran medida, de la situación adversa de las economías capitalistas. Estas críticas también habían sido frecuentes durante el pasado decenio como consecuencia del agravamiento de las contradicciones intercapitalistas, pero se repitieron con fuerza entre 1981 y 1982 a causa de que la nueva administración republicana obligó al resto de los socios de los Estados Unidos a actuar en función de los intereses de Washington y en detrimento de los de Japón y Europa Occidental.

La utilización de esta política diseñada para combatir la inflación, unida a otros factores, favoreció la alta volatilidad y la tendencia ascendente de las tasas de interés, las cuales alcanzaron niveles altísimos. Por otra parte, esta política de altas tasas de interés en los Estados Unidos favoreció el fortalecimiento del dólar norteamericano, que había sufrido un notable deterioro en años anteriores. Otros factores, como una favorable reacción inicial de la comunidad financiera internacional ante la orientación de la política económica del nuevo gobierno de los Estados Unidos, también contribuyeron a la sobrevaloración del dólar.

Aunque las tasas de interés experimentaron en los últimos meses de 1982 una tendencia decreciente, se mantuvieron en niveles superiores a los promedios históricos.

La incertidumbre de los mercados financieros, como resultado de las expectativas de un nuevo aumento de la tasa de inflación, unida a la presión que ejerce el alto nivel de endeudamiento estatal sobre los mercados de crédito, han hecho que se manifieste una tendencia a la elevación de las tasas de interés real a largo plazo.

Las variaciones en las tasas de cambio estuvieron, por otra parte, vinculadas a un complejo grupo de factores, entre los cuales se encuentran las diferencias en la tasa de inflación entre los distintos países, la relación entre las tasas de interés y la distinta situación de la cuenta corriente de la balanza de pagos en cada uno de los países.

Durante 1981, el *comercio exterior* de los países de la OCDE experimentó una leve recuperación en relación con los deprimidos niveles alcanzados en 1980, tendencia que no se mantuvo, sin embargo, en 1982.

Uno de los factores que limitó una mayor recuperación del comercio internacional de los países de la OCDE, fue la presente crisis económica en estos países, lo cual se expresó en la reducción de la demanda y en el nivel de exportaciones en el comercio intra-OCDE que se produce a partir del segundo semestre de 1980. También ha sido significativo el persistente déficit comercial que han experimentado, a nivel de grupo, los principales países desarrollados de economía de mercado.

EVOLUCIÓN DEL VOLUMEN DE EXPORTACIONES E IMPORTACIONES DE LOS PAÍSES DE LA OCDE (en por ciento)

	1979	1980	1981	1982
Exportaciones	6,7	5,0	2,3	-1,5
Importaciones	8,4	-1,5	-1,9	0

FUENTE: OECD. *Economic Outlook*, no. 32, diciembre de 1982. Tablas 36 y 37, p. 117.

BALANZA COMERCIAL (en miles de millones de dólares)

	1979	1980	1981	1982
Estados Unidos	-27,3	-25,3	-27,9	-37,5
Canadá	4,0	7,8	6,6	14,0
Japón	1,8	2,1	20,0	18,75
Francia	-1,4	-13,0	-10,1	-15,5
RFA	17,5	10,5	17,9	26,0
Italia	-1,0	-16,3	-10,6	-8,0
Gran Bretaña	-7,4	2,8	6,1	0,75
Siete países mayores OCDE	-13,9	-31,6	1,9	-1,5
Otros países OCDE	-25,5	-42,7	-30,7	-25,25
TOTAL OCDE	-39,4	-74,3	-28,8	-26,75
TOTAL CEE	-6,3	-31,1	-5,3	-0,5

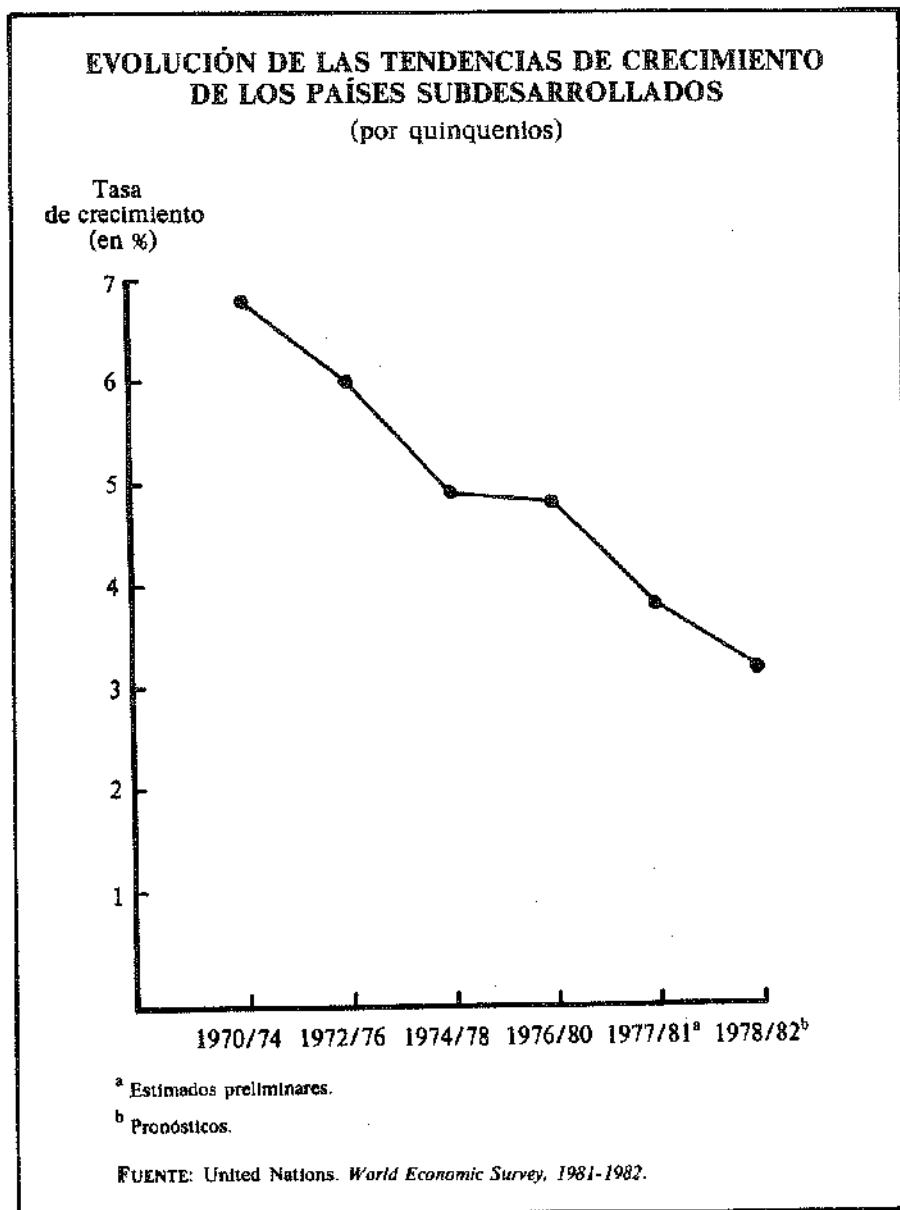
FUENTE: OECD. *Economic Outlook*, no. 30, diciembre de 1981. Tabla 30, p. 57. Tablas 47 y 49, p. 114; *Economic Outlook*, no. 32, diciembre de 1982. Tabla 48, p. 121.

Como se aprecia, la situación individual de los distintos subgrupos de países en la OCDE difiere ampliamente.

Las causas de este fenómeno se hallan en el desarrollo económico desigual de los países miembros de la organización. Esto se refleja en los disímiles niveles de competitividad de sus productos y en la diferente estructura de la producción y el comercio exterior de estos países. En estas diferencias también influyen los distintos grados de dependencia de estos países en relación con el suministro externo de las materias primas, así como las desigualdades en la concentración regional de su comercio exterior.

Durante 1981 y 1982 también se produjeron cambios de cierta significación en la *balanza de pagos* de los países capitalistas desarrollados. Para

1982, la OCDE estimó en 39 mil millones de dólares el déficit en cuenta corriente de los países miembros de esta organización. Este déficit representa una reducción de 30 mil millones de dólares en relación con el déficit de 1980, que había alcanzado los 69 mil millones de dólares.



Repercusión más reciente de la crisis económica en los países subdesarrollados

Por su parte, los años de 1981 y 1982 fueron, para el conjunto de los países subdesarrollados, años de catástrofe económica coyuntural, que se agregó a la ruina económica permanente que los caracteriza como grupo. Fueron arrastrados por la crisis generada en las economías capitalistas desarrolladas y, como siempre ocurre, pagaron el precio más alto por una situación que ellos no crearon, al servir como amortiguadores de los peores efectos de esta crisis.

En estos años, la acción simultánea del descenso de precios de sus productos de exportación y el comportamiento brutalmente adverso del sector financiero, provocaron un real estrangulamiento para nuestros países, a partir de precios de exportación en vertiginoso descenso y altísimas tasas de interés que elevaron de manera exagerada el servicio de la deuda, encarecieron y bloquearon la obtención de nuevos préstamos y disminuyeron las inversiones productivas. El deterioro de la relación de intercambio, la reducción del volumen de exportaciones, el aumento de las tasas de interés, las barreras comerciales y también financieras —acceso a préstamos externos y duras condiciones de éstos—, constituyeron sobresalientes características de la realidad económica del mundo subdesarrollado.

Si los años 1974-1975 fueron amargos para nuestros países, a partir de 1980, en 1981 y 1982 —sin que para este último año puedan ofrecerse todavía cifras completas—, la realidad se ha tornado aún más agobiante que entonces. Sólo que en 1974-1975 la crisis se enfrentó en condiciones no tan adversas como ahora, especialmente en cuanto a la relación de intercambio (no tan negativa) y aún más en el comportamiento del sector financiero. Si en aquellos años pudo mantenerse todavía una corriente de préstamos comerciales y cierto financiamiento concesionario descendente que sostuvieron, a duras penas, las importaciones, ahora las importaciones reducidas y el crecimiento mínimo o negativo se presentan como las únicas posibilidades frente a la situación externa.

El comportamiento de los indicadores del crecimiento económico en 1981, ofrece una elocuente muestra de la profundidad del desastre.

El crecimiento del *Producto Interno Bruto* cayó de un índice cercano al 3% en 1980 a sólo el 0,6% en 1981. Este crecimiento lastimoso contrasta con el 5,6% promedio anual obtenido durante la década de 1970 y, aún con mayor fuerza, con la meta del 7% postulada como nivel mínimo por el Tercer Decenio de Naciones Unidas para el Desarrollo en el marco de la Estrategia Internacional del Desarrollo (EID). En 1981 ocurrió un descenso en el *producto per cápita en el conjunto de los países subdesarrollados ascendente a más del 1%*. Esto no ocurría desde fines de la década de 1950. Por otra parte, éste fue el cuarto año consecutivo de declinación en el crecimiento del PIB.

El descenso en el PIB fue marcadamente severo en los países importadores de petróleo. En sólo un año descendió alrededor de dos terceras par-

tes, para caer al bajísimo nivel del 1,4%, uno de los peores en los últimos 25 años. En este gran grupo de países, donde viven 1 800 millones de personas, el deterioro del orden del 4-5% en su relación de intercambio y el aplastante servicio de la deuda, en gran parte a causa de las altísimas tasas de interés desatadas por la actual administración norteamericana, condujeron a un descenso absoluto en el ingreso per cápita para todo el grupo. Para algunos países fue el segundo año consecutivo de descenso.

PAÍSES SUBDESARROLLADOS: TASAS REALES DE CRECIMIENTO DEL PRODUCTO INTERNO BRUTO, 1971-1981

(en por ciento)

	1971-80	1976-79	1979	1980	1981
Países subdesarrollados	5,6	4,9	4,4	2,9	0,6
Exportadores de energía (excluidos Irán e Iraq)	5,5	4,8	4,7	1,4	-0,5
	6,3	(6,5)	(6,8)	(5,5)	(3,4)
Países petroleros con excedentes de capital ^a	4,8	2,2	1,9	-7,4	-10,1
(excluidos Irán e Iraq)	7,2	(6,9)	(8,0)	(1,7)	(-2,7)
Países petroleros con déficit de capital ^b	6,0	6,4	6,4	6,7	5,4
Importadores de energía ^c	5,6	5,0	4,2	4,1	1,4

^a Según la clasificación del Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de Naciones Unidas, los países petroleros con excedentes de capital son Brunel, Irán, Iraq, Kuwait, Libia, Qatar, Arabia Saudita y Emiratos Árabes Unidos.

^b Los exportadores de energía con déficit de capital son Argelia, Angola, Bahrein, Bolivia, Congo, Ecuador, Egipto, Gabón, Indonesia, Malasia, México, Nigeria, Omán, Perú, Siria, Trinidad y Tobago, Túnez, Camerún y Venezuela.

^c Los países importadores de energía son el resto de los países subdesarrollados.

NOTA: Los datos entre paréntesis son estimados.

FUENTE: ONU. *World Economic Survey, 1981-1982*, Nueva York, 1982, p. 22.

Las Naciones Unidas³ señalan que en 27 países de 49 que poseen información disponible se registró el mencionado descenso absoluto. También para los países petroleros la situación fue poco agradable en 1981. En ellos, el PIB *decreció* en 0,5%, y en esto influyó la reducción de las producciones petroleras, aunque la guerra Irán-Iraq también estuvo presente como factor agravante. No obstante, excluidos esos dos países, el crecimiento de los petroleros alcanzó sólo el 3,4%, un 2% inferior al de 1980. Para los petroleros con déficit de capital, el crecimiento de 5,4% estuvo por debajo de los niveles entre el 6-7% de los años anteriores.

En América Latina, 1981 fue un año de brusco descenso en el crecimiento. En 1979, el PIB había aumentado un 6,5% y en 1980, un 5,8%, con relación a cada año anterior. En 1981, el crecimiento se redujo al 1,2%, la

más baja tasa medida desde 1945 —según la CEPAL, el primer año para el cual se dispone de cifras confiables sobre la evolución del producto regional— e inferior a la del crecimiento demográfico promedio.⁴ Esta tendencia negativa se profundizó en 1982, cuando, según estimaciones preliminares de la propia CEPAL, el PIB disminuyó casi un 1%. En correspondencia con lo anterior, el PIB por habitante decreció algo más del 1% en 1981, lo cual no sucedía en América Latina desde 1959. De un total de 19 países latinoamericanos considerados, en 17 disminuyó el ritmo de crecimiento y en 6 decreció el PIB, en tanto en 9 se redujo el PIB por habitante.

Según la Comisión Económica para África de Naciones Unidas, 1981 fue un año de "desastre y ruina económica" para ese continente.⁵ El crecimiento de algo más del 3% alcanzado como promedio por los países africanos, apenas supera el crecimiento de la población y muestra, a simple vista, una ausencia de mejoría en las críticas condiciones de vida de las grandes masas de ese continente. Por otro lado, en 1982, según estimaciones preliminares de la misma comisión, se produjo un decrecimiento del 1,4% en relación con 1981.

Pero es en el campo de la agricultura donde la situación de la economía africana se agrava particularmente. A lo largo de todo el decenio de 1970, la producción de alimentos promedió un anémico crecimiento del 1,4% anual, prácticamente la mitad del crecimiento poblacional. El único calificativo capaz de expresar de manera adecuada lo anterior es el de calamidad colectiva ocurrida en un continente donde sólo el 44% de la tierra cultivable se encuentra cultivada, donde el 80% de la población económicamente activa depende de manera directa o indirecta de la agricultura. En ese escenario, la disponibilidad de alimentos por habitante disminuye cada año y hoy es inferior a la de los años de la década de 1960. Los países africanos más atrasados enfrentaron en 1981 aún más hambre y muerte por desnutrición que antes. Ellos concentran más de la tercera parte de la población del continente y tienen un ingreso inferior a la mitad del promedio del resto de los países africanos.

En Asia se registró una tasa de crecimiento del 4% en los países no petroleros, que, si bien se encuentra lejos de considerarse satisfactoria, resultó la menos negativa en todo el Tercer Mundo. Sin embargo, el crecimiento asiático se debió a la influencia en las cifras regionales de algunos países de los llamados de "nueva industrialización" (NIC's), que mantuvieron en 1981 las mismas tasas relativamente altas de los últimos años (Hong Kong, Malasia, Corea del Sur, Singapur y Tailandia). En ellos, y con independencia del polémico modelo de crecimiento —en su calidad de plataformas de exportación de las transnacionales—, basado en la explotación de fuerza de trabajo barata, se observan factores que suscitan dudas acerca de la posibilidad de sostener en los próximos años las tasas mencionadas. Estos factores son la persistencia de la crisis en los países capitalistas desarrollados receptores de las exportaciones de estos países asiáticos, con sus efectos de reducción de la demanda y presiones proteccionistas, lo cual,

unido al surgimiento de nuevos competidores y a las desfavorables tendencias del sector financiero externo, cuestionan la estabilidad de los NIC's asiáticos en el futuro cercano.

Observadas de conjunto, las perspectivas de crecimiento económico del Tercer Mundo aparecen sombrías en el contexto de una persistente crisis a que lo arrastra su dependencia del Occidente. En el 70% de los países subdesarrollados había, al finalizar 1981, tasas de inflación de dos dígitos, con tendencias al aumento en algunos de los países de mayor peso económico en el conjunto.

Las adversas condiciones que prevalecieron en 1981 en la economía internacional, encontraron reflejo directo en las relaciones de *intercambio comercial* de los países subdesarrollados.

Tomado el Tercer Mundo en conjunto, se observa una disminución de un 4,5% en su volumen de exportaciones en 1981, que continúa una tendencia negativa iniciada en 1980, cuando descendieron en un 5,8%. Por supuesto, en estas cifras globales influye igualmente con fuerza la reducción de los volúmenes exportados por los países petroleros, que vieron decrecer sus volúmenes de exportación en un 17% (los países con excedentes de capital) y en un 5% (los países petroleros con déficit de capital). La gran masa constituida por los subdesarrollados no petroleros experimentó un aumento del 4% en el volumen de exportaciones, que contrasta con un crecimiento cercano del 8% que registró hasta 1980.

Sin embargo, lo adverso de la realidad comercial no se encuentra tanto en lo anterior, como en el comportamiento sumamente negativo de la relación de intercambio y en el reflejo de todo ello en el volumen de importaciones que realizan los países subdesarrollados no petroleros, y del cual dependen, en apreciable medida, sus posibilidades de crecimiento y aun las mismas condiciones de vida de sus pueblos.

En 1981, estos países redujeron de manera drástica el crecimiento de sus importaciones, el cual alcanzó tan sólo un 2%, en contraste con niveles superiores al 5% que se venían manteniendo en años anteriores, no considerados siquiera como favorables. Obviamente, esto representa una violenta contracción, a la cual se ha llegado cuando han quedado bloqueadas, por inexistentes o demasiado gravosas, las vías de financiamiento comercial o de otra índole.

Las oscilaciones de precios para los productos primarios resultaron simplemente desastrosas. Tomando como grupo los productos primarios (excluido el petróleo), el descenso fue en 1981 de un 15,6%. Al subgrupo de los alimentos correspondió la peor suerte con una declinación de un 21,3%.

Tomando en consideración que los precios de las manufacturas exportadas por países capitalistas desarrollados descendieron en un 5%, a causa básicamente de la apreciación del dólar en correspondencia con las políticas de la administración norteamericana, se concluye que los exportadores de productos primarios soportaron, en el año analizado, una caída en sus

precios, en relación con las manufacturas compradas, de alrededor de un 11%. Entre 1978 y 1981, los países subdesarrollados no petroleros experimentaron un deterioro en su relación de intercambio de alrededor de un 20%.

Las caídas de precios en 1981 y 1982 —verdaderos derrumbes en algunos casos— significaron para el Tercer Mundo pérdidas ascendentes a no menos de 8 mil millones de dólares.

En este contexto, merece una atención especial *la caída de los precios del petróleo*.

Aunque el precio del petróleo, tomado como promedio anual, fue en 1981 aún un 10% mayor que en 1980, ese año marcó importantes cambios en el mercado petrolero que han modificado de manera notable las características que presentó la comercialización de ese combustible entre 1974 y 1980.

En 1981, la acción simultánea de la crisis, con la consiguiente reducción de la actividad económica, y la presencia de medidas de ahorro y conservación energética, ocasionaron un vuelco en la situación que venía presentándose desde 1974. El consumo promedio, medido en millones de barriles por día, cayó por debajo de los 60 millones (59,8) en contraste con 1979 (64,7) e, incluso, con 1980 (62,6). En dos años, el consumo mundial descendió casi en un 8%.

La OPEP ha respondido a este descenso reduciendo su producción para evitar caídas de precios aún más acentuadas. En noviembre de 1981, la producción mundial había descendido a unos 55,5 millones de barriles, o sea, un 4,6% inferior al mismo mes en el año anterior. Esta reducción ha hecho descender, a su vez, la participación de la OPEP en la producción mundial de un 48% en 1979 a un 38% en 1981. Exportadores petroleros como Argelia, Libia y Nigeria, redujeron su producción total casi en un 30%.

El descenso en la demanda provocó que disminuyera el precio por primera vez en los años transcurridos desde 1974 y, aunque hubo oscilaciones en 1981, al comenzar 1982 el precio por barril era de 34,18 dólares, inferior en 1,31 dólares, esto es, un 3,6%, con relación al año anterior.

Sin embargo, el comportamiento de los precios *spot* durante 1981 parece haber sido aún más expresivo de la situación real del mercado petrolero que los precios de venta oficiales. A partir del segundo trimestre, esos precios *spot* cayeron por debajo de los precios oficiales, lo cual refleja también los cambios en la política de reservas de los principales consumidores. Para ellos, las altas tasas de interés hacen más costoso el mantenimiento de grandes reservas, lo que impulsó a reducir las existencias y contribuyó a deprimir aún más la demanda.

Se ejercen otras presiones para hacer descender aún más los precios de la OPEP, como la decisión de las empresas nacionales de Inglaterra y Noruega de vender su petróleo a precios entre 3 y 4 dólares por debajo de los de la OPEP, en un contexto de mercado en proceso de estrechamiento

para los vendedores. Esto hace improbable el sostenimiento de los diferenciales, como pudo ocurrir en los años de firmeza del mercado. A inicios de 1980, los diferenciales de precios iban desde 1,5 dólares para el petróleo indonesio hasta 8,5 dólares para el libio, por encima del precio saudita.

Diversas fuentes de Naciones Unidas anunciaron en 1981 que hacia 1985 Argentina, Brasil y Chile en América Latina, y Camerún, Costa de Marfil y Sudán en África, alcanzarán la capacidad de autoabastecerse de petróleo.

Por otra parte, y con independencia de las continuas disputas que en el contexto de la actual crisis encaran en el terreno comercial a los Estados Unidos, la Comunidad Económica Europea y Japón en un permanente intercambio de acusaciones, los países subdesarrollados enfrentan los intentos de "proteger" los mercados de Occidente contra las exportaciones procedentes del Tercer Mundo. Ésta es otra de las formas en que los países capitalistas desarrollados intentan aliviar los desequilibrios internos provocados por su crisis: colocar *barreras comerciales* que presionan y lesionan a los subdesarrollados.

En esta dirección, las llamadas barreras no arancelarias han continuado aumentando su importancia, reduciendo el valor real de los acuerdos liberalizadores alcanzados en la Ronda de Tokio. En la amplia gama de las barreras no arancelarias, las llamadas "restricciones voluntarias a la exportación" —en realidad, rebajas impuestas bajo amenaza de restricciones aún mayores— continuaron actuando en 1981. Un reciente estudio demostró que en 1974 alrededor de las dos quintas partes de todo el comercio efectuado por países capitalistas desarrollados, estaba sujeto a barreras no arancelarias, y en 1980 esa proporción había aumentado hasta las tres quintas partes.⁶

En el ámbito financiero, la evolución registrada en 1981 permite afirmar que las asfixiantes condiciones que prevalecieron —y continúan prevaleciendo— en él, unidas al ya mencionado deterioro en los precios de los productos primarios, explican la catastrófica situación a que hacíamos referencia con anterioridad.

La crisis generada en las economías capitalistas desarrolladas y la irracional política económica aplicada por el gobierno norteamericano, que agrava y exacerba los efectos negativos de la propia crisis, se reflejan con claridad en el sector financiero de los países subdesarrollados. La irracional y agresiva política económica llamada de "ajuste", que declara combatir la inflación y colocar las variables monetarias en el lugar central, ha ocasionado dos importantes efectos: la violenta elevación de las tasas de interés y la apreciación del dólar norteamericano durante la mayor parte de 1981, y aun durante 1982.

La simultánea acción de altas tasas de interés y dólar apreciado, elevó a fines de 1982 el servicio de la deuda exterior del Tercer Mundo, a la impresionante cifra de unos 131 mil millones de dólares.

La crítica situación financiera tuvo en el déficit de la balanza de pagos en cuenta corriente una expresión inmediata. La peor parte correspondió aquí a los países subdesarrollados no petroleros, los cuales experimentaron un déficit de 77 500 millones de dólares. También los países petroleros llamados anteriormente "con déficit de capital", acumularon un desbalance en cuenta corriente de 15 500 millones de dólares.

Para los países subdesarrollados no petroleros, 1981 fue otro año de creciente deterioro en su cuenta corriente. En América Latina, el déficit creció de poco más de 28 mil millones de dólares en 1980 a más de 33 700 millones en 1981. En esta región, el ingreso neto de capitales, si bien se elevó de unos 26 500 millones en 1979-1980 a casi 31 800 millones en 1981, no alcanzó a financiar totalmente el déficit de la cuenta corriente, por lo que la balanza global de pagos arrojó un déficit de casi 2 mil millones.

**BALANZA DE PAGOS EN CUENTA CORRIENTE
DE LOS PAÍSES SUBDESARROLLADOS**
(en miles de millones de dólares)

	1978	1979	1980	1981
Países subdesarrollados	-34,0	10,6	35,9	-11,5
Países petroleros con excedente de capital	19,0	65,9	103,7	81,5
Países petroleros con déficit de capital	-22,8	-7,1	0,9	-15,5
Países no petroleros	-30,2	-48,2	-68,7	-77,5

FUENTE: ONU. *World Economic Survey, 1981-1982*, Nueva York, 1982, p. 63.

La carga abrumadora de las altas tasas de interés puede entenderse también —en el caso de los países subdesarrollados no petroleros—, si comparamos el porcentaje que en el total de pagos han hecho estos países al capital extranjero, entre 1976 y 1981. Es en realidad impresionante comprobar que el pago de intereses como porcentaje y en comparación con el pago por ganancias al capital extranjero, se ha elevado en más del doble en ese corto periodo, con mayor intensidad en 1980 y 1981. Esto indica que *los mecanismos financieros están actuando en los últimos años como los principales factores de drenaje de recursos por parte del imperialismo, manifestándose con mayor fuerza que la inversión directa de capital extranjero y enfatizando el fenómeno de creciente "bancaización" de la economía internacional*, señalado por algunos autores.

PAÍSES SUBDESARROLLADOS NO PETROLEROS.
PAGOS DE INTERESES Y DE INGRESOS DEL CAPITAL
COMO POR CIENTO DEL TOTAL DE PAGOS
AL CAPITAL EXTRANJERO

(en por ciento)

	1976	1977	1978	1979	1980	1981
Pago por ingresos de inversiones directas	3,4	4,1	4,2	3,5	3,0	3,0
Pago de intereses	11,1	10,8	13,1	16,4	19,9	27,5
TOTAL	14,5	14,9	17,3	18,9	22,9	30,5

FUENTE: ONU. *World Economic Survey, 1981-1982*. Nueva York, 1982, p. 66. Elaborado con información aportada por 49 países.

Según Naciones Unidas, los llamados flujos financieros "no creadores de deuda" (ayuda oficial e inversión directa) financiaron cerca de un 40% del déficit en cuenta corriente de los países no petroleros en 1976, en tanto que en 1981 el porcentaje cayó a menos del 25%.

Los países petroleros con excedentes de capital han tenido en las altas tasas de interés un altado financiero, a partir de las cuantiosas adquisiciones de activos financieros externos que hicieron entre 1975 y 1981.

La severidad de la crisis y la carga negativa —en especial de índole financiera— que ella implica, han obligado a un elevado número de países a poner en práctica políticas de "ajuste" que no se originan en decisiones propias o en la soberana elección de alternativas en el marco de una estrategia de desarrollo. Esas políticas de "ajuste" constituyen respuestas de emergencia de carácter forzado ante la atmósfera de crisis y, aún más, ante las políticas norteamericana e inglesa de verter sobre el Tercer Mundo el peso fundamental del llamado ajuste. Se coloca al Tercer Mundo ante hechos consumados y se induce a muchos países a adoptar medidas restrictivas de las inversiones, de las importaciones y, obviamente, del crecimiento mismo, para intentar reducir los déficits externos. Ni siquiera las políticas que intentan atraer al capital privado transnacional como supuesto factor para reducir esos déficits, han logrado sus objetivos de atracción, pues *el capital prefiere permanecer en forma financiera, obteniendo altos intereses, antes que invertirse en forma productiva*. Los resultados son harto elocuentes, a lo largo de una extensa serie de indicadores, muchos de ellos ya mencionados. Uno más es el estado de las reservas en los países no petroleros.

A fines de 1979, y sin que la situación fuera entonces favorable, las reservas de este grupo de países aseguraban una cobertura de casi 4 meses de importaciones. A fines de 1981 sólo cubrían 2,5 meses. Pero ese pro-

medio encubre la dramática situación de una gran cantidad de países aún por debajo del mismo. En efecto, aproximadamente la mitad de los países no petroleros (unos 50 países) alcanzaba una cobertura inferior a 2 meses, y unos 30 países no aseguraban ni siquiera un mes. En conjunto, la reserva de los países no petroleros a fines de 1981 era alrededor de 8 mil millones de dólares inferior a la de fines de 1980, lo cual muestra un impresionante drenaje.

El financiamiento de la deprimida actividad económica por parte de estos países se efectuó en 1981, entre otras vías, mediante el endeudamiento en condiciones sumamente gravosas con la banca comercial transnacional (unos 30 mil millones de dólares) y la recepción de préstamos del Fondo Monetario Internacional, sujetos a humillantes cláusulas de condicionalidad (4 600 millones).

La deuda externa del Tercer Mundo —considerada por muchos autores como incobrable e impagable en estrictos términos técnicos— es, con su monto exorbitante, su pasmosa velocidad de crecimiento y el sostenido empeoramiento de sus condiciones, probablemente una de las mejores expresiones de la irracionalidad e inviabilidad de un orden económico internacional caduco. El hecho de que este orden haya incorporado a su funcionamiento, como necesidad insoslayable, la acumulación de una deuda que refleja la bancarrota permanente de la gran mayoría frente a una exigua minoría, es una clara expresión de su carácter absurdo y dañino.

La deuda externa de América Latina es un claro ejemplo de lo antes expresado. En 1981 creció en alrededor de un 15%, para alcanzar cerca de 240 mil millones de dólares (deuda externa bruta desembolsada). A fines de 1980 ascendía a 208 mil millones. En términos absolutos, la deuda externa bruta se elevó al doble en el período 1978-1981.

Principales tendencias en 1982

Durante 1982, la economía internacional ha presentado un conjunto de aspectos que pueden considerarse cruciales.⁷ Estos aspectos son:

- Los efectos de la política económica de corte monetarista aplicada en los principales países capitalistas desarrollados.
- Las crecientes tensiones comerciales internacionales.
- El creciente deterioro de la situación económica de los países subdesarrollados a partir, básicamente, del empeoramiento de su situación comercial y financiera internacional.

La situación económica de los países capitalistas desarrollados ha continuado siendo determinante para la evolución de la economía mundial en 1982.

La anunciada recuperación de los países capitalistas desarrollados no se ha materializado en el transcurso de 1982. En tal sentido, estimados más recientes muestran que el Producto Nacional Bruto disminuyó un 0,5% como promedio en los siete países más desarrollados de economía de mer-

cado, mientras que para 1983 la OCDE pronostica un crecimiento mínimo de un 1,8%.⁸

Lo anterior se ha manifestado en particular en el caso de los Estados Unidos, que han continuado atravesando la más larga y profunda crisis de la posguerra. En 1982, el Producto Nacional Bruto descendió en este país en un 1,75%. En la principal potencia del mundo capitalista, la producción industrial —índice decisivo de la evolución económica de los Estados Unidos— viene cayendo de manera continua, desde agosto de 1981; las tasas de interés se mantienen a altos niveles, los precios al consumidor han continuado incrementándose, aunque a tasas más bajas, y el desempleo ha llegado al 10,8% en el mes de diciembre de 1982.

A lo anterior se suman las sombrías perspectivas sobre las tasas de interés que provocan los déficit presupuestarios, que ascendieron a 111 mil millones de dólares en el año fiscal 1981-1982. Fuentes oficiales de los Estados Unidos estiman que el déficit para el año fiscal 1982-1983 pueda superar los 190 mil millones de dólares. En tales condiciones, es difícil suponer a corto plazo un descenso estable y significativo de las tasas de interés, factor considerado, por otro lado, determinante para que se produzca una reanimación sustancial de la economía capitalista en su conjunto, incluidos los países subdesarrollados.

Las perspectivas del comercio internacional resultan igualmente preocupantes, en especial en lo referido al incremento del proteccionismo, a partir de la guerra comercial que se ha venido desarrollando entre Japón, los Estados Unidos y la CEE. Las violaciones del principio de nación más favorecida y el aumento de las barreras no arancelarias se destacan en esta situación, todo lo cual condujo al fracaso de la Reunión Ministerial del GATT celebrada en noviembre de 1982.

**PRONÓSTICO REALIZADO A MEDIADOS DE 1982
DE LAS PRINCIPALES VARIABLES
DEL COMERCIO MUNDIAL PARA ESE AÑO**
(variaciones anuales medias en por ciento)

	<i>Volumen de exportaciones</i>	<i>Volumen de importaciones</i>
Economía mundial	1,5	1,5
Economías de mercado desarrolladas	2,5	1
Países subdesarrollados	-2,5	2
Países con excedente de capital	-20	5
Otros países exportadores de energía	2	-
Países importadores netos de energía	5	2

FUENTE: ONU. *World Economic Survey, 1981-1982*, Nueva York, 1982, p. 56.

En el ámbito comercial, las perspectivas de los países subdesarrollados también se encuentran íntimamente vinculadas a la posible recuperación de los países capitalistas desarrollados, cuyas proyecciones no eran nada alentadoras.

**PRONÓSTICO REALIZADO A MEDIADOS DE 1982 DEL CAMBIO
EN LOS PRECIOS DEL COMERCIO INTERNACIONAL EN ESE AÑO**
(variación media en por ciento con relación al año anterior)

Productos primarios no petroleros	-4
Alimentos	-10
Bebidas tropicales	2
Aceites y semillas oleaginosas	-11
Materias primas agrícolas	-7
Minerales y metales	2
Petróleo crudo	-5

FUENTE: ONU. *World Economic Survey, 1981-1982*, Nueva York, 1982, p. 59.

Perspectivas similares se ofrecían para los precios de las principales exportaciones de los países del Tercer Mundo en 1982, como se puede apreciar en el cuadro anterior.

Sin embargo, estimaciones más recientes indican que el comercio mundial decreció en 1982, y se produjo en ese año una caída del 15% en los precios de todos los productos primarios no petroleros, con un descenso del 18% en el caso de los alimentos, del 13% en las materias primas agrícolas y del 12% en los minerales y metales.⁹

No obstante, el empeoramiento de la situación económica en los países subdesarrollados se manifiesta en 1982 con la mayor crudeza en el ámbito financiero.

**PRONÓSTICO REALIZADO A MEDIADOS DE 1982
DEL SALDO DE CUENTA
CORRIENTE EN LOS PAÍSES
SUBDESARROLLADOS PARA ESE AÑO**
(en miles de millones de dólares)

Países subdesarrollados	-62,5
Países con excedente de capital	32,5
Otros países exportadores netos de energía	-20
Países importadores netos de energía	-75

FUENTE: ONU. *World Economic Survey, 1981-1982*, Nueva York, 1982, p. 63.

Durante 1982 se incrementa la demanda de financiamiento externo, enfrentada, sin embargo, a restricciones crediticias cada vez más severas y a la ausencia de soluciones en los marcos del FMI y el Banco Mundial. De tal modo, a lo largo de 1982 se sucedieron las solicitudes de renegociaciones de la deuda externa, proceso particularmente agudo en América Latina. En tales condiciones, es perfectamente explicable que la deuda externa del Tercer Mundo alcance alrededor de 626 mil millones de dólares en 1982.¹⁰

A manera de conclusión, cabe citar el siguiente párrafo de un reciente informe de Naciones Unidas:

En resumen, 1982 puede verse como un año en el cual el crecimiento en los países en desarrollo será de nuevo inusualmente lento y en el cual habrá poco o ningún incremento de la inversión. Esto puede perjudicar las perspectivas de crecimiento para toda la primera mitad de la década. Sin una significativa mejora del entorno económico internacional, el retroceso no puede excluirse como una clara posibilidad en muchos de los particularmente más débiles países en desarrollo.¹¹

3

Productos básicos y otros problemas comerciales

Evolución del comercio mundial en el decenio de 1970

Aunque entre 1980 y 1982 el comercio mundial experimentó una brusca desaceleración a causa de la violencia de la crisis económica capitalista, durante todo el decenio de 1970, y aun antes, ese comercio creció a tasas superiores a las de la producción mundial. Este dinamismo, muy elogiado por numerosos autores, se relacionó por ellos con la evolución de la división internacional del trabajo y la creciente intervencionalidad de las economías y mercados nacionales. Si bien la brusca caída de los tres últimos años ha reflejado la profundidad de la crisis económica internacional, el mencionado dinamismo comercial ha servido de base para argumentar una supuesta bonanza económica en la posguerra, que sería demostrativa del funcionamiento perfectible, pero en esencia correcto, del actual orden económico internacional.

VARIACIÓN DE LAS EXPORTACIONES Y LA PRODUCCIÓN MUNDIAL 1963-1981

(por ciento anual medio de variación en volumen)

	1963-73	1973-81	1981
Producción mundial de mercancías	6	3	1
Exportaciones mundiales	8,5	3,5	0

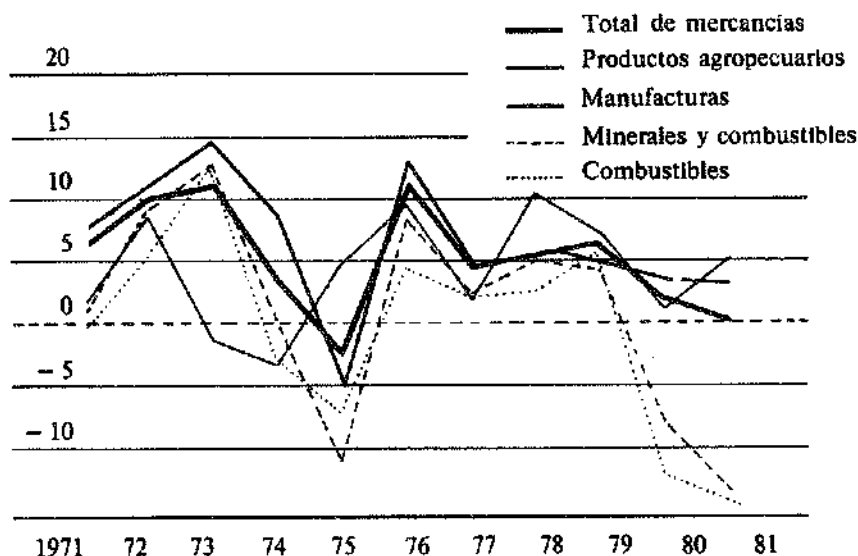
FUENTE: Extractado de GATT. *El comercio internacional, 1981-1982*, Ginebra, 1982, pp. 2 y 3.

Es evidente que la evolución del comercio mundial constituye un asunto de gran importancia para el Tercer Mundo. Esta se deriva del significado que tiene para los países subdesarrollados la expansión de dicho comer-

cio, la participación cuantitativa y cualitativa que alcanzan los países en él, la articulación del crecimiento comercial con el proceso de desarrollo concebido integralmente, las formas y mecanismos mediante los cuales el comercio internacional puede actuar como agente dinámico impulsor del cambio estructural y factor de superación del subdesarrollo, el atraso y la miseria.

TENDENCIAS DEL VOLUMEN DEL COMERCIO MUNDIAL 1971-1981

(en por ciento anual)



FUENTE: Banco Mundial. Informe sobre el Desarrollo Mundial, 1982.

La expansión comercial registrada en los años transcurridos desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, ha expresado una variada gama de procesos y hechos económicos, y más allá de lo económico, entre los cuales podrían señalarse la etapa de crecimiento relativamente larga, sin violentas caídas, ocurrida en los países capitalistas desarrollados; el impacto de la revolución científico-técnica; la instauración de la llamada sociedad de consumo; la relativa liberalización comercial implantada (ahora en seria crisis); el enorme auge de las empresas transnacionales, y —con menor peso que lo deseado— la incorporación al intercambio mundial de corrientes comerciales procedentes del Tercer Mundo.

Pero esa expansión comercial, así como las características básicas del actual comercio internacional, también enfatizan, ante todo, la precaria posición del Tercer Mundo, la incapacidad del orden comercial para impulsar

un desarrollo que entorpece y bloquea realmente, en tanto refleja las profundas inequidades del actual sistema de relaciones económicas internacionales. Este orden comercial no sólo es incapaz de favorecer el desarrollo de los países subdesarrollados, sino que constituye uno de los mecanismos de explotación que reproducen ampliamente las distancias entre el Occidente opulento y la periferia subdesarrollada.

Es necesario recordar algunas de esas características básicas del comercio internacional, pues son obligados puntos de partida para comprender la realidad, así como para intentar transformarla.

La primera característica básica corresponde a la *participación de los países subdesarrollados en el comercio mundial*. En este indicador tan importante se muestra, con meridiana claridad, el crecimiento de la brecha entre los países capitalistas desarrollados y el Tercer Mundo, de modo que en 1980 aquellos países habían aumentado aún más su peso preponderante en las exportaciones mundiales, al superar el porcentaje alcanzado en 1950 y mantener una tendencia ascendente sólo afectada de manera temporal por las subidas de precios del petróleo, pero conservando siempre una decisiva superioridad cualitativa.

En tanto, en 1980 el Tercer Mundo tenía una participación en las exportaciones mundiales inferior a la de 1950, lo cual refleja una regresión que ni siquiera los altos precios del petróleo entre 1974 y 1980, han podido detener. Entre 1950 y 1973 la caída fue vertiginosa —del 30,8% al 19,2%—, para elevarse de manera coyuntural en 1974 con el alza de precios petroleros.

En este profundo descenso, *los países subdesarrollados no petroleros, donde vive el 75% de la población del Tercer Mundo, han sufrido un auténtico hundimiento en su posición comercial*. Como se aprecia en el cuadro de la página siguiente, en 1950 concentraban el 23,6% de las exportaciones mundiales. En 1980 habían caído al 11,2%.

El hundimiento comercial aludido expresa tendencias profundas a nivel de la esfera productiva y la dotación tecnológica. Así, por ejemplo, en el período 1950-1977 el producto interno por habitante, medido en dólares de 1970, aumentó en 2 576 dólares en los Estados Unidos, en 1 771 dólares en los países de la Comunidad Económica Europea y en sólo 126 dólares en el conjunto de los países del Tercer Mundo, para configurar otra cruda expresión del abismo entre unos y otros.

El progresivo desplazamiento comercial del Tercer Mundo también se corresponde con las tendencias observadas en cuanto a la *orientación geográfica del comercio mundial*. Los países capitalistas desarrollados canalizan preferentemente entre ellos más del 70% de su comercio total, mientras que con los subdesarrollados intercambian poco más del 20%, del cual algo más de la tercera parte se realiza con los países miembros de la OPEP. Los países subdesarrollados también realizan más del 70% de su comercio con Occidente, mientras que entre ellos intercambian alrededor del 25%, siguiendo una lenta tendencia ascendente que muestra un crecimiento ligeramente superior al 5% en un decenio. Hacia los mercados de países socialistas se orienta alrededor de un 4% del comercio del Tercer Mundo.

**PARTICIPACIÓN DE LAS PRINCIPALES AGRUPACIONES
DE PAÍSES EN LAS EXPORTACIONES MUNDIALES**

(en por ciento)

	1950	1955	1960	1965	1970	1973	1974	1975	1976	1977	1978	1979	1980
Países capitalistas desarrollados	61,1	64,5	66,8	68,8	71,3	70,8	64,6	66,0	64,7	64,6	67,0	65,2	63,1
Países subdesarrollados (total)	30,8	25,5	21,7	19,6	18,0	19,1	27,0	24,2	25,9	25,8	23,3	25,6	28,1
Países subdesarrollados exportadores de petróleo	7,2	8,1	7,5	7,1	6,7	8,1	16,2	14,1	15,0	14,6	12,3	14,5	16,9
Países subdesarrollados no petroleros	23,6	17,4	14,2	12,5	11,3	11,0	10,8	10,1	10,9	11,2	11,0	11,1	11,2
Países socialistas	8,1	10,0	11,7	11,6	10,6	10,1	8,6	9,7	9,4	9,6	9,2	9,2	8,9

FUENTE: Elaborado con datos de UNCTAD. *Handbook of International Trade and Development Statistics*, 1981, p. 25.

Por otra parte, la *estructura del comercio mundial por tipos de productos* sigue las bien conocidas tendencias al predominio de las manufacturas, el sostenido descenso de los productos agropecuarios y el alza en valores de los combustibles.

**ESTRUCTURA DEL COMERCIO MUNDIAL
POR TIPOS DE PRODUCTOS**

(en por ciento)

	1963	1973	1976	1978	1979	1980
Productos agropecuarios	29	21	17	16	16	15
Minerales no combustibles	6	6	4	4	4	5
Combustibles	10	11	20	17	20	24
Manufacturas	52	61	57	60	58	55

FUENTE: GATT. *El comercio internacional, 1980-1981*, Ginebra, 1981, p. 4.

Es evidente que, descontando el alza coyuntural de precios del petróleo que provoca crecimientos en valores de sus exportaciones y reducción relativa del peso de las manufacturas, éstas son el sector más dinámico y estratégico del comercio mundial. En tanto, los productos agropecuarios enfrentan la peor suerte, pues constituyen el tipo de producto más vulnerable y con tendencias más declinantes. Sólo entre 1963 y 1980, los productos agropecuarios redujeron prácticamente a la mitad su participación en las exportaciones mundiales.

De manera que los países subdesarrollados —en especial, los importadores de petróleo— tienen una participación cada vez menor en el comercio mundial y permanecen, en su mayoría, atados a la exportación de productos primarios, que aún representan más del 60% de los ingresos por exportación del Tercer Mundo y constituyen el sector más endeble.

En 1980 —año considerado como relativamente bueno para el comercio del Tercer Mundo, si se compara con la catástrofe de 1981 y 1982—, los países industrializados importaron desde los subdesarrollados no petroleros un total de 135,9 miles de millones de dólares CIF.¹ De esa cifra, el 55% fueron productos primarios y el 43% se registró como importaciones de manufacturas, lo cual muestra aparentemente una estructura no muy desequilibrada. Pero esas importaciones de manufacturas aparecen en su real significado cuando se conoce qué tipos de productos las integran y de dónde proceden.

Si se observa la estructura de las exportaciones de los países subdesarrollados no petroleros en 1980, se verá que estos países exportaron, en ese año, manufacturas que sólo significaron el 9% del total de las exportadas mundialmente. Sin embargo, la debilidad de esta exportación manufacturera se aprecia con más claridad en su composición interna. En el rubro de prendas de vestir es donde el mencionado grupo de países alcanza su mayor participa-

ción en el total mundial (37%), y después en los textiles (20%) y diversos bienes de consumo acabados (17%), en los cuales se incluyen calzado, artículos de viaje y deporte, juguetes, etcétera.

En cambio, en los estratégicos productos químicos, de las industrias mecánica y eléctrica y de hierro y acero, los porcentajes no van más allá del 5%, con lo que se demuestra de manera evidente que las manufacturas exportadas corresponden, en amplia mayoría, al ámbito de textiles y prendas de vestir. Estos productos son los representantes típicos de una industria en la cual la utilización de mano de obra abundante y barata para operar tecnologías simples, permite obtener altas ganancias a las transnacionales que dominan el llamado complejo de fibras, textiles y prendas de vestir.

Lo anterior se ratifica con el hecho de que el 70% de las manufacturas importadas en 1980 por los países industrializados provinieron del grupo de 4 o 5 países del sudeste asiático, donde en los últimos años se ha implantado con mayor fuerza una industria textil de confecciones y de artículos de consumo basada en alto grado en la acción de filiales de empresas transnacionales, y que tienen como principal incentivo la mano de obra barata.

Todo esto encuentra su expresión resumida en el resultado de las balanzas comerciales de los países capitalistas desarrollados con los subdesarrollados no petroleros en 1980. En ese año, los países industrializados experimentaron un déficit de 48 200 millones de dólares en productos primarios, pero compensaron con creces ese déficit al obtener superávit de 60 400 millones de dólares en manufacturas.

BALANZA COMERCIAL DE LOS PAÍSES DESARROLLADOS DE ECONOMÍA DE MERCADO CON LOS PAÍSES SUBDESARROLLADOS IMPORTADORES DE PETRÓLEO

(en miles de millones de dólares)

	1973	1980
Manufacturas	23,7	60,4
Productos primarios	-20,7	-48,2
Saldo (todos los productos)	3,0	12,2

FUENTE: Elaborado a partir de GATT. *El Comercio Internacional, 1980-81, p. 24.*

Si se analiza el intercambio de manufacturas según sus diferentes tipos, es fácil apreciar que en las estratégicas producciones de las industrias mecánica, eléctrica, de hierro y acero y en los productos químicos, se registra un cuantioso excedente de 77 700 millones de dólares, que supera con facilidad los déficits en productos primarios y en textiles y vestido, para entregar a esos países desarrollados, en un año de precios relativamente altos de los productos primarios, un excedente comercial de 12 200 millones de dólares en su intercambio con el grupo de países que, por su carencia de

fuentes energéticas y el grado de subdesarrollo existente en la mayoría de ellos, integran la agrupación más empobrecida de la economía mundial.

Sólo entre 1973 y 1980, los productos de las industrias mecánica y eléctrica elevaron de 19 700 millones de dólares a 54 600 millones el superávit que aportan a los países industrializados, para actuar como las bases fundamentales del excedente comercial de esos países.

BALANZA COMERCIAL DE LOS PAÍSES DESARROLLADOS DE ECONOMÍA DE MERCADO CON LOS PAÍSES SUBDESARROLLADOS IMPORTADORES DE PETRÓLEO. INTERCAMBIO DE MANUFACTURAS

(en miles de millones de dólares)

	1973	1980
Productos de las industrias mecánica y eléctrica	19,7	54,6
Hierro y acero	2,8	6,6
Productos químicos	4,9	16,5
Subtotal	27,4	77,7
Diversos bienes de consumo acabados	-0,9	-5,7
Vestido	-3,0	-12,4
Diversas semimanufacturas	-0,2	1,0
Textiles	0,4	-0,2
Saldo total de manufacturas	23,7	60,4

FUENTE: Elaborado a partir de GATT. *El Comercio Internacional, 1980-81, p. 24.*

Lo expresado hasta aquí no ha hecho más que evocar realidades bien conocidas que se manifiestan a través de las cifras estadísticas y la comprobación empírica. Se refieren al desplazamiento comercial que va reduciendo de manera progresiva al Tercer Mundo a una parte más pequeña del intercambio mundial, a la dependencia de los productos más vulnerables y desfavorecidos, y a un crecimiento comercial manufacturero que, en significativa proporción, provoca fundadas sospechas de reflejar una nueva forma de dependencia, al reproducir en las manufacturas ligeras el atraso tecnológico, el desbalance comercial y la subordinación económica que han caracterizado tradicionalmente a los productos básicos.

Productos básicos y comercio internacional

Pero no terminan aquí los aspectos negativos para el Tercer Mundo, en el ámbito del comercio mundial.

Como se planteó anteriormente, más del 60% de los ingresos por exportación de los países subdesarrollados, proceden de la comercialización de productos básicos. A ellos les corresponde la peor suerte en el comercio inter-

nacional. En los dos últimos años, con ellos se ha registrado una verdadera catástrofe económica de profundas consecuencias para el Tercer Mundo.

Si se considera que los países del Tercer Mundo con significativas exportaciones de manufacturas son unos pocos (no más de 10) y que los exportadores de petróleo también constituyen un grupo reducido, aparece con nitidez la imagen económica de unos 100 países subdesarrollados que dependen principalmente de las exportaciones de productos básicos (alimentos, materias primas agrícolas, materias primas minerales). En América Latina, la región más industrializada del Tercer Mundo, las exportaciones de productos básicos alcanzan casi el 50% de las exportaciones totales. Si se excluye a los países exportadores de petróleo, la participación de los productos básicos alcanza alrededor del 80% del total de las exportaciones regionales.

El tema de los productos básicos conserva toda su importancia para el Tercer Mundo. De hecho, la dependencia de los productos básicos es uno de los rasgos que entrelaza e identifica, con mayor profundidad y generalidad, intereses comunes sustanciales al interior del Tercer Mundo.

Numerosos estudios han puesto de manifiesto la desventajosa posición de esos productos. No es necesario repetir hechos conocidos, como la creciente sustitución de productos básicos naturales por productos sintéticos, lo cual

constituye una permanente amenaza para nuestras economías. Sus negativas tendencias de precios pueden apreciarse tanto en el corto como en el largo plazo, aunque las tendencias de los precios reales en periodos largos resultan en especial reveladoras y refutan de manera definitiva ciertas visiones coyunturales optimistas de corto plazo, procedentes por lo general de economistas del mundo desarrollado occidental.

Si tomamos la evolución de los precios reales en el período 1960-1981, encontramos una imagen muy significativa de la suerte de los ingresos por exportación de la gran mayoría de los países del Tercer Mundo. Todo ello sin mencionar aún la verdadera catástrofe de precios que ha conmocionado a nuestros países en 1981.

En un reciente estudio, la FAO ha analizado las tendencias de precios reales de 15 productos básicos agrícolas que representan exportaciones superiores a 80 mil millones de dólares por año.² Citaremos algunos párrafos de este estudio. Sólo las citas, despojadas de comentarios, tienen una cruda fuerza de impacto.

Azúcar: "A comienzos de septiembre de 1981, los precios corrientes habían descendido de nuevo por debajo de 9 centavos por libra y los precios reales habían vuelto a los niveles obtenidos veinte años antes."

Después de septiembre de 1982, la situación de los precios del azúcar se tornó aún peor. Este producto alcanzó precios corrientes incluso inferiores a 6 centavos por libra, que en términos de poder real de compra equivalen a menos de 2 centavos de 1960.

Café: "Para mediados de 1981, en términos reales, los precios habían vuelto al bajo nivel medio de principios de los años sesenta."

Es destacable que, a causa del pobre comportamiento de los precios, los exportadores se vieron forzados a incrementar los volúmenes de café comercializado de 2,6 millones de toneladas en 1960-1962 a 3,6 millones en 1978-1980, para sostener sus ingresos por exportación.

Cacao: "En términos reales, el descenso fue excesivo y continuo haciendo que los precios del cacao retrocedieran a mediados de 1981 a los niveles vigentes a mitad de los años sesenta y por debajo de los de hace veinte años."

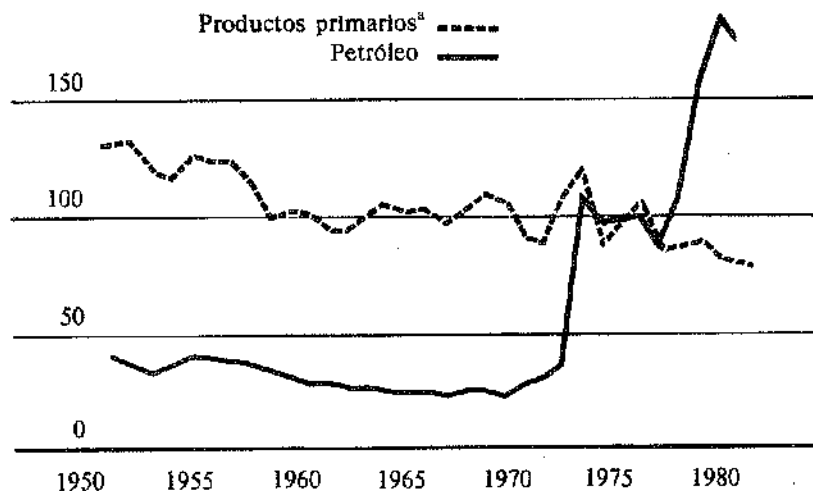
"Evidentemente, como el volumen global del comercio no ha aumentado en comparación con los primeros años del decenio de 1960, el valor real de todos los ingresos por exportación del cacao en grano ha disminuido. En especial, Ghana se ha visto negativamente afectada, ya que el volumen de sus exportaciones es actualmente la mitad del nivel alcanzado a principios del decenio de 1960."

Té: "En realidad, los precios reales de subasta de té, teniendo en cuenta una base anual, es probable que sólo sean una tercera parte del nivel de 1960. Así pues, aunque el volumen del comercio mundial del té ha aumentado 60% en los últimos veinte años, el valor real de los ingresos por exportación ha disminuido considerablemente."

Bananos: "Aunque el decenio de los años setenta se caracterizó por una brusca tendencia alcista de los precios corrientes, en términos reales los pre-

ÍNDICE PONDERADO DE PRECIOS DE LOS PRODUCTOS PRIMARIOS, 1950-1982

(promedio de 1974-1976 = 100)



^a Treinta y tres productos primarios, excluido el petróleo.

FUENTE: Banco Mundial. Informe sobre el Desarrollo Mundial, 1982.

cios del banano han disminuido más del 20% en los últimos veinte años.”

También los exportadores de banano han debido incrementar sus exportaciones en dos terceras partes durante los últimos 20 años, para conseguir, precariamente, sostener sus ingresos por exportación.

Arroz: “Por el contrario, en términos reales, la tendencia durante los últimos dos decenios ha sido descendente: los precios reales del arroz han sido más bajos en años recientes que en cualquier otro período de los dos últimos decenios.”

Para sostener los ingresos por exportación ha sido necesario aumentar los volúmenes comercializados de 6-7 millones de toneladas a principios de la década de 1960 a unos 12 millones en 1981.

Yute: “Como consecuencia de la situación desfavorable del mercado en las recientes campañas de 1980-1981, los precios del mercado mundial para la calidad media de yute se fijaron en alrededor de 290 dólares EU por tonelada en términos corrientes, lo que significa un tercio de hace 20 años en términos reales.”

Sisal: “Los incentivos resultantes para intensificar el corte de sisal, junto con una disminución de los precios de la resina de polipropileno, dieron lugar a un debilitamiento de los precios de la fibra y de los bramantes de sisal para usos agrícolas, que comenzó a principios de 1980 y ha durado hasta la fecha, reduciendo el precio real y situándolo cerca de los niveles deprimidos de principios de los años setenta y un 40% menos que los de 1960.”

Caucho natural: “En 1981 los precios fueron un poco más altos de lo que habían sido a principios de los años setenta como consecuencia de la grave recesión que afectó negativamente a la demanda durante 1980, y un 60% menos con respecto al nivel de 1960.”

Los exportadores de caucho han logrado sostener sus ingresos por exportación mediante un notable esfuerzo, al aumentar en un 60% el volumen comercializado en relación con 1960.

De acuerdo con el mencionado estudio de la FAO, similar caída han tenido la carne vacuna, la soja, el aceite de palma, el algodón y otros productos. Estos ejemplos demuestran la sostenida tendencia a largo plazo al descenso de los precios reales, simultaneada con una gran inestabilidad coyuntural, lo cual conforma el intenso proceso de asfixia comercial de nuestros países en sus relaciones con los países capitalistas desarrollados.

Para los países exportadores de muchos de estos productos básicos, como se puede apreciar, el mantenimiento de los ingresos reales por exportación a los niveles de 1960, sólo ha sido posible mediante la entrega de crecientes cantidades de productos en proporciones de un 60% y aun más por encima de las de aquel año.

En general, la FAO estima que sólo entre 1970 y 1978 los ingresos reales procedentes de las exportaciones de todos los productos básicos, disminuyeron en un 7% para los países africanos de bajos ingresos y en un 23% para los de Asia.

También las tendencias de precios reales a largo plazo han evidenciado la debilidad de los minerales en tanto productos básicos. Así, en el comercio

mundial para el aluminio, la bauxita, el cobre y el mineral de hierro, los precios deflactados por el índice de precios de exportación de manufacturas fueron inferiores en 1979 al nivel alcanzado en 1955.³

El descenso tendencial de los precios reales se acompaña de la extrema inestabilidad coyuntural bien conocida en nuestros países, la cual impide realizar siquiera una elemental planeación de los ingresos por exportación. Esto provoca un comportamiento espasmódico de las economías que hace vivir fugaces momentos de menor pobreza para caer abruptamente en la ruina y el endeudamiento. En este círculo vicioso nos debatimos tradicionalmente, para ocupar una posición más deprimida en cada nuevo ciclo.

En estas circunstancias es en absoluto comprensible la dura realidad de que, entre 1980 y 1981, 20 países se hayan visto obligados a solicitar la intervención llamada compensatoria del FMI, y que los fondos disponibles de acuerdo con el plan STABEX de la Comunidad Económica Europea fueran insuficientes para enfrentar los déficit de los países de África, el Pacífico y el Caribe.

La condición de productores y exportadores primarios nos relega a ocupar el último peldaño en la economía mundial y a dejar de obtener ingresos muy necesarios para la vida y el desarrollo de las grandes masas del Tercer Mundo. La Secretaría de la UNCTAD ha calculado que, de haberse llegado a etapas solamente de semielaboración en 10 productos básicos exportados en 1975 por los países subdesarrollados, a los ingresos recibidos por productos sin elaborar, ascendentes a 19 700 millones de dólares, se habrían sumado 27 200 millones.⁴

Si las tendencias a largo plazo han sido violentamente adversas, la coyuntura inmediata ha resultado catastrófica.

La crisis generada en las economías capitalistas desarrolladas también ha tenido su impacto destructor en el comercio exterior de los países subdesarrollados. En 1981 y 1982, sin disponer aún en este último año de estadísticas completas, las oscilaciones de precios fueron simplemente desastrosas para los productos exportados por el Tercer Mundo.

VARIACIONES DE PRECIOS DE PRODUCTOS BÁSICOS

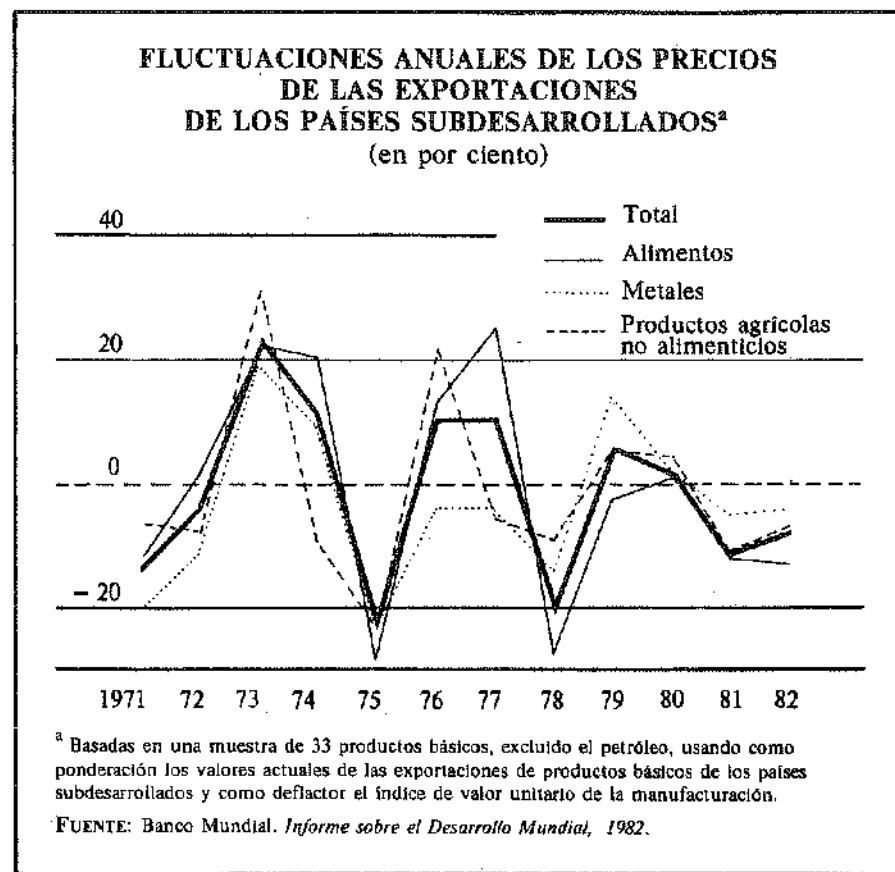
(en por ciento)

	1981	1982
Productos básicos (excluido el petróleo)	-15,6	-15,0
Alimentos	-21,3	-18,0
Bebidas tropicales	-18,9	-13,0
Aceites y semillas oleaginosas	-13,0	-13,0
Minaerales y metales	-12,3	-12,0

FUENTE: Extractado de ONU. *World Economic Survey, 1981-1982*. Nueva York, 1982, p. 59, y estimados de UNCTAD.

Como ya se dijo, si se consideran todos los productos básicos (excepto el petróleo), el descenso de precios en 1981 fue de un 15,6%, en tanto que para el subgrupo de los alimentos la caída fue de un 21,3%. Entre 1978 y 1981, los países subdesarrollados no petroleros soportaron un deterioro en su relación de intercambio de alrededor del 20%.

Algunas caídas de precios fueron verdaderamente vertiginosas. El azúcar, por ejemplo, de un nivel de 42 centavos la libra en octubre de 1980 descendió un 70% hasta diciembre de 1981 y casi un 85% hasta niveles de unos 6 centavos, en noviembre de 1982. *Estas caídas de precios ocasionaron pérdidas en 1981 que la Secretaría de Asuntos Económicos y Sociales de Naciones Unidas calcula, de manera cautelosa, en unos 8 mil millones de dólares.*



Como se dijo con anterioridad, el deterioro de la relación de intercambio fue en extremo agudo para el Tercer Mundo en los últimos años. Ese deterioro, fenómeno que nuestros países han soportado como tendencia permanente a largo plazo —con independencia de fluctuaciones coyunturales—, ha sido objeto de numerosos estudios que han demostrado su negativo compor-

tamiento. Existe abundante material estadístico utilizado por la UNCTAD, la CEPAL, la FAO y otros organismos internacionales que ilustra esta realidad.

Pero más reveladora es la forma concreta que asume para nuestros países el intercambio desigual, y la posición cada vez más desventajosa ocupada por los productos básicos. El Director General de la FAO se ha referido así a este problema:

Este deterioro constante de los términos del intercambio se verifica en los siguientes fenómenos: a fines de la década pasada, los beneficios obtenidos gracias a la exportación de una tonelada de banano permitían comprar la mitad del acero que era posible conseguir por ese medio diez años antes. [...] Más grave aún es el caso del trigo. En 1976 era posible comprar 16 toneladas de trigo con una tonelada de cacao. Los precios actuales sólo permiten la compra de 9 toneladas de trigo con una tonelada de cacao.⁵

Para ilustrar este fenómeno del creciente e injusto intercambio desigual entre países desarrollados y subdesarrollados, hemos buscado otros ejemplos además de los expuestos por el Director General de la FAO, en los que se incluye la incidencia de los precios del petróleo:

- En 1960, con la venta de una tonelada de azúcar podían comprarse 6,3 toneladas de petróleo. En 1982, con una tonelada de azúcar sólo podían obtenerse 0,7 toneladas de petróleo.
- En 1960, con la venta de una tonelada de café podían comprarse 37,3 toneladas de fertilizantes. En 1982, con una tonelada de café sólo se obtenían 15,8 toneladas de fertilizantes.
- En 1960, con la venta de una tonelada de bananos podían comprarse 13 toneladas de petróleo. En 1982, sólo podían comprarse 1,6 toneladas.
- En 1959, con los ingresos obtenidos por la venta de 24 toneladas de azúcar podía comprarse un tractor de 60 caballos de fuerza. A fines de 1982 eran necesarias 115 toneladas de azúcar para adquirir el mismo tractor.
- En 1959, con los ingresos obtenidos por la venta de 6 toneladas de fibra de yute podía comprarse un camión de 7-8 toneladas. A fines de 1982 eran necesarias 26 toneladas de yute para adquirir el mencionado camión.
- En 1959, con los ingresos obtenidos por la venta de una tonelada de alambro de cobre podían comprarse 39 tubos de rayos X para uso médico. A fines de 1982 con esa misma tonelada sólo podían adquirirse 3 tubos de rayos X.

Estimados basados en las fuentes siguientes: *U.S. Exports*, septiembre-diciembre, 1981, US Department of Commerce; *Comercio Exterior de Cuba 1959*, Junta Central de Planificación, 1961; y datos del Instituto de Coyuntura del Ministerio del Comercio Exterior de Cuba.

En todas las regiones del Tercer Mundo, estos dos últimos años han sido de catástrofe económica y, por supuesto, comercial. En África, las exportaciones fueron inferiores en 1981 a las del año anterior. La región acumuló un déficit comercial de unos 12 mil millones de dólares, equivalente a una pérdida de alrededor del 5% de su Producto Interno Bruto.

Una expresión particularmente aguda de las adversas condiciones comerciales, se encuentra en la desaceleración del crecimiento de las exportaciones de los países subdesarrollados no petroleros, ya mencionada antes, que en 1981 fue de sólo el 4% en comparación con ritmos cercanos al 8% registrados hasta 1980. Pero aún más dramático en cuanto a su significado para las posibilidades de crecimiento y las condiciones de vida de la gran mayoría del Tercer Mundo, es la drástica reducción de las importaciones durante 1981. Éstas cayeron a una tasa de crecimiento de sólo un 2% en comparación con niveles superiores al 5% en años anteriores.

Esta violenta contracción ha constituido una forzada, urgente y dolorosa medida a la que se ha recurrido al estar bloqueadas o ser prohibitivas las vías de financiamiento para el desarrollo y aun de financiamiento comercial. Es una manifestación de la profundidad y crudeza de la actual coyuntura económica del Tercer Mundo, en la cual la situación de los productos básicos es la catástrofe para 1 800 millones de personas en más de 100 países.

Productos básicos y empresas transnacionales

Un estudio de la UNCTAD publicado en 1976 calculó que el porcentaje del precio final que reciben los países productores en la comercialización de productos básicos es increíblemente pequeño.⁶ Las proporciones son inferiores al 10% en el hierro y la bauxita; entre el 20% y el 40% para el té, café, cacao, cítricos, banano y yute, y alcanzan alrededor del 50% en el azúcar.

Si a lo anterior se agrega que éstos, por tratarse de precios de exportación, incluyen los costos de transporte y otros costos locales, entonces la parte recibida por el productor es realmente ínfima.

Otro estudio reciente de la propia UNCTAD ha demostrado, con riguroso análisis, la parte muy pequeña recibida por los productores de algodón en el complejo productor y comercializador de fibras y textiles. El productor directo recibe alrededor del 6,4% del precio final al por menor a que se vende una confección de mezclilla de algodón. Esto significa que recibe unos 52 centavos por cada prenda que se vende al por menor a 8,04 dólares (1974).⁷

En los últimos años, diversas investigaciones, algunas de ellas realizadas por Naciones Unidas, han permitido penetrar, en algún grado, en la intrincada madeja de acciones de las empresas transnacionales y arrojar alguna luz sobre las nocivas operaciones de estas empresas y sus refinadas técnicas de explotación. A reserva de tocar de nuevo este tema más adelante, no es posible obviar en este análisis de los problemas comerciales del Tercer Mundo,

una referencia al papel particularmente negativo de las empresas transnacionales en ese campo.

Estos gigantescos conglomerados transnacionales que pretenden implantar su peculiar orden económico internacional, no son, en modo alguno, ajenos a las erráticas tendencias de precios de los productos básicos y a la ínfima proporción del precio final que reciben los países productores.

Ante todo es necesario apreciar el impresionante grado de control ejercido por las transnacionales sobre la comercialización de productos básicos. Este hecho fundamental, pese a ser bastante conocido, no siempre es lo bastante destacado. La realidad es que, "de hecho, todo el comercio internacional de los productos primarios exportados por los países en desarrollo sigue estando dominado por las empresas transnacionales".⁸

EXPORTACIONES DE PAÍSES SUBDESARROLLADOS COMERCIALIZADAS POR EMPRESAS TRANSNACIONALES, 1976

	<i>Exportaciones totales (en millones de dólares)</i>	<i>Por ciento comercializado por las empre- sas transnacio- nales</i>
Productos alimenticios		
Cacao	1 737	85
Banano	793	70-75
Tabaco	1 079	85-90
Té	827	85
Café	7 831	85-90
Azúcar	4 881	60
Arroz	1 102	70
Trigo	449	85-90
Materias primas agrícolas		
Cueros y pieles	297	25 ^a
Caucho natural	2 202	70-75
Algodón	2 692	85-90
Yute	172	85-90
Productos forestales	4 169	90
Minerales y metales		
Petróleo crudo	29 149	75 ^a
Cobre	3 031	85-90 ^a
Mineral de hierro	1 256	90-95 ^a
Bauxita	518	90-95
Estaño	604	75-80 ^a
Fosfatos	850	50-60

NOTA: Los datos del petróleo, cobre, mineral de hierro, estaño, cueros y pieles, corresponden a 1973.

FUENTE: UNCTAD. *Dimensiones del poder de las empresas transnacionales*, p. 61.

El poder de decisión que poseen estas empresas sobre la fijación de precios es de tal magnitud que, *cualquier demanda del Tercer Mundo para revalorizar su comercio y hacer frente al intercambio desigual, tiene que incluir —para ser coherente y penetrar en las raíces del problema— la eliminación del dominio transnacional sobre la comercialización, y el traspaso de los mecanismos comerciales a manos nacionales.*

Es realmente importante el hecho de que, excepto los cueros y pieles, el menor porcentaje de control transnacional sobre la comercialización de 18 productos básicos que concentran la amplia mayoría de las exportaciones del Tercer Mundo, oscila entre el 50% y el 60% y en 11 de ellos alcanza porcentajes entre el 85% y el 95%.

Ese enorme grado de control se ejerce por unas pocas empresas que comercian en más de un producto básico. El mencionado estudio de la UNCTAD sobre las dimensiones del poder de las empresas transnacionales, dice:

En la actualidad, 15 grandes empresas comerciales controlan del 85% al 90% del comercio mundial del algodón. Ese grado de control tiene su paralelo en los mercados de muchos otros productos primarios, como son el mercado del tabaco en hoja, en el que de un 85% a un 90% de los intercambios internacionales están bajo el control directo de seis empresas transnacionales; el del banano, cuyo mercado mundial está controlado en un 70% o un 75% por tres compañías y el del cacao en el que cinco empresas controlan más del 75% del comercio mundial, por no citar más que cuatro de los productos básicos principales.⁹

En la etapa más reciente, han surgido en la economía internacional las llamadas *general trading companies*, gigantescas empresas comercializadoras que operan con miles de productos (se calcula entre 20 mil y 25 mil productos por cada una de ellas), que incluyen desde café hasta metales, e incluso manufacturas variadas.

En el caso del mercado de algodón, por ejemplo, el siguiente párrafo del citado informe de la UNCTAD, resulta bien expresivo por sí solo:

En contra del difundido mito de la formación de los precios en un mercado libre, un pequeño número de especuladores y de grandes empresas que comercian en varios productos básicos ejerce una poderosa y penetrante influencia en los movimientos a corto plazo de los precios mundiales del algodón. Los movimientos a largo plazo están condicionados también por otros factores, entre los que destacan los precios y las actividades comerciales de las principales empresas químicas y petroquímicas. Por consiguiente, los países socialistas y los países en desarrollo, que producen más del 80% del algodón mundial, sólo desempeñan un papel marginal en los movimientos a corto y largo plazos de los precios mundiales del algodón y se ven reducidos a aceptar las fluctuaciones de los precios y a sufrir sus posibles efectos perjudiciales, en especial para los países que dependen de las exportaciones de algodón como principal fuente de divisas y de financiación para el desarrollo.¹⁰

En efecto, estas gigantescas empresas fijan un precio, toman la producción y la venden a ese precio en cualquier cantidad que el mercado absorba. Son los llamados "precios administrados", que los decide el vendedor para maximizar la ganancia monopólica, con lo cual, en virtud de su extensa escala de operaciones, cubre los eventuales descensos de ganancia en un producto con los aumentos en otros, y opera de manera habilidosa mediante el aprovechamiento de las interrelaciones entre los diferentes productos.

Estos monopolios también se aprovechan de la insuficiencia de los análisis tradicionales producto por producto, que ocultan las interrelaciones entre numerosos productos conectados en verdaderos complejos de producción y comercialización, como en el caso del circuito algodón/comercio del algodón/hilados/textiles/prendas de vestir/maquinaria textil, el cual se vincula a su vez con efectos recíprocos sobre el circuito petróleo y gas natural/productos petroquímicos/fibras químicas.

Si partimos del hecho de que las transnacionales se apoderan de entre el 80% y el 90% del precio al por menor en la comercialización de la mayoría de los productos básicos, la comprensión del problema acerca del deterioro en la relación de intercambio aparece con nuevas características, como se evidencia, por ejemplo, en un estudio de la UNCTAD sobre el banano.¹¹

En este contexto, los conocidos indicadores de la relación de intercambio, basados en las habituales estadísticas del comercio, tienen escasa capacidad para expresar el beneficio económico real para los países subdesarrollados, pues un incremento de precios en las condiciones prevalecientes sin eliminar la intervención de las transnacionales, sólo aportaría una parte marginal para los productores nacionales, y serviría más bien para aumentar la distancia entre esos productores y la creciente parte apropiada por las empresas transnacionales.

Los consorcios transnacionales de los países capitalistas desarrollados controlaban en julio de 1981 el 80% de la flota mundial, incluida la llamada de libre matrícula; el 12% estaba en poder de los países subdesarrollados y el resto en los demás países. Esto significa que mediante el pago de fletes establecidos en forma monopólica por las conferencias internacionales del transporte marítimo, se sustraen de nuestros países cuantiosos recursos en divisas que contribuyen a elevar el déficit de las balanzas de pagos.

Exportaciones de manufacturas procedentes de países del Tercer Mundo

Los países subdesarrollados han rechazado la clásica concepción nacida en los países capitalistas desarrollados, modernizada con diversos aditamentos y convertida en política económica, que pretende dividir el mundo en un área industrializada con avanzada tecnología y un área productora de productos primarios. Esta vieja y tenaz concepción se ha apoyado en el determinismo climatológico o en la dotación de recursos ya ad-

quiridos, e incluso se ha presentado contemporáneamente con refinadas sutilezas econométricas. Pero en todas sus variantes ha merecido el rechazo de nuestros países, que no admiten como status único y supuestamente favorable lo que la historia ha demostrado ser con creces la plasmación y el ahondamiento del atraso y la pobreza.

En los últimos dos decenios ha aumentado de manera sensible la participación de los países subdesarrollados en las exportaciones mundiales de manufacturas, lo cual coincide con la correcta decisión del Tercer Mundo de avanzar en la industrialización como única vía estratégicamente válida para superar el subdesarrollo y acceder a la tecnología moderna.

Sin embargo, la relación entre una parte de este proceso industrializador y las transnacionales, ocasiona serias preocupaciones ante la comprobación de que *a nuestros países se les impone una nueva forma de dependencia para convertirlos en exportadores de manufacturas simples, atrapados en las redes de sistemas transnacionales de producción y comercialización, en tanto continúan importando los bienes de equipo y capital que deciden el curso del desarrollo.*

Se estructura así una industrialización que algunos autores han llamado "sucursalizada" por basarse en sucursales o filiales productivas y comerciales de empresas transnacionales, que imponen patrones ajenos a las necesidades nacionales reales y se aprovechan de los bajos salarios para su acción incontrolada y altamente rentable.

La industria textil y de prendas de vestir constituye no el único, pero sí el agente cuantitativamente más importante en este proceso. La forma en que se distribuyen las diferentes fases del proceso industrial en la mencionada industria, ofrece una clara imagen de este auge exportador de manufacturas textiles.

La cadena comienza con la preparación de los hilados, primera etapa de la elaboración, que requiere poca densidad de capital y abundante fuerza de trabajo. Aquí se concentra lo fundamental del crecimiento manufacturero textil de los últimos años. La participación del Tercer Mundo en la producción mundial de hilados aumentó del 19% en 1950 a casi el 40% en 1979.¹²

La siguiente fase, la fabricación de los tejidos, que requiere mucho mayor densidad de capital con altos niveles de automatización y concentración, sigue estando dominada por los países capitalistas desarrollados y ubicada en ellos. La tercera fase, la industria de prendas de vestir, ha sido menos accesible a la mecanización y automatización, y permanece todavía en países subdesarrollados de bajos costos salariales, muchas veces ejecutada por unidades pequeñas.

Por último, el eslabón final está dado por la fabricación y venta de maquinaria textil caracterizada por alta tecnología y complejo diseño, de los cuales depende, en gran medida, el futuro de todo el sector. La participación de los países subdesarrollados aquí es muy reveladora de las reales relaciones de poder en el sector textil. Concentran menos del 5% del mer-

cado de exportación de maquinaria textil, con pocas posibilidades de incremento.

En relación con este proceso brevemente caracterizado, la UNCTAD ha expresado:

El oligopolio de los conglomerados ha aportado dos características a la industrialización de los países en desarrollo. En primer lugar, el traslado de filiales y de capital industrial, principalmente a seis o siete países en desarrollo, ha acentuado las divisiones dentro del llamado Tercer Mundo, de tal modo que la expresión industrialización del Tercer Mundo, significa sobre todo, en realidad, la expansión de la manufactura en ese pequeño grupo de países. En segundo lugar, las empresas oligopolísticas se apropian una parte considerable de los beneficios de esa industrialización, incluso si los comparten con un sector creciente pero todavía subordinado de empresarios industriales de los países en desarrollo. Como resultado, la distribución de los beneficios dentro de esos países en vías de industrialización es también limitada y desigual.¹³

Pero, si se deja a un lado el sector textil y se enfoca el problema de una manera más global, la situación se percibe con idéntica claridad.

El cuadro de la página siguiente muestra una imagen global, a nivel latinoamericano, del fenómeno de la sucursalización transnacional y el grado de dominio de las empresas. Según estos datos, el 33,1% de las importaciones que hacen los Estados Unidos desde América Latina proceden de sucursales transnacionales norteamericanas instaladas en la región. En el caso de las manufacturas, esa proporción alcanza el 51%.

Por otra parte, las exportaciones totales a las casas matrices ubicadas en los Estados Unidos procedentes de sucursales de transnacionales norteamericanas en esa región, aumentaron del 69% al 85% entre 1971 y 1975. Esas exportaciones se computaron como crecimiento de la exportación manufacturera y prueba fehaciente del desarrollo industrial en marcha en algunos países latinoamericanos, aunque lo que muestran en realidad es que una alta proporción del comercio exterior de manufacturas y, obviamente, de su producción, se realiza fuera del control y las decisiones de la dirección económica nacional.

Se estructura así el llamado *sistema de "comercio cautivo"* que convierte al comercio internacional en una verdadera caricatura de sí mismo —muchos autores consideran que no menos del 40% del comercio mundial tiene esas características—, pues se establecen flujos comerciales que se trasladan dentro de la red de sucursales de la transnacional. Se registran exportaciones que no son tales y se fijan precios cuyo objetivo no es remunerar de manera equitativa el trabajo gastado por los productores nacionales, sino servir de vehículos para transferir ganancias de una sucursal a otra, para cumplir el propósito de maximizar la ganancia a nivel de conglomerado.

Estos precios de transferencia difieren de manera apreciable de los precios llamados normales y tienen efectos tan importantes como las propias

ESTADOS UNIDOS: IMPORTACIONES PROCEDENTES DE PAISES LATINOAMERICANOS. TOTALES
Y ORIGINADAS EN FILIALES DE EMPRESAS ESTADOUNIDENSES.
CLASIFICADAS SEGUN GRADO DE ELABORACION, 1977
(en millones de dólares y por ciento)

	Totales (por ciento)	Filiales (por ciento)	Productos primarios (por ciento)	Filiales (por ciento)	Semimanu- facturas (por ciento)	Filiales (por ciento)	Manufac- turas (por ciento)	Filiales (por ciento)
Argentina	386,0	6,8	114,6	2,1	100,5	7,0	167,5	9,2
Brasil	2 230,7	18,5	1 082,9	4,9	368,2	15,5	755,6	38,4
México	4 647,3	48,3	2 080,0	30,5	547,6	28,5	1 803,6	70,8
Bolivia	160,3	4,4	115,4	4,2	42,4	3,4	1,3	9,1
Chile	229,4	5,0	65,6	10,3	139,0	3,0	15,4	2,9
Colombia	824,6	13,4	646,1	12,5	28,5	3,7	141,2	17,3
Ecuador	604,0	14,0	515,3	15,8	73,6	0,5	11,2	10,2
Perú	488,9	7,4	264,9	3,0	154,8	3,2	47,3	8,1
Venezuela	4 065,5	25,6	1 859,9	17,7	374,6	13,8	1 814,0	36,0
Costa Rica	293,9	24,7	255,2	21,6	3,8	0,4	32,6	50,4
El Salvador	426,2	17,2	328,8	0,4	1,6	6,7	91,2	74,9
Guatemala	377,5	6,4	361,7	5,7	4,3	5,1	5,7	7,1
Honduras	255,3	40,2	233,9	40,5	5,6	7,5	13,9	46,7
Nicaragua	180,2	17,7	156,1	18,9	4,2	12,9	18,3	8,1
Paraguay	23,4	5,3	12,8	6,1	5,3	0,1	4,9	5,4
Uruguay	88,2	3,9	4,2	1,9	11,2	0,4	72,3	4,2
Haití	169,9	27,5	46,7	33,2	17,7	9,7	101,1	28,4
Panamá	158,9	39,6	113,8	27,2	6,0	24,3	34,2	85,5
Rep. Dominicana	625,7	13,0	482,8	5,6	59,0	18,0	71,5	48,0
Guyana	55,9	6,1	45,8	6,5	7,2	0,0	2,1	2,6
Jamaica	346,3	86,7	216,2	95,2	108,4	76,6	19,8	53,2
Suriname	120,5	33,9	58,9	38,8	59,7	30,0	0,6	0,7
Trinidad y Tobago	1 655,9	77,3	753,4	81,5	207,4	54,3	689,4	79,8
TOTAL 23 PAISES	18 414,4		9 815,0		2 330,6		5 914,7	
TOTAL CORRESPONDIENTE A FILIALES	6 100,4	33,1	2 322,1	23,7	512,3	22,0	3 014,5	51,0

FUENTE: Tomado de CEPAL. *Las relaciones económicas externas de América Latina en los años ochenta*, p. 39.

transferencias financieras de las transnacionales. Como las ganancias interesan principalmente después de pagar los impuestos, las transnacionales pueden minimizar los pagos de impuestos manipulando los precios para desplazar las ganancias de países de altos impuestos hacia otros que apliquen tipos impositivos menores.

Otro procedimiento consiste en inflar los costos de las mercancías importadas desde sus sucursales, para burlar los controles gubernamentales tendientes a impedir que los márgenes de venta al por menor excedan de cierto porcentaje de los precios de las mercancías importadas o de los costos de producción. También se manipulan los precios de transferencia para retirar las ganancias y los saldos de tesorería de los países de moneda débil y eludir las restricciones en materia de extracción de divisas.

El resultado de todo esto es un comercio internacional distorsionado, precios de transferencia que actúan como piezas en el mecanismo de explotación comercial e intercambio desigual, una menor capacidad nacional para dirigir las economías y orientar el desarrollo, una dependencia de nuevo cuño e inalterable sustancia, estadísticas internacionales engañosas que sugieren un curso positivo, allí donde las tendencias reales indican un ahondamiento del subdesarrollo y creciente saqueo.

No es posible caracterizar el comercio internacional de los países subdesarrollados, sea de productos básicos o de manufacturas, sin encontrar en las empresas transnacionales y en las políticas económicas de los países sede de sus casas matrices el principal obstáculo para el desarrollo del Tercer Mundo. Ignorar la acción de estos conglomerados sería meter la cabeza en la arena con filosofía de avestruz. Sin una estrategia coordinada y una acción unida ante las transnacionales, poco puede avanzarse por un camino diferente al actual curso catastrófico en lo referente a expansión comercial y aprovechamiento del comercio como factor de desarrollo.

El viejo y el nuevo proteccionismo

El sistema capitalista ha estado asociado a las teorías y políticas proteccionistas en la práctica desde su surgimiento. El mercantilismo de los siglos xv, xvi y xvii es probablemente el más remoto antecedente de la actual oleada proteccionista que golpea, con redoblada intensidad, a nuestros países.

Para los países subdesarrollados, el proteccionismo puede actuar como instrumento para defender la naciente producción industrial y el empleo asociado a ella, frente a la competencia comercial de los países desarrollados, pero se vuelve injusto históricamente cuando países de economía poderosa ponen en práctica tales medidas egoístas que frenan el desarrollo de la inmensa mayoría de los pueblos cuyo atraso es la consecuencia de siglos de explotación colonial y neocolonial, sobre la que se edificó la opulencia de un grupo reducido de naciones.

La realidad conocida por nuestros países ha sido crudamente simple. Las principales potencias capitalistas han aplicado medidas proteccionistas que

nos lesionan, en cada ocasión que lo han creído conveniente, al mismo tiempo que no cesan de declararse partidarias fervientes de la liberalización comercial y dicen preocuparse ante la eventualidad de una escalada proteccionista que altere los supuestos libres mecanismos de funcionamiento de los mercados internacionales.

Esas políticas proteccionistas bloquean el acceso a mercados o reducen la competitividad de los productos exportados por los países subdesarrollados.

Es necesario apuntar, antes de centrar la atención en sus efectos sobre el Tercer Mundo, que el proteccionismo en sus diversas formas expresa —como instrumento de política en la pugna interimperialista— en el terreno comercial, la reacción capitalista ante la crisis y la lucha entre sectores transnacionalizados de las clases dominantes, interesados en una economía más internacionalizada y abierta, y sectores monopolistas internos con base en los mercados interiores de los países desarrollados. En esta intrincada y compleja pugna, lo que se decide en el fondo es quién producirá qué en el futuro con todas sus derivaciones o, en otras palabras, el control de los mercados de la década de 1980 y aún más allá.

En esta pugna ocupa un importante lugar el dominio de los mercados y las fuentes de abastecimiento del Tercer Mundo. El proteccionismo sirve en ese contexto para desalentar producciones inconvenientes, y las invocaciones a la liberalización sirven para penetrar en los mercados nacionales o de agrupaciones de países.

No es un secreto que el proteccionismo ha evolucionado. Se ha hecho más sofisticado y ha elevado su eficacia real en términos de barreras comerciales. Esas barreras han cambiado su componente fundamental de los aranceles a las llamadas barreras no arancelarias que caracterizan el actual neoproteccionismo.

Hoy el neoproteccionismo se defiende acusando a ciertos países del Tercer Mundo que han elevado sus exportaciones de manufacturas —haciendo abstracción de las ventajas que las transnacionales obtienen en ese proceso— de ser los responsables de las perturbaciones de mercado. Pero, en el sector de manufacturas, las importaciones hechas por los países miembros de la OCDE procedentes del Tercer Mundo, expresadas como proporción del consumo interno en esos países desarrollados, aumentaron de modo casi insignificante (del 1,2% al 2%) en 15 años entre 1960 y 1975, lo cual evidencia que esas importaciones siguen siendo minúsculas en relación con el potencial de consumo de esos países y que la pretendida invasión de los mercados occidentales por las manufacturas tercermundistas se encuentra muy lejos de la realidad.

Por otra parte, si se produce esta acusación con los pocos países que han elevado sus exportaciones de manufacturas, ¿qué ocurrirá en el futuro cuando, por ineludible tendencia histórica, una mayor cantidad de países exporten mayores cantidades de manufacturas?

También es oportuno recordar que en la década de 1960 y principios de la de 1970, algunos autores occidentales sostenían que los tipos de cambio fijos

eran la causa de las presiones proteccionistas por motivo de su rigidez. Hoy, los tipos de cambio flotan y, sin embargo, el llamado ajuste estructural en los países desarrollados sigue teniendo en el proteccionismo un gran componente para equilibrar la balanza de pagos y subsidiar industrias no competitivas.

Los *viejos aranceles* han cedido la primacía a las barreras no arancelarias, pero no han desaparecido. Se mantienen actuando y conformando un factor de presión, como quedó evidenciado en la Ronda de Tokio de Negociaciones Comerciales Multilaterales, efectuada en el marco del GATT. En esas negociaciones se produjo otra reducción de la tasa media ponderada del arancel nominal en los Estados Unidos, la Comunidad Económica Europea y Japón. Sin embargo, este aparente avance en la liberalización comercial incluye elementos muy negativos que no pudieron evitarse a causa del inflexible rechazo de aquellos países en el largo y complejo proceso de negociaciones.

En efecto, se mantienen grandes dispersiones en torno a la tasa media, que implican altos niveles de protección efectiva para ciertos productos muy significativos en nuestras economías. Se institucionalizó como principio el llamado escalonamiento arancelario, que grava con más fuerza a un producto en la medida en que mayor sea su grado de elaboración, con lo cual se evidencia que las presiones tendentes a retener al Tercer Mundo en su tradicional papel de exportador primario, se encuentran tan vivas como siempre. Y, por último, la reducción arancelaria acordada en Tokio echó por tierra los márgenes de preferencia derivados de los Sistemas Generales de Preferencias (SGP) de los Estados Unidos, la CEE y Japón, sin que existieran compensaciones sobre otros productos no incluidos en tales sistemas. Durante años, los países subdesarrollados reclamaron con insistencia la implantación de los SGP, por entender que contenían concesiones significativas.

La Ronda de Tokio puso de manifiesto el carácter muy cuestionable de esas concesiones y las hizo prácticamente nulas, lo cual provocó una pérdida potencial neta por ese concepto de unos mil millones de dólares, considerando los SGP de los Estados Unidos, la CEE y Japón.¹⁴

La posibilidad de subsanar las graves deficiencias de los sistemas arancelarios emanados de la Ronda de Tokio es remota, por cuanto para los próximos años no se prevé una nueva serie de negociaciones y porque en toda negociación en el marco del GATT actúan, con fuerza determinante, sus principios básicos, o sea, el de nación más favorecida, el de no discriminación y el de reciprocidad, cuyo filo dirigido contra los países subdesarrollados es ampliamente conocido.

El llamado trato especial hacia los países subdesarrollados, acordado en Tokio para aplicarse en los acuerdos allí adoptados —subsidios y derechos compensatorios, medidas antidumping, licencias de importación, valoración, obstáculos técnicos al comercio y compras del sector público—, no altera, en lo esencial, el sentido de esos acuerdos. Esto es así a causa del carácter no general del trato especial, que se limita a exceptuar a un país de alguna obligación o reconocer determinadas situaciones particulares, pero se requiere

negociar en cada caso para hacer efectivas esas disposiciones. En ningún acuerdo se estableció, además, el principio del acceso directo y estable a los mercados de países desarrollados y, en cambio, en cada uno se institucionalizó el llamado principio de graduación, que deja en manos de la otra parte la aplicación del trato especial en función de su interpretación acerca del grado de desarrollo del país, mediante una decisión caso a caso. Todo esto se encuentra muy lejos del trato preferencial, estable y directo a que aspiran nuestros países como legítima reivindicación para avanzar en el terreno comercial.

En general, la Ronda de Tokio quedó muy lejos de las necesidades y expectativas de nuestros países. La institucionalización de principios como el de graduación, la imposibilidad de alcanzar acuerdos sobre asuntos como las cláusulas de salvaguarda, que dejan en manos de los países desarrollados la posibilidad discrecional de aplicar medidas discriminatorias cuando lo estimen conveniente, la insuficiencia y condicionalidad del llamado trato especial, son algunos de los factores que provocan la profunda insatisfacción del Tercer Mundo frente a la última serie de negociaciones comerciales multilaterales y el actual orden comercial internacional. En realidad, las mencionadas negociaciones convocadas por el GATT se propusieron, ante todo, resolver los problemas comerciales entre los Estados Unidos, la CEE y el Japón. Las necesidades y aspiraciones del Tercer Mundo fueron un tema marginal; por tanto, no es sorprendente que los resultados no reflejen los intereses de nuestros países.

La CEPAL ha expresado el siguiente juicio, aplicable no sólo a los países latinoamericanos, sino a todos los países subdesarrollados:

Estos países no lograron que se considerara adecuadamente su situación y sus aspiraciones, y no lograron satisfacción, ni en las negociaciones de productos ni en las nuevas normas para el comercio internacional. Por lo tanto, su participación futura se verá lesionada por las dificultades para tomar parte en las decisiones del sistema en un marco que ha institucionalizado —o que pretende institucionalizar en un futuro próximo— conceptos que no responden a las necesidades del comercio de los países en desarrollo.¹⁵

La XXXVIII Sesión de las Partes Contratantes del GATT, efectuada en Ginebra en noviembre de 1982, tampoco alcanzó resultados dignos de mención para los países subdesarrollados. De nuevo sus demandas fueron ignoradas y el debate se centró fundamentalmente en las contradicciones comerciales entre los Estados Unidos y la Comunidad Económica Europea.

Por su parte, las *barreras no arancelarias* constituyen en la actualidad el más eficaz instrumento discriminador y bloqueador de mercados. La sutileza, la variedad y el ocultamiento caracterizan este tipo de barreras. Incluyen un número indeterminado de prácticas proteccionistas —la UNCTAD ha identificado unas 700— que van desde subvenciones gubernamentales, restricciones cuantitativas, normas sanitarias y normas técnicas, hasta procedimientos administrativos deliberadamente complejos. Otra variante consiste en los llamados “acuerdos de libre comercio organizado”, de carácter oficial o privado,

los cuales no son más que restricciones aceptadas bajo la amenaza de peores represalias.

Toda esta amplia gama de medidas proteccionistas, entre las cuales no debe olvidarse la tenaz y rígida protección agrícola practicada por la CEE frente al Tercer Mundo, causa daños todavía no completamente cuantificados por la misma naturaleza elusiva de las medidas no arancelarias.

No obstante, según la CEPAL,¹⁶ el examen de 20 grupos de medidas no arancelarias muestra que en 1979 afectaron a ventas por valor de 8 mil millones de dólares o, en otras palabras, más del 50% de las ventas de América Latina a los Estados Unidos, la CEE y Japón, excluido el petróleo. Algunas fuentes calculan que alrededor de las tres quintas partes del comercio efectuado por países capitalistas desarrollados, está en la actualidad sujeto a barreras no arancelarias.

Los Estados Unidos mantienen vigente su discriminatoria y punitiva Ley de Comercio Exterior, que constituye un elaborado muestrario de barreras y exclusiones por razones políticas, ideológicas, y hasta por ser miembro de la OPEP. En ella aparecen las inevitables disposiciones sobre represalias comerciales contra los países subdesarrollados que, en ejercicio de su derecho soberano sobre recursos naturales y actividades económicas, nacionalicen propiedades norteamericanas sin “pronta y efectiva indemnización”, e incluso contra aquellos que, en defensa de sus productos de exportación, participen en asociaciones de productores que a juicio del gobierno norteamericano lesionen los intereses de ese país. En diversas ocasiones, las autoridades norteamericanas han pretendido aplicar a filiales de transnacionales de ese país localizadas en países subdesarrollados prohibiciones para comerciar con otros, como en el caso de Argentina y otros países en sus relaciones comerciales con Cuba.

De igual modo, las recientes tendencias hacia la apreciación del dólar motivadas por la política del actual gobierno norteamericano, exacerbando las contradicciones entre los principales países capitalistas desarrollados y, entre otros efectos, contribuyen a elevar el déficit de balanza comercial norteamericana, que en 1982 superó los 42 mil millones de dólares e implantó una nueva marca en la historia de ese país. Estos hechos recrudecen tendencias proteccionistas en la economía norteamericana, cuyos efectos sienten el Tercer Mundo con creciente fuerza, y permiten pronosticar la presencia de una importante fuente de presiones proteccionistas en tanto continúen actuando esas políticas.

La Comunidad Económica Europea practica una política azucarera consistente en subsidiar fuertemente la ineficiente producción interna y exportar crecientes toneladas al mercado mundial, y ha desempeñado un importante papel en la escasa efectividad del Convenio Internacional del Azúcar, al cual se ha negado a adherirse, y en el desplome de precios más violento ocurrido a un producto básico en los últimos 3 años. También en 1980 la CEE elevó de 59 a 136 el número de productos llamados “sensitivos” que son exportados por países subdesarrollados y deben someterse a cuotas limitativas para su acceso al mercado comunitario.

4

Cuestiones monetarias y financieras

El sistema monetario internacional y los países subdesarrollados

La crisis monetario-financiera internacional afecta profundamente a los países subdesarrollados, y constituye una de las manifestaciones más visibles de la bancarrota del actual sistema de relaciones económicas impuesto al mundo por el capitalismo.

A lo largo de los últimos 10 años, la economía de los países del Tercer Mundo se ha visto particularmente golpeada por la desintegración del sistema de tipos de cambios fijos, la aparición de enormes déficit en las balanzas de pagos en cuenta corriente, la inflación galopante y la escasez de recursos financieros utilizables en condiciones adecuadas, fenómeno éste exacerbado por el desmedido aumento de las tasas de interés y la resultante elevación sin precedentes de la deuda externa.

Los orígenes de esta caótica situación se remontan a la crisis del sistema monetario-financiero impuesto por los Estados Unidos con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial.

Tal sistema —acordado bajo presión en la conocida conferencia de Bretton Woods, en 1944— ubicó de manera privilegiada al dólar de los Estados Unidos como fundamental activo de reserva internacional equiparable, en la práctica, al oro mismo. De ese modo, quedaba consagrada la hegemonía indiscutible de ese país en la esfera monetario-financiera, expresada a través de los bien engrasados mecanismos de dominación del Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF), más conocido como Banco Mundial.

El sistema monetario-financiero así creado, aseguró efectivamente el ejercicio del predominio casi indiscutible de los Estados Unidos en la economía internacional, en la misma medida en que sus masivas exportaciones de capital, programas de reconstrucción en Europa y gastos militares, se financiaron con generosidad mediante el simple expediente de la expansión monetaria. Como es lógico, ello suponía el respaldo de una

Ocho años después del lanzamiento del programa por un Nuevo Orden Económico Internacional, después de dos llamados Decenios para el Desarrollo y de que numerosos autores dentro y fuera de Naciones Unidas han mostrado de manera minuciosa la desfavorable situación comercial de nuestros países, basada en un persistente intercambio desigual que aniquila recursos escasos, la posición del Tercer Mundo en el comercio internacional es probablemente peor que nunca antes.

Las medidas que se han planteado como intentos de solución o paliativos de discutible eficacia, se encuentran todas, en mayor o menor grado, paralizadas o muy alejadas de sus proyecciones originales.

Los escasos conventos de productos que se han logrado establecer, se encuentran en la inercia o en franca crisis. Las perspectivas de nuevos conventos resultan inciertas. Y los objetivos del Programa Integrado de Productos Básicos y su componente esencial, el Fondo Común, todavía están bien lejos de lograrse.

La indización ha sido tenazmente rechazada por los países desarrollados de economía de mercado, los cuales se han negado siquiera a discutir acerca de ella.

Las asociaciones de productores han sido acusadas, boicoteadas y presentadas como factores satánicos de perturbación de mercados y desencadenamiento de crisis. Se les ha hecho víctimas de amenazas y discriminaciones.

El financiamiento compensatorio por descenso de ingresos de exportación permanece reducido al contexto de la ominosa intervención del FMI y su condicionalidad injerencista, mientras que, en el caso del sistema STABEX, sus interesantes mecanismos pierden alcance a causa de la limitación de los recursos que canaliza y el lastre neocolonialista que arrastra el sistema.

Para el Tercer Mundo, hoy más que nunca, en el punto más profundo de su más profunda crisis, es un imperativo histórico romper el círculo vicioso de su inferioridad comercial, y convertir el comercio internacional en un real factor de desarrollo nacional independiente.

economía hegemónica y, en particular, de reservas de oro que apoyasen de manera adecuada los dólares en circulación.

Sin embargo, tales condiciones comenzaron a perder su vigencia en la misma medida en que se alteró el panorama económico internacional desde fines de la década de 1950. Ya desde entonces, en efecto, la economía de los Estados Unidos empezó a sufrir las consecuencias de las economías crecientemente competitivas de Europa Occidental y Japón.

Junto al mantenimiento de la anacrónica e injusta estructura del FMI, la utilización hasta la saciedad de la capacidad de autofinanciamiento que brindó este sistema a los Estados Unidos, comenzó a minar su propia existencia desde inicios de la década de 1960. Es conveniente recordar que a partir de estos años, terminado el período de la llamada "escasez de dólares" en los países capitalistas desarrollados, los Estados Unidos comenzaron a financiar su lugar privilegiado en la economía internacional mediante la emisión de obligaciones en dólares que tenían, cada vez en menor medida, una contrapartida en oro, en otras divisas convertibles o en una demanda real derivada del crecimiento de sus exportaciones de bienes y servicios. La gran expansión inversionista que llevaron a cabo las empresas transnacionales norteamericanas desde estos años, el crecimiento de los programas de "ayuda" condicionada políticamente y el aumento desmesurado del parasitismo de su economía, generadora de un creciente monto de importaciones de todo tipo y de gastos militares en aumento, se sustentaron, en buena medida, en la política conocida por todos los bancos comerciales de "crear dinero con un toque de la pluma", sin otro respaldo que la credibilidad y la fuerza política coercitiva del país.

Los siguientes datos brindan una idea de esa política.

POSICIÓN INTERNACIONAL DEL DÓLAR

(en miles de millones de dólares)

	Reservas de oro	Obligaciones en poder de extranjeros
1960	17,8 ^a	40,9 ^c
1970	11,1 ^a	97,7 ^c
1980	11,2 ^b	202,9 ^d

FUENTE: ^a*Economic Report of the President, 1969*, USGPO, p. 330.

^b*Federal Reserve Bulletin*, noviembre de 1982, p. 455.

^c*International Economic Report of the President, 1975*, USGPO, p. 143.

^d*OECD. Main Economic Indicators*, diciembre de 1982, p. 86.

La acumulación progresiva de cuantiosos saldos en dólares en el exterior contribuyó, decisivamente, a crear el especulativo mercado de los eurodólares y socavó la base misma de la moneda central de reserva del sistema, cuyo nivel de liquidez se tornó incontrolable. Asimismo, esta

política fue una de las fuentes primarias de aceleración del proceso inflacionario iniciado a fines de la década de 1960, y que ha llegado a niveles sin precedentes en la economía internacional.

PARTICIPACIÓN EN LAS EXPORTACIONES MUNDIALES

(en por ciento)

	1960 ^a	1980 ^b
Estados Unidos	16,0	10,9
Japón	3,2	6,4
RFA	8,8	9,5

FUENTE: ^aElaborado a partir de *International Economic Report of the President, 1975*, p. 131.

^b*Economic Report of the President, 1982*, p. 352.

A pesar de estas circunstancias, el dólar se mantuvo sobrevalorado artificialmente hasta 1971. El abandono de las paridades fijas y de la convertibilidad de esa moneda, la liberación consecuente del precio del oro y las sucesivas devaluaciones del dólar en 1971 y 1973, marcaron en realidad el final del sistema monetario creado en Bretton Woods. Se inició entonces una etapa —aún no concluida— de desorden e incluso guerra monetaria en la economía internacional, caracterizada por la flotación de las tasas de cambio, la inflación creciente y la creación desordenada y asimétrica de liquidez en el mercado financiero internacional.

Las sucesivas enmiendas del sistema adoptadas en 1969 y 1976 —en un proceso de reforma fallido, en realidad institucionalizador del desorden monetario-financiero actual— no pudieron lograr la añorada estabilidad de posguerra, en la misma medida en que la hegemonía económica norteamericana existente entonces como base del sistema, resultaba ahora cuestionada por Europa Occidental y Japón en virtud de su real y creciente poderío económico.

Síntoma de las incongruencias manifiestas del sistema fue la creación de los Derechos Especiales de Giro (DEG) en 1970, instrumento supuestamente llamado a convertirse en el principal activo de reserva, en sustitución del dólar. Sin embargo, estas expectativas nunca llegaron a materializarse, en la misma medida en que tales cambios resultaron incapaces de responder a las verdaderas necesidades de transformación del sistema monetario internacional vigente, aunque, ciertamente, los DEG evidenciaron los cambios en la correlación de fuerzas operados entre los Estados Unidos y el resto del mundo capitalista desarrollado en los últimos años.

Sin embargo, la crisis del sistema monetario internacional ha golpeado, en mayor medida, a los países subdesarrollados.

En primer lugar, la *fluctuación de las tasas de cambio* ha provocado una constante incertidumbre y, en el caso de las monedas que se han depreciado, ha traído como consecuencia la reducción del valor real de los ingresos por exportación y del nivel de las reservas en divisas, y ha hecho prácticamente imposible cualquier proceso de programación económica en los países subdesarrollados, que utilizan las monedas llamadas fuertes como el principal activo de reserva.

Esto afecta en particular a aquellos países que, como los de América Latina, mantienen sus monedas y reservas internacionales vinculadas al dólar.

**TENDENCIAS DE LOS TIPOS DE CAMBIO DEL DÓLAR
DE LOS ESTADOS UNIDOS EN RELACIÓN
CON LAS PRINCIPALES MONEDAS DEL MUNDO CAPITALISTA
(1975 = 100)**

	1975	1976	1977	1978	1979	1980	1981	1982
Tipo de cambio efectivo	100	105,2	104,7	95,7	93,7	93,9	105,7	114,1

FUENTE: FMI. *International Financial Statistics*, mayo de 1978; mayo de 1982.

En este caso cabe subrayar que la sobrevaloración del dólar ocurrida durante 1981 y 1982 responde a la elevación de las tasas de interés que se produce en los Estados Unidos, como parte de su política económica monetaria restrictiva. Esta medida produjo efectos negativos sobre la deuda externa de los países latinoamericanos —como del resto del Tercer Mundo—, al motivar aumentos en los costos del financiamiento recibido del extranjero, particularmente en el servicio de la deuda.

En segundo lugar, las altas *tasas de inflación* también han producido en los últimos años efectos muy negativos sobre la economía del Tercer Mundo.

La inflación —entre cuyas causas más profundas se encuentran la práctica monopolista de formación de precios y la brusca ampliación de los gastos improductivos estatales, en especial los gastos militares en los países capitalistas desarrollados durante los últimos años— ha devenido indudablemente una de las expresiones más claras de la irracionalidad del sistema de relaciones económicas imperante en los países de economía de mercado.

INFLACIÓN MUNDIAL POR GRUPOS DE PAÍSES

(medida a través de la variación anual en por ciento del índice de precios al consumidor)

	1973	1974	1975	1976	1977	1978	1979	1980	1981
7 principales países capitalistas desarrollados	7,5	13,3	11,0	8,0	8,1	7,0	9,3	12,2	10,0
Países subdesarrollados:									
exportadores de petróleo	11,3	17,0	18,8	16,8	15,5	10,6	10,5	12,6	13,1
importadores de petróleo	22,1	28,7	27,0	27,6	27,0	23,6	29,0	36,9	37,2

FUENTE: FMI. *Informe anual*, 1982; OECD. *Economic Outlook*, julio de 1982.

Por otro lado, la inflación generada durante la década de 1970, a partir del nivel de internacionalización alcanzado por la actividad económica, acabó por desarticular los mecanismos de control económico de corte keynesiano, aplicados tradicionalmente durante muchos años, con lo cual se perdió el efecto otrora tonificante de gastos inflacionarios generados por los gobiernos en los países capitalistas para estimular el auge económico.

Al mismo tiempo, la inflación, generada en los países más avanzados de ese sistema, se ha transmitido de manera amplificada al mundo subdesarrollado, al tiempo que asegura altos márgenes de rentabilidad para los consorcios transnacionales, a través de los mecanismos de precios que empobrecen y asfixian cada vez más a los países subdesarrollados.

Por último, el problema de la *liquidez internacional* también ha estado influyendo negativamente sobre las economías del Tercer Mundo. Ante todo, no puede dejar de señalarse el insuficiente y deformante papel desempeñado por el FMI en este sentido.

Como puede apreciarse en el cuadro de la página siguiente, no sólo es obviamente insuficiente el monto de los recursos asignados por el FMI para compensar los déficit en cuenta corriente de los países subdesarrollados, sino que se aprecia una proporcionalidad decreciente de ese aporte.

A esto habría que añadir que la política de esta organización ha sido incapaz de responder de manera adecuada a las imperiosas necesidades del mundo subdesarrollado, al ignorar por completo el carácter estructural de los problemas de balanza de pagos de los países subdesarrollados; al limitar todo financiamiento que no sea compensatorio y a corto plazo; al imponer cláusulas de condicionalidad que suponen un alto precio social, económico y político, lesivas a la soberanía y a los intereses de nuestros pueblos.

El FMI se ha manifestado —incluso recientemente— como un verdadero gendarme de los intereses más reaccionarios del capital financiero internacional.

PAÍSES SUBDESARROLLADOS NO PETROLEROS
SALDO DE TRANSACCIONES CORRIENTES Y RECURSOS
ASIGNADOS POR EL FONDO MONETARIO INTERNACIONAL

(en miles de millones de dólares)

	1976	1977	1978	1979	1980	1981	1982 ^a	1976-82
Saldo de transacciones corrientes (1)	-32,0	-28,3	-39,2	-58,9	-86,2	-99,0	-97,0	-440,6
Totales de recursos asignados por el FMI (2)	2,4	2,2	1,0	2,5	3,5	5,5	5,8	22,9
Por ciento de compensación 2:1	7,5	7,8	2,6	4,2	4,0	5,6	5,9	5,2

^a Estimado.

FUENTE: Elaborado sobre la base de los datos ofrecidos en el *Informe 1982*, del FMI.

A principios del mes de febrero de 1983, en ocasión de procederse en el FMI a la revisión de las cuotas de sus miembros, el Grupo de los 24 —integrado por representantes de gobiernos de Asia, África y América Latina— reiteró su apelación en favor de un incremento del 100% en esas cuotas y de una emisión de Derechos Especiales de Giro (DEG). La demanda de incremento en las cuotas, en particular en favor de los países subdesarrollados, fue justamente sustentada con el argumento de la agudización de la crisis económica mundial y su impacto en esos países. Importantes círculos de la opinión pública internacional respaldaron al Grupo de los 24 en esa solicitud.

Sin embargo, el FMI, como es usual, hizo caso omiso de tales planteamientos. Las cuotas se aumentaron en menos de un 50%, esto es, de 61 mil millones en DEG a 90 mil millones, y ese incremento se distribuyó de tal modo, que benefició a un grupo de potencias —Francia, RFA y Japón, entre otras— a costa de los países subdesarrollados. No se acordó la emisión de nuevos Derechos Especiales de Giro, como se demandaba. Y aunque se aumentaron los recursos del llamado Acuerdo General de Préstamos, éste continuó sujeto al conocido régimen de control de las once potencias industriales —más, últimamente, Arabia Saudita— que, como proporcionan los fondos, deciden quiénes han de ser los que reciban los préstamos.

Este limitado incremento de cuotas que aprobó el FMI no sólo contrasta con las necesidades de los países subdesarrollados para hacer frente a la presionante situación actual de sus balanzas de pagos (por no hablar ya del flujo en gran escala de recursos que se requerirían para salir de la crisis e impulsar el desarrollo). En realidad, de tal incremento de cuotas sólo una pequeña parte corresponderá a los países subdesarrollados y esa pequeña parte, a su vez, representará nada más que una fracción de las pérdidas en divisas experimentadas por esos países desde que se hizo efectivo el último aumento de cuotas a fines de 1980. Entre 1981 y 1982, en efecto, esas pérdidas en divisas se calcula alcanzaron alrededor de 85 mil millones de dólares (40 mil millones en descenso de ingresos por exportación, 37 mil millones por ascenso en el servicio de la deuda y entre 5 y 10 mil millones por contracción de préstamos).

La parte minoritaria que corresponde a los países subdesarrollados del incremento en las cuotas recién aprobado por el FMI, no pasa, pues, de constituir un insignificante pallativo, aunque, ciertamente, un pallativo bastante costoso en términos políticos, económicos y sociales. A las posibilidades de préstamos que ofrece tal incremento se accede sólo pasando por las horcas caudinas de las crecientemente rigurosas e intervencionistas cláusulas de condicionalidad de esa institución. Se constata así, otra vez, la inflexibilidad del comportamiento tradicional del Fondo, hoy más explícita que nunca en la distancia abismal que media entre los mezquinos recursos que aporta y las cuantiosas necesidades de los países subdesarrollados, entre sus menguadas soluciones apenas a corto plazo y la grave hondura y magnitud histórica de los problemas, entre lo que ofrece y lo que exige a cambio. No es ninguna fórmula que vaya al fondo de la tragedia económica de los países del Tercer Mundo. La necesidad de sustituir esa caja chica del imperialismo que es el FMI por un nuevo, equitativo y universal sistema monetario y financiero internacional, parece imprescindible.

Por otro lado, en los últimos años se ha venido produciendo una expansión sin precedentes de la actividad de la *banca transnacional* en el mundo subdesarrollado. Las causas de esta expansión se relacionan, de una u otra forma, con el propio desarrollo de las empresas transnacionales, con la internacionalización de la producción y, sobre todo, con la crisis económica y sus efectos, tanto en países capitalistas desarrollados como subdesarrollados.

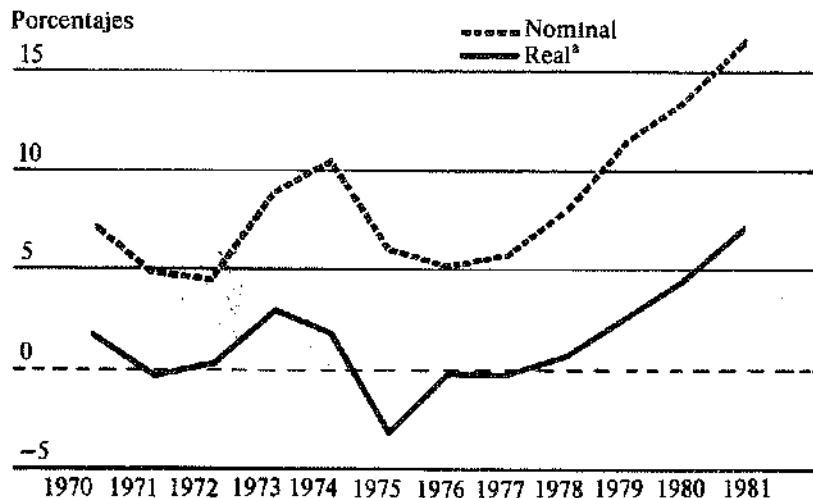
Ha sido precisamente la banca privada, al actuar ante todo a través de mecanismos relativamente nuevos como el euromercado, la que ha presionado, en concordancia con el FMI, para forzar a los países deudores a la aplicación de medidas de política económica que lesionan los intereses más vitales de los pueblos del Tercer Mundo. Los países subdesarrollados han quedado así atrapados en la red de un mercado de capitales en alto grado especulativo y restrictivo. Este hecho, unido a los déficit de sus transacciones comerciales y de pagos, ha provocado una crítica situación para lograr la compensación de los saldos negativos acumulados.

**TASA DE INTERÉS INTERBANCARIA OFERTADA (LIBOR)
A TRES MESES PROMEDIO ANUAL
DE EUROMONEDAS RELACIONADAS**
(en por ciento anual)

	1979	1980	1981	1982
Dólar de Estados Unidos	11,9	14,1	16,9	13,2
Franco francés	11,2	12,5	17,9	19,6
Libra esterlina	14,0	16,7	13,9	12,3
Marco RFA	6,1	9,1	11,7	8,6
Yen japonés	6,1	11,5	7,7	7,0

FUENTE: 1979. Calculado a partir de las tasas vigentes a final de mes, compiladas en *Euromoney 1979* (números mensuales).
1980 a 1982. Calculado a partir de las tasas promedio diarias.

TASA DE INTERÉS REAL EN LOS ESTADOS UNIDOS 1970-1981



^a Deflactado mediante el deflactor del PIB de los Estados Unidos.

FUENTE: *The World Bank World Development Report*, 1982.

A lo anterior se unen los intentos de controlar la inflación con políticas monetarias restrictivas, que no sólo han profundizado la crisis económica y reducido los mercados, sino que han supuesto la aplicación de medidas que han hecho subir las tasas de interés a los niveles más elevados de pos-

guerra y que, por ende, han creado una tensa situación en el costo de obtención de capitales de préstamo a corto plazo.

Las soluciones propuestas para tales dificultades por los círculos gobernantes de los Estados Unidos, han sido la apertura sin límites ni condiciones a la conocida acción supuestamente benefactora del capital privado internacional, y la austeridad económica interna. O sea, *reducir aún más los ya ínfimos niveles de vida y dejar operar a bajo costo y sin restricciones a las empresas transnacionales.*

El sistema monetario internacional se trata de emplear aún hoy, en su decadencia, para respaldar la política de fuerza que se esgrime como elemento básico para la supervivencia del actual sistema de relaciones económicas. En tal sentido, el Fondo Monetario Internacional ha reforzado en la actualidad el condicionamiento de sus créditos e impone, con más energía que nunca, su conocido papel de supervisor e interventor sobre las economías subdesarrolladas, las cuales deben aceptar sus recetas neocolonialistas de devaluación, austeridad y apertura a las mercancías e inversiones provenientes de los países capitalistas desarrollados, además de pagar tasas de interés elevadas acordadas con el mercado de capitales y someterse a programas de pago estrictamente regulados a corto plazo.

Son de triste recordación los numerosos casos de gobiernos progresistas a los cuales se les han impuesto estas medidas envueltas en consideraciones tecnocráticas. Mientras tanto, cada vez que los países capitalistas desarrollados se han visto en dificultades, el Fondo ha servido de garantía y agente movilizador de capital. Ejemplo diáfano de la conducta de este organismo, lo constituye el reciente financiamiento por más de mil millones de dólares otorgado a Sudáfrica, con el mayor desprecio por los países africanos y la comunidad internacional.

El camino del desarrollo requiere ingentes esfuerzos y un elevado costo. Sólo con la eliminación del carácter neocolonial del sistema monetario internacional y, en particular, el de sus instrumentos como el FMI, será posible emprender las transformaciones imprescindibles. Ningún organismo internacional en el cual un exiguo grupo de cinco países controle, mediante la participación en su capital, el 40% de sus votos e imponga así su voluntad a más de 110 países subdesarrollados, puede servir a los intereses de éstos.

El financiamiento externo para el desarrollo y la deuda externa

La deformación de las estructuras económicas que impuso históricamente la dominación foránea sobre el Tercer Mundo, ha planteado a nuestros pueblos la imposibilidad de generar, por sí mismos, los recursos financieros indispensables para la superación del atraso.

Hoy día, cuando una abrumadora carga financiera amenaza seriamente las economías subdesarrolladas, cuando la espiral del endeudamiento parece

conducir a un desastre impredecible, los problemas del financiamiento externo del Tercer Mundo pasan necesariamente a un primer plano.

Desde hace ya algunos años, para la comunidad internacional resultó evidente que sólo mediante la obtención de recursos financieros externos en condiciones adecuadas, sería posible remontar el subdesarrollo. Sin embargo, ésa no ha sido la motivación esencial que ha presidido la afluencia de recursos financieros a los países subdesarrollados en los últimos años. El agudo empeoramiento producido en las relaciones económicas internacionales del Tercer Mundo, en medio de la disponibilidad de un apreciable volumen de capital excedentario en el mundo capitalista desarrollado, creó las condiciones para que los flujos financieros se convirtieran en un auténtico generador de endeudamiento, dependencia y dominación aún mayores para los países más pobres.

Un análisis objetivo de la realidad revela que este financiamiento externo, que por el mero hecho de dirigirse al Tercer Mundo se ha denominado muchas veces "para el desarrollo", no ha contribuido en absoluto a la superación de las secuelas del colonialismo y neocolonialismo.

En realidad, el incontrolable crecimiento de la deuda externa de los países subdesarrollados no refleja para nada las consecuencias lógicas que pudieran derivarse de un proceso de desarrollo en el cual se presentan, necesariamente, desbalances financieros externos, sino que tiene sus raíces en el creciente deterioro de las relaciones económicas entre los países capitalistas más avanzados y los pueblos del Tercer Mundo.

Esto se manifiesta, en primer lugar, en el ámbito de las relaciones comerciales y, en particular, en el conjunto de países no petroleros. En efecto, la relación de términos de intercambio para este grupo de países se deterioró cerca de un 13% entre 1973 y 1981, para dar lugar a un saldo negativo de la balanza comercial que alcanzó más de 355 mil millones de dólares en esa etapa.

La dominación que ejercen sobre el comercio mundial los países capitalistas desarrollados, la reducida diversidad de las exportaciones del Tercer Mundo y su gran dependencia de las importaciones, han impedido a estos países aumentar sus ingresos de exportación y los obligan a aceptar términos de intercambio desfavorables que han hecho duplicarse, con creces, el déficit comercial en sólo 3 años.

La gravedad que se deriva de los crecientes desbalances comerciales se ha visto acentuada en los últimos tiempos a través de los déficit en las operaciones de servicios. Si tomamos en consideración el saldo de esta cuenta, observaremos que también ofrece un resultado negativo de 76 mil millones de dólares en esta etapa.

Todo lo anterior arroja un saldo adverso para la cuenta corriente de la balanza de pagos, que alcanza, según el FMI, más de 476 mil millones de dólares entre 1973 y 1982.

También debe señalarse que al drenaje en las operaciones de servicios continúa contribuyendo de manera significativa la acción irrestricta e in-

controlada de las empresas transnacionales, mediante las remisiones de utilidades desde los países subdesarrollados donde estén ubicadas hacia sus matrices en otras partes del mundo. Los estudios de las balanzas de pagos de los países subdesarrollados muestran que el total de inversiones directas que entró en estos países durante el período 1970-1978 fue de 42 200 millones de dólares, mientras que las utilidades repatriadas ascendieron a 100 218 millones. De tal manera, por cada dólar de inversión salieron 2,37 dólares en forma de utilidades que contribuyeron al fortalecimiento de las balanzas de pagos de los países capitalistas desarrollados.¹

La inversión extranjera ha representado así un importante factor de deterioro de la balanza de pagos del mundo subdesarrollado, y un elemento propiciador de su endeudamiento externo.

De tal modo, en la misma medida en que los recursos financieros transferidos al Tercer Mundo sólo han servido para compensar a corto plazo los desajustes de la balanza de pagos y no han tenido una incidencia real en el proceso de desarrollo, se ha generado un creciente proceso de endeudamiento en estos países.

**DEUDA EXTERNA DESEMBOLSADA
DE LOS PAÍSES SUBDESARROLLADOS AL FINAL DEL AÑO**
(en miles de millones de dólares)

	1975	1976	1977	1978	1979	1980	1981 ^a	1982 ^a
Deuda total	179,1	216,9	264,6	336,6	397,3	456,2	524,0	626,0
Variación media anual (%)	24	21	22	27	18	15	15	19,5

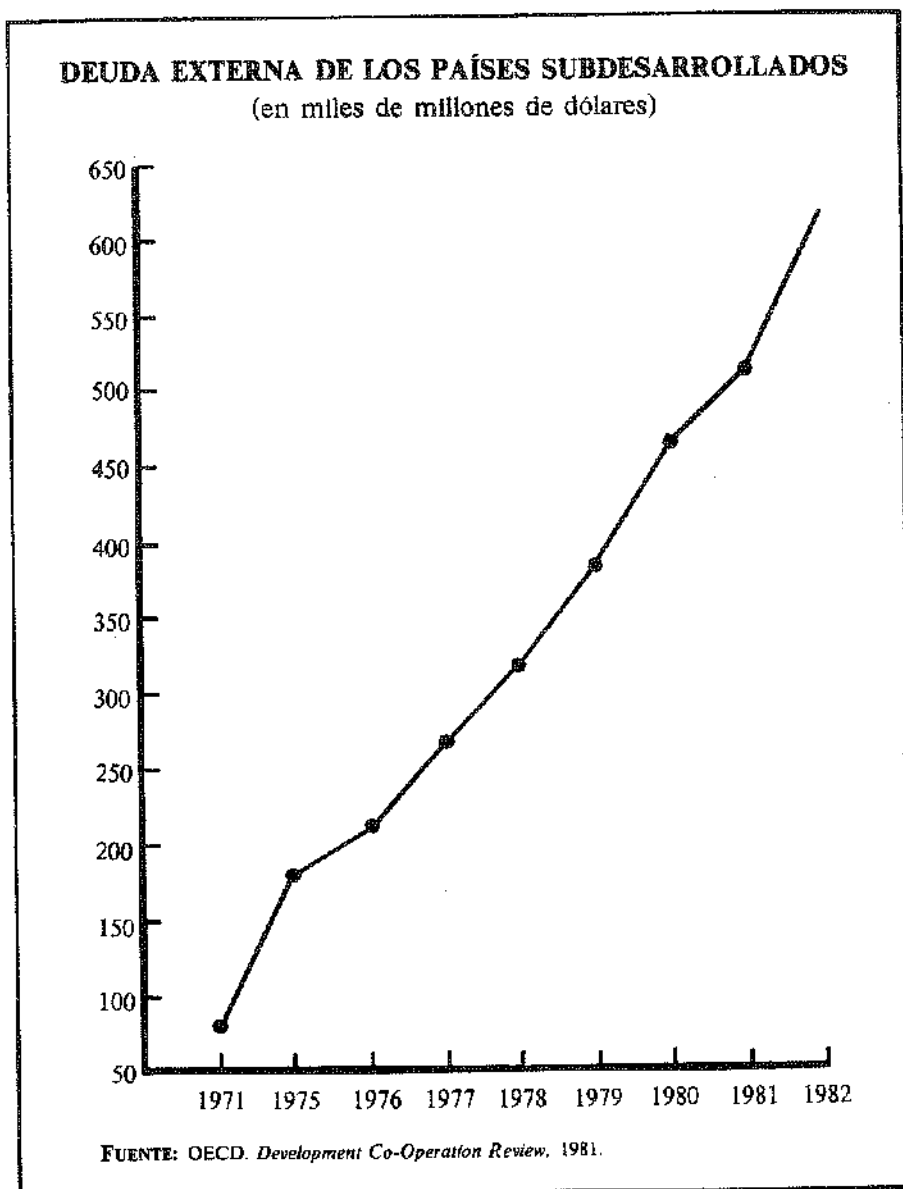
^a Estimado.

FUENTE: OECD. *Development Co-Operation Review*, 1981, París, 1981, p. 218; *Resumen de la deuda anual de los países en desarrollo de 1982*. AP, 16 de diciembre de 1982.

Mientras entre 1978-1982 la economía del mundo subdesarrollado crecía globalmente a una tasa del 3,2%, sus exportaciones decrecían a un ritmo promedio anual de 1,7% y la deuda se incrementaba a un ritmo del 16,8% en el mismo período.²

Esta fabulosa cantidad de recursos financieros se ha destinado, en esencia, para cubrir el déficit de cuenta corriente que han sufrido los países subdesarrollados, a causa del injusto carácter de sus relaciones económicas con los países capitalistas desarrollados. En los dos últimos años, este proceso se ha hecho insostenible para los países subdesarrollados, a causa

del decaimiento de la demanda de sus productos derivado de la aguda crisis en las economías de mercado desarrolladas y, además, de los negativos resultados de la política financiera en los mercados internacionales de capital, lo cual ha significado, como veremos más adelante, el acortamiento de los plazos de vencimiento y gracia, mayores tasas de interés y menores oportunidades para obtener nuevos créditos.



Evidentemente, esta espiral de endeudamiento que comenzó a expandirse de manera acelerada en la década de 1970, ha tomado hoy un ritmo vertiginoso que supera todas las previsiones anteriores, y se hace cada vez más difícil de cumplimentar por los países del Tercer Mundo.

El peso de este endeudamiento es tal, que no sólo está sofocando las posibilidades de crecimiento económico, sino también las posibilidades de asegurar siquiera los bajos niveles de consumo característicos en la mayoría de los países subdesarrollados, altamente dependientes de las importaciones.

De acuerdo con diversos estudios, cada niño que nace hoy en el Tercer Mundo tiene una deuda de 260 dólares, pero como la deuda crece a un ritmo mucho mayor que la población, resulta un crecimiento notable de la deuda anual por habitante, o sea, en 1985 cada habitante del mundo subdesarrollado deberá alrededor de 500 dólares. Esta cifra, desde luego, es más grave en algunas regiones. En América Latina, donde se deben cerca de 300 mil millones de dólares, la deuda por habitante es ya cercana a los mil dólares.³

Sin embargo, la propia dinámica del proceso de endeudamiento a la vez que ha permitido amortiguar parcialmente los efectos de la crisis sobre las economías del Tercer Mundo, ha devenido ella misma una fuente de enriquecimiento para el capital financiero transnacional. Ello se expresa con claridad en la evolución del servicio de la deuda.

SERVICIO DE LA DEUDA
TOTAL ANUAL DE LOS PAÍSES SUBDESARROLLADOS
(en miles de millones de dólares)

	1975	1976	1977	1978	1979	1980	1981 ^a	1982 ^a
Servicio total	26,2	32,2	41,0	56,9	73,6	91,2	111,7	131,3
Intereses	9,5	11,8	14,3	19,8	26,0	34,9	46,5	-
Amortización	16,7	20,4	26,7	37,1	47,6	56,3	65,2	-
Variación media anual del servicio total (%)	19	23	27	39	29	24	22	17,5

^a Estimado.

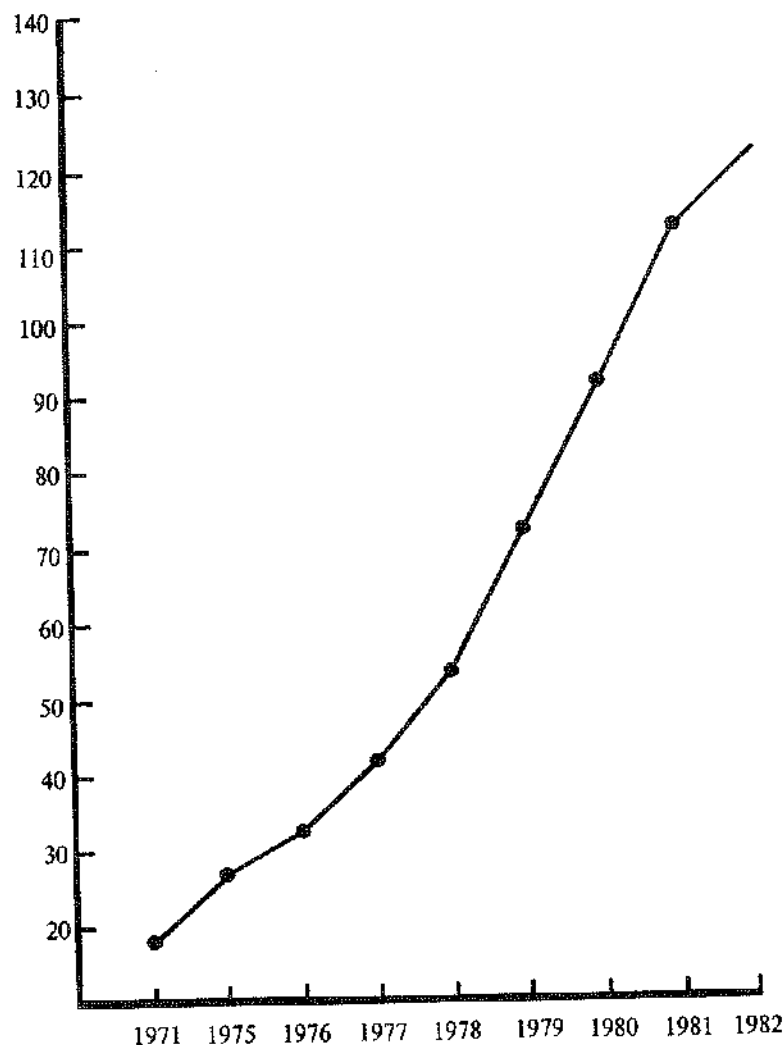
FUENTE: OECD. *Development Co-Operation Review*, 1981, París, 1981, p. 218; *Resumen de la deuda anual de los países en desarrollo de 1982*, AP, 16 de diciembre de 1982.

Estos datos muestran cómo entre 1978 y 1982 el servicio de la deuda creció a un ritmo medio anual del 23,3%, tasa que supera el ritmo de incremento de la deuda misma. En otras palabras, *cada vez es más necesario pedir prestado para poder pagar lo que ya se debe*. De ahí que, según es-

timados del Banco Mundial, la transferencia neta real de recursos financieros al Tercer Mundo sólo equivalía al 22% del monto total de los préstamos en 1980.⁴

SERVICIO DE LA DEUDA DE LOS PAÍSES SUBDESARROLLADOS

(en miles de millones de dólares)



FUENTE: OECD, *Development Co-Operation Review*, 1981.

EL PARADÓJICO MECANISMO DE RETROALIMENTACIÓN DE LA DEUDA EXTERNA

Para los países subdesarrollados importadores de petróleo, los cuantiosos desequilibrios en las balanzas de pagos en cuenta corriente —agravados por el impacto de la crisis sobre sus exportaciones, el empeoramiento de la relación de intercambio y el alza en los tipos de interés— se expresaron en un déficit anual que alcanzó entre 1979 y 1980 unos 80 mil millones de dólares, sobrepasando ampliamente los 90 mil millones en 1981 y continuando su ascenso en 1982. El resultado de todo ello fue el auge acelerado de la deuda externa, que según el método de cálculo que se adopte, se acerca o supera en la actualidad los 600 mil millones. Ahora bien, esta deuda, cuya magnitud estuvo determinada en principio por la necesidad de obtener recursos para compensar los déficit en cuenta corriente, ha venido a convertirse con el tiempo en un factor impulsor del propio déficit y, en realidad, en un mecanismo retroalimentador que reclama por sí mismo un tributo cada vez mayor del producto del trabajo de los pueblos, tributo que va a engrosar, por cierto, en más de una tercera parte las cajas de la banca transnacional.

Esta situación puede sustanciarse incluso estadísticamente con datos del Banco Mundial, según los cuales de los 117 mil millones obtenidos como préstamo por los países subdesarrollados en 1981, el servicio de la deuda reclamó 99 mil millones (85%) dejando una transferencia neta de recursos de sólo 18 mil millones (600 millones en el caso de América Latina). Más claro: se ha llegado a un extremo tal que los países subdesarrollados están incurriendo en deuda prácticamente con el único objetivo de cumplir las obligaciones que crea la propia deuda. Fenómeno tan absurdo, vicioso e irracional como éste, no tiene precedentes en la historia de las relaciones económicas internacionales.

Esta espiral cobró un nuevo impulso entre 1979 y 1981, gracias al aumento indiscriminado de las tasas de interés flotantes en el mercado financiero internacional, las cuales se elevaron —según estimados de la OCDE— de un 12% a un 18% promedio anual. Este incremento representó para los países subdesarrollados erogaciones calculadas en 2 mil millones de dólares adicionales por cada 1% de aumento en la tasa de interés, lo cual significó —sólo durante 1981— el pago por nuestras exhaustas economías de 13 mil millones de dólares suplementarios.⁵

Los intereses, que en 1971 representaban el 30,3% del servicio de la deuda, 10 años más tarde habían elevado su participación al 41,6% de ese total.

De ahí también que la exportación de capitales de préstamo se haya convertido en la forma más lucrativa de inversión de capitales en el Tercer Mundo. El pago de intereses representó el 90% de los ingresos del capital extranjero en los países subdesarrollados no petroleros durante 1981.⁶

Como consecuencia de todo lo anterior, la proporción del servicio de la deuda en relación con el valor total de las exportaciones del mundo subdesarrollado, se elevó del 14% al 21,2% entre 1973 y 1982, y a casi el 37% para los países del Tercer Mundo importadores de petróleo.⁷

En el empeoramiento de las condiciones de financiamiento externo del Tercer Mundo, es notable el papel desempeñado en los últimos años por los flujos de capital provenientes de la banca privada.

**PARTICIPACIÓN DE LOS DISTINTOS FLUJOS DE CAPITAL
EN EL FINANCIAMIENTO EXTERNO
DE LOS PAÍSES SUBDESARROLLADOS**

(en por ciento del total)

	1970	1980	1982
Créditos oficiales	32	25	23
Créditos privados	39	45	51
Inversiones directas	8	15	14

FUENTE: Calculado a partir de *The World Bank World Development Report, 1982*, p. 35.

**CONDICIONES CREDITICIAS IMPUESTAS
A LOS PAÍSES SUBDESARROLLADOS**

(en por ciento)

	1972	1981
Tasa de interés total	4,6	10,2
Tasa de interés flotante	7,9	18,0
Factor concesionario en los préstamos	28	11 ^a

^a Datos de 1980.

FUENTE: OECD, *Development Co-Operation Review, 1981*, París, 1981, p. 70; Banco Mundial, *Informe Anual, 1980*, Washington, 1980, p. 155; The World Bank, *Annual Report, 1982*, Washington, 1982, p. 143.

La creciente privatización de los flujos financieros dirigidos hacia el Tercer Mundo obedece, en gran medida, a los efectos de la crisis económica capitalista, la cual ha provocado el descenso de la tasa de rentabilidad en los países capitalistas desarrollados y, por tanto, el incremento de la exportación de capitales privados hacia el Tercer Mundo en busca de mayores ganancias.

La corriente mayoritaria de recursos otorgados en condiciones no concesionarias —que alcanza 321,1 miles de millones de dólares entre 1973 y 1981— ha motivado un empeoramiento en las condiciones generales bajo las cuales se han otorgado en el último decenio los créditos a los países subdesarrollados.

A este empeoramiento de las condiciones en los créditos de fuentes privadas, se ha unido una reducción relativa en el nivel de los flujos oficiales de financiamiento bajo la forma de ayuda para el desarrollo.

En efecto, la meta establecida en la Estrategia Internacional de Desarrollo de Naciones Unidas, que estipulaba dedicar el 0,7% del Producto Nacional Bruto de los países desarrollados como asistencia oficial para el desarrollo, se ha venido incumpliendo de manera reiterada desde hace años. Según datos del Banco Mundial, entre 1975 y 1981 la asistencia oficial al desarrollo ofrecida por los países capitalistas desarrollados promedió anualmente el 0,35% del PNB, esto es, la mitad de la meta planteada.

**TENDENCIAS DEL ENDEUDAMIENTO Y PAGOS
DEL MUNDO SUBDESARROLLADO, 1982-1990**

El futuro que espera al Tercer Mundo, de mantenerse las actuales tendencias del comercio y las finanzas internacionales, no puede ser más inquietante.

Estimaciones realizadas a partir de la situación actual, muestran con claridad que en un breve lapso de 7 años, será imposible, para las economías de los países subdesarrollados, pagar la enorme carga de servicios financieros y sobrevivir.

Parece intolerable que esos pagos puedan llegar a absorber, en 1990, cerca del 40% de todos los ingresos provenientes de las exportaciones de bienes obtenidos por ese conjunto de países. No obstante, esa situación queda empequeñecida ante la que afectaría a los países subdesarrollados importadores de petróleo —o sea, la mayoría—, los cuales se verían obligados a destinar casi el 80% de sus ingresos de exportación para cubrir intereses y amortizaciones. En términos absolutos, esto reduciría a la mitad la ya escasa disponibilidad de divisas para adquirir importaciones de bienes y servicios, es decir, de los 142 mil millones de 1982 a sólo 71 mil millones en 1990. En países con estructuras económicas altamente dependientes de las importaciones, esto conduciría a una virtual parálisis.

**TENDENCIAS DEL ENDEUDAMIENTO EXTERNO Y ALGUNOS
DE SUS EFECTOS PARA LOS PAÍSES SUBDESARROLLADOS, 1983-1990**
(en miles de millones de dólares a precios corrientes)

	Deuda externa		Pagos por servicios de la deuda ^a		Exportaciones ^b		Relación entre servicios y exportaciones (%)		Financiamiento requerido para equilibrar déficit corrientes ^c		Déficit acumulado 1983-90
	1982	1990	1982	1990	1982	1990	1982	1990	1982	1990	
Todos los países subdesarrollados	597,6	1 473,5	119,0	361,0	561,4	922,6	21,2	39,1	109,2	559,7	2 719,7
Importadores de petróleo	417,7	1 050,7	81,9	264,0	223,8	334,5	36,6	78,9	82,4	397,6	1 968,2
Exportadores de petróleo	179,9	422,8	37,1	97,0	337,6	588,1	10,9	16,5	26,8	162,1	751,5

NOTA METODOLÓGICA: Las estimaciones de tendencia se basaron en datos de las fuentes señaladas en cada caso.

Para la deuda, pagos por servicios y déficit en cuenta corriente, se utilizaron funciones cuadráticas del tipo $y = a + bx + cx^2$, que a partir de la información real del período 1976-1982, cumplieron los supuestos básicos del modelo, expresados en los siguientes coeficientes de determinación:

Deuda total: Todos: 0,9989; Importadores de petróleo: 0,9998; Exportadores de petróleo: 0,9958.

Pagos por servicios: Todos: 0,9790; Importadores de petróleo: 0,9962; Exportadores de petróleo: 0,9816.

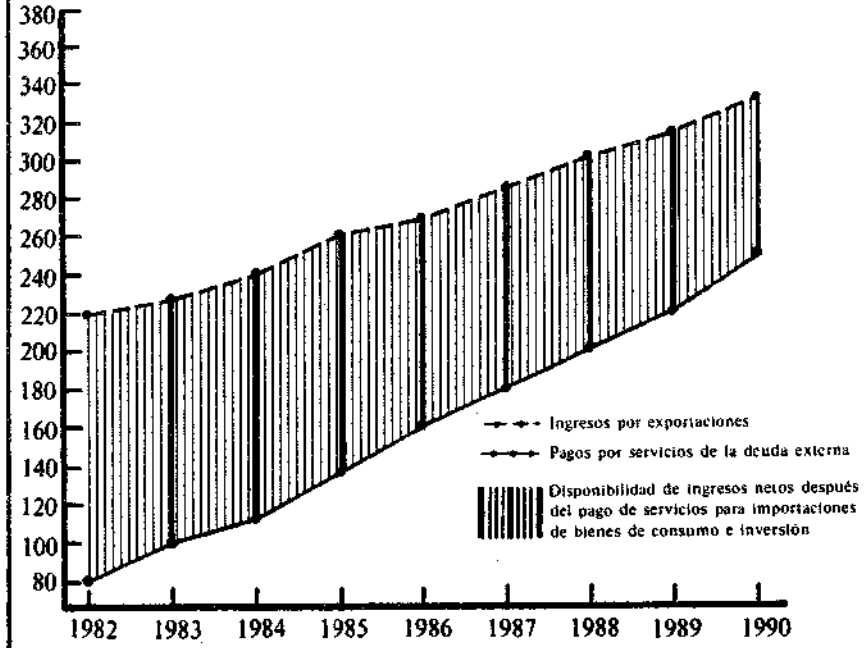
Salidos de cuenta corriente: Todos: 0,8900; Importadores de petróleo: 0,8483; Exportadores de petróleo: 0,5128.

Para las exportaciones de bienes se utilizaron como base de estimación tasas de estimación de valores intermedios a los máximos y mínimos tomados de Banco Mundial. *Informe sobre el desarrollo mundial 1982*, p. 33.

FUENTE: ^a Banco Mundial. *Informe sobre el desarrollo mundial 1982*, pp. 13 y 15.

^b UNCTAD. *Handbook of International Trade and Development Statistics, 1981*.

PAÍSES SUBDESARROLLADOS IMPORTADORES DE PETRÓLEO. TENDENCIA DEL PAGO POR SERVICIOS DE LA DEUDA EXTERNA Y EXPORTACIONES 1982-1990
(en miles de millones de dólares)



El empeoramiento de las condiciones financieras internacionales para los países subdesarrollados y su particular agudización en los últimos dos años, han obligado a éstos a llevar adelante un proceso cada vez más generalizado de renegociación de su deuda externa, mediante el cual se intenta superar, siquiera temporalmente, los obstáculos financieros más inmediatos.

De tal modo, según diversos estimados, en 1981 se refinanciaron deudas por 10,8 miles de millones de dólares, mientras que para 1982 esta cifra se elevó a 40 mil millones, y la renegociación involucró a 21 países del Tercer Mundo.

Los problemas monetario-financieros constituyen hoy día un revelador sintoma de las contradicciones que atenazan al sistema de dominación neocolonial. La actual crisis monetario-financiera pone en peligro la existencia del propio sistema financiero internacional, cautivo de poderosos intereses, antagonismos internos y mecanismos especulativos. Frente a este sistema en bancarrota, se imponen hoy transformaciones radicales y necesarias.

5

Agricultura y alimentación

Han transcurrido más de 20 años desde que en 1962 fue presentado en el marco de la FAO el Plan Indicativo Mundial para el Desarrollo de la Agricultura (PIM). En él se señalaba la difícil situación en materia de desarrollo agrícola y alimentación existente por aquel entonces, y se establecían las líneas directrices de un plan que, al arribar a 1985, debía hacer del hambre y la subalimentación meros recuerdos amargos de un ingrato pasado para los pueblos del Tercer Mundo, y del sector agropecuario un dinámico factor de desarrollo en lugar del estancado y anémico sector que tradicionalmente venía siendo.

De igual forma, más de ocho años nos separan ya de la celebración en Roma (1974) de la Conferencia Mundial de la Alimentación, convocada con carácter de urgencia ante las hambrunas masivas y la alarmante declinación de las reservas alimentarias registrada en aquellos años. En esa ocasión, la Conferencia postuló solemnemente que en diez años debía erradicarse el hambre y la subalimentación de la faz de la Tierra, y llamó a las naciones a colaborar en un gran esfuerzo de seguridad alimentaria internacional.

Hoy es más evidente que nunca antes el rotundo fracaso de estos empeños por lograr el objetivo, tan primario como esencial, de que todos los seres humanos dispongan de alimentos suficientes para desarrollar sus potencialidades en el disfrute de una vida plena. Más de 500 millones de hambrientos, cifra pavorosa y en acelerado crecimiento, convierten en trágica ironía los buenos deseos del mencionado Plan Indicativo Mundial de que ya en 1975 se hubiera alcanzado en el Tercer Mundo un consumo de calorías igual a la demanda proyectada, y que en 1985 ese consumo excediera en un 10% el nivel considerado como necesario. Ya es perfectamente evidente que la erradicación del hambre para 1984, tal como lo proclamó la Conferencia Mundial de la Alimentación, no es más que una entre tantas buenas intenciones fallidas que marcan el camino de la negociación en torno a la posición de nuestros países en la economía mundial.

La llamada crisis alimentaria no es un fenómeno correspondiente a los últimos años, aunque la profunda crisis económica actual contribuya a

acentuarla. En rigor, la crisis alimentaria, entendida como existencia de hambre y desnutrición para grandes masas de población —tan paradójicamente simultaneada con el exagerado consumo alimenticio de ciertas minorías—, ha sido siempre un componente inevitable del colonialismo, el neocolonialismo y el subdesarrollo. Para las mayorías del mundo subdesarrollado, la crisis alimentaria debe entenderse como una condición secular y permanente de sus precarias vidas. Para ellos no tiene apenas sentido la hipotética recuperación de las economías capitalistas desarrolladas, pues ni siquiera los más vigorosos auges económicos del sistema han sido capaces de evitar la presencia del hambre y la subalimentación en el Tercer Mundo. Para los centenares de millones de hambrientos que habitan ese mundo, la crisis alimentaria no es una simple referencia conceptual, sino una trágica presencia diaria, y una afrentosa realidad para toda la humanidad.

En la época en que el hombre se eleva al espacio cósmico y convierte en hechos verdaderas maravillas científico-técnicas, la producción de alimentos por habitante disminuyó en 52 países subdesarrollados entre 1971 y 1980. Mientras en muchos países desarrollados se presta cada vez mayor atención a la creciente incidencia de enfermedades derivadas de la excesiva ingestión de alimentos, y se gastan centenares de millones de dólares en alimentar animales domésticos, solamente en la India existen, según la FAO, 201 millones de seres humanos gravemente desnutridos, 33 millones en Indonesia, 27 millones en Bangla Desh, 14 millones en Nigeria, 12 millones en Brasil, en Etiopía y en Pakistán, 10 millones en Filipinas, 6 millones en Afganistán, 5 millones en Birmania, en Colombia y en Tailandia. Más del 40% de las poblaciones de Chad, Haití, Mali y Mauritania padecen hambre.

La dolorosa realidad es que el hambre no sólo persiste más allá de las metas para erradicarla, sino que tiende a crecer. Durante la década de 1970, la producción alimentaria aumentó en un 3% anual en el Tercer Mundo, lo que fue inferior en un 25% a la tasa planteada por la Estrategia Internacional de Desarrollo de Naciones Unidas y, de continuar las actuales tendencias, elevaría el número de hambrientos a no menos de 750 millones al iniciarse el cercano siglo XXI.

Y todo esto ocurre en medio de una desenfrenada carrera armamentista, que es insensata no sólo por su esencia, su peligrosidad y sus dimensiones, sino también por los contrastes que establece entre los colosales recursos invertidos en el desarrollo de los medios de exterminio del hombre, y las necesidades vitales y cotidianas de nuestros pueblos. En efecto, sólo con los gastos aprobados por los Estados Unidos para el desarrollo del proyectil MX durante 1983, ascendentes a 2 500 millones de dólares, se hubieran podido financiar las importaciones totales de trigo de África en 1979 o las importaciones totales de arroz de Asia en ese mismo año, o el costo del fomento de 10 millones de hectáreas de pastos en el Tercer Mundo, o el costo de la lucha contra las inundaciones en 2 millones de hectáreas.)

La producción agrícola y alimentaria en el Tercer Mundo

La producción agropecuaria de los países subdesarrollados alcanzó un ritmo de crecimiento promedio anual de aproximadamente un 3% entre 1969-1971 y 1981. Sin embargo, este promedio comportó notables variaciones regionales. De tal forma, África sólo alcanzó un ritmo de incremento del 2% promedio anual en tanto que América Latina lograba un 3,6%.

NÚMEROS ÍNDICES DE LA PRODUCCIÓN AGROPECUARIA
(1969-1971 = 100)

	1979	1980	1981
Países subdesarrollados	127	131	137
África	114	118	122
Lejano Oriente	129	132	140
América Latina	133	135	143
Cercano Oriente	130	133	136

FUENTE: FAO. *El estado mundial de la agricultura y la alimentación*, 1981, p. 5.

No obstante, entre 1975 y 1980 la producción de alimentos por habitante a nivel mundial creció a una ínfima tasa del 0,3% anual. En más de 70 países del mundo subdesarrollado, los últimos 20 años han sido testigos de un descenso neto en la producción alimentaria por habitante y, en algunos de ellos, una reducción absoluta del volumen de producción. En cuanto a producción de cereales, el per cápita disminuyó en no menos de 66 países subdesarrollados, de ellos 31 países africanos.

Según cifras del Departamento de Agricultura del gobierno norteamericano, el crecimiento de la producción agrícola per cápita en los países desarrollados fue del 8% en 1980 con relación a los niveles promedio de 1969-1971, mientras que en el Tercer Mundo no se registró crecimiento alguno.

En realidad, durante los últimos 20 años la producción alimentaria de los países subdesarrollados se ha rezagado respecto a la demanda de alimentos, tendencia ésta que, según análisis de la FAO, se mantendrá al menos hasta fines del siglo si no cambian sustancialmente las actuales condiciones en cuanto a la producción, comercialización y distribución alimentaria.¹

La situación resultante de las tendencias actuales adquiere caracteres de verdadero desastre colectivo en África, donde el promedio para ese continente indica que la disponibilidad de alimentos por habitante es hoy inferior a la de 1960 y donde el crecimiento de la producción alimentaria es aproximadamente la mitad del crecimiento poblacional.

Frente a situaciones como ésta, la FAO ha estimado que en 1977 los suministros alimentarios de los países desarrollados, vistos de conjunto, alcanzaban a cubrir, como promedio, el 133% de sus necesidades.

ÍNDICE DE LA PRODUCCIÓN ALIMENTARIA PER CÁPITA
(1969-1971 = 100)

	1972	1974	1976	1978	1980
Países capitalistas desarrollados	101	105	107	111	111
Países subdesarrollados	97	99	102	105	103
África	97	96	94	90	89
América Latina	98	101	105	107	108
Cercano Oriente	103	103	110	106	104
Lejano Oriente	95	97	102	108	105

FUENTE: ONU. *Statistical Yearbook*, 1979-80, p. 15.

El cuadro anterior revela el gran retraso de los países subdesarrollados, en particular de África, en lo que se refiere a la producción alimentaria. En este análisis merece ser destacada de manera especial la producción de cereales.

PRODUCCIÓN DE CEREALES DE LOS PAÍSES SUBDESARROLLADOS
(en miles de toneladas métricas)

	1978	1979	1980	Variación promedio anual 1971-80 (%)
Total países subdesarrollados	452 869	433 482	464 205	2,5
África	46 804	44 392	46 210	0,6
América Latina	85 173	83 910	87 369	2,1
Cercano Oriente	53 984	55 475	56 269	2,6
Lejano Oriente	266 908	249 705	274 357	3,1
Trigo	91 922	97 472	95 570	3,3
Arroz	204 609	186 567	213 971	3,1
Maíz	78 320	75 569	81 099	1,6

FUENTE: FAO. *El estado mundial de la agricultura y la alimentación*, 1981, pp. 129-131.

Cabe señalar que, según un estudio realizado por la FAO en 1978, alrededor de 530 millones de toneladas métricas de cereales, el 36% de lo consumido en el mundo, se destinaron a la alimentación animal, y si se ex-

ciuye el arroz, de casi exclusivo consumo humano, esta proporción se eleva al 43%. Además, de todos los cereales que consume el ganado, el maíz constituyó en 1978 el 42%. De tal forma, a pesar de ser éste el alimento básico de muchos países subdesarrollados, el 61% del maíz consumido ese mismo año en el mundo se destinó a piensos para el ganado.²

VOLUMEN DE CEREALES EMPLEADOS EN LA ALIMENTACIÓN
1975-1977

(en millones de toneladas)

	Humana		Animal	
Países desarrollados	164,1	28%	413,0	72%
Países subdesarrollados				
África	42,4	93	2,9	7
América Latina	42,8	59	29,6	41
Cercano Oriente	39,1	77	11,9	23
Resto de Asia	413,8	92	35,3	8
Otros	0,3	96	-	4
TOTAL MUNDIAL	702,5	59	492,7	41

FUENTE: Datos de la FAO. *Revista Ceres*, no. 77, 1980, p. 6.

PRODUCTOS DE LA GANADERÍA DE LOS PAÍSES SUBDESARROLLADOS
(en miles de toneladas métricas)

	1978	1979	1980	Variación promedio anual 1971-80 (%)
Producción de:				
Carne	25 815	26 553	27 586	3,7
Leche	95 957	98 503	99 645	3,0
Huevos	4 414	4 685	5 040	6,0

FUENTE: FAO. *El estado de la agricultura y la alimentación*, 1981, pp. 129-132.

Las producciones vinculadas a la ganadería mostraron un discreto crecimiento durante la década de 1970.

Otras producciones agrícolas de mayor importancia para el Tercer Mundo muestran prácticamente un estancamiento en el último decenio —en el caso del café y del cacao—, e incluso una caída en el caso de las legumbres secas. No obstante, si se analiza el trienio 1978-1980, se aprecian tenden-

cias decrecientes también en los tubérculos, el azúcar y el tabaco, todo lo cual apunta a un empeoramiento en el suministro de producciones claves para la economía de un gran número de países subdesarrollados.

PRODUCCIÓN DE OTROS RENGLONES AGRÍCOLAS DE LOS PAÍSES SUBDESARROLLADOS

(en miles de toneladas métricas)

	1978	1979	1980	Variación media anual 1971-80 (%)
Tubérculos	188 059	187 327	187 110	1,8
Legumbres secas	25 002	24 411	21 935	-0,9
Frutas cítricas	22 862	23 589	26 116	5,5
Aceites vegetales	90 339	91 072	97 922	3,7
Azúcar	46 256	45 426	42 304	2,0
Café verde	4 673	4 933	4 687	0,2
Cacao en grano	1 451	1 619	1 616	0,3
Algodón fibra	5 612	6 768	6 198	1,1
Tabaco	2 402	2 290	2 274	2,8

FUENTE: FAO. *El estado mundial de la agricultura y la alimentación*, 1981, pp. 129-132.

PRODUCCIÓN Y CONSUMO DE FERTILIZANTES

	Total producción (miles de TM)	Producción per cápita (kg)	Consumo total (miles de TM)	Consumo por habitante (kg)
Países desarrollados de economía de mercado	60 608	77,7	49 623	63,6
Países subdesarrollados	12 437	5,7	20 462	9,5
África	735	2,0	1 183	3,2
América Latina	3 184	8,8	6 751	18,8
Cercano Oriente	2 372	11,2	2 970	14,0
Lejano Oriente	6 107	5,0	9 537	7,8
Otros	39	7,7	21	4,4
Economías de planificación centralizada	45 721	32,7	41 586	29,7

FUENTE: FAO. Revista *Ceres*, julio-agosto de 1981.

Una clara expresión de esa negativa situación lo constituye el hecho de que —según datos de la FAO— a mediados de la década de 1970 los países subdesarrollados, con más del 65% de la población mundial, producían sólo el 38% de los alimentos, en tanto que la producción por trabajador agrícola, valorada a precios de 1975, era de 550 dólares anuales, mientras que en los países desarrollados alcanzaba 5 220 dólares.

En 1979-1980 se produjeron en el mundo un total de 118,7 millones de toneladas métricas de *fertilizantes* químicos (NPK), de las cuales el consumo representó 111,7 millones. Esta cifra significó un incremento de un 3,4% con relación al año anterior. Europa produjo el 30%, América del Norte el 27% y la URSS el 18%, es decir, en su conjunto, el 75% del total mundial. Estos mismos grupos de países consumieron el 66% del total. Mientras el consumo per cápita de fertilizantes ascendió a 63,6 kilogramos en los países capitalistas desarrollados, en los subdesarrollados el consumo fue de 9,5 kilogramos, y en África, particularmente, de 3,2.

La *superficie cultivable por trabajador agrícola*, indicador que expresa el desarrollo tecnológico en la medida en que un trabajador es capaz de atender mayor extensión de tierra, aumentó en los países desarrollados entre 1961-1965 y 1978 de menos de 6 a 9 hectáreas, mientras que en el Tercer Mundo, excepto un ligero aumento en América Latina, descendió a niveles que promediaron 1,3 hectáreas.

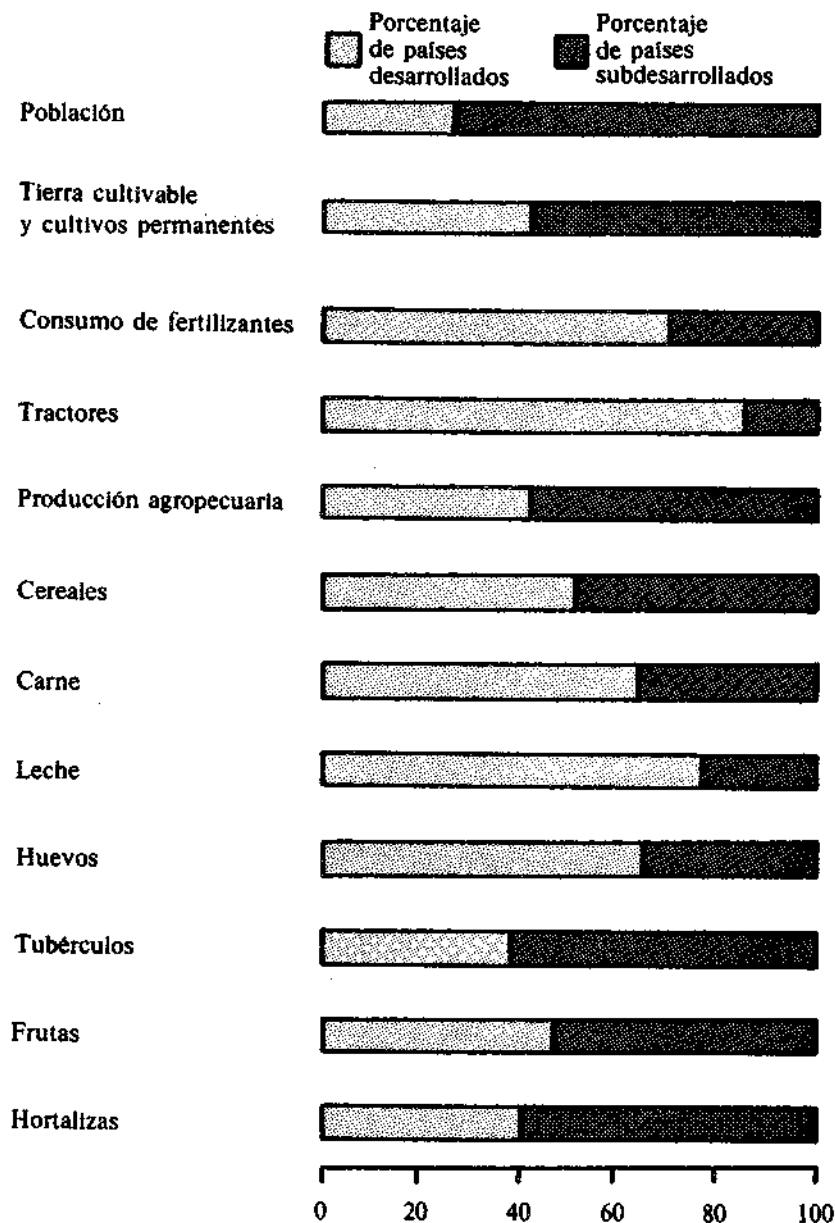
Igualmente, el grado de *mecanización* existente en la agricultura del Tercer Mundo es una clara expresión de su extrema debilidad tecnológica. En efecto, en 1977 el 88,4% del total mundial de tractores se encontraban en países desarrollados, de ellos, el 61,5% en América del Norte y Europa Occidental, regiones éstas que disponían tan sólo del 22,4% de la tierra cultivada en el mundo. El Tercer Mundo sólo contaba con el 11,6% del total de tractores, y África, en particular, con sus dramáticos problemas alimentarios, sólo disponía del 1,0% de los tractores. Por otro lado, en los países subdesarrollados se encuentra sólo el 5,2% del total mundial de cosechadoras.

Según datos de la FAO, en 1980 la extensión de tierras de cultivo de *regadío* en los países subdesarrollados alcanzaba los 105 millones de hectáreas, y representaba alrededor del 14% del total de tierras cultivables en esos países. De esas tierras, sólo el 60% estaba plenamente equipado.

La proyección de tierras de regadío para el año 2000, en esos países, prevé una ampliación de un 40% sobre las cifras actuales, para alcanzar los 148 millones de hectáreas y un 16% del total de tierras de cultivo. Tendría así un ritmo de crecimiento del 1,7% anual, que será inferior al de los años recientes. Se prevé asimismo llegar a un 73% de equipamiento de esas áreas. Teniendo en cuenta el costo medio de unos 2 380 dólares por hectárea, la inversión total que se requerirá será superior a los 100 mil millones de dólares.

Esas áreas bajo riego, explotadas de manera eficiente, podrían llegar a proporcionar el 50% de la producción agrícola del mundo subdesarrollado.

**INDICADORES AGROPECUARIOS COMPARATIVOS
CORRESPONDIENTES A PAÍSES SUBDESARROLLADOS
Y DESARROLLADOS. PROMEDIO DE 1979-1980**



FUENTE: *The World Bank World Development Report*, 1982.

No será así, sin embargo. Para fines de siglo, aún el 84% de las tierras de cultivo de los países del Tercer Mundo carecerán de riego y suministrarán el 59% de toda su producción agrícola. Las Naciones Unidas han estimado que las necesidades de agua para el riego, que a fines de la década de 1970 significaban el 70% del total de agua utilizada por el hombre, se duplicarían para el año 2000.

Más el agua escasea en muchas regiones del Tercer Mundo. Se requieren enormes recursos para proteger las fuentes y crear nuevas reservas mediante construcción de presas grandes y pequeñas con destino agrícola, industrial y humano —evitando que se pierdan en el mar grandes cantidades de agua—, desviar ríos, inyectar los mantos freáticos donde sea posible, continuar investigando y utilizar los resultados ya logrados en la producción de lluvias artificiales, y emplear cuantos medios adicionales pongan a disposición del hombre la ciencia y la técnica para aumentar los recursos de agua dulce.

Los años transcurridos y las experiencias recogidas han disipado aquellas esperanzas en una solución a los problemas agrícolas y alimentarios que hicieron concebir algunos espectaculares resultados de la llamada Revolución Verde.

La modernización de la agricultura en ciertas áreas del Tercer Mundo, basada en la aplicación de avances científicos sin alterar las estructuras socioeconómicas internas y externas que constituyen la base del atraso agrícola, fue una clara manifestación de triunfo científico-técnico y, a la vez, fracaso económico-social, y evidenció que los problemas agrícolas y del hambre no son sólo de índole técnico-productiva, sino en primera instancia se derivan de las estructuras sociales y de las relaciones de dominación.

En efecto, la introducción de fertilizantes y plaguicidas junto a nuevas variedades de cultivos agrícolas de gran rendimiento —trigo, arroz, maíz, sorgo, mijo, patatas, leguminosas, con cualidades como mayor resistencia a las enfermedades, mayor capacidad para absorber los nutrientes de la tierra y las radiaciones del sol, mayor tolerancia al frío y la sequía, menor período de crecimiento, etcétera— constituyen logros importantes que no pueden ser desestimados. Pero la mayor producción de alimentos ha sido claramente insuficiente para enfrentar el problema del hambre masiva, en tanto que otros efectos sociales muy importantes, como ofrecer empleo en la agricultura, disminuir el éxodo rural hacia las ciudades y no agravar las desigualdades en la tenencia y explotación de la tierra, se han visto empeorados por la irrupción de la Revolución Verde.

Los nuevos principios científico-técnicos demandan capital para su aplicación, al que sólo tienen acceso los agricultores ricos y las empresas transnacionales agroalimentarias. Aunque las nuevas variedades no exijan necesariamente la mecanización, crean incentivos económicos para implantarla, lo cual provoca la sustitución de mano de obra por máquinas y el aumento del desempleo. Las máquinas y las nuevas variedades demandan mayores extensiones de tierra, lo que induce a comprar las tierras de los

productores que no pueden soportar los costos de la modernización. El resultado es una mayor concentración en la tenencia de la tierra, una mayor desigualdad en el ingreso, mayor desempleo y, finalmente, desnutrición, pues los pobres y los desempleados carecen de los ingresos suficientes para comprar los nuevos alimentos que se producen.

No es posible tampoco silenciar en este análisis la acción de las empresas transnacionales agroalimentarias en la situación actual de la agricultura y la alimentación en el Tercer Mundo. Su papel ha sido objeto de estudios que han puesto de manifiesto la elevada responsabilidad que les corresponde en este campo. Ellas han sido acertadamente calificadas de verdaderas traficantes con la penuria del mundo subdesarrollado, pues sobre el hambre y los endebles sectores agrícolas del Tercer Mundo han erigido su poderío económico y sus altas tasas de ganancias. Son ellas, pues, las principales interesadas en que no cambien las estructuras que les han servido de base y de fuente de lucro.

La negativa acción de las empresas transnacionales en el terreno agrícola y alimentario se manifiesta de múltiples formas, como la absorción en algunos países de las mejores tierras, la imposición de patrones de cultivo y alimentación ajenos a las necesidades nacionales, el control monopólico de los mecanismos de comercialización internos y externos, incluidos los abastecimientos fundamentales para la actividad agrícola, como fertilizantes, maquinaria y equipos, herbicidas y otros.

Estas transnacionales agroalimentarias han actuado con gran intensidad en el último decenio, impulsando un complejo productor-exportador orientado hacia mercados de países capitalistas desarrollados o hacia consumos urbanos de pequeñas minorías de altos ingresos en los países subdesarrollados.

Han irrumpido violentamente en numerosos países del Tercer Mundo, para producir alimentos destinados a las grandes cadenas comercializadas integradas en el conglomerado transnacional. Con su poderío financiero, tecnológico y comercial, han impuesto así patrones de producción y consumo ajenos a los intereses de consumo alimenticio de las grandes masas.

Los resultados han sido la sustitución masiva de cultivos tradicionales que contribuían a la alimentación popular, muchas veces efectuados por pequeños productores, para implantar cultivos con fines de exportación que no satisfacen necesidades de consumo ni se adaptan a los patrones histórico-culturales de los países receptores. Esa destrucción forzada de los cultivos tradicionales para fomentar estas producciones agroexportadoras insertadas en sistemas de dominio transnacional, tiene abundantes muestras en muchos países del Tercer Mundo, que se han convertido en importadores netos de productos alimenticios que tradicionalmente exportaban y que forman parte importante de los hábitos alimentarios nacionales. Países tradicionalmente exportadores y consumidores de maíz y frijoles, importan hoy decenas de millones de dólares de esos productos como resul-

tado de la masiva destrucción de esos cultivos para sembrar otros de elevados márgenes de rentabilidad para las transnacionales.

La producción pesquera

La pesca, que constituye otra de las fuentes fundamentales de la alimentación del hombre y suministra el 15% de la proteína consumida en el mundo, mostró una evolución muy lenta, e incluso negativa en los países subdesarrollados, a fines de la década anterior.

PRODUCCIÓN PESQUERA, 1978-1980
(en millones de toneladas)

	1978	1979	1980	Por ciento de variación	
				1979-80	1971-80
Total mundial	70,4	71,2	71,8	0,9	1,5
Del cual:					
Países desarrollados	37,2	37,2	38,0	2,2	1,2
Países subdesarrollados	33,2	34,0	33,8	-0,6	1,9

FUENTE: FAO. *El estado mundial de la agricultura y la alimentación*, 1981, p. 35.

Según la FAO, como se aprecia, la producción mundial de pescados, crustáceos y moluscos ascendió en 1980 a 71,8 millones de toneladas, lo que significó un crecimiento inferior al 1% en relación con el año anterior.

En términos de captura per cápita, las cifras son también ilustrativas de las diferencias entre los países desarrollados y los subdesarrollados. En 1980, según datos de la FAO, la captura mundial per cápita de pescado era de 32,6 kilogramos para los países desarrollados, mientras que el per cápita para los subdesarrollados sólo ascendía a 10,5 kilogramos.

De acuerdo con esa misma fuente, de la producción pesquera en 1981 se dedicó a la alimentación animal alrededor del 29% de la captura.

Por su parte, la producción mundial de la acuicultura en 1980 se elevó a algo más de 8,7 millones de toneladas, de las cuales el 37% fueron de pescado, el 25% de algas marinas y el resto de crustáceos y moluscos. Ya en 1981, de las aguas interiores se extrajo el 15% de la producción mundial de pescado.

Es de señalar, en contraste con la participación que representan las capturas obtenidas por los países desarrollados en relación con la producción pesquera mundial proveniente de aguas marinas, que más del 80% de la producción pesquera de aguas interiores corresponde a los países subdesarrollados. Esto es consecuencia de la escasez de recursos para la pesca de

altura en aguas marinas, que son, en cambio, ampliamente explotadas por los países desarrollados que poseen grandes flotas pesqueras altamente tecnificadas.

Es de señalar también que las condiciones naturales climáticas y de grandes volúmenes de aguas interiores en los países subdesarrollados, propician el desarrollo potencial de esta producción pesquera. En su conjunto, se aprecia una tasa de crecimiento del 6,9% de 1976 a 1980.

Al valorar la evolución de la actividad pesquera mundial, es preciso tener en cuenta los avances que han tenido lugar en la defensa de los derechos del mar llevada a cabo por los países subdesarrollados.

La Convención sobre el Derecho del Mar firmada recientemente por 119 Estados, consagró las principales reivindicaciones que sobre mar territorial, zona económica, derechos pesqueros, recursos de los fondos submarinos, etcétera, habían enarbolado desde 1958 los países del Tercer Mundo.

Es importante recordar aquí que ésta ha sido la primera ocasión en que se establece un régimen legal internacional para el uso y explotación de los mares, que vale decir, representa la posibilidad de enfrentar colectivamente la insaciable voracidad transnacional sobre las tres cuartas partes de la superficie del planeta, constituida por las aguas y fondos marinos, donde además de los cuantiosos recursos pesqueros, se encuentran inmensas reservas minerales concentradas en los nódulos de áreas explotables, estimados en 23 mil millones de toneladas secas, con un variado contenido de metales básicos entre los que destacan 290 millones de toneladas de níquel, 240 millones de cobre, 60 millones de cobalto, 6 mil millones de manganeso, etcétera.

Como es conocido, Estados Unidos, dando una prueba más de la contradicción entre los intereses de los monopolios y los intereses vitales de los pueblos del Tercer Mundo, se opuso obstinada y egoístamente a la Convención y se negó a suscribirla.

El comercio de productos alimenticios

Enfrentados a un déficit apreciable en su producción alimentaria con relación al aumento poblacional, los países subdesarrollados se han visto, globalmente, en la necesidad de incrementar sus importaciones de alimentos.

En 1975 los países subdesarrollados generaron el 42% del total de exportaciones agrícolas mundiales y absorbieron el 25% de las importaciones. Ya

en 1980 estas cifras habían variado en proporción importante: solamente el 38% de las exportaciones totales fueron generadas por nuestros países, mientras que la proporción de importaciones se elevó al 30%. Entre 1963 y 1975, las importaciones alimentarias de los países subdesarrollados aumentaron a tasas de crecimiento promedio anual del 5,4% en el caso de los cereales, 4,3% en el de la carne y 4,8% en la leche y los productos lácteos.

La producción e importación de cereales es altamente expresiva de la caída vertical en materia agrícola. La FAO estima que la importación de trigo y cereales secundarios por parte de los países subdesarrollados en 1981-1982 ascendió a 87-90 millones de toneladas. En el Tercer Mundo, la producción de cereales por habitante disminuyó entre 1976 y 1980 a un ritmo de un 1% anual. En esos mismos años y correspondientemente con lo anterior, las importaciones de cereales crecieron al ritmo anual del 14%.

COMERCIO MUNDIAL DE CEREALES

(en millones de toneladas)

	1934-38	1948-52	1960	1970	1978
Países desarrollados	-11	+4	+20	+38	+70
Países subdesarrollados	+12	-5	-19	-38	-65
América Latina	+9	+1	0	+4	0
África	+1	0	-2	-5	-12
Asia	+2	-6	-17	-37	-53

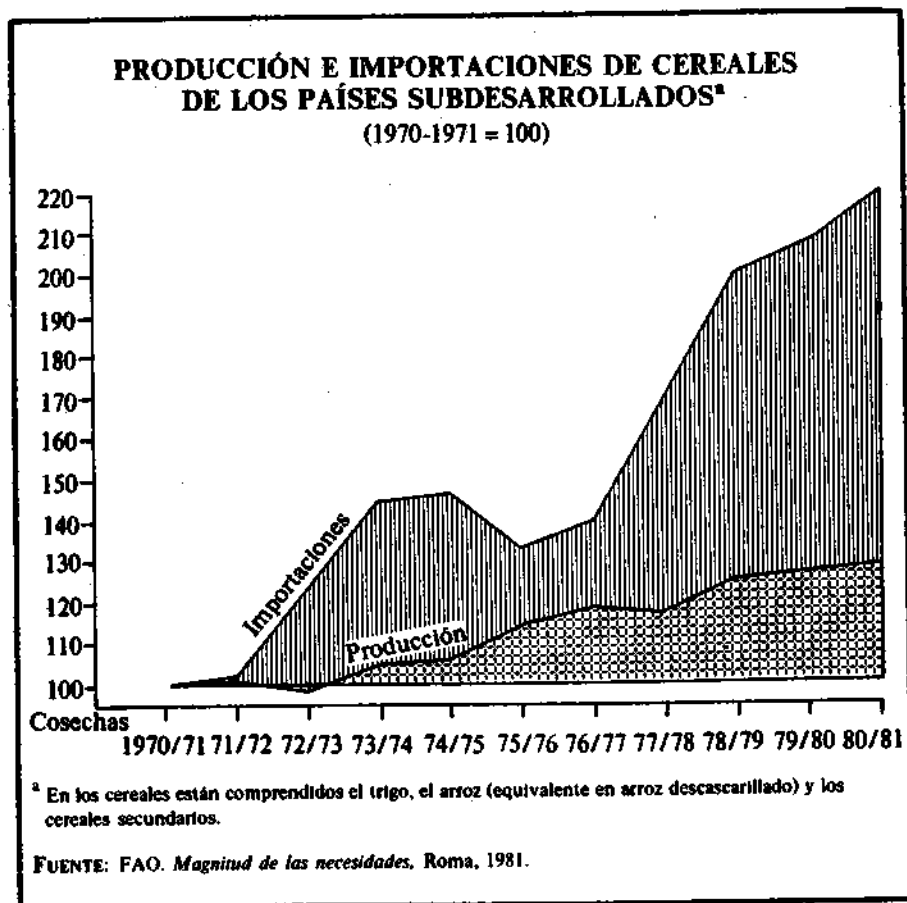
+ indica exportaciones netas

- indica importaciones netas

FUENTE: Datos de FAO y del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos.

La expresión de esa dramática situación en la balanza comercial de nuestros países es bien concreta y elocuente. Sólo en 1980, la diferencia entre el valor de los alimentos exportados e importados arrojó un déficit para los países subdesarrollados de 13 929 millones de dólares. De esta cifra, el 32,2% correspondió a los países de bajos ingresos, donde las importaciones de alimentos apenas mitigan en pequeña proporción el hambre padecida por millones de personas.

Se estima que los precios reales de los alimentos, en valores constantes, se habrán duplicado para el año 2000. Elocuente anticipo de esta realidad que se aproxima es el hecho de que los precios de los alimentos al consumidor en los países subdesarrollados de economía de mercado aumentaron alrededor de un 26% en 1980, o lo que equivale a decir el doble del aumento experimentado en 1979.



El comportamiento de los precios, decisivamente manipulados por las grandes empresas transnacionales comercializadoras, mostró una tendencia al aumento más acelerado en los precios de los cereales, cuya producción y comercialización se encuentra fuertemente dominada por un grupo de países capitalistas desarrollados que fueron los que captaron los mayores beneficios.

Según se desprende del cuadro de la página siguiente, los alimentos que importaron los países subdesarrollados en la década de 1970 se encarecieron más del 20% cada año a los precios de mercado, y en 1980 costaron 52 300 millones de dólares, una tercera parte más que el año anterior.

Según estimados recientes, los países africanos importan el 26% de los alimentos que consumen, a pesar de que en ese continente el 80% de la población económicamente activa depende directa o indirectamente de la agricultura, y cabe prever que para el año 2000 ocurra una contracción aún mayor de su capacidad de autoabastecimiento. Ante estas negativas tendencias, no resulta sorprendente que los países subdesarrollados gasta-

ÍNDICE DEL VALOR UNITARIO DE LAS EXPORTACIONES MUNDIALES DE PRODUCTOS AGRÍCOLAS POR GRUPOS PRINCIPALES

(1969-1971 = 100)

	1972	1973	1974	1975	1976	1979
Alimentos	116	157	216	232	205	211
Cereales	105	159	245	249	222	298
Piensos	114	291	196	170	188	226
Materias primas	107	155	211	173	189	200

FUENTE: FAO. *El estado mundial de la agricultura y la alimentación*, Roma, 1979.

ran 17 mil millones de dólares en 1979 solamente en cereales, su principal fuente de calorías, lo que representa un porcentaje importante de sus ingresos totales de exportación.

El resultado de estos gastos cuantiosos, considerados en el contexto del crítico y creciente deterioro de los términos de intercambio, no es difícil de suponer. Se traduce en un aumento incesante de la dependencia externa para satisfacer las necesidades alimentarias, y una pérdida de los escasos recursos en divisas que pudieran destinarse al desarrollo de la agricultura y de la economía en general.

Población y tierra agrícola

El crecimiento acelerado e incontrolado de la población mundial constituye un factor importante en la situación actual y las perspectivas inmediatas de la alimentación y la producción agrícola en el mundo.

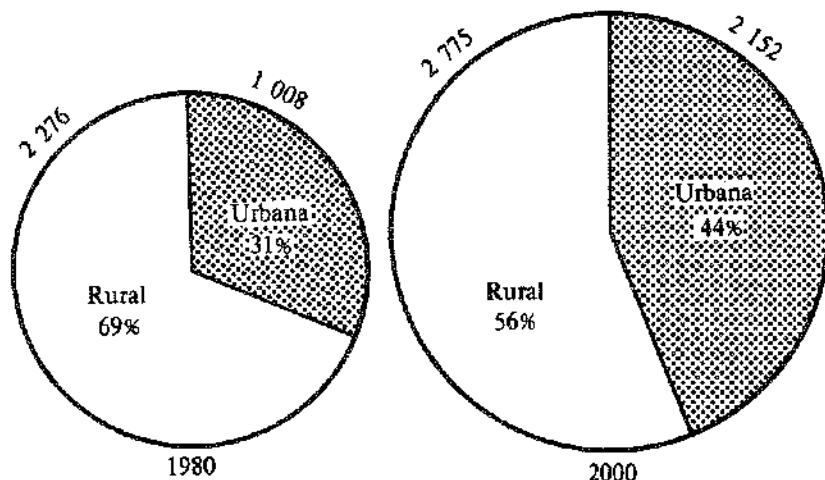
En comparación con 1970, en el año 2000 habrá 4 personas adicionales por kilómetro cuadrado en Norteamérica, mientras que en el sur de Asia serán 140 personas adicionales. Este incremento de por sí es superior a la densidad de población actual de Europa, que es de 85 personas por kilómetro cuadrado. Esto significa que, con los actuales ritmos de crecimiento, en el año 2000 habrá en el sur de Asia 390 habitantes por kilómetro cuadrado de tierra cultivable, es decir, 10 veces más que en los Estados Unidos.³

Entre 1950 y 1975 la proporción de la población rural en los países del Tercer Mundo descendió del 84% al 73%, y se estima que en el año 2000 oscile alrededor del 60%. En términos absolutos, sin embargo, la población rural creció en esos 25 años en 680 millones de personas, y se estima que aumentará en 850 millones en el último cuarto de siglo.

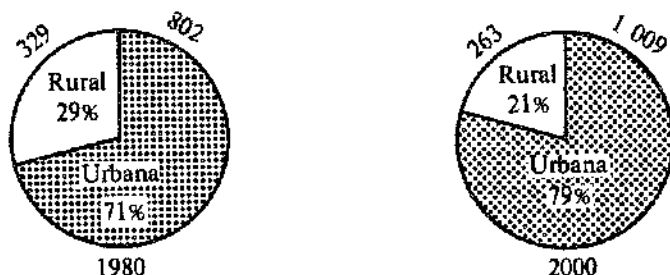
La superficie total de tierra en el mundo es de 13 500 millones de hectáreas. De ellas, el 59%, ocho mil millones, son desiertos, tierras con alta

POBLACIÓN URBANA Y RURAL

(las cifras fuera de los círculos indican la población en millones de habitantes)



PAÍSES SUBDESARROLLADOS



PAÍSES DESARROLLADOS

FUENTE: OMS. *Estrategia mundial de salud para todos en el año 2000*, Ginebra, 1981.

salinidad, tierras heladas y montañas. Existen bajo cultivo aproximadamente 1 500 millones de hectáreas, el 11% de la superficie total. El máximo de tierra cultivable disponible asciende a 2 425 millones de hectáreas.

Con los actuales niveles de productividad en los países subdesarrollados, se necesitarían 0,9 hectáreas por persona para alcanzar los niveles de consumo de los países desarrollados. En los países subdesarrollados serán cada día más los seres humanos que dependerán hipotéticamente de una

TIERRA CULTIVABLE PER CÁPITA

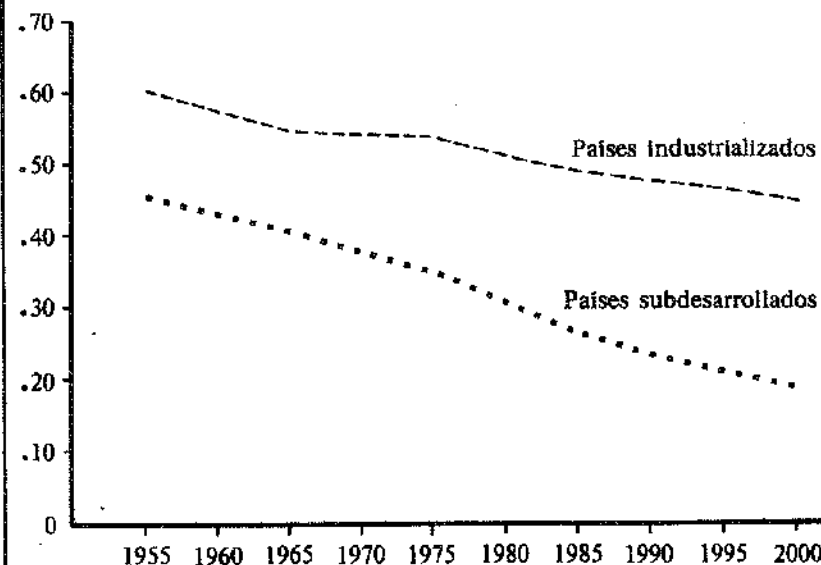
(en hectáreas)

	1971-1975	Proyecciones	
		1985	2000
Países desarrollados	0,55	0,50	0,46
Países subdesarrollados	0,35	0,27	0,19
América Latina	0,47	0,38	0,28
Norte de África y Medio Oriente	0,47	0,33	0,22
Otros países africanos	0,62	0,49	0,32
Sur de Asia	0,26	0,19	0,13
Sudeste de Asia	0,35	0,28	0,20
Este de Asia	0,13	0,11	0,08

FUENTE: *The Global 2000 Report to the President*, USGPO, p. 99.

TIERRAS CULTIVABLES PER CÁPITA, 1955-2000

(en hectáreas)



FUENTE: *The Global 2000 Report to the President*, vol. 1, USGPO, 1980.

hectárea de tierra cultivada. Sin embargo, ¿estarán esos países en condiciones económicas y tecnológicas de elevar el rendimiento de la tierra a los niveles adecuados para mantener una producción suficiente?

El aumento del rendimiento de la tierra, aspecto vital y determinante para enfrentar la creciente crisis alimentaria en el mundo subdesarrollado, requiere la atención a múltiples factores: tenencia, formas de explotación, tecnología avanzada y, muy especialmente, recursos financieros, tan inciertos como inalcanzables y gravosos, para la gran masa de sus agricultores.

La magnitud del esfuerzo que económicamente se requiere para lograr la autosuficiencia alimentaria en África, por ejemplo, se refleja en la proyección de la FAO para el año 2000. Las inversiones en el sector agrícola para ese año en el continente, deberían ser dos veces y media superiores a las de 1980, fecha en que ascendieron a 6 mil millones de dólares, para llegar a 9 300 millones en 1990 y a 15 400 millones en el año 2000.

La FAO considera que, con un nivel más adecuado de inversiones, sería posible incrementar la producción agrícola en los países del Tercer Mundo en un 4% promedio anual durante el presente decenio y en un 3,7% entre 1990 y el año 2000. Como resultado de estos incrementos, para fines del siglo se duplicaría la producción agrícola de los países subdesarrollados. Sin embargo, el logro de estas ambiciosas metas supone la incorporación al cultivo de 100 millones de nuevas hectáreas de tierra en esta década y otras tantas en la siguiente, la irrigación de otros 57 millones, el mejoramiento significativo de los actuales sistemas de riego, el incremento en el uso de fertilizantes y plaguicidas, el desarrollo de la mecanización y el empleo de semillas mejoradas. Para todo ello será necesario invertir 57 mil millones de dólares anuales hasta 1990 y 78 mil millones por año desde esa fecha hasta el año 2000. Tan apreciables esfuerzos suponen, además, notables cambios en las políticas de precios y en el comercio internacional, para facilitar la expansión agrícola y la colocación por parte de los países subdesarrollados de una proporción mayor de su producción en el mundo desarrollado, así como la necesaria asistencia internacional para el financiamiento, proyección y ejecución de programas agrícolas de gran envergadura en el Tercer Mundo.

Factor de no poca importancia en los problemas agrícolas que presenta el Tercer Mundo lo constituyen sus arcaicas estructuras de la propiedad agraria.

La agricultura de numerosas regiones del Tercer Mundo continúa dominada por el latifundio. La agricultura latifundista aplica técnicas extensivas de producción, propicia una subutilización del fondo de tierras y la explotación en mayor grado de mano de obra barata, e impide la adecuada utilización de las máquinas. La subutilización de recursos que supone el latifundio —en medio de una grave escasez de tierras— se expresa en regiones como América Latina. Según un estudio citado por la FAO sobre 6 países de esta región, realizado en 1966, se demostró que, por término medio, las grandes fincas no cultivaban 5 de cada 6 hectáreas.⁴ Nada hace suponer que la situación haya cambiado sustancialmente desde entonces.

DISTRIBUCIÓN DE LA TIERRA HACIA 1970

Definiciones	Pequeñas explotaciones en %		Grandes explotaciones en %	
	de la cantidad total	del área total	de la cantidad total	del área total
América Latina	66	3,7	7,9	80,3
África	66	22,4	3,6	34
Cercano Oriente	50	11,2	10,3	54,7
Lejano Oriente	71,1	21,7	4	31,1
				tamaño promedio (ha)
				100
				10
				20
				10
				2
				5
				10
				10
				20

FUENTE: FAO, Revista Ceres, no. 81, Roma, mayo-junio de 1981.

Similares dificultades provoca la existencia del minifundio, muchas veces asociado a la agricultura de subsistencia, que impone obstáculos muy serios a la aplicación de modernas tecnologías agrícolas en un gran número de cultivos.

Latifundio y minifundio, actuando en un complejo contexto de herencia colonial y dependencia neocolonial, y a veces entrelazados con la subsistencia de formas de producción incluso anteriores a la economía de mercado, contribuyen a explicar el desastroso estado de la agricultura en el Tercer Mundo. Tal es el caso de la agricultura migratoria, práctica característica de la producción de más de 167 millones de pequeños agricultores y familias campesinas sin tierra, o el eterno peregrinaje en las tierras áridas de millones de pastores nómadas en busca permanente de agua y alimento para sus rebaños. Según datos de la FAO, cerca del 25% de los hogares agrícolas en el Cercano Oriente, el 31% en el Lejano Oriente, el 34% en América Latina y el 10% en África, estaban constituidos a finales de la década de 1970 por campesinos sin tierra.

Las enormes desigualdades en la distribución de la tierra aparecen claramente reflejadas en hechos como que en el Lejano Oriente las pequeñas explotaciones (menos de 2 hectáreas) representaban hacia 1970 el 71,1% de la cantidad total de fincas, las cuales ocupaban el 21,7% del área total. El tamaño promedio de esas minúsculas explotaciones era de 0,7 hectáreas. En África el 66% de las fincas ocupaban el 22,4% del área total, con explotaciones promedio de sólo una hectárea. Por otra parte, en América Latina las grandes explotaciones (superiores a 100 hectáreas) eran sólo el 7,9% del total de fincas pero concentraban el 80,3% del área total, con un tamaño promedio de 514 hectáreas, lo cual evidencia la fuerte presencia del latifundio.

La reforma agraria supone una más justa, equitativa y racional redistribución de la tierra, pero supone mucho más: posibilita el desarrollo de formas superiores de organización de la producción agrícola, como pueden ser las cooperativas y los complejos agroindustriales de propiedad social, y la aplicación de modernas tecnologías capaces de multiplicar varias veces los menguados resultados de la agricultura tradicional. Por tanto, al tiempo que implicaría una profunda medida de justicia social, la reforma agraria representaría un notable aporte a la solución de los problemas alimentarios del Tercer Mundo, al ampliar la producción agrícola y propiciar una distribución más equitativa de los ingresos.

Agricultura y medio natural

A todos los factores analizados hasta aquí que inciden sobre la crisis agrícola y alimentaria, es preciso añadir la propia acción del hombre sobre el medio natural, la cual está provocando de manera acelerada cambios sin precedentes en la estabilidad, organización, equilibrio, interacción e, incluso, supervivencia de los principales sistemas ecológicos del planeta. Los

procesos desestabilizadores desencadenados por la mano del hombre potencian y complementan la acción transformadora sobre el medio que ejercen los factores naturales.

Así, la humanidad debe contemplar con seria preocupación cómo año tras año esta acción degradante sobre la naturaleza se refleja en el crecimiento de la desertificación, la erosión acelerada de los suelos agrícolas, la contaminación creciente de las aguas y el agotamiento de sus fuentes, la deforestación y otros fenómenos similares. Los grandes ecosistemas sobre cuyo equilibrio y estabilidad orgánica se ha desarrollado la vida del planeta durante milenios, están hoy como nunca antes amenazados en su existencia misma. Las características de este fenómeno universal tienen, no obstante, rasgos propios, orígenes comunes y un resultado quizás más devastador y ya muchas veces irreversible en los países subdesarrollados.

Cabe preguntarse, sin embargo, qué significado puede tener la definición de ecosistema, estabilidad biológica, contaminación, degradación del medio, etcétera, para las inmensas masas analfabetas y hambrientas del mundo subdesarrollado, cuya lucha cotidiana sólo persigue la mera supervivencia. ¿Puede acaso plantearse al pastor nómada del Sahel, que en esfuerzo perenne por subsistir se desplaza con sus rebaños por la tierra calcinada en busca de agua y alimento, que esa práctica milenaria es el factor más importante en el acelerado crecimiento del desierto, y que debe cesar? Sin una previa solución socioeconómica, que asegure un cambio y una perspectiva nueva a esa forma inhumana de vida, poco puede hacerse para evitar su negativa acción sobre la naturaleza.

Igualmente, poco puede avanzarse en la comprensión y, mucho menos, la solución de los graves resultados de la agricultura migratoria que practican millones de campesinos sin tierra, si como requisito previo no se resuelve la injusta situación de la tenencia, las formas arcaicas de producción agrícola y las miserables condiciones de sus vidas. Por otra parte, ¿puede pedirse hoy a los países tropicales con grandes áreas boscosas —por lo general, los más pobres del planeta— que cesen la explotación de sus cuantiosos recursos forestales para evitar las graves alteraciones ecológicas y climáticas que ello acarrearía para el mundo, sin previamente asegurar los recursos esenciales para su desarrollo y relaciones económicas más justas y provechosas para sus pueblos?

Los países desarrollados de economía de mercado son responsables directos de una parte importante de la degradación del medio. La contaminación de la atmósfera, las aguas terrestres y los océanos, las enormes cantidades de residuos químicos y nucleares que se incorporan a la atmósfera, van al suelo, al agua y al mar, son parte de la permanente agresión al medio en estos países. Las empresas transnacionales, responsables de la explotación y agotamiento de los recursos minerales, forestales y agrícolas en numerosos países subdesarrollados, aplican la práctica de trasladar a ellos plantas industriales de alto índice de contaminación ambiental, generalmente de tecnología atrasada y siempre sin inversiones complementarias que dispongan de sus residuales tóxicos.

Un hecho cardinal debe tenerse siempre presente al analizar estos procesos, y es que la historia demuestra que el curso de este fenómeno destructor puede detenerse e invertirse. Son conocidos los ejemplos de transformación, por la voluntad y la inteligencia del hombre junto a los recursos necesarios, de desiertos como el "Dust Bowl", en Estados Unidos, el de Karakum, en la URSS, o las heladas tundras cenagosas del norte de Siberia. Ahora bien, en el caso de nuestros países, junto a la voluntad política, la racionalidad y el propio instinto de supervivencia, debe estar presente la acción internacional capaz de apoyar los esfuerzos internos.

Erosión

La erosión constituye uno de los factores determinantes en el proceso de deterioro, pérdida de fertilidad y degradación de gran parte de los suelos agrícolas del planeta. Es también el factor de mayor peso que acompaña a la desertificación en vastas regiones del mundo subdesarrollado.

Por características naturales de los suelos y el clima, unidos a factores socioeconómicos y culturales que se traducen en formas atrasadas de la explotación agrícola y ganadera, la erosión en las regiones tórridas constituye un fenómeno de mucho mayor gravedad que en otras zonas del planeta. La agricultura de subsistencia, con sobreexplotación de los suelos y pérdida de la cubierta vegetal; las prácticas agrícolas negativas, como la quema, típicas de la agricultura migratoria; el manejo inadecuado de los cultivos; las fuertes sequías, acompañadas de vientos permanentes y seguidos muchas veces de lluvias intensas, son factores que condicionan y determinan el proceso de la erosión.

La pérdida de suelo agrícola avanza a ritmo acelerado en los países tropicales por causa de la erosión. Según publicaciones de la FAO, se calcula que la erosión por la lluvia y los vientos afecta en diversa medida hasta el 75% de la tierra arable del continente americano. Un estudio realizado por la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza y de los Recursos Naturales, y publicado por la UNESCO, señala que en la India, por ejemplo, de una superficie total de 3,3 millones de kilómetros cuadrados, en cerca de 1,5 millones se pierden progresivamente los suelos.⁵ En sólo 800 mil kilómetros cuadrados, la pérdida anual estimada es de 600 millones de toneladas de suelo, que van a parar al mar o se acumulan en diques y ríos.⁶ Valga señalar que la naturaleza requiere de 100 a 400 años para producir un centímetro de espesor de la capa vegetal del suelo.

Un estudio conjunto FAO/PNUMA ha estimado que el 35% de los suelos africanos al norte del Ecuador y el 60% de la tierra arable en el Cercano Oriente, entre otras, sufren daños considerables producto de la erosión, el anegamiento o la salinidad.

Desertificación

Paralelamente al crecimiento general de más de un 2% anual de la población mundial, la acción directa de factores naturales y del hombre transforma en desierto una buena parte de tierras antes cultivables. Se es-

tima que el proceso de desertificación en los últimos siglos ha sobrepasado los 9 millones de kilómetros cuadrados, es decir, una superficie similar a la del desierto del Sahara. Solamente en los países subsaharianos existen 685 millones de hectáreas desérticas.

Las zonas desérticas y semidesérticas del planeta ocupan en la actualidad alrededor de un quinto de la superficie de tierras. Cada año, sin embargo, 6 millones de nuevas hectáreas son absorbidas por el desierto. Quiere esto decir que, al ritmo actual, entre 1983 y el año 2000 se habrán perdido más de 100 millones de hectáreas: un millón de kilómetros cuadrados se habrá convertido en desierto.

Los grandes territorios situados en las inmediaciones de las zonas áridas del planeta, de poca pluviosidad y cortos períodos húmedos, de vegetación escasa, de gran fragilidad y muy pobre recuperación, son los que han aportado año tras año nuevos territorios a los desiertos, ante la acción devastadora de la sobreexplotación a que el hombre los somete. En Sudán, por ejemplo, el Sahara avanzó 200 kilómetros hacia el sur en el curso de 17 años. Los desiertos de Atacama en Sudamérica y Thar en Asia, avanzan con ritmo creciente. El aumento de la población y el crecimiento de los rebaños, actuando en las críticas condiciones climáticas de esas regiones, provocan, mediante el sobrepastoreo, la destrucción irreversible de la pobre vegetación allí presente. Se agotan así no sólo la vegetación, sino las escasas fuentes de agua disponibles, con lo que se termina por hacer desaparecer prácticamente toda forma de vida. Las necesidades de leña y otros residuos vegetales por parte de los nómadas, para cocinar y calentarse, completan la obra destructora del hombre. La FAO calcula, por ejemplo, que en una sola provincia desértica del Sudán, se queman todos los años 548 millones de árboles o arbustos para estos fines.

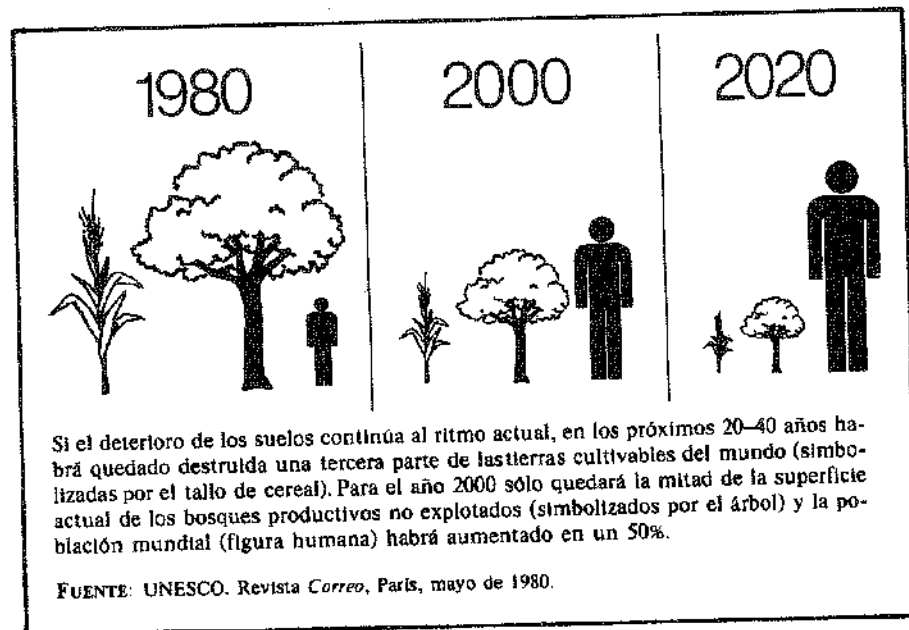
La propia FAO considera que existen 2 mil millones de hectáreas de tierras de cultivo en Asia, África y América Latina, que presentan un riesgo "alto" o "muy alto" de desertificación, es decir, corren peligro más o menos directo y grave de convertirse en tierra árida no apta para el cultivo.

Por otra parte, según cálculos realizados por esa misma institución, 125 mil hectáreas de tierra de regadío se pierden anualmente para la agricultura a causa de la salinización, la alcalización o la transformación en ciénagas de los suelos. A ese ritmo de evolución se ha deducido que en el año 2000 se habrán perdido por estas causas casi 3 millones de hectáreas. Aunque éste es un fenómeno común tanto a los países desarrollados como a los subdesarrollados, es evidente que su impacto en estos últimos será mucho más grave, teniendo en cuenta el menor desarrollo tecnológico de la agricultura en esos países, el predominio en ellos de los métodos extensivos de explotación de la tierra, las dificultades para la incorporación de nuevas superficies a la producción agrícola y el hecho de que los suelos en peligro son por lo general los más productivos.

A los factores enumerados hasta aquí, hay que añadir que anualmente se pierden miles de kilómetros cuadrados de tierra agrícola como resultado

de la urbanización, las construcciones industriales, carreteras, vías férreas, aeropuertos, redes eléctricas de alta tensión, instalaciones sociales, deportivas, militares y otras.

Entre los problemas que enfrenta la humanidad, por tanto, éste de la pérdida de áreas de cultivo es uno de los más apremiantes y graves.



Deforestación

Sin duda, otro de los problemas más urgentes que habrá de enfrentar la humanidad en el futuro más inmediato, no sólo por sus consecuencias económicas sino por sus implicaciones en la destrucción del equilibrio ecológico del planeta, es el acelerado proceso de desaparición de los bosques, sobre todo en el mundo subdesarrollado.

Una cuarta parte de la superficie terrestre estaba cubierta de bosques a mediados del presente siglo. Ya en 1978, el área boscosa total se había reducido a poco más de 2 500 millones de hectáreas, esto es, el 20% de la superficie total.

Cada año desaparecen cerca de 20 millones de hectáreas de bosques, en casi su totalidad en los países subdesarrollados. Quiere esto decir que cada minuto en nuestros países se talan, queman o destruyen más de 20 hectáreas de bosque. A ese ritmo, las selvas tropicales del planeta serán aniquiladas en un lapso de apenas 35 años. A fines del siglo, solamente la mitad de la superficie actual de los bosques tropicales productivos no explotados quedará en pie.

Las principales causas de este proceso creciente de devastación forestal se resumen en las siguientes:

- La agricultura migratoria y otras prácticas agrícolas inadecuadas, como resultado de la necesidad creciente de alimentos para las enormes masas hambrientas en el mundo subdesarrollado.
- Los requerimientos económicos de los países tropicales.
- La explotación forestal como fuente de riqueza.
- La demanda creciente de madera por los países desarrollados.
- La tala intensiva para obtener leña para la calefacción y cocina, fuente única de energía para casi 2 mil millones de habitantes del Tercer Mundo.

Según datos publicados por la FAO, la producción de madera con corteza para construcción industrial fue en 1975 de 155 millones de metros cúbicos, y se prevé que crezca para el año 2000 hasta 325 millones de metros cúbicos. Para carbón y leña, sin embargo, en 1978 se utilizaron 1 420 millones de metros cúbicos en países subdesarrollados, lo que significó el 40% del consumo energético de estos países ese año.⁷ Como contrapartida, el total de actividades de plantación y repoblación forestal abarca tan sólo 900 mil hectáreas al año.

Según proyecciones realizadas en los Estados Unidos, la superficie de bosques en los países desarrollados se habrá reducido en el año 2000 apenas en un 0,5%, mientras que en el mundo subdesarrollado esa reducción será de la magnitud del 40%. Con las tendencias actuales, en el primer cuarto del próximo siglo -dentro de sólo 40 años-, habrán desaparecido todos los bosques físicamente accesibles en los países subdesarrollados.

Las consecuencias desastrosas que para toda la humanidad supone la desaparición de los bosques, se palpan ya en la pureza ambiental, las alteraciones del régimen de lluvias, el control de las inundaciones y sequías, la desertificación, la erosión, el deterioro climático, la reducción de las aguas fluviales y del subsuelo, la merma de la fertilidad de los suelos y la declinación de la producción agrícola. Y se constatan en la rápida e indiscriminada desaparición de cientos de miles de especies vegetales y animales que habrán sido barridas de la Tierra aun antes de que el hombre llegue a describirlas y mucho menos a conocer sus posibilidades potenciales, inexploradas en la medicina y otros renglones de nuestra vida. Junto a esto, desaparece también una riqueza genética única e irreparable que costó cientos de miles, e incluso millones, de años desarrollar a la naturaleza. Se destruye así, a paso acelerado, uno de los sistemas más útiles, necesarios y esenciales de la vida del planeta.

Añadamos a estos efectos el largo catálogo de fenómenos producidos ya, y en manifestación cada vez más acelerada, por el descuido general del hombre hacia el balance ecológico de la Tierra. Por citar solamente algunos de estos peligros, recuérdense fenómenos como las concentraciones

crecientes en la atmósfera de dióxido de carbono con sus nocivos efectos aún por determinar totalmente, la pérdida del ozono estratosférico, el incremento de las radiaciones, la contaminación radiactiva de la atmósfera y los océanos, la introducción de volúmenes colosales de materias tóxicas, las lluvias ácidas, el despilfarro criminal de los recursos no renovables, la salinización y alcalización de las mejores tierras de cultivo, y tantas otras manifestaciones de la irresponsabilidad ecológica del hombre.

Las sombrías perspectivas de la agricultura y la alimentación en el Tercer Mundo

Todo lo expuesto hasta aquí revela la existencia de tendencias profundamente negativas para los países subdesarrollados en el campo de la agricultura y la alimentación. La FAO realizó en 1981 la extrapolación de esas tendencias hasta el cercano año 2000, y las sintetizó en los siguientes aspectos:

- En el año 2000 no menos de 34 países, que representan la mitad de la población de los 90 países considerados, tendrían un abastecimiento de calorías muy inferior al mínimo necesario.
- La continuación de las tendencias en cuanto a producción agrícola provocaría como resultados más destacados el aumento del número de hambrientos y desnutridos, la reducción del grado de autosuficiencia alimentaria y el enorme aumento de las necesidades de importación de cereales.
- El pobre crecimiento de la producción y la productividad agrícolas tendrá efectos aún más graves, considerando que entre 1980 y el año 2000 se agregarán unos 1 600 millones de personas a la población del Tercer Mundo.
- Analizando regionalmente la dinámica de la demanda y la producción, la FAO concluye que en África la tasa de crecimiento de la producción (2,6%) quedaría sumamente rezagada respecto al crecimiento de la demanda (3,4%). También en el Cercano Oriente y en América Latina la producción no alcanzaría a cubrir la demanda, mientras que en el grupo de los países más pobres el aumento de la producción quedaría un 25% por debajo de la demanda.
- Las importaciones agrícolas de los países subdesarrollados absorberían no menos del 95% del valor de sus exportaciones originadas en la agricultura, lo que limitaría drásticamente las posibilidades de obtener saldos comerciales positivos.
- Las exportaciones agrícolas de África no alcanzarían a cubrir más de la mitad de sus importaciones también agrícolas en el año 2000.
- Los llamados países menos adelantados tendrían importaciones agrícolas superiores en dos veces y media a sus exportaciones de dichos productos.

- El excedente neto de cereales de los países desarrollados alcanzaría la cifra de unos 213 millones de toneladas en los momentos en que el Tercer Mundo enfrentaría un déficit ascendente a unos 165 millones de toneladas.
- Las existencias en países subdesarrollados de productos como el azúcar, los cítricos, los aceites vegetales y las semillas oleaginosas superarían sustancialmente la demanda de importación de los países industrializados, a causa del proteccionismo practicado en contra de las economías del Tercer Mundo que impide el acceso a esos mercados.
- Las importaciones de cereales del Tercer Mundo aumentarían con pasmosa velocidad, elevándose de unos 80 millones de toneladas en 1978-1979 a 135 millones en 1990 y a 226 millones en el año 2000. El costo financiero de estas importaciones, a precios constantes de 1979, sería abrumador: 37 mil millones de dólares.
- El número total de familias campesinas aumentará más rápidamente que la tierra cultivable explotada en cada región, excepto en América Latina. Esto supone la disminución del tamaño medio de las explotaciones agrícolas en África, el Cercano Oriente y Asia, con el correspondiente aumento del número de trabajadores agrícolas que carecen de tierra, puesto que los terratenientes absorberán la tierra de los agricultores más débiles al resultar demasiado pequeña la superficie que éstos poseen para ser económicamente viable. Esto conduciría a una distribución aún más desigual e inequitativa de los medios de producción y los ingresos.

A estas sombrías perspectivas reflejadas en los estudios de la FAO, se añade lo expuesto en este mismo capítulo sobre los factores ecológicos de erosión, desertificación, deforestación, agotamiento y contaminación de fuentes de agua y otras formas de degradación de los suelos agrícolas del planeta, que exigen de la humanidad un gigantesco esfuerzo para preservar y recuperar recursos en la esfera más vital de su existencia.

6

Industrialización y desarrollo económico

La industrialización es un proceso decisivo para el desarrollo económico del Tercer Mundo; una necesidad que nadie se atrevería a negar, aun cuando existan opiniones diversas al intentar establecer sus características específicas, mecanismos y plazos, para cada país. Pero no cabe duda de que la industrialización del Tercer Mundo equivale, en términos estratégicos, a sentar la principal base material y tecnológica para acceder al desarrollo. El esquema clásico que postula la agricultura y los productos primarios como adecuada especialización para los países subdesarrollados, y deja la producción industrial en manos de los países desarrollados, no hace más que intentar eternizar un patrón que por irracional, desigual e injusto, rechazan con firmeza nuestros países.

Hoy es absolutamente claro que la industrialización, como proceso que repercute sobre todos los sectores de la economía, al movilizar una parte creciente de los recursos nacionales en función del desarrollo de una estructura económica técnicamente avanzada, capaz de producir bienes de consumo y de inversión y organizar su propia reproducción económica y tecnológica, es un imperativo histórico para nuestros países; es el camino que debemos recorrer para incorporarnos al desarrollo, a la moderna tecnología, a la misma civilización contemporánea.

Es bien sabido que la industrialización del mundo subdesarrollado se presenta como un proceso de complejidad y dificultades aún mayores que los procesos mediante los cuales se efectuó el desarrollo industrial de Inglaterra en los momentos iniciales del sistema capitalista, de Alemania y los Estados Unidos con posterioridad, e incluso de la Unión Soviética a partir de 1917. No puede desconocerse que, en la gran mayoría de los países subdesarrollados, los niveles de producción industrial se encuentran entre 3 y 5 veces por debajo de los niveles alcanzados por la Rusia de los zares inmediatamente antes de la revolución de 1917, y en lo referente a productividad del trabajo industrial, se estima que en Asia y África los niveles de productividad en la industria son entre 15 y 20 veces inferiores a los de los Estados Unidos.

La historia económica no registra diferencias tan enormes en anteriores procesos de industrialización. La vertiginosa dinámica de la actual revolución científico-técnica deja cada vez más atrás, a grandes saltos, a los países subdesarrollados.

Cuando se quiere caracterizar al Tercer Mundo, una de las formas más abreviadas y directas de hacerlo es decir que en él se genera sólo un 9% del producto industrial mundial. Puede afirmarse algo más, o sea, ese exiguo 9% está constituido casi en su totalidad por industrias de tecnología atrasada, y que un porcentaje mayoritario de ellas está atrapado en las redes productivas, tecnológicas, financieras y comerciales de las empresas transnacionales. También puede agregarse que esa pequeña, débil y dependiente industria se concentra en unos pocos países del Tercer Mundo.

El crecimiento industrial del Tercer Mundo

En términos de crecimiento industrial, es realmente imposible estar de acuerdo con quienes sostienen que en el Tercer Mundo se viene produciendo una impetuosa expansión industrial.

Es cierto que en algunos pocos países viene ocurriendo un rápido crecimiento del producto industrial en comparación con otros sectores de sus economías, un acelerado —y distorsionado— desplazamiento de la población rural hacia las áreas urbanas, con un virtual abandono del campo y un crecimiento aún más acelerado de las conocidas concentraciones urbanas en forma de gigantescas e inmanejables ciudades de faz industrial y extensos barrios de vida infrahumana.

Es muy discutible el significado positivo de estos crecimientos industriales de impacto estadístico, pero ellos son pocos y, más que ilustrar la tendencia general al crecimiento industrial en el Tercer Mundo, subrayan la ausencia de un crecimiento levemente significativo en más de 100 países subdesarrollados.

En efecto, en 1960 la participación de los países subdesarrollados en el producto industrial mundial era de un 6,9%. Más de 20 años después, el exiguo incremento registrado hace llegar nuestra participación a la pequeña cifra antes mencionada.

La Segunda Conferencia General de la Organización de Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial (ONUDI), efectuada en 1975 en Lima, aprobó el llamado Programa de Lima, según el cual dos metas centrales deben alcanzarse por los países subdesarrollados en el cercano año 2000: una participación del 25% en la producción industrial mundial y del 30% en el comercio mundial de manufacturas, como lógica expresión del crecimiento de la capacidad industrial en el Tercer Mundo.

Sin detenernos aún a comentar acerca de estas metas, que ponen el acento más en lo meramente cuantitativo que en el significado esencial del crecimiento industrial, ya es de sobra conocido que la continuación de las actuales tendencias nos haría llegar al año 2000 en condiciones aún

peores en el ámbito del desarrollo industrial. La misma ONUDI pronostica que, de mantenerse las actuales tendencias, los países subdesarrollados, que en 1977 aportaban menos del 9% de la producción industrial mundial, alcanzarían en el año 2000 sólo el 13,5% de esa producción a nivel mundial, o sea, estarían aún en peor posición relativa teniendo en cuenta las proyecciones de crecimiento demográfico.

La participación de los países subdesarrollados en la industria mundial es en verdad marginal, aunque sea un hecho establecido por vía estadística que la tasa de crecimiento de la manufactura en los países subdesarrollados en los últimos 25 años ha sido superior a la de los países capitalistas desarrollados, y sólo inferior a la de los países socialistas.

Sin embargo, este crecimiento industrial relativamente acelerado, aunque insuficiente en su velocidad, presenta otras características que es necesario tener en cuenta para apreciarlo de manera adecuada.

Un aspecto de suma importancia es que *la participación de los países subdesarrollados en la industria mundial es mucho más baja en aquellas ramas de mayor complejidad industrial-tecnológica.*

A nivel de rama, el crecimiento ha tenido lugar en las que han quedado rezagadas en el desarrollo tecnológico, con escaso contenido científico respecto a las ramas de avanzada y que constituyen una industria de retaguardia tecnológica con alta densidad de fuerza de trabajo, cuya baratura representa el gran estímulo para el capital transnacional.

Significativamente, los crecimientos industriales no han tenido lugar en la electrónica de avanzada —si en el ensamblaje de piezas electrónicas simples—, la energía nuclear, la química y petroquímica o la industria aeroespacial, sino en textiles y confecciones y, en menor grado, en la industria del cuero, celulosa y papel, o en la industria de alimentos manufacturados, la cual en nada alivia el hambre de centenares de millones de seres humanos.

En el mismo contexto, *también se caracteriza la industria del Tercer Mundo por el nivel muy primario a que explota y procesa sus recursos naturales.* La relación entre la explotación de los recursos naturales y su procesamiento industrial manufacturero, revela el carácter primario de esta industria. Mientras los países subdesarrollados aportan el 25,6% de la minería de metales, sólo producen el 4,1% de las manufacturas metálicas en el mundo. Concentran el 31,2% del petróleo y gas mundiales, pero sólo alcanzan a producir el 7,5% de la producción mundial en la importante rama química y petroquímica.

No se trata sólo de que los países subdesarrollados participan en un grado insignificante en el procesamiento de sus propios recursos naturales, sino que las cifras también muestran *la desarticulación intersectorial e intrasectorial de sus economías, o sea, la muy débil intervencionalidad entre sus sectores y ramas.* No existe una integración adecuada en sus relaciones intersectoriales que vincule el procesamiento industrial de las materias primas con los bienes de consumo finales, los bienes intermedios y los bienes de capital.

**PARTICIPACIÓN DE LOS PAÍSES SUBDESARROLLADOS
EN LA INDUSTRIA MUNDIAL**

(en por ciento)

	1963	1970	1975	1980
Minería	17,6	20,0	20,7	19,6
Minería de metales	25,4	23,8	24,0	25,6
Productos manufacturados metálicos	2,0	3,0	4,0	4,1
Petróleo y gas	29,4	34,0	33,5	31,2
Química	8,0	7,4	7,7	7,5
Textiles	15,2	16,3	17,6	17,4
Vestuario	8,0	9,1	11,9	11,8
Alimentos manufacturados	12,5	13,4	14,1	15,2
Madera	6,3	7,0	7,2	8,0
Papel	4,9	5,5	7,6	7,9

FUENTE: ONU. *La croissance de l'industrie mondiale*, ediciones de 1969 y 1970; *Yearbook of Industrial Statistics*, 1977; *Monthly Bulletin of Statistics*, 1980 y 1981.

Si entre 1975 y 1980 la minería creció en el Tercer Mundo a una tasa promedio anual del 1,6% y la producción de manufacturas metálicas lo hizo al 6,2%, esto se debe a que la industria funciona a partir de componentes importados y no procesando los recursos nacionales en una economía internamente integrada. Se trata entonces de una industria concentrada en las actividades más primarias, con un débil procesamiento de los recursos nacionales, una articulación indebida con otros sectores y ramas internos y un funcionamiento mayoritario a partir de componentes importados, lo cual eleva la presión sobre las balanzas comercial y de pagos.

Pero esta maltrecha industria aún presenta otras características desfavorables. En efecto, *quizás aún más grave resulta el insignificante nivel de la producción de bienes de capital (medios de producción) que garanticen la reproducción económica y tecnológica a partir de su propia producción, como base de un desarrollo autosostenido.*

La ONUDI se ha referido a lo anterior en estos términos:

La mayoría de los países en desarrollo tienen poca participación en la producción de bienes de capital. De manera típica, sus industrias proporcionan productos sencillos, hechos a pedido para pequeñas empresas que se dedican a la elaboración de alimentos, reparaciones, textiles, transformación de metales, etcétera. Los bienes de capital complejos y de alta precisión se importan dentro del marco de políticas favorables de comercio e inversión.¹

Y en otra parte, expresa:

Las ramas que están relativamente poco representadas en los países en desarrollo son sobre todo las que tienen que ver con actividades me-

cánicas. En el caso del hierro y el acero, un número relativamente grande de países en desarrollo (49 entre 96) dieron a conocer cierta actividad manufacturera. En muchos de estos países, la producción estaba limitada a la elaboración de chatarra nacional o importada.²

Más allá del lenguaje obligadamente cauteloso de Naciones Unidas, constituyen hechos muy elocuentes que los países subdesarrollados producen el 8% de la madera manufacturada en el mundo, pero sólo el 0,1% de las maquinarias para trabajar la madera. Concentran el 28,5% de la producción agrícola mundial, y sólo producen el 6,9% de las maquinarias y herramientas agrícolas, de las cuales el 40% son arados, la herramienta más primaria. En el Tercer Mundo sólo se fabrican el 6,6% de las máquinas de hilar, el 8% de los motores eléctricos, el 3% de los tornos, el 1,7% de las fresadoras, el 0,9% de las máquinas para prensar, forjar y laminar metales y el 0,06% de las máquinas cortadoras de metales.

Incluso en la industria automotriz, donde en los últimos años se ha proyectado una intensa propaganda en torno al redespigamiento de esa industria hacia países subdesarrollados, la proporción en que participan éstos en su producción mundial era en 1979 de sólo un 5,8%. En esta industria, controlada en un 90% por empresas transnacionales, a los países subdesarrollados, salvo muy contadas excepciones, les ha correspondido especializarse en la fase de ensamblaje a partir de componentes importados.

Esta dependencia de las importaciones de la industria del Tercer Mundo no es privativa de su sector automotor, sino que es un rasgo característico de toda la estructura industrial de estos países.

Y, finalmente, aunque los ejemplos pudieran multiplicarse hasta el agotamiento, en los minerales no combustibles, según datos de la ONUDI,

**GRADO DE CONTROL DE LA INDUSTRIA CAPITALISTA MUNDIAL
POR LAS 866 MAYORES EMPRESAS TRANSNACIONALES**

(en por ciento)

	1967	1977
Manufactura	70,2	76,5
Alimentos, bebidas y tabaco	64,2	73,8
Textiles, vestuario y calzado	18,5	17,7
Papel y productos de madera	17,3	34,1
Química	66,0	61,2
Metalurgia y productos no metálicos	68,1	80,0
Productos metálicos	74,5	64,6
Vehículos comerciales y de pasajeros	n.d.	90,6

FUENTE: ONU. *La croissance de l'industrie mondiale*, ediciones de 1969 y 1970; *Yearbook of Industrial Statistics*, 1977; *Monthly Bulletin of Statistics*, noviembre y febrero de 1980; revista *Fortune*, varios números de 1968 y 1978.

sólo el 30% del mineral extraído en el Tercer Mundo se transformó allí en lingote. Pero lo más significativo es que esa proporción se mantuvo constante entre 1950 y 1973.

Por supuesto, en la realidad industrial del mundo subdesarrollado, las empresas transnacionales —objeto, por su importancia, de consideración ulterior— tienen una elevada cuota de responsabilidad. No sería exagerado decir que a su actuación se debe una buena parte del distorsionado crecimiento industrial de los últimos 15 años.

Un aspecto sumamente revelador de la industria capitalista es el alto grado de control que los monopolios transnacionales logran sobre la misma.

Este control sobre la producción industrial —unido al control sobre el capital, la tecnología y la comercialización— permite a las transnacionales imponer su modelo de crecimiento no sólo en los países capitalistas desarrollados, sino también en los países del Tercer Mundo, con lo cual provocan graves desequilibrios en la distribución de la industria mundial.

Restaría, por tanto, señalar otra característica bien definida del crecimiento industrial tercermundista. Se trata de la *fuerte concentración de la producción industrial del mundo subdesarrollado en unos pocos países, con tendencia a la elevación de esa concentración*. En pocas palabras, la realidad es que 5 países absorbían en 1980 el 61,4% del producto industrial del mundo subdesarrollado. En 1975 representaban el 56,7%. Esto significa que más de 115 países se repartían menos del 40% de la mencionada producción. En el período de mayor velocidad de crecimiento manufacturero de los países subdesarrollados (1966-1975), tan sólo 9 de ellos concentraron el 69% del incremento.

Los cinco países que aparecen en el cuadro concentraron entre 1975 y 1980 el 79% del crecimiento productivo industrial de los países subdesarrollados. La tendencia que se observa es hacia una creciente participación de

este reducido grupo de países, tras los cuales, en orden de importancia, siguen Indonesia, Pakistán, Venezuela, Colombia, Irán, Filipinas, Chile y Egipto, todos con menos del 5% de participación. Si a los 5 primeros países se suman Hong Kong, Taiwán y Singapur en lo referente a exportación de manufacturas, entonces estos 8 países representan más del 70% de las exportaciones totales del Tercer Mundo.

La obvia conclusión a que conducen las informaciones precedentes es que la industrialización, para la enorme mayoría de los países subdesarrollados, es virtualmente inexistente o apenas iniciada en proporciones significativas.

Pese a ciertas afirmaciones en el sentido de que en la industria mundial se viene produciendo una llamada reestructuración, calificada como impresionante, lo realmente impresionante es que en el Tercer Mundo se encuentre el 69,2% de la fuerza de trabajo industrial mundial y que genere menos del 9% del producto industrial mundial; lo realmente impresionante es la tenaz persistencia de un panorama compuesto por más de 100 países donde la industria no pasa de ser un pequeño muestrario de actividades semiartesanales con niveles tecnológicos definitivamente obsoletos, que producen para un estrecho mercado interno y subsisten de manera precaria a cuenta de políticas de protección por parte del sector público y de la reducción aún mayor del nivel de vida de sus trabajadores.

Más que el supuesto dinamismo de la industrialización en curso, el acento debe centrarse en lo exiguo e insatisfactorio, en la virtual carencia de industrialización, si se le mide no en términos de simples tasas históricas de crecimiento, sino en relación con la colosal tarea histórica que supone para nuestros países la industrialización como componente fundamental para dejar atrás el subdesarrollo.

En torno al proceso de crecimiento industrial, pueden debatirse numerosos problemas. No existe un camino único, un modelo único de industrialización cuyas virtudes sean universalmente aplicables. Algunos de esos problemas requieren un tratamiento extenso que escapa de los horizontes de este informe. Se refieren al tamaño óptimo de la producción en relación con los pequeños mercados internos, a la correlación entre la industria pesada y la industria ligera, a la comercialización externa de la producción industrial, a la elección de las llamadas tecnologías apropiadas. Se refieren al papel del sector público en la actualidad, cuando ya no es posible concebir un proceso de industrialización basado en mecanismos espontáneos de mercado, a causa del despilfarro de recursos, las crisis cíclicas y los profundos traumas sociales que supone; cuando es evidente la necesidad objetiva de una dirección consciente que encauce y planifique el desarrollo industrial y económico.

No se trata de reproducir en nuestros países el modelo industrial de Occidente, ya irreplicable en las actuales condiciones históricas, incapaz de asegurar un desarrollo estable y a largo plazo y que ha sumido al mundo en periódicas crisis. Una industria que en los Estados Unidos, el país ca-

PARTICIPACIÓN EN EL PRODUCTO INDUSTRIAL DE LOS PAÍSES SUBDESARROLLADOS

(en por ciento)

	1963	1970	1975	1980
Brasil	14,0	14,3	16,7	18,8
Corea del Sur	1,4	3,5	7,1	12,1
India	18,8	14,9	12,1	12,0
México	9,1	10,7	10,2	10,7
Argentina	11,1	11,9	10,6	7,8
TOTAL	54,4	55,3	56,7	61,4

FUENTE: ONU. *Yearbook of Industrial Statistics*, ediciones de 1979 y 1980.

pitalista más desarrollado, sólo logra crecer marginalmente produciendo para la guerra, apartando del bienestar social a crecientes porciones de la población, despilfarrando los recursos naturales que son patrimonio de la humanidad, contaminando el medio y convirtiendo al hombre en simple instrumento del capital.

Nuestros países no necesitan una industria que consuma divisas y produzca moneda débil. No necesitan una industria que produzca principalmente bienes que no aseguran la reproducción económico-tecnológica ni crean base de autosustentación. No es necesaria una industria que, en la medida que crece, hace crecer la deuda y su servicio, el desempleo, la marginalidad social, el deterioro del nivel de vida, la dependencia externa y las desproporciones socioeconómicas internas.

Tampoco necesitan una industria exportadora que requiera, para funcionar, elevadas importaciones por limitarse a operar sobre las fases más simples y de uso intensivo de la mano de obra, en un proceso productivo internacional dominado por las empresas transnacionales. No es necesaria una industria que proporcione insumos baratos al capital privado transnacional o a cerradas oligarquías internas.

LA INDUSTRIALIZACIÓN EN LOS PAÍSES SUBDESARROLLADOS

- El Tercer Mundo sólo genera algo menos del 9% del producto industrial mundial. De mantenerse las actuales tendencias, los países subdesarrollados aportarán en el año 2000 sólo el 13,5% de esa producción.
- La producción industrial de los países subdesarrollados se concentra en aquellas ramas de menor complejidad industrial-tecnológica. Del total mundial, fabrican
 - el 6,6% de las máquinas de hilar
 - el 8% de los motores eléctricos
 - el 3% de los tornos
 - el 0,06% de las máquinas cortadoras de metales.
- La industria en el Tercer Mundo está fuertemente dominada por las empresas transnacionales, que controlaban mundialmente en 1977
 - el 76,5% de la producción manufacturera
 - el 80,0% de la producción metalúrgica y de productos no metálicos
 - el 90,6% de la producción de vehículos comerciales y de pasajeros.
- En 1980 sólo 5 países del Tercer Mundo concentraban el 61,4% del producto industrial de los países subdesarrollados.

No siempre industrialización equivale a desarrollo. No siempre el crecimiento industrial estadístico y de las exportaciones de manufacturas, indican que se transite por el camino del desarrollo.

Existe incluso el peligro de recorrer un camino que acerque aparentemente el objetivo del desarrollo socioeconómico, pero en realidad lo aleje más. Una lección muy instructiva de los últimos años es que el subdesarrollo también puede presentar un rostro industrial exportador, sin perder ninguna de sus características esenciales como subdesarrollo.

Y aún más preocupante es que la formulación inadecuada de nuestras demandas sobre industrialización pueda contribuir a identificar en una misma tendencia a los legítimos intereses de desarrollo del Tercer Mundo con las acciones expoliadoras y deformantes de las empresas transnacionales sobre los sectores industriales de los países subdesarrollados.

La llamada transferencia de tecnología

En los marcos de la industrialización del mundo subdesarrollado, ocupa un lugar destacado el problema de la transferencia de tecnología.

La llamada transferencia de tecnología constituye en realidad el proceso mediante el cual los países subdesarrollados alquilan o adquieren la tecnología indispensable para desarrollar un proceso de industrialización que se ha mostrado, hasta el presente, dependiente y desvinculado realmente, en la mayoría de los casos, de las necesidades del desarrollo. La tecnología —convertida en una mercancía más, altamente monopolizada por un reducido grupo de países poderosos— se ha convertido en un elemento casi imposible de dominar y reproducir por parte de los países subdesarrollados.

El mercado de tecnologías se caracteriza por su índole altamente monopolística, por la débil capacidad negociadora del país receptor y por la ausencia de bases legales para el desarrollo de las negociaciones, entre otros rasgos. Estas mismas características explican, en gran medida, la razón por la cual los países subdesarrollados confrontan importantes problemas para la adquisición de tecnología extranjera.

A partir de lo anterior, es posible comprender algunas de las características del proceso de transferencia —en realidad, comercio— de tecnología entre los países capitalistas desarrollados y los subdesarrollados.

Ante todo, es destacable el importante peso de los Estados Unidos dentro del total de gastos realizados al interior del mundo capitalista en investigación y desarrollo (I-D). De tal modo, tanto por su número como por su expansión a escala mundial, las empresas transnacionales norteamericanas han influido de manera significativa en el condicionamiento de la tecnología a importar por parte de los países subdesarrollados.

Por otro lado, investigaciones realizadas por la UNCTAD han permitido indicar la existencia de 14 restricciones en materia de exportaciones, sufridas por los países subdesarrollados cuando éstos utilizan tecnología importada. Entre ellas pueden apreciarse restricciones generales de exporta-

ción, prohibición completa de exportaciones, prohibición de exportaciones a ciertos países, permiso para exportaciones sólo a ciertos países, restricciones en el volumen de las exportaciones, control de los precios de exportación, exportaciones permitidas sólo a través de determinadas empresas, y muchas otras.

Como podrá observarse, no sólo son graves las restricciones introducidas por los suministradores de la tecnología a los países receptores, sino que varias prohibiciones afectan también el comercio entre los propios países subdesarrollados.

Además, hay que tomar en cuenta que los grandes monopolios internacionales no suelen transferir la tecnología verdaderamente moderna, sino aquella que resulta en muchas ocasiones ya obsoleta. En efecto, según un estudio del Banco Interamericano de Desarrollo, a comienzos de la presente década, el 70% de la tecnología importada por América Latina desde los países capitalistas desarrollados era obsoleta.

A todo lo ya planteado es necesario agregar que, independientemente de la enorme brecha científico-técnica que separa a los países capitalistas desarrollados de los subdesarrollados, los primeros han logrado imponer un injusto sistema de normas internacionales dirigido a preservar su dominio sobre los conocimientos científico-técnicos, lo cual les permite gravar su utilización mediante el cobro de sumas prohibitivas para las posibilidades de las economías de los países del Tercer Mundo. Los pagos que debieron realizar estos países en 1982 por concepto de tecnología, fueron del orden de casi 35 mil millones de dólares, cifra que representa más de la tercera parte del monto en que creció la deuda externa de los países subdesarrollados durante ese año.

En realidad, la importación de tecnología por parte de los países subdesarrollados, lejos de permitir la obtención de los objetivos de desarrollo esperados, se ha venido a sumar al conjunto de factores que refuerza la situación de dominación extranjera que sufre la mayoría de los países del Tercer Mundo y contribuye a la reproducción del atraso y el subdesarrollo. La participación de los países subdesarrollados en el mercado mundial de tecnología, ha consolidado ciertamente su posición subordinada y dependiente dentro del sistema de relaciones económicas internacionales.

Las presentes relaciones científico-técnicas internacionales, diseñadas como parte del injusto orden económico internacional actual, han estimulado la creciente emigración de profesionales y técnicos de los países subdesarrollados hacia los países capitalistas desarrollados. Este movimiento internacional del personal calificado desde los países subdesarrollados, no debe verse como un proceso migratorio normal. Se trata en realidad de un verdadero "robo de cerebros" o transferencia inversa de tecnología, alentada y propiciada por los países desarrollados de economía de mercado.

Para tener una idea de este alarmante drenaje de personal calificado, basta indicar que la media anual de especialistas que emigraron a los Estados Unidos en el quinquenio de 1962-1966 fue de poco más de 4 mil,

mientras que en los restantes 15 años la media saltó a poco más de 13 mil, o sea, 3 veces más.

Esta succión constante es más grave cuando nos detenemos en las especialidades de los profesionales que emigran. Se aprecia así que la mayor parte se relaciona con las especialidades más importantes y necesarias para el desarrollo socioeconómico de un país: ingenieros, médicos y científicos naturales. Sólo en el caso de los Estados Unidos, estas 3 especialidades representaron, aproximadamente, cerca de la tercera parte de los especialistas emigrados a ese país.

Las regiones de Asia y América Latina y el Caribe constituyen las zonas que sufren con más fuerza este drenaje de personal calificado, lo cual contribuye a obstaculizar el desarrollo socioeconómico de estos países, al tiempo que es una forma sutil de descapitalizarlos. La UNCTAD ha estimado en 51 mil millones de dólares el valor en términos de capital del aporte técnico del personal calificado que emigró entre 1960 y 1972 del Tercer Mundo a sólo 3 países capitalistas desarrollados: Estados Unidos, Canadá y Gran Bretaña. Partiendo de la cifra de 46 mil millones de dólares, que constituye el monto total de la ayuda al desarrollo ofrecida por esos 3 países en el mismo período al mundo subdesarrollado, resulta que sólo el "robo de cerebros" ha representado para nuestros países una pérdida neta en 12 años de casi 5 mil millones de dólares.

Industrialización y redespliegue industrial transnacional

Las realidades observadas en el último decenio obligan a reunir en un mismo análisis las acciones de las empresas transnacionales, el crecimiento industrial exportador registrado en un corto número de países y la demanda del Programa por un Nuevo Orden Económico Internacional, el cual alude a un proceso de reubicación o redespliegue industrial.

Desde que el tema del redespliegue adquiriera notoriedad en la Segunda Conferencia General de la ONUDI (Lima, 1975), alrededor de este tema se han planteado crecientes dudas e interrogantes. Ya en 1979, los Jefes de Estado o Gobierno reunidos en La Habana, en ocasión de la VI Conferencia Cumbre de los Países No Alineados, tocaron puntos sensibles de este asunto:

Los Jefes de Estado o Gobierno destacaron el papel de la reubicación de industrias como forma de cooperación industrial internacional, incluso la transferencia de recursos con el fin de establecer capacidades de producción en los países en desarrollo a fin de aumentar su participación en la producción industrial mundial conforme a sus recursos naturales, objetivos de desarrollo y otras consideraciones socioeconómicas. Subrayaron, además, que *la reubicación no debe utilizarse como pretexto para obtener acceso a la fuerza de trabajo abundante y barata de los países en desarrollo, ni para la transferencia de industrias anticuadas y contaminantes. La reubicación debe llevarse a cabo de conformidad*

con los objetivos, las prioridades y las aspiraciones nacionales generales de los países en desarrollo y no deberá ir unida a la expansión de las empresas transnacionales en los países en desarrollo. Debiera entenderse como parte de un proceso ideado para fomentar la transferencia de tecnología a los países en desarrollo. Debiera reforzarse el mecanismo de consulta ya en marcha en la ONUDI, y todos los países deben participar en él con objeto de lograr que las capacidades industriales se reubiquen de forma dinámica en los países en desarrollo y que en estos países se fueran creando nuevas capacidades industriales.³

Sin embargo, las indicaciones de los Jefes de Estado o Gobierno, reveladoras de una preocupación por las deformaciones que introducen las empresas transnacionales en el crecimiento industrial, no han cambiado la negativa tendencia que se deseaba detener. El redespiegue industrial diseñado por las transnacionales ha seguido su curso, pese a las advertencias y a que pocos ignoran sus nocivas características y sus más profundas motivaciones.

En sentido general, el redespiegue industrial plantea lograr un traslado de industrias ubicadas en países desarrollados hacia el Tercer Mundo. La meta de Lima ya mencionada —alcanzar para el año 2000 el 25% de la producción industrial mundial— se presenta como la medida del éxito o fracaso de tal intento.

El traslado o reubicación aparece planteado en términos imprecisos, de tal modo que el énfasis se pone en el traslado mismo, como si en ese simple proceso de desplazamiento geográfico hubiera suficientes razones para el desarrollo industrial del mundo subdesarrollado. La insistencia se hace en el cumplimiento de la meta cuantitativa mediante el logro de la reubicación, pero se dejan en la penumbra las características esenciales de la industria que necesita el Tercer Mundo para que actúe como factor dinámico impulsor de verdadero desarrollo, y no de nuevas formas de dependencia y explotación.

Un aspecto importante a tener en cuenta al reflexionar sobre el redespiegue industrial, es la apreciación de si constituye realmente una demanda que, sostenida por el Tercer Mundo, ha significado arrancarles concesiones a los países desarrollados, o si, por el contrario, es un proceso que se viene efectuando con anterioridad a la Conferencia de Lima en cumplimiento de tendencias lógicas de las empresas transnacionales en persecución de una mayor ganancia empresarial.

Es evidente, y muchos análisis así lo demuestran, que las actuales transnacionales han variado sus antiguos métodos de operación en el mundo subdesarrollado y, a impulsos de estos cambios, vienen ocurriendo transformaciones en la división internacional del trabajo.

El objetivo fundamental no consiste ahora en mantener una periferia agrícola-minera abastecedora de materias primas, alimentos, minerales, etcétera, o receptora de inversiones latifundiaras de corte bananero. Aunque lo anterior no se abandona por completo, el acento se pone en otras acti-

vidades que replantean, bajo nuevas formas, la vieja división internacional capitalista del trabajo.

Una rápida ojeada a la historia de la exportación de capital procedente de países capitalistas desarrollados, muestra que desde sus primeras manifestaciones hasta aproximadamente el decenio de 1930, este proceso se orientó hacia el control y explotación de actividades primarias, teniendo en la ganancia su motivación esencial y en el control de recursos naturales su característica directa. Con posterioridad, el capital extranjero se orientó —con preferencia en América Latina— a beneficiarse de los mercados nacionales protegidos, en el contexto de políticas de sustitución de importaciones e impulso a la industria nacional, que se pusieron en marcha en la década de 1930 y con mayor vigor después de la Segunda Guerra Mundial. Se apropian de las industrias y mercados protegidos y adquieren bases industriales internas, aunque la orientación fundamental era producir para el mercado interno para así captar los beneficios de las políticas de protección.

Estas dos formas se mantienen en la actualidad, pero han cedido importancia frente a la corriente surgida en el decenio de 1960, que tiene a la empresa transnacional como su protagonista central. Esta nueva forma consiste en la implantación del sistema matriz-filiales para aprovechar las condiciones dadas por la existencia en el Tercer Mundo de mano de obra barata y abundante para la producción de bienes industriales destinados a la exportación.

Este sistema matriz-filiales y el comercio "cautivo" o intracorporación que lo acompaña, mantiene el inalterable objetivo de maximizar la ganancia aprovechando los bajos salarios y las jornadas de trabajo más largas e intensivas en los países subdesarrollados, donde puedan obtenerse, en operaciones por lo general simples y parciales, una productividad similar a la de los países capitalistas desarrollados, así como beneficiándose de las facilidades fiscales o de otra índole concedidas por los gobiernos receptores.

En términos concretos, las características generales de las condiciones en que operan estas transnacionales industrial-exportadoras son: salarios por debajo de los 25 centavos de dólar por hora (entre 5 y 8 veces más bajos que en los países capitalistas desarrollados), mínimo de 48 horas de trabajo por semana y 50 semanas al año, muy pocos días feriados y débil resistencia obrera organizada.

Las industrias así creadas funcionan con alta dependencia de componentes importados, y realizan partes de un producto cuya elaboración ha desconcentrado geográficamente la transnacional, aunque retiene el mando centralizado sobre todo el proceso y el lanzamiento del producto final.

Con este redespiegue industrial hacia el Tercer Mundo, espoleado por los miserables salarios que mantienen allí el desempleo y la pobreza; las potencias imperialistas y sus empresas transnacionales han encontrado una especie de ejército industrial de reserva externo, al cual ya tienen po-

sibilidades tecnológicas de explotar y que cumple, como en pasadas etapas de la historia capitalista, su papel como mecanismo de explotación para alimentar la acumulación de capital.

Es absurdo, por tanto, pensar que las empresas transnacionales puedan resolver el grave problema del desempleo en el mundo subdesarrollado, pues necesitan aprovecharse del desempleo como factor sostenedor de los bajos salarios. Sin ellos desaparece el incentivo para redespigarse.

Por otra parte, esta inversión transnacional genera un ingreso de divisas por concepto de exportaciones, pero genera aún mayores egresos por vía de ganancias remitidas, insumos importados, pago por tecnología e intereses. En rigor, los países subdesarrollados pagan 4 veces por el capital que reciben: 1) por concepto de importaciones cuando el capital entra en forma de equipos, maquinarias o partes componentes; 2) por concepto de ganancias remitidas al país sede de la transnacional; 3) por pago del precio de la tecnología, y 4) por pago de la amortización y el servicio de la deuda. No es casual el hecho de que los países que han recibido este redespigamiento con mayor intensidad sean, por lo general, los más endeudados. Si algo demuestra con meridiana claridad la descomunal deuda y el desbalance comercial y financiero de los países que han recibido mayores dosis de redespigamiento, es el carácter mitológico del "aporte al desarrollo" hecho por el capital transnacional imperialista.

En el redespigamiento industrial se encierran peligrosas posibilidades que pueden desarrollarse aún más si se imponen las falsas ventajas que plantea la propaganda transnacional. Se supone que la industrialización por la vía del redespigamiento transnacional sacará al Tercer Mundo de su atraso secular y transformará su perfil agrario en industrial urbano. Lo hará implantando industrias eficientes que desarrollen exportaciones competitivas de manufacturas sin tener que atravesar el complejo proceso de la industria naciente y los mercados desconocidos. Aparentemente, la transnacional lo pone todo, y actúa como factor de integración de la economía nacional.

En realidad, las filiales transnacionales no pueden integrarse ni contribuir a integrar las economías de nuestros países, porque ellas se encuentran integradas a su casa matriz y a las otras filiales del conglomerado, conformando un sistema ajeno —en la mejor variante— o contrapuesto —en la mayoría de los casos— a los intereses nacionales.

En la actualidad está ocurriendo en efecto un activo redespigamiento industrial hacia el Tercer Mundo. Pero su sentido y sus efectos tienen poca relación con los genuinos intereses del desarrollo de nuestros países en el marco del establecimiento de un verdadero Nuevo Orden Económico Internacional. Quienes lo impulsan, ejecutan y benefician en su accionar son los conglomerados de capital monopolista transnacional.

No puede ser la industrialización del Tercer Mundo el triste subproducto dejado por las transnacionales a cambio de la salvaje explotación de los recursos laborales de los países subdesarrollados, el agotamiento de sus recursos naturales y la contaminación de sus espacios territoriales.

7

Las empresas transnacionales

Desde hace poco más de dos décadas, el fenómeno de las empresas transnacionales viene ocupando la atención internacional, en la medida en que esas empresas han ido aumentando de manera alarmante su influencia en las relaciones económicas a escala de todo el planeta. En efecto, las empresas transnacionales producen y distribuyen una parte cada vez más importante del volumen total de mercancías creadas en el sistema capitalista mundial, y generan la mayor parte del flujo internacional de capitales, que controlan mediante un vasto aparato financiero internacional. Esto significa que tales monopolios internacionales constituyen los principales agentes del proceso de acumulación y explotación capitalista a nivel mundial. Ello, como es natural, tiene profundas repercusiones desde el punto de vista político y social en los países del Tercer Mundo.

El espectacular crecimiento, proliferación e influencia de las empresas transnacionales en la economía internacional, pueden medirse en el hecho de que a principios de la década de 1970 ya existían más de 10 mil entidades de ese tipo, que contaban con más de 30 mil filiales distribuidas por el mundo.¹ A fines del decenio, según cálculos del Centro de Estudios Transnacionales de la ONU, las cifras serían de 11 mil empresas con unas 82 mil filiales extranjeras.

El enorme poderío económico de estos modernos monopolios internacionales puede aquilatarse también al comprobar que, en 1981, las 10 mayores empresas transnacionales norteamericanas realizaron ventas por casi 500 mil millones de dólares, cifra que supera ampliamente el Producto Interno Bruto conjunto de un numeroso grupo de países.

A nivel mundial, a pesar de la pérdida de terreno sufrida por las empresas transnacionales norteamericanas frente a sus competidoras europeas y japonesas, éstas mantienen todavía su preeminencia entre las mayores.

De acuerdo con el cuadro siguiente, de las 10 mayores empresas transnacionales del mundo, 8 son norteamericanas. Entre éstas realizaron el 76% de las ventas totales y obtuvieron el 75% de todas las ganancias de este grupo.

**LAS 10 MAYORES EMPRESAS TRANSNACIONALES
DEL MUNDO EN 1981
DE ACUERDO CON EL VOLUMEN DE SUS VENTAS
(en millones de dólares)**

	<i>País</i>	<i>Ventas</i>	<i>Ganancias netas</i>
Exxon	Estados Unidos	108 108	5 667,5
Royal Dutch/Shell Group	Holanda-Gran Bretaña	82 292	3 642,1
Mobil	Estados Unidos	64 488	2 433,0
General Motors	Estados Unidos	62 698	333,4
Texaco	Estados Unidos	57 628	2 310,0
British Petroleum	Gran Bretaña	52 200	2 063,3
Standard Oil of California	Estados Unidos	44 224	2 380,0
Ford Motor	Estados Unidos	38 247	-1 060,1
Standard Oil of Indiana	Estados Unidos	29 947	1 922,0
International Business Machines	Estados Unidos	29 070	3 308,0
TOTAL		568 902	22 999,2

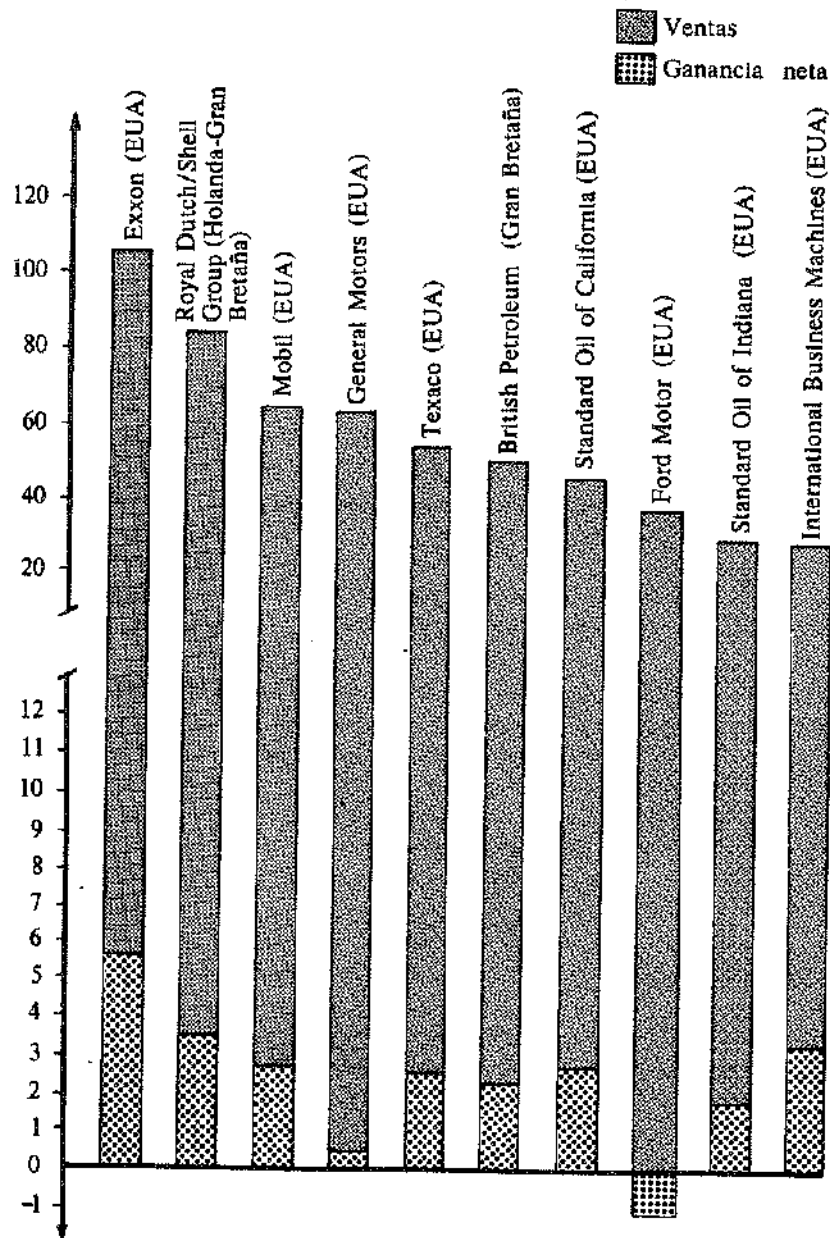
FUENTE: Revista *Fortune*, mayo y agosto de 1982.

La proliferación de las filiales de las empresas transnacionales en el extranjero, se ha visto acompañada por un espectacular aumento de la inversión directa de capital, que elevó, de manera sustancial, la parte acumulada del mismo en los países receptores en la década de 1970. Si en 1971 la inversión directa acumulada en el exterior ascendía a 158 mil millones de dólares, ya en 1975 alcanzaba la cifra de 259 mil millones y, según nuevos estimados, en 1980 llegaba a los 450 mil millones.² Estas cifras suponen una tasa de crecimiento promedio anual de más del 12% para la década, superior incluso a la tasa de crecimiento de las propias economías capitalistas desarrolladas, tomadas en conjunto, en el mismo período.

Las únicas cifras oficiales disponibles para 1980 se refieren a los Estados Unidos. En ese año, la inversión acumulada de ese país en el extranjero ascendía a 213,5 miles de millones de dólares, lo que representa un 48% del total mundial. Por otra parte, la expansión de las transnacionales japonesas en la década de 1970 ha sido vertiginosa. Sus inversiones directas en el extranjero aumentaron de 4,4 miles de millones de dólares en 1971 a 31 mil millones en 1979, lo cual significa un crecimiento promedio anual sin precedentes del 28% para el período. Ello permitió a las empresas transnacionales japonesas elevar su participación en el total de la inversión directa acumulada en el mundo, de un 2,8% en 1971 a cerca de un 8% en 1979.

La producción internacional, definida como la producción sujeta a control o decisión extranjera y medida aproximadamente por las ventas de las filiales extranjeras de las transnacionales (excluidas las ventas intrafir-

**VENTAS Y GANANCIAS DE LAS 10 MAYORES
EMPRESAS TRANSNACIONALES, 1981
(en miles de millones de dólares)**



FUENTE: Revista *Fortune*, Estados Unidos, 3 de mayo de 1982 y 23 de agosto de 1982.

mas), se ha estimado en 830 mil millones de dólares en 1976.³ Compárese esta cifra con el volumen total de exportaciones efectuadas por el conjunto de los países capitalistas ese mismo año, ascendentes a 911 mil millones de dólares,⁴ y se tendrá una idea aproximada del creciente papel de las empresas transnacionales en la producción y el comercio a nivel mundial.

Anteriormente se habló ya de la enorme incidencia y el extraordinario papel que la teoría económica liberal ha asignado históricamente a la inversión directa, como una forma de financiamiento al desarrollo de los países subdesarrollados.

No menos importante también es el control monopólico que ejercen las empresas transnacionales sobre la tecnología y su "transferencia" al Tercer Mundo, que en términos generales refuerza la dependencia que han padecido históricamente nuestros países de las metrópolis capitalistas. Cabe destacar también el creciente papel que desempeñan los bancos transnacionales en las relaciones financiero-monetarias internacionales. Según algunos estimados, ya en 1975 los activos líquidos de la banca transnacional tenían un nivel muy cercano al total de las reservas mundiales. Esto significa que esos bancos pueden transferir en un breve plazo, de acuerdo con sus expectativas, enormes sumas de reservas financieras que por su magnitud no sólo pueden contribuir a agudizar los desequilibrios monetarios, ya de por sí graves, sino también neutralizar la efectividad de las medidas defensivas que instrumenten los distintos gobiernos ante la inestabilidad monetaria existente. A esto también se asocia, en medida considerable, la angustiosa situación de creciente endeudamiento que padecen, en la actualidad, los países subdesarrollados.

Los efectos reales de la inversión directa de las empresas transnacionales en los países del Tercer Mundo

Las inversiones directas de capital constituyen uno de los mecanismos fundamentales mediante los cuales las empresas transnacionales se expanden de manera incesante a nivel mundial.

INVERSIÓN DIRECTA ACUMULADA (en miles de millones de dólares)

	1967	1971	1975
Total	105	158	259
Distribución geográfica (en %)			
En países capitalistas desarrollados	69	72	74
En países subdesarrollados	31	28	26
	100	100	100

FUENTE: ONU. *Transnational Corporations in World Development. A Re-examination.* Tabla III, 33.

Pero este crecimiento se hace cada vez más diferenciado en relación con los distintos grupos de países receptores de tales inversiones. Como se observa en el cuadro, la participación de los países subdesarrollados en el monto total de la inversión directa acumulada en el mundo, es decreciente. Este hecho, por sí solo, constituye un serio cuestionamiento del papel que la teoría económica liberal ha asignado históricamente a la inversión directa, como una forma de financiamiento al desarrollo de los países subdesarrollados.

Ya hemos analizado el papel distorsionador de la inversión extranjera directa en la economía de los países subdesarrollados. Pero donde se revela en toda su dramática dimensión el verdadero papel que desempeñan estas inversiones, es en la comparación de los flujos netos de inversión directa hacia esos países con el reflujo que representan las utilidades repatriadas desde el Tercer Mundo a los países inversores.

FLUJO DE INVERSIONES DIRECTAS EXTRANJERAS HACIA PAÍSES SUBDESARROLLADOS Y GANANCIAS POR INVERSIONES DIRECTAS REPATRIADAS A LOS PAÍSES INVERSORES (montos acumulados 1970-1980, en millones de dólares)

	Flujo neto de inversiones directas en los países subdesarrollados	Ganancias por inversiones directas repatriadas a los países inversores
Países subdesarrollados	62 615	139 703
América Latina	33 437	38 642
África	10 341	23 916
Medio Oriente	57 ^a	48 619
Sur y Sureste de Asia	18 048	27 260
Oceania	732	1 266

^a Esta baja cifra se debe a la desinversión que tuvo lugar en ese período en el Medio Oriente.

FUENTE: UNCTAD. *Handbook of International Trade and Development Statistics. Supplement 1981*, pp. 264 y 265.

Como se desprende del cuadro anterior, por cada nuevo dólar invertido en el conjunto de países subdesarrollados en el período, las empresas transnacionales remitieron 2,2 dólares aproximadamente a sus países de origen. En lo referente al caso específico de las transnacionales norteamericanas, sobre las cuales existe una mayor información, en el período 1970-1979 invirtieron 11 446 millones de dólares, mientras extrajeron en forma de ganancias repatriadas 48 663 millones, lo que significa nada menos que 4,25 dólares extraídos del Tercer Mundo por cada nuevo dólar invertido.

Si incluimos 1980 en la serie, los resultados anteriores se elevan aún más. En ese año hubo una gran desinversión por parte de las empresas transnacionales, cuyo monto fue de -3 454 millones de dólares, localizados en lo fundamental en el sector petrolero de los países del Medio Oriente. En ese año, las ganancias repatriadas por las transnacionales norteamericanas ascendieron a 7 325 millones de dólares. Ello hace un gran total de casi 56 mil millones de dólares extraídos de los países subdesarrollados entre 1970 y 1980. Frente a esta cifra, el flujo neto de inversión directa hacia el Tercer Mundo, tomando en cuenta la desinversión antes señalada, fue de casi 8 mil millones de dólares. *La relación entre las ganancias repatriadas entre 1970-1980 y el flujo neto de inversión directa en el mismo período, arroja la cifra de más de 7 dólares extraídos por cada dólar neto de inversión directa en ese período.*

ESTADOS UNIDOS 1970-1980
FLUJO NETO DE INVERSIONES DIRECTAS,
GANANCIAS TOTALES, REPATRIADAS
Y REINVERTIDAS, POR REGIONES SELECCIONADAS
(en millones de dólares)

Áreas receptoras de inversión	A	B	C	D	E	F
Todas las áreas	44 009	122 705	97 283	219 988	56	18,4
Países capitalistas desarrollados	35 399	63 482	71 850	135 332	47	16,6
Países subdesarrollados	7 992	55 988	23 338	79 326	71	24,1
Otros no localizados	618	3 235	2 095	5 330	61	15,1

A: Flujo neto de inversiones directas.

B: Ganancias remitidas a los Estados Unidos.

C: Ganancias reinvertidas.

D: Total de ganancias.

E: Relación entre las ganancias remitidas a Estados Unidos y el total de ganancias (%).

F: Tasa de ganancia sobre la inversión acumulada en 1981 (%).

FUENTE: *Survey of Current Business*, agosto de 1980 y 1981.

Por otra parte, como se desprende del cuadro anterior, los países subdesarrollados sólo recibieron el 18% del flujo total de las inversiones directas, frente a un 80% dirigido hacia los países capitalistas desarrollados. Sin embargo, en los países subdesarrollados se logró el 36% de las ganancias obtenidas a nivel mundial por las empresas transnacionales norteamericanas, las cuales aportaron el 46% de todas las ganancias repatriadas a ese país. Esto significó que el 71% de las utilidades obtenidas en los países subde-

sarrollados se repatrió, y sólo se reinvertió el resto. En cambio, sólo se repatrió el 47% de las ganancias logradas en los países capitalistas desarrollados.

Hay que agregar que las empresas transnacionales norteamericanas declaran haber obtenido en el mundo subdesarrollado en 1981 una tasa de ganancia del 24,1%, lo que supera ampliamente no sólo a la lograda en los países capitalistas desarrollados (16,6%), sino a la alcanzada a nivel mundial (18,4%).

Las cifras anteriores nos permiten arribar a algunas conclusiones. En primer lugar, los países subdesarrollados, como consecuencia de una estrategia bien definida de las empresas transnacionales de los Estados Unidos, constituyen, en cuanto a repatriación de utilidades, los más explotados contribuyentes a la balanza de pagos de ese país. En segundo lugar, como consecuencia de lo anterior, se posibilita el afianzamiento y expansión de las empresas transnacionales norteamericanas en los países capitalistas desarrollados. Y, finalmente, de acuerdo con la alta tasa de rentabilidad que las empresas transnacionales obtienen en los países subdesarrollados y a la política de repatriación de utilidades ya mencionada, el efecto de las inversiones directas en esos países es el de una transferencia neta de recursos hacia los Estados Unidos y, por tanto, el de una *descapitalización incesante de los países subdesarrollados*, los cuales financian, en no poca medida, el "desarrollo" de los propios países capitalistas desarrollados.

Si a lo anterior se agrega el hecho de que, en realidad, los actuales flujos de inversión directa extranjera en los países subdesarrollados, implican una salida mínima de capitales del país de origen de la inversión, pues una buena parte de su monto se cubre con recursos locales captados en el país que la recibe, se completa el cuadro de explotación.

Sin embargo, las inversiones directas de las empresas transnacionales —a pesar de su importancia como mecanismo directo de explotación capitalista— no constituyen ya, desde hace más de una década, el componente fundamental de la masa de capitales privados que se exporta a los países subdesarrollados. *Las inversiones directas han sido desplazadas por la exportación de capital de préstamo, el cual representó —según datos de la OCDE— casi el 90% de los flujos financieros hacia el mundo subdesarrollado en 1980.* En esta transformación estructural del flujo de capital privado hacia el Tercer Mundo, el papel central lo han desempeñado los bancos transnacionales, que, sobre todo en la pasada década, han expandido, de manera notable, sus operaciones internacionales.

Esta expansión de la banca transnacional ha estado condicionada, entre otros factores, por la caída de la tasa de ganancia en los países centros del sistema y la contracción de la producción y el comercio mundiales, como consecuencia directa de la profunda crisis que enfrenta la economía capitalista. Esto ha influido, de modo decisivo, en el desplazamiento observado de los flujos de capital desde la esfera productiva hacia la esfera de la circulación financiera a nivel internacional.

Las empresas transnacionales y el desarrollo

No son nuevos los planteamientos relacionados con la contribución su- puestamente positiva que pueden brindar las empresas transnacionales al desarrollo de los países del Tercer Mundo. En los últimos años, tales plan- teamientos se han ido articulando conceptualmente, hasta llegar a conformar una verdadera "ideología transnacional" que se pone generosamente al servicio de las necesidades del Tercer Mundo.

A los países subdesarrollados, como se ha explicado antes, se les propone un modelo de desarrollo transnacionalizado, consistente en transformarlos en "plataformas exportadoras" de productos manufacturados para el mercado mundial.

Esta forma de industrialización del Tercer Mundo, impulsada y coman- dada por las empresas transnacionales, funcionaba ya en 1975 con diversos grados de intensidad en 17 países de Asia, 13 de África y 21 de América Latina.

Las industrias creadas sobre esta base en los países subdesarrollados, es- tán lejos de responder a las exigencias básicas de un proceso de desarrollo económico verdadero de esos países. Responden a las necesidades del capi- tal, que, siempre consecuente, invierte en las ramas y en los países que le reporten mayor rentabilidad y seguridad. La propia naturaleza de la fi- lial, orgánicamente integrada con la casa matriz y con otras filiales de la red transnacional, tiende de manera objetiva a su aislamiento del resto de la economía del país donde radica, al depender en su actividad, en lo fun- damental, de insumos importados y de su reexportación intracorporación. Esto, como es natural, resulta contradictorio, por definición, con el con- cepto de desarrollo y el efecto integrador que éste supone.

Por otra parte, es cierto que la actuación de las empresas transnacionales eleva en alguna medida el nivel de empleo y, consecuentemente, el ingre- so, pero no es menos cierto que esto ocurre porque el capital necesita de la fuerza de trabajo para elevar su rentabilidad. De aquí la inevitabilidad del aumento del empleo asociado al capital extranjero. Pero ello siempre en forma muy localizada, pues el efecto multiplicador de la producción orientada hacia el mercado mundial, en la creación de nuevos puestos de trabajo en otros sectores, es extremadamente limitado, lo cual se despren- de de la escasa o nula integración al resto de la economía nacional que ge- neralmente caracteriza a las inversiones de capital transnacional. No pue- de negarse que ese incremento de la ocupación y del ingreso representa una suerte de crecimiento económico hipertrófico y, por demás, inestable, pues las empresas pueden trasladarse hacia otros lugares en cualquier mo- mento en correspondencia con los intereses de la casa matriz transnacio- nal. Pero jamás, aun de mantenerse establemente, ello pudiera considerarse un síntoma de desarrollo económico independiente.

Varios son los estímulos brindados de hecho por los gobiernos de los países receptores a la afluencia de capital transnacional. Entre ellos, pue- den mencionarse un amplio apoyo a la producción, enormes libertades al capital extranjero en materia de inversiones, transferencia ilimitada de uti- lidades al exterior, exenciones fiscales y otras seguridades. Sin embargo, la fuerza de trabajo de los países subdesarrollados, prácticamente ilimitada y barata, unida a los abundantes recursos naturales del Tercer Mundo, cons- tituyen motivaciones básicas de la inversión de las empresas transnacio- nales.

Informaciones de la OIT señalan que, en 1975, el salario medio por hora de una muestra de países subdesarrollados pertenecientes a la nueva categoría de "nuevos países industrializados" (NIC's), era casi de 40 cen- tavos de dólar, mientras el salario medio por hora en los Estados Unidos en tareas iguales excedía los 4 dólares. Esta superexplotación de la fuerza de trabajo se refuerza, por una parte, por la prolongación absoluta de la jor- nada de trabajo semanal en estos países, la cual, según algunos estudios, fluctúa con frecuencia entre 48 y 52 horas, con un mínimo exigido de 50 se- manas de trabajo al año. Y, por otra, por la carencia de condiciones de protección al trabajo y de seguridad social, asistida por la existencia de una legislación laboral restrictiva y de represión de los sindicatos y, por tanto, de todo intento de huelgas o de reivindicaciones.

Otro de los ingredientes básicos de la "ideología transnacional" consiste en el argumento relativo a los beneficios que pueden obtener los países subdesarrollados de la tecnología que pueden transferirles las empresas transnacionales. En realidad, la mayoría de las veces, las transnacionales apoyan su posición dominante en algún conocimiento tecnológico que no comparten ni quieren compartir. Este conocimiento no se ha generado para satisfacer necesidades nacionales del desarrollo de los países atrasa- dos, sino para la ganancia global de la empresa transnacional y, por tanto, se superpone de manera contradictoria a las necesidades requeridas en el plano nacional.

No hay esfuerzo de adaptación al medio nacional ni tampoco estímulo para el desarrollo científico y tecnológico, pues la investigación y la deci- sión sobre las tecnologías a emplear se centralizan en el país sede de la em- presa transnacional. La llamada transferencia tecnológica queda reducida al aprendizaje para consumir, en forma muy fraccionada, técnicas ajenas a las realidades nacionales, con lo cual quedan excluidas las posibilidades tanto de adaptarlas como de producirlas.

Por eso, los resultados son casi inexistentes, pues, como hemos señala- do, la tecnología actual posibilita la fragmentación de las producciones más complejas en diversas fases mucho más elementales. Como es natu- ral, esto permite que la mayor parte del proceso pueda realizarse con fuerza de trabajo no calificada, con lo cual las posibilidades de formación profesio- nal se limitan al dominio de unas pocas tareas concretas.

Sin embargo, al operar internacionalmente en tan vasta escala, las transnacionales se ven forzadas a difundir ciertos conocimientos tecnológicos. Pero entonces la estrategia consiste en limitar y controlar este proceso. Las prácticas comerciales restrictivas, bajo la forma de contratos tecnológicos que prohíben la exportación de productos fabricados con esa tecnología, constituyen uno de los mecanismos con que las empresas transnacionales hacen funcionar tal estrategia.

Es obvio que las características de la tecnología supuestamente transferida, que pretende reproducir en un medio de desempleo, desigualdad social y pauperismo del país subdesarrollado el patrón consumista del país sede, resultan inapropiadas para las necesidades de los países atrasados. Lejos de orientarse a resolver problemas sociales, contribuyen a estimular el consumo privado de los grupos minoritarios de mayores ingresos.

LAS EMPRESAS TRANSNACIONALES

- A fines del decenio anterior eran más de 11 mil, con unas 82 mil filiales extranjeras.
- Su producción se estimaba en 830 mil millones de dólares en 1976.
- Su comercio cautivo representaba entre un 30% y un 40% del comercio mundial.
- A fines del decenio anterior controlaban cerca del 40% de la producción industrial y de la mitad del comercio exterior de los países subdesarrollados.
- A causa de las manipulaciones de precios de estas empresas, los países subdesarrollados pierden anualmente entre 50 mil y 100 mil millones de dólares.
- Son los principales agentes del proceso de acumulación y explotación capitalista a nivel mundial.

Las empresas transnacionales y la amenaza a la soberanía nacional

No hay duda de que las crecientes actividades de las empresas transnacionales en los territorios de los países subdesarrollados, constituyen una amenaza real a la soberanía nacional de estos países, pues, como consecuencia de la penetración de que son objeto, aumenta de manera peligrosa su grado de dependencia respecto a los países capitalistas desarrollados. Se calcula, como se expresa en el resumen anterior, que a fines de la pasada década las empresas transnacionales controlaban ya cerca del 40% de la producción industrial y de la mitad del comercio exterior de los países subdesarrollados.

El control sobre la tecnología, la producción y la venta que ejercen las transnacionales sobre la economía de los países subdesarrollados, se explica,

en gran medida, por el creciente papel que tienen las operaciones intracorporación en el conjunto de las relaciones económicas de las empresas transnacionales en esos países. Así, una parte cada vez mayor de las importaciones, a veces vitales para el Tercer Mundo, no se ejecutan por las empresas nacionales, sino a través de las filiales de las empresas transnacionales radicadas allí. Se conoce, por ejemplo, que casi el 80% de la tecnología norteamericana es comercializada por las empresas transnacionales hacia sus filiales, en calidad de propiedad de éstas, y no a los propios países subdesarrollados.

Por otra parte, más de un tercio del total de las exportaciones del Tercer Mundo no se dirige al mercado mundial abierto, sino que son suministradas por las filiales a sus casas matrices, bajo las condiciones que establecen estas últimas. Las pérdidas que sufren los países subdesarrollados como resultado de estas operaciones intrafirmas, son elevadísimas. Sólo por concepto de exportaciones a precios disminuidos, se estima, como ya señalamos también, que los países subdesarrollados pierden anualmente entre 50 mil y 100 mil millones de dólares. Las cifras estadísticas que atestiguan el crecimiento de la producción y del comercio exterior en los países subdesarrollados, reflejan, en gran medida, el aumento de la explotación de esos países por las empresas transnacionales de los países capitalistas desarrollados.

Pero la amenaza a la soberanía nacional de los países subdesarrollados donde operan las empresas transnacionales, se hace aún más patente cuando extraemos del expediente histórico de estos monopolios contemporáneos sólo algunos hechos y acciones, los cuales, por su propia generalidad y frecuencia, pueden servir de resumen:

- La falta de ajuste de las empresas transnacionales a la legislación de los países donde operan; por ejemplo, en materia de inversiones extranjeras, y en las políticas fiscales, comerciales, laborales y de precios.
- La injerencia directa o indirecta de las empresas transnacionales en los asuntos internos del país donde operan.
- Los pedidos de las empresas transnacionales a los gobiernos de donde provienen para que presionen al gobierno del país donde operan con acciones de carácter político o económico en apoyo de sus intereses privados.
- La negativa de las empresas transnacionales a aceptar la jurisdicción exclusiva del derecho interno en materia de indemnización en caso de nacionalización.
- La obstrucción por las empresas transnacionales de los esfuerzos de los países subdesarrollados por ejercer el control efectivo de sus recursos naturales.

La denuncia de estos y otros muchos hechos ha sido constante desde hace casi una década por parte de la comunidad internacional en los más diversos foros, y muy en especial en el Movimiento de Países No Alineados. Sin embargo, la búsqueda de soluciones capaces de contrarrestar tales peligros apenas ha avanzado.

El llamado código de conducta

Una de las soluciones más demandadas en los últimos años para enfrentar los efectos negativos que reporta la actividad de las empresas transnacionales a los países subdesarrollados, es el esfuerzo por establecer un código de conducta internacional que se aplique y norme las actividades de esas entidades.

En efecto, ya en las propias resoluciones aprobadas por la Asamblea General de Naciones Unidas referentes al programa para el establecimiento del Nuevo Orden Económico Internacional y la Carta de Deberes y Derechos Económicos de los Estados,⁵ aparecen recogidos estos planteamientos.

Sin duda, ésta ha sido una demanda defendida por la absoluta mayoría de los países subdesarrollados, como un componente indispensable para el establecimiento del Nuevo Orden Económico Internacional. Sin embargo, después de más de cinco años de negociaciones ininterrumpidas en el marco de Naciones Unidas, los esfuerzos para el establecimiento del código de conducta todavía no han fructificado en la práctica.

En el seno de los Países No Alineados, esta preocupante situación de estancamiento se ha reflejado en diversos documentos emitidos por el Movimiento en diferentes reuniones celebradas al más alto nivel. Así, en el Comunicado Final (Parte Económica) de la Reunión Ministerial del Buró de Coordinación, celebrada en La Habana en mayo de 1982, se plantea:

El Buró expresó su profunda preocupación ante el ritmo extraordinariamente lento y los limitados resultados de los trabajos relacionados con la elaboración de un Código de Conducta que regule las actividades de las empresas transnacionales, sobre todo en aquellos aspectos de especial interés para los países en desarrollo cuyo progreso estaban retrasando algunos países desarrollados. El Buró instó a los Países No Alineados y a otros países en desarrollo a tomar todas las medidas encaminadas a acelerar estas negociaciones, incluida, de ser necesario, la convocación en 1983 de una Conferencia de las Naciones Unidas para la que deben garantizarse los preparativos adecuados.

Apenas en mayo de 1982 fue cuando el grupo intergubernamental de trabajo creado para la redacción del Código por la Comisión de Empresas Transnacionales de la ONU, compuesto por representantes de 48 países, concluyó la redacción del proyecto de documento contentivo del código. Y aun así este trabajo se realizó en condiciones realmente precarias, a causa de que, como reconoció el propio grupo de trabajo encargado de su redacción, "no llegó a un acuerdo sobre la formulación de todas las disposiciones. En algunos casos se presentan distintas formulaciones de una determinada disposición y en otros casos las disposiciones aparecen con redacciones alternativas."⁶

Lo anterior refleja, desde luego, las profundas contradicciones existentes en el interior de ese propio grupo de trabajo, polarizadas fundamentalmente en las posiciones sostenidas por los representantes de los países capitalistas desarrollados y el Grupo de los 77.

Pero aun superándose la enorme dificultad que significa lograr una formulación única del código, vale decir, una formulación aceptada tanto por los representantes de las transnacionales como por los que las padecen, no hay planteamientos concretos acerca de los procedimientos y mecanismos mediante los cuales el código en cuestión, discutido hasta ahora por un reducido grupo de países, llegue a tener vigencia universal.

Estas dificultades constituyen por sí solas un serio cuestionamiento de la viabilidad práctica y cercana del funcionamiento de tal código de conducta.

Al evaluar los esfuerzos realizados para la formulación de un código de conducta que norme las actividades de las empresas transnacionales hay que reconocer, en primer lugar, que tales esfuerzos han posibilitado un conocimiento profundo de esas entidades, de lo que significan cuantitativa y cualitativamente para la economía internacional, y han puesto de relieve las enormes dificultades que tienen los gobiernos para enfrentar los problemas que generan su presencia y sus actividades, para el logro de sus planes y políticas de desarrollo. En segundo lugar, han sido un factor de unidad entre los países subdesarrollados, pues la implantación del código ha sido una reivindicación apoyada por todos de una u otra forma. Desde el punto de vista político, los esfuerzos por la implantación del código han significado una abierta denuncia de las empresas transnacionales y, por tanto, del imperialismo.

Habría que reconocer, en efecto, que las empresas transnacionales no constituyen un elemento exógeno al sistema capitalista, sino que, por el contrario, representan la síntesis más perfecta, la expresión más desarrollada, del capitalismo monopolista en esta fase de su crisis general. Por tanto, las empresas transnacionales son las portadoras internacionales de todas las leyes que rigen el modo de producción capitalista en su fase imperialista actual, de todas sus contradicciones, y son el mecanismo más eficiente con que cuenta el imperialismo para el desarrollo e intensificación del proceso de supeditación del trabajo al capital, a escala mundial.

En términos generales, un código de conducta aplicado a las empresas transnacionales supone la reglamentación jurídica de sus actividades con el fin de frenar, de esta manera, las consecuencias negativas que acarrear en lo fundamental esas actividades a los países subdesarrollados. Habría que preguntarse aquí: *¿con una reglamentación jurídica negociada internacionalmente, puede orientarse a las empresas transnacionales hacia otros objetivos que no sean los que constituyen la razón misma de su existencia, es decir, la maximización de sus tasas de ganancia? ¿Es posible acaso orientar las actividades de las empresas transnacionales hacia la cooperación y ayuda mutua, y no hacia la explotación y dominación internacional?*

La respuesta, obviamente, es negativa. Porque de lo contrario tendríamos que admitir que un simple instrumento jurídico —aunque fuese suscrito monolíticamente por todo el mundo subdesarrollado— podría transformar la esencia misma del imperialismo, es decir, el sistema de relaciones de producción que le es consustancial y del cual las empresas transnacionales son sus portadoras contemporáneas.

Ningún código de conducta podrá echar por tierra la tesis, comprobada por la historia, de que el capitalismo, en su desarrollo, ha generado el subdesarrollo. En tal sentido, el código más perfecto jamás podría forzar a las empresas transnacionales a canalizar sus inversiones directas hacia aquellas ramas que contribuyan al progreso económico de los países subdesarrollados, a menos que fuesen ramas altamente rentables.

Desde el punto de vista político, el código no representa ninguna protección que no pueda darse por sí mismo el país receptor de las inversiones extranjeras. El país subdesarrollado que disponga de un gobierno firmemente establecido, independiente y defensor de los intereses nacionales, si necesitara tal código, lo promulgaría él mismo, sin tener que negociarlo internacionalmente.

Por tanto, la raíz del problema está en las medidas que pueda y quiera adoptar un país en un momento determinado, en la orientación política y el carácter de su desarrollo económico, y, por ende, en la decidida actitud de sus gobernantes de luchar por la adopción de medidas de fundamental necesidad para los intereses de sus pueblos.

Sólo sobre estas bases sería posible obtener algo en el terreno práctico con relación al llamado código de conducta.

8

La llamada crisis energética

Cuando en 1973 los países miembros de la OPEP elevaron unilateralmente los precios del petróleo, sin duda se acentuó aún más la profunda crisis del neocolonialismo.

La imposición de condiciones más justas de intercambio para una materia prima fundamental, abrió en principio nuevas perspectivas en la lucha por la independencia económica del Tercer Mundo y puso de manifiesto la posibilidad de enfrentar la fuerza de los monopolios internacionales. La elevación de los precios del petróleo marcó así el inicio de una nueva etapa en la historia de las relaciones económicas internacionales.

Mucho se ha escrito tratando de hallar una explicación a los complejos fenómenos que ha debido afrontar desde entonces la economía mundial en la actividad energética. Pocos temas han resultado, por otra parte, tan polémicos. Sin embargo, existe una interpretación objetiva para estos hechos, que no obedecen ciertamente a la casualidad histórica.

Ante todo, es preciso recordar que en el desarrollo capitalista alcanzado en la posguerra influyó, entre otros factores, el empleo de una tecnología caracterizada por un alto consumo de petróleo barato que ofrecía, no obstante, ganancias crecientes a las empresas petroleras transnacionales, en lo fundamental las norteamericanas, a causa de los bajos precios pagados a los países del Tercer Mundo que suministraban el hidrocarburo. Los países capitalistas desarrollados consumían en 1976 el 57,3% de la energía mundial, mientras que sólo producían el 36,6% de la misma, y el petróleo, que en 1950 representaba el 27% de la demanda mundial de energía, ya en 1973 alcanzaba el 48%.¹

La Organización de Países Exportadores de Petróleo había surgido en 1960 con el objetivo, entre otros, de coordinar la política petrolera de sus miembros y defender sus intereses frente a los grandes monopolios internacionales. A fines de la década de 1960, al mismo tiempo que fueron empeorando las relaciones comerciales y financieras entre el Tercer Mundo y los países capitalistas desarrollados, los miembros de la OPEP fueron exigiendo una mayor participación en los ingresos provenientes de sus recursos. Se planteó así la

elevación gradual de los precios de referencia del petróleo, que entre 1970 y 1973 aumentaron entre un 40% y un 45%.

Sin embargo, la defensa de los intereses de los países exportadores, emprendida por la OPEP a través de la elevación de los precios fijados a las empresas transnacionales, encontró un serio obstáculo en el deterioro de sus ingresos reales, a causa del acelerado proceso inflacionario que se desarrolló a principios de la década de 1970. Ante esta situación, la OPEP elevaría de nuevo los precios del combustible a partir de 1973, para ampliar por esa vía su apropiación de la renta petrolera.

PRECIO PROMEDIO DE LA EXPORTACIÓN DE UN BARRIL DE PETRÓLEO

	Dólares	Variación media anual (%)
1973	3,22	40,6
1974	10,49	225,8
1975	11,05	5,3
1976	11,74	6,2
1977	12,83	9,3
1978	12,84	0,1
1979	19,02	48,1
1980	30,90	62,5
1981	35,20	13,9
1982	33,80	-4,0

FUENTE: FMI. *World Economic Outlook*, 1981, Washington, 1981, p. 124; OECD. *Economic Outlook*, no. 32, diciembre de 1982, p. 141.

Desde luego, esta medida reivindicativa por parte de los países exportadores de petróleo, fue posible gracias a un conjunto de factores que es preciso señalar. Por una parte, la elevación de los precios del petróleo se llevó a cabo en el momento en que se profundizaba un cambio favorable en la correlación de fuerzas internacionales, y en que la creciente unidad del Tercer Mundo en la defensa de sus intereses económicos y la presencia solidaria de los países socialistas, actuaban como factores a favor de las medidas adoptadas por la OPEP. Por otra parte, desde el punto de vista económico, el petróleo posee características singulares. En efecto, se trata de un recurso de consumo universal, imprescindible dadas las características del desarrollo tecnológico moderno, y cuyo suministro se encuentra concentrado en lo fundamental en un grupo relativamente reducido de países subdesarrollados, que tienen la posibilidad de controlar un segmento significativo de la oferta en el mercado mundial.

Diversos estudios han demostrado que, a principios de la década de 1970, el auge por el que atravesaba entonces la economía capitalista moti-

vó un crecimiento de la demanda de energéticos que también actuó como estimulante para el alza de los precios.

PRODUCCIÓN MUNDIAL DE PETRÓLEO CRUDO

(participación en por ciento)

	1973	1974	1975	1976	1977	1978	1979	1980	1981
Países miembros de la OPEP	53,5	52,7	49,2	51,5	50,4	47,8	47,4	43,4	40,7
Países capitalistas desarrollados	23,9	22,7	22,8	21,0	21,3	22,5	22,6	23,8	24,3

FUENTE: Elaborado a partir de FMI. *World Economic Outlook*, 1981, Washington, 1981, p. 146.

La situación creada por el aumento de los precios del petróleo, sobre todo a partir de 1973-1974, facilitó que se propalara la idea de que el mundo enfrentaba una crisis energética de grandes proporciones. Ese término -crisis energética- sólo resulta acertado si se incluye en el problema no sólo el petróleo, sino otras fuentes de energía y su sistema de relaciones. Pero, en realidad, habría que dejar bien claro que el concepto de tal crisis no debe interpretarse como inminente peligro de agotamiento de los recursos en hidrocarburos del planeta, con los cuales, según estudios científicos realizados en diversos países, todavía puede contarse por un razonable período de tiempo si son utilizados prudentemente. *Se trata, más bien, de una crisis de los irracionales patrones de consumo establecidos por los monopolios, y que expresa la ineficiencia del actual orden económico internacional para sostener la estructura del suministro de recursos energéticos primarios.*

Por otro lado, tampoco resulta aceptable la tesis -muy en boga en ciertos círculos de los países de la OCDE- de que el alza en el precio del petróleo a partir de 1973-1974 fue el factor desencadenante de la crisis económica que estalló en 1974-1975, y el principal elemento impulsor de la espiral inflacionaria que cobró tan notable como incontrolable impulso en la década de 1970. El alza en los precios del petróleo influyó sin duda, en alguna medida, tanto en el comportamiento de aquella crisis como en la inflación y en todo el curso posterior de la economía mundial, pero de ninguna manera constituyó el origen de esos fenómenos.

Tampoco los más afectados por el aumento en los precios del petróleo fueron los países capitalistas desarrollados, que trasladaron gran parte de su costo al Tercer Mundo a través de la elevación del precio de las exportaciones que realizan al mismo; sino los países subdesarrollados importadores de petróleo, los cuales, además de la carga anterior, se vieron forzados a dedicar una parte sustancial de sus ingresos por exportación para adquirir el combustible. Solo el efecto negativo del precio del petróleo

en las economías de los países no productores de petróleo del Tercer Mundo, motivó que éstos se vieran en la necesidad de aumentar el valor de sus importaciones petroleras de 8 mil millones de dólares a más del triple entre 1973 y 1974.²

DÉFICIT DE LA CUENTA PETROLERA EN EL TOTAL DE LA CUENTA CORRIENTE DE LOS PAÍSES SUBDESARROLLADOS IMPORTADORES DE PETRÓLEO

(en miles de millones de dólares)

	1973	1974	1975	1978	1979	1980	1981
Saldo de cuenta corriente	-8,9	-31,7	-36,5	-29,5	-48,2	-69,8	-81,9
Saldo de la cuenta de petróleo	-5,2	-17,1	-17,9	-26,0	-40,9	-66,5	-77,5
Por ciento que representa	58,4	53,9	49,0	88,1	84,9	95,3	94,6

FUENTE: FMI. *World Economic Outlook, 1981*, Washington, 1981, p. 122.

Por otra parte, el déficit en la cuenta petrolera pasó a desempeñar un papel cada vez más relevante en el empeoramiento de la situación financiera del Tercer Mundo.

En consecuencia, las compras de combustibles, que en 1973 absorbían el 8,6% del valor de los ingresos por exportaciones de los países importadores de petróleo, consumieron un 26,3% de los mismos en 1980.

Se creó así, como antes señalamos, para los países subdesarrollados importadores de petróleo, un nuevo tipo de intercambio desigual. En efecto, los países subdesarrollados no petroleros tuvieron que enfrentar simultáneamente la caída de los precios de las exportaciones de productos básicos, junto al alza del precio del petróleo y al rápido ascenso del precio de las manufacturas importadas del mundo capitalista desarrollado. A todo esto se unieron, además, los gastos en que han debido incurrir los países subdesarrollados no petroleros para promover la sustitución de los recursos energéticos importados por nuevas fuentes energéticas renovables.

Las necesidades financieras de los países subdesarrollados para cubrir las importaciones petroleras, se sufragaron durante este período mediante un aumento de las exportaciones y la contratación de préstamos que influyeron en la espiral del endeudamiento externo del Tercer Mundo, desatada en esos años.

Por otro lado, a partir de 1973, los países miembros de la OPEP comenzaron a acumular un cuantioso volumen de recursos financieros. Sin embargo, el destino de tales recursos no contribuyó, como se esperaba, a cubrir las necesidades financieras básicas para el desarrollo y fortalecimiento de las economías del conjunto de países subdesarrollados importadores de petróleo.

Entre 1974 y 1980, los recursos financieros aportados por la OPEP al Tercer Mundo, en forma bilateral o multilateral, como asistencia oficial al desarrollo, promediaron anualmente alrededor de 4 800 millones de dólares.

DISTRIBUCIÓN DE LOS EXCEDENTES FINANCIEROS DE LA OPEP

(en miles de millones de dólares)

	1974-80	Por ciento
Invertido en países capitalistas desarrollados y en el Euromercado	328	84,5
Invertido en fondos multilaterales y en el Banco Mundial	8	2,1
Invertido en los países subdesarrollados	52	13,4
TOTAL	388	100,0

FUENTE: FMI. *World Economic Outlook, 1981*, Washington, 1981, p. 128.

A partir de 1976 se ha producido una reducción relativa de la asistencia oficial al desarrollo (AOD) brindada por la OPEP, condicionada por los efectos de la crisis y los desbalances financieros de la economía de algunos de estos países. En esto ha incidido el grado de intervencionalidad con la economía de los países capitalistas desarrollados mediante las inversiones de los excedentes petroleros, destinados hacia esas áreas.

En realidad, más de las tres cuartas partes de los excedentes obtenidos por la OPEP se reciclaron a los países capitalistas desarrollados. En general, esta tendencia se mantuvo en 1981 y 1982. La OCDE estima que los países miembros de la OPEP invirtieron financieramente 13,3 miles de millones de dólares en los Estados Unidos en 1981, y durante los seis primeros meses de 1982 ya habían invertido 11,5 miles de millones de dólares en ese país.³

La mayoría de los países con grandes excedentes financieros desviaron estos recursos hacia los mercados financieros internacionales y la economía de los países capitalistas más desarrollados, en busca de altas tasas de ganancia en las esferas más rentables. De tal manera, la situación que presentan las relaciones económicas entre los países miembros de la OPEP y el resto del Tercer Mundo, ha resultado cada vez más difícil en los últimos años. Por eso, tiene una importancia esencial la adopción de una estrategia adecuada y efectivamente solidaria en la solución de los problemas económicos que enfrenta hoy el Tercer Mundo.

Como es lógico, la elevación de los precios del petróleo tuvo también repercusiones en los países capitalistas desarrollados. No obstante, no pueden compararse con el impacto que provocó esta medida en las economías

del Tercer Mundo. En los países capitalistas desarrollados, el déficit de la cuenta por importaciones petroleras se vio ampliamente compensado por otros ingresos en la balanza de pagos. Por tanto, si bien el saldo negativo por concepto de importación de petróleo entre 1973 y 1979 alcanzó 818 mil millones de dólares, el saldo positivo por exportación de manufacturas se elevó a 828 mil millones en el mismo período.⁴ Además, los países capitalistas desarrollados recibieron y reciclaron, entre 1974 y 1979, 219 mil millones de dólares de los países miembros de la OPEP, lo cual contribuyó igualmente a compensar el desbalance comercial a causa del aumento del precio del petróleo.⁵

Por otra parte, el aumento de los precios de los hidrocarburos y sus derivados generó en los países capitalistas más desarrollados un conjunto de medidas encaminadas al ahorro y conservación de energía, también dirigidas a transformar los patrones de desarrollo tecnológico existentes con el fin de reducir al mínimo el gasto energético. Así, el coeficiente de consumo de petróleo con relación al PIB de los países miembros de la OCDE, se redujo entre 1973 y 1981 casi en un 25%,⁶ lo cual también contribuyó a reducir el impacto negativo de la elevación de los precios de la energía.

ESTADOS UNIDOS: INFLACIÓN
IMPORTADA Y GENERADA INTERNAMENTE
(tasas de variación anual en por ciento)

	1973	1974	1975	1978	1979	1980
Inflación importada	0,1	0,1	-0,5	-0,3	1,6	-0,2
Inflación doméstica	7,5	11,0	7,5	8,2	6,9	9,8
TOTAL	7,6	12,0	7,0	7,9	8,5	9,6

FUENTE: Bank for International Settlements. 51st Annual Report, Basle, 1981, p. 15.

Durante todos esos años se ha venido haciendo énfasis en los efectos estimulantes que sobre la inflación han tenido los aumentos del precio del petróleo. Sin embargo, la inflación importada —incluida la determinada por el petróleo— ha demostrado ser sólo una pequeña parte de aquella que se genera internamente en los principales países capitalistas desarrollados.

El proceso de elevación de los precios del petróleo ha coincidido con los intereses de las empresas transnacionales, toda vez que al ejercer esas empresas el control de la comercialización estaban en condiciones de alcanzar sustanciales beneficios. Asimismo, se hacían rentables zonas de explotación más costosas y, en la misma medida, era posible lograr la diversificación de sus inversiones dirigidas a controlar el proceso de desarrollo de nuevas fuentes de energía, para convertirse en transnacionales energéticas.

De acuerdo con fuentes occidentales especializadas, en el período de 1973 a 1980, 5 de las principales empresas transnacionales de la energía

se beneficiaron con un incremento promedio anual en sus utilidades de 882 millones de dólares.⁷ Baste señalar que sólo en 1980 el cártel petrolero internacional integrado por 7 empresas transnacionales, obtuvo 24 mil millones de dólares en utilidades.⁸

El cártel petrolero internacional ha obtenido notables beneficios de la elevación de los precios del petróleo mediante la especulación con las existencias de combustibles y la elevación proporcionalmente más rápida de los precios de los derivados. En realidad, a partir de la nacionalización petrolera llevada a cabo por los países miembros de la OPEP, los monopolios se desembarazaron de los aspectos más riesgosos del negocio, al tiempo que mantuvieron su dominio sobre las esferas tecnológica y comercial, que son las que ofrecen los mayores beneficios con el mínimo de inconvenientes.

A partir de 1980 se manifiestan algunos cambios significativos en el mercado petrolero internacional. Aunque el precio promedio anual del petróleo durante 1981 fue todavía superior al de 1980, se apreciaron ya entonces importantes reducciones del consumo que alcanzaron casi un 8% entre 1979 y 1981.⁹ Este descenso de la demanda apuntó, por primera vez desde 1973, a un descenso de los precios del petróleo.

Ante esta situación, la OPEP respondió con la reducción del volumen de la producción, que descendió de 30,9 millones de barriles diarios en 1979 a 22,5 en 1981, y se estima que alcanzó 18 millones de barriles en 1982.¹⁰

A pesar de esta reducción en la oferta de hidrocarburos, por primera vez desde 1974, los precios promedio anuales del petróleo mostraron un descenso calculado en un 4% en 1982. Sin embargo, los factores fundamentales que han condicionado esta situación no parecen ser sólo de tipo coyuntural.

Si bien en estas circunstancias han influido factores como la guerra entre Irán e Iraq o el desorden monetario-financiero internacional, la situación futura del mercado parece estar determinada por factores de más largo alcance. De tal modo, no es posible ignorar el profundo cambio tecnológico y las medidas de otro tipo que se vienen operando en los países capitalistas desarrollados y que se expresan en la reducción del consumo petrolero por unidad de PIB producido.

ÍNDICE DE CONSUMO DE PETRÓLEO POR UNIDAD DE PIB
(1975 = 100)

1973	107,9	1978	98,7
1974	101,8	1979	95,7
1976	101,5	1980	87,2
1977	99,8	1981	81,2

FUENTE: OECD. Economic Outlook, no. 31, julio de 1982, p. 136.

Tampoco puede pasarse por alto el impacto de la crisis económica capitalista en estos años y la reducción de la demanda petrolera que ella ha provocado. Por último, hay que considerar el crecimiento de la producción petrolera de otros países subdesarrollados no pertenecientes a la OPEP, que se ha elevado de 4,4 millones de barriles diarios en 1973 a 9,0 millones en 1981,¹¹ lo que reduce de esta manera el grado de dominio del mercado y los precios por parte de la OPEP.

Teniendo en cuenta todo lo anterior, parece avvicinarse hoy una etapa de relativa estabilización de los precios del hidrocarburo, cuyas consecuencias aún no se han valorado de manera adecuada para la economía mundial.

Las posibilidades de avanzar económicamente por parte de los países subdesarrollados, se encuentran limitadas por la magnitud de la energía requerida para ello. En realidad, el ritmo de incremento del consumo energético necesario para garantizar el desarrollo se une actualmente a las limitaciones de carácter histórico que han impuesto los países desarrollados de economía de mercado al progreso científico-técnico del Tercer Mundo.

Las dificultades de los países subdesarrollados importadores de petróleo se agravan en la misma medida en que no están en condiciones de adoptar normas de ahorro y conservación en gran escala, sin poner en peligro sus propios proyectos de desarrollo económico, los cuales se apoyan, al mismo tiempo, en una tecnología con un alto consumo de petróleo.

Si bien la era del combustible barato ha terminado, el objetivo de reducir la brecha entre países desarrollados y subdesarrollados exige, indudablemente, para éstos un aumento en la demanda energética. Con carácter inmediato, este aumento debe ser cubierto en lo fundamental por el petróleo, lo cual no excluye la búsqueda del máximo aprovechamiento de la energía disponible, como los recursos hidráulicos, el carbón y la energía geotérmica, así como el uso de la energía nuclear para resolver las crecientes necesidades mediatas de energía eléctrica. Igualmente, deben atenderse otras fuentes energéticas renovables además de los recursos hidráulicos, como la energía eólica, la radiación solar, las mareas, etcétera, las cuales, aun cuando están llamadas a desempeñar un papel importante a largo plazo, no deben sobrestimarse ahora cuando sólo pueden constituir paliativos y no soluciones a la llamada crisis energética.

La generación electronuclear, que es, por otro lado, una solución básica más próxima para los países con insuficientes recursos energéticos, por lo general tiene que ser demorada en los países subdesarrollados a causa del tamaño relativamente pequeño de sus sistemas eléctricos en comparación con las dimensiones comerciales de los reactores, la poca disponibilidad de personal calificado en esa rama y el elevado financiamiento que requiere un programa nucleoelectrico. Por tanto, es imprescindible la cooperación internacional para la preparación de los técnicos, la especialización y el adiestramiento en la ciencia y la tecnología nuclear energética. Otra valiosa cooperación pudiera ser el desarrollo de reactores nucleares de tamaño adecuado que resulten competitivos con las unidades generadoras conven-

cionales, de modo que pueda adelantarse la introducción de centrales nucleoelectricas, o ayudar a buscar para esos países soluciones de carácter regional, con reactores mayores.

Resulta evidente la necesidad de lograr la acción concertada de los países del Tercer Mundo, exportadores e importadores de petróleo, para superar el gravoso obstáculo al desarrollo económico que para la mayoría de ellos representará, en los próximos años, el abastecimiento energético a través de los mercados internacionales.

9

Cooperación entre países subdesarrollados

Ya en la Primera Conferencia Cumbre de los Países No Alineados, efectuada en 1961, surgió en el seno del Movimiento el primer planteamiento acerca de la cooperación económica y técnica entre países subdesarrollados. Posteriormente, las ideas en este sentido se ampliaron y reiteraron en diversas reuniones.

El programa para un Nuevo Orden Económico Internacional incluyó el muy importante aspecto referido a la cooperación entre los países del Tercer Mundo. Es entonces cuando adquiere mayor consistencia y comienza un proceso tendente a impulsarla que, si bien no alcanza todavía resultados concretos muy significativos, ha servido para avanzar estudios sobre el tema, explorar posibilidades antes no consideradas y llamar la atención sobre su importancia y necesidad.

En algunos países desarrollados de economía de mercado es frecuente encontrar opiniones escépticas o francamente desfavorables acerca de la cooperación entre los países subdesarrollados. Se coloca en primer plano la pequeñez de los logros obtenidos hasta ahora o la supuesta violación de las ventajas comparativas derivadas de las relaciones con países desarrollados para establecer vínculos de dudosa efectividad y alto costo. No es raro tampoco encontrar recomendaciones de apariencia técnica que abogan por un mayor ahondamiento de los vínculos con aquellas economías desarrolladas, y el abandono de una cooperación entre países subdesarrollados que se presenta como una quimera carente de base real o una simple frase para la propaganda.

Otro modo de presentar de manera distorsionada la cooperación entre países subdesarrollados, es calificar la autosustentación colectiva que postulan los documentos de los Países No Alineados y del Grupo de los 77, como un intento de establecer un imposible sistema autárquico a nivel del Tercer Mundo que, encerrado en sí mismo, dé la espalda a las relaciones y la cooperación con el resto del mundo.

En realidad, la cooperación entre países subdesarrollados no es un absurdo intento autárquico ni una fórmula utópica, sino que se basa en ne-

cesidades experimentadas por nuestros países, en enseñanzas extraídas de la rica experiencia histórica y en posibilidades concretas de cooperación mediante el uso de recursos comunes y el aprovechamiento de nuestra diversidad para contribuir al desarrollo en el marco de una economía mundial más equilibrada.

Varias razones explican la necesidad de la cooperación entre los países del Tercer Mundo. La primera de ellas, y la de carácter más general, es el hecho de que constituye *un instrumento de lucha contra la dependencia neocolonial derivada de viejos vínculos históricos con antiguas metrópolis, y que se plasman en una relación de profunda subordinación productiva, comercial, financiera, tecnológica, intelectual y cultural.* Si algo enseña, con absoluta claridad, el curso histórico seguido por nuestros países, es el carácter nocivo de la dependencia respecto a los países desarrollados de economía de mercado.

Ese vínculo forjado por la historia compartida por muchos países del Tercer Mundo, ha producido resultados que se sintetizan en subdesarrollo, atraso, pobreza y ahondamiento progresivo de la brecha entre unos y otros. Estos efectos negativos han sido factores permanentes a lo largo de la historia del colonialismo y el neocolonialismo, y ahora se agravan en la medida en que la actual crisis económica, no generada por nuestros países, se trasmite con efectos multiplicados sobre nuestras débiles economías, y traslada en buena parte el costo del ajuste interno y de las decisiones de política económica tomadas en Occidente, hacia las relaciones con el Tercer Mundo.

La profunda crisis económica internacional actual, y aún con mayor fuerza la historia de la relación colonial y neocolonial, indican la necesidad de desarrollar otros vínculos, de quebrar la dependencia, diversificando las relaciones económicas del Tercer Mundo y explotando las potencialidades existentes en nosotros y que la misma subordinación neocolonial ha impedido aprovechar.

Durante mucho tiempo se ha repetido la idea de que el crecimiento económico de los países subdesarrollados es una variable dependiente del crecimiento de los llamados centros capitalistas desarrollados. El crecimiento de éstos ha sido sumamente lento en los últimos años, e incluso se pronostica que en lo que resta del actual siglo no cabe esperar una tasa superior al 3% anual, en virtud de la tendencia que se advierte en ellos hacia el estancamiento crónico. Entonces es indudable que, incluso adoptando la pasiva posición de esperar recibir desde afuera los impulsos básicos para el crecimiento económico, el futuro para el Tercer Mundo —que necesita tasas de crecimiento no inferiores al 7%— se presenta sombrío si permanece encerrado en el actual patrón neocolonial de relaciones económicas externas.

Otra razón es el hecho de que, por lo estrechas y desfavorables que resultan esas relaciones, se están haciendo cada vez más restrictivas, hasta el punto de rechazar y expulsar a nuestros países.

La intensificación del proteccionismo en los mercados de los países capitalistas desarrollados, es un factor específico que discrimina y bloquea nuestras exportaciones, en momentos cuando su expansión constituye un importante elemento para el desarrollo y aun para la simple reproducción económica. En estas circunstancias, es de imperativa necesidad encontrar otros mercados, algunos de los cuales se encuentran en nosotros mismos, en las posibilidades del intercambio comercial al interior del Tercer Mundo. Ésta no sería una actitud aislacionista por parte de los países subdesarrollados, sino una respuesta lógica al aislacionismo proteccionista que practican, con creciente fuerza, los países desarrollados de economía de mercado.

Es evidente que la cooperación entre países subdesarrollados avanzará no por abstractas razones de orden técnico, sino por su capacidad para aportar beneficios económicos y de otra índole al Tercer Mundo, para flexibilizar sus relaciones externas y apoyar de manera efectiva los procesos nacionales de desarrollo.

En este sentido, *la gran diversidad económica existente en el Tercer Mundo y la variada dotación de los recursos naturales y humanos y de niveles de desarrollo de que dispone, permiten apreciar importantes posibilidades de complementación económica eficiente, en las cuales sustentar la obtención de beneficios concretos.*

El Tercer Mundo dispone, a nivel de todo el conjunto, e incluso a niveles regionales, de economías exportadoras de petróleo o con potencial para convertirse en exportadoras; economías productoras de alimentos e importantes materias primas minerales o agrícolas; economías con cierto grado de industrialización que ya producen bienes de equipos y maquinarias con apreciable nivel tecnológico; países que ya cuentan con suficiente número de especialistas, técnicos, médicos de alta calificación y en condiciones de prestar servicios en otros países subdesarrollados. Existe el potencial material y humano para convertir la cooperación entre nuestros países en un poderoso factor dinámico para contribuir a nuestro desarrollo autónomo e integral. Esa cooperación puede ser un elemento positivo para desarrollar relaciones productivas, tecnológicas y comerciales adaptadas a nuestras realidades y nivel de desarrollo, y sustituir así la frecuente importación e imposición por parte de las empresas transnacionales de productos, tecnologías y patrones de consumo concebidos para el desenfundado consumismo de Occidente, y que sólo sirven para satisfacer las apetencias de pequeñas élites en tanto gravan fuertemente la balanza de pagos y crean lazos de costosa dependencia.

Del mismo modo, la cooperación entre países subdesarrollados, calificada como un esfuerzo de autosustentación colectiva, no implica que se releve a las antiguas potencias coloniales y los países que actúan como sedes de empresas transnacionales de su obligada colaboración económica con el Tercer Mundo. Tampoco se excluye el aporte que ofrecen, por diversas vías, los países socialistas, y cuyo incremento, en los límites de las posi-

bilidades de esos países, sería una efectiva muestra de apoyo al esfuerzo por el desarrollo económico y el progreso social del mundo subdesarrollado.

La autosustentación colectiva no es la creación de un sistema cerrado o la formación de un bloque económico, sino, por el contrario, una ampliación de la cooperación económica internacional para desarrollar posibilidades hasta ahora no explotadas y aumentar la capacidad de negociación de nuestros países en función del desarrollo y la implantación del Nuevo Orden Económico Internacional. Esta cooperación no pretende cancelar o sustituir ninguna de las legítimas demandas sobre colaboración económica que nuestros países han planteado en documentos básicos, como la Declaración y el Programa de Acción para el establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional y la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados. Lejos de eso, intenta fortalecer las posiciones conjuntas para plantear, con mayor solidez y respaldo, esas demandas.

Este esfuerzo de cooperación propia para el fortalecimiento del Tercer Mundo, debe evitar reproducir en su interior algunos fenómenos negativos que caracterizan las relaciones entre los países subdesarrollados y los países capitalistas desarrollados.

Es evidente, en primer lugar, que la cooperación entre nuestros países no puede ser un mecanismo para que las empresas transnacionales, actuando mediante sus filiales implantadas en el Tercer Mundo, acaparen los mayores beneficios del mercado ampliado, de las mejores condiciones de acceso, o dirijan en la práctica las relaciones en el sentido que mejor convenga a sus intereses. Es bien conocida la capacidad y la habilidad de las empresas transnacionales para aprovechar y convertirse en principales beneficiarias, y también causas principales de fracaso, de los esquemas de integración económica regional o subregional puestos en práctica en el Tercer Mundo, en especial en América Latina. Estas empresas, actuando desde dentro y basadas en su capacidad financiera y tecnológica superior, así como en las posibilidades que les ofrece la vasta dimensión internacional de sus acciones, han sido actores fundamentales, principales beneficiarias y principales diseñadoras de esquemas integracionistas frustrados. Ellas han captado los mayores beneficios de la reducción arancelaria, de las facilidades fiscales o de otra índole, al convertir en la práctica aquellos esquemas en espacios económicos ampliados para su disfrute e integrarlos en sus sistemas de dominio transnacional.

Por eso, *la cooperación entre países subdesarrollados tiene que basarse en la coordinación de esfuerzos propios e incluir, como componente destacado, medidas reales y efectivas de control sobre las acciones de las transnacionales, con el firme ejercicio de la soberanía sobre nuestros recursos naturales y las actividades económicas, para evitar que la llamada Cooperación Sur-Sur se convierta en otro mecanismo destinado a elevar la ganancia de esos conglomerados.*

Otro factor que ha contribuido a hacer fracasar varios intentos regionales o subregionales de integración económica, ha sido la desigual distribu-

ción de los beneficios entre los países participantes, con la lógica insatisfacción de los países de menor desarrollo relativo e, incluso, su abandono de los esquemas de integración. Esa experiencia indica con claridad que *la cooperación entre países subdesarrollados debe reconocer la heterogeneidad del Tercer Mundo en cuanto a niveles dentro del subdesarrollo, para evitar que unos pocos países con cierto grado de industrialización y de capacidad exportadora, capten la inmensa mayoría de los beneficios.*

Un significado muy pobre tendría esa cooperación si se limita a constituir una especie de zona preferencial para que algunos países del Tercer Mundo con mayor capacidad económica, coloquen sus capitales y sus exportaciones de mercancías siguiendo principios similares a los que han sufrido tradicionalmente nuestros países, y con olvido de la inferior situación de los países más rezagados.

Es imprescindible impedir también la reproducción de otros fenómenos negativos correspondientes a las relaciones con países desarrollados de economía de mercado, como el intercambio desigual.

La cooperación entre países subdesarrollados tampoco puede servir como pretexto para no realizar las transformaciones estructurales internas que, con base en el esfuerzo propio de cada país, constituyen el principal prerequisite de un verdadero proceso de desarrollo. La cooperación entre nuestros países puede actuar como un importante complemento a los decisivos esfuerzos internos para acceder al desarrollo y a la liquidación de la dependencia neocolonial, nunca como una fórmula que, actuando desde fuera, pueda dispensar de efectuar aquellas transformaciones imprescindibles.

Convertir la cooperación entre países subdesarrollados en factor económica y políticamente importante no es una tarea fácil ni que pueda lograrse en corto plazo. Existen poderosos intereses para los cuales este esfuerzo de cooperación para desatar los lazos de la dependencia neocolonial, resulta preocupante y peligroso. No es extraño que esos intereses combatan la cooperación entre países subdesarrollados mediante los obstáculos prácticos y los argumentos teóricos que la califican de utopía ideológica.

Pero también existen factores objetivos de gran peso que obstaculizan esta cooperación. El primero de ellos es el conjunto de vínculos históricos de carácter económico y cultural que relacionan a la gran mayoría de los países del Tercer Mundo con algunos de los sistemas económicos, tecnológicos y lingüísticos dirigidos por los países capitalistas desarrollados.

Es un hecho histórico evidente la carencia de relaciones y comunicación horizontales entre nuestros países, que constituyeron y aún constituyen, en cierto grado, cotos cerrados donde la relación sólo se establece verticalmente con la metrópoli colonial. De aquí se deriva la inexistencia de infraestructuras para las comunicaciones, el comercio, las relaciones financieras y el gran desconocimiento mutuo, todo lo cual constituye un elemento de mucha importancia que explica, en parte, el no aprovechamiento de ventajosas posibilidades de cooperación.

Estos hechos objetivos indican que la llamada Cooperación Sur-Sur no puede establecerse de una sola vez como un sistema único y totalizador, sino que debe ir avanzando paulatinamente y creando su propia infraestructura en la medida en que las relaciones de cooperación se vayan desarrollando. No es posible avanzar mucho a partir de grandes fórmulas concebidas a nivel de un Tercer Mundo de abstractas generalizaciones carentes de base real, sino que es necesario ir creando relaciones concretas de cooperación allí donde sea posible, con preferencia a partir de acciones en niveles subregional y regional.

Lo anterior no supone renunciar a iniciativas más abarcadoras que puedan ser viables, como el Sistema General de Preferencias Comerciales entre países subdesarrollados u otros pasos, sino que enfatiza la necesidad de reconocer que deben ampliarse las relaciones de cooperación entre nuestros países, pues su dimensión actual es pequeña y los obstáculos que enfrentan son poderosos.

Las relaciones comerciales entre los países subdesarrollados

En el marco de las relaciones establecidas en los últimos años entre los países del Tercer Mundo, los vínculos comerciales ocupan un lugar destacado.

A partir de la coyuntura económica internacional existente, los países del Tercer Mundo han venido modificando los esquemas de intercambio tradicionales y han desarrollado nuevas interrelaciones comerciales con otros países igualmente subdesarrollados. Estas corrientes han tenido un notable impulso, sobre todo en los últimos 10 años.

En efecto, las exportaciones entre países subdesarrollados crecieron a un ritmo promedio anual del 26,0% entre 1970 y 1981, mientras que sus exportaciones totales crecieron a un ritmo medio del 23,1% en ese período. Ello significa que el comercio llamado Sur-Sur tuvo una dinámica superior

TENDENCIA EN EL COMERCIO ENTRE PAÍSES SUBDESARROLLADOS

(en miles de millones de dólares)

	1960	1965	1970	1975	1979	1981
Total de exportaciones	27,40	35,92	55,02	211,22	416,61	539,0
Total de comercio entre países subdesarrollados	6,10	7,51	11,17	49,37	103,07	142,0
Por ciento que representa del total de exportaciones	22,3	20,9	20,3	23,4	24,7	26,3

FUENTE: UNCTAD. *Informe sobre el comercio y el desarrollo, 1981*, Nueva York, 1982, p. 51; GATT. *El comercio internacional, 1981-1982*, Ginebra, 1982. Cuadro A3 del Apéndice.

al promedio de las exportaciones del Tercer Mundo durante el último decenio, aunque en estas cifras del valor total del comercio influyó el notable auge de los precios del petróleo en esos años y el efecto distorsionante de la inflación.

No obstante, y a pesar de los avances, el comercio entre países subdesarrollados aún representaba en 1981 sólo el 26,3% de las exportaciones totales.

Por otra parte, en este comercio también ha disminuido en los últimos 10 años la proporción del comercio intrarregional, que bajó de un 16,4% del total de exportaciones en 1970, a un 12,9% en 1979. Parejamente, aumentó el comercio interregional, el cual computó, respectivamente, el 5,9% y 11,8% en el mismo periodo.¹

En este proceso de expansión de las relaciones comerciales Sur-Sur han influido diferentes factores. Entre ellos cabe destacar, además de lo señalado sobre el precio del petróleo, que influye en las estadísticas y también en el comercio real entre países del Tercer Mundo, la contracción relativa de los mercados en los países capitalistas desarrollados, a partir de los efectos negativos de la crisis económica y de las políticas crecientemente proteccionistas implementadas por éstos.

También influyó en este aumento del comercio entre países subdesarrollados la expansión de los mercados internos en una parte de ellos, a partir de tasas relativamente altas de crecimiento económico que se obtuvieron durante la década de 1970.

De igual modo, ejerció su influencia en este sentido la diversificación de exportaciones que se llevó a cabo por los países del Tercer Mundo en esos años, y que manifestó un cambio de su composición mercantil general.

COMPOSICIÓN DE LAS EXPORTACIONES DE LOS PAÍSES SUBDESARROLLADOS

(en por ciento)

	1965	1979
Alimentos	28,2	12,4
Materias primas	25,5	10,5
Combustibles	31,4	56,6
Manufacturas	13,8	15,3
Maquinaria y equipo de transporte	1,1	5,2

FUENTE: ONU. *Monthly Bulletin of Statistics*, mayo de 1981.

Por último, debe señalarse que la adopción de medidas arancelarias estimulantes por parte de los países subdesarrollados, contribuyó en alguna medida a la expansión del comercio que se observa entre ellos en los últimos años.

Características similarmente cambiantes presenta la composición mercantil del comercio Sur-Sur.

**PROPORCIÓN DEL COMERCIO ENTRE PAÍSES
SUBDESARROLLADOS EN EL TOTAL DE SUS EXPORTACIONES,
POR GRUPOS DE MERCANCÍAS**

(en por ciento)

	1960	1965	1970	1975	1979
Alimentos	18,2	17,4	15,4	22,8	27,0
Materias primas agrícolas	17,4	14,8	21,5	26,3	27,6
Minerales	3,7	5,6	6,4	8,1	12,0
Combustibles	29,7	23,6	21,1	20,8	20,6
Hierro y acero	40,9	64,4	47,0	51,5	52,4
Metales no ferrosos	6,0	6,2	6,3	17,0	21,0
Manufacturas	42,7	38,0	34,5	36,3	35,0
Todos los productos	22,3	20,9	20,3	23,3	24,7

FUENTE: UNCTAD. *Informe sobre el comercio y el desarrollo*, 1981, Nueva York, 1982, p. 52.

En general, se aprecia un incremento en los últimos años en todos los productos que se comercializan dentro del Tercer Mundo. Ello manifiesta sin duda, a pesar de las enormes dificultades que subsisten, la existencia de un mercado potencialmente expandible y de perspectivas futuras.

Entre las mercancías que se comercializan entre los países subdesarrollados, ocupan un lugar preferente los combustibles que, según datos de la UNCTAD, en 1979 representaban alrededor del 47,2% del valor del comercio Sur-Sur y eran las mercancías determinantes del comercio interregional.

Resulta también importante examinar con más detalle el comercio Sur-Sur, excluidos los combustibles.

**ESTRUCTURA MERCANTIL DEL COMERCIO
ENTRE PAÍSES SUBDESARROLLADOS EN POR CIENTO
DEL TOTAL DE SUS EXPORTACIONES**

(excluidos los combustibles)

	1960	1965	1970	1975	1979
Alimentos	45,5	48,6	40,1	39,4	32,4
Materias primas agrícolas	24,7	17,9	15,1	10,1	10,9
Manufacturas	12,0	17,1	24,4	35,8	44,4
Maquinaria y equipo de transporte	0,9	1,7	3,9	8,4	12,1
Todos los demás productos	17,8	16,4	20,4	14,7	12,2

FUENTE: UNCTAD. *Informe sobre el comercio y el desarrollo*, 1981, Nueva York, 1982, p. 52.

En este caso puede apreciarse un notable crecimiento de las manufacturas y en especial de las maquinarias y equipos, al tiempo que se observa una disminución de los alimentos, las materias primas agrícolas y otros productos. Lo anterior denota la ampliación del mercado de productos de un mayor valor agregado, lo cual repercute claramente en favor de la expansión comercial de los países subdesarrollados.

Sin embargo, afirma la UNCTAD, "al interpretar esa evolución hay que tener presente que la mayor parte de la expansión de las exportaciones de manufacturas de los países en desarrollo ha sido obra de un pequeño grupo de países y que la mayoría de los países en desarrollo no ha participado en grado apreciable en esa expansión".²

En efecto, la expansión de las exportaciones manufactureras de un grupo de países del Tercer Mundo, se relaciona con el proceso de redespiegue industrial promovido y controlado por las empresas transnacionales, las cuales, ciertamente, tienen poco que ver en su esencia con un genuino proceso de desarrollo económico. No es posible ignorar tampoco el grado de control que ejercen estas propias empresas transnacionales sobre la comercialización de los productos básicos que exportan mayoritariamente los países subdesarrollados. De ahí que el comercio entre nuestros pueblos se encuentre realmente sometido a un proceso de interferencia que distorsiona sus potencialidades y encubre a sus verdaderos beneficiarios.

También la orientación geográfica del comercio entre países subdesarrollados, presenta características que es conveniente destacar.

**ORIENTACIÓN GEOGRÁFICA DEL COMERCIO ENTRE PAÍSES
SUBDESARROLLADOS EN 1981**

(en por ciento)

Origen-Destino	América Central y del Sur	Asia Meridional y Oriental	Asia Occidental	África
América Central y del Sur	79,6	4,4	6,9	9,1
Asia Meridional y Oriental	7,9	66,5	16,3	9,3
Asia Occidental	21,6	52,5	18,2	7,7
África	51,8	12,7	7,8	27,7

FUENTE: GATT. *El comercio internacional, 1981-1982*, Ginebra, 1982. Cuadro A25 del Apéndice.

En estos datos queda de relieve la importancia del comercio intrarregional para América Latina, seguida de Asia Meridional y Oriental, regiones

donde existen los acuerdos de integración y cooperación económica de mayor relevancia en los marcos del Tercer Mundo.

No obstante, a pesar de su importancia relativa, el comercio interregional de países subdesarrollados, según cálculos del GATT, sólo representaba el 22,5% y el 21,8% del comercio total de América Latina y Asia Meridional y Oriental, respectivamente, en 1981.³

Los resultados del comercio entre países subdesarrollados, en particular en la década de 1970, plantearon la necesidad de crear un marco institucional adecuado para el desarrollo de esas relaciones. Un primer obstáculo enfrentado en este campo fueron las barreras arancelarias y no arancelarias presentes en los países subdesarrollados, como incentivos para su desarrollo industrial y agrícola, frente a la competencia de mercancías exportadas por los países capitalistas desarrollados.

No obstante, ya desde principios de la década de 1960, las diferentes modalidades de integración económica, llevadas a cabo particularmente en América Latina, propiciaron las rebajas arancelarias como un mecanismo de estímulo al comercio en la región.

Así, hasta 1979 alrededor de 50 países habían aplicado preferencias comerciales mutuas como miembros de diferentes agrupaciones de integración, entre las cuales pueden señalarse la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC) —transformada a partir de 1980 en Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI)—, el Grupo Andino, el Mercado Común Centroamericano (MCCA) y la Comunidad del Caribe (CARICOM).⁴

La extensión de esta política llevó a que, en 1979, alrededor de 90 países aplicaran o estuvieran negociando para aplicar preferencias comerciales en el comercio Sur-Sur.⁵

A partir de las experiencias obtenidas de los esquemas de cooperación comercial vigentes a diferentes niveles, el Grupo de los 77 lanzó en la Conferencia de México, en 1976, la iniciativa para establecer un Sistema Global de Preferencias Comerciales (SGPC). Con posterioridad, la Reunión Ministerial del Grupo de los 77, celebrada en Arusha en 1979, puso en marcha su proceso de negociación.

Sin embargo, el proceso negociador ha confrontado, hasta el presente, serias dificultades referidas a las formas concretas de implementación de este sistema generalizado de preferencias, teniendo en cuenta las posibilidades de incluir otras medidas de promoción del comercio, la discusión global o producto a producto y la existencia de un sistema preferencial ya vigente en los diferentes acuerdos regionales de integración.

En los últimos años se han comenzado a ensayar también otros arreglos institucionales de carácter comercial. Un ejemplo de estas posibilidades lo ofrece el Programa de Cooperación Energética para Países de Centroamérica y el Caribe, promovido por México y Venezuela. Mediante este acuerdo, los países promotores se comprometen a asegurar el suministro de hasta 160 mil barriles diarios, concediendo créditos a los países beneficiarios por el 30% de los costos de importación del petróleo, con un plazo de

5 años y una tasa de interés del 4%, modificables hasta 20 años, y una tasa del 2% si estos créditos se destinan a proyectos prioritarios de desarrollo económico.

Tal como plantea la CEPAL, este mecanismo puede "contribuir a resolver problemas semejantes en otros países igualmente afectados por sus importaciones de hidrocarburos, pero su importancia deriva, sobre todo, de su valor como ejemplo para explorar formas nuevas de cooperación, en otros sectores y entre otros países".⁶

También es un elemento positivo la creación y funcionamiento del Sistema Económico Latinoamericano (SELA), como mecanismo para la promoción de la cooperación entre países subdesarrollados basada en principios flexibles. Entre éstos cabe mencionar la constitución de Comités de Acción para actividades económicas o de otra índole, a los cuales se adhieren los países miembros en función de sus posibilidades e intereses. Igualmente importante, y debe serlo aún más en el futuro, es la actuación del SELA como foro para la coordinación de posiciones y la elevación de la capacidad de negociación.

La búsqueda de nuevos mecanismos de cooperación comercial entre los países subdesarrollados, ha llevado a la creación de empresas multinacionales de comercialización. Estas empresas han surgido como resultado de la necesidad de enfrentar los mecanismos de explotación comercial utilizados por las empresas transnacionales, que terminan apropiándose de una parte sustancial de la ganancia de los productores.

La experiencia latinoamericana con la Empresa Multinacional de Comercialización de Fertilizantes (MULTIFERT), creada en 1979; la Naviera Multinacional del Caribe (NAMUCAR), fundada en 1976, y la Comercializadora Multinacional del Banano (COMUNBANA), que empezó a operar en 1977, es digna de tomarse en consideración. No obstante, estas empresas han tropezado con dificultades que ponen de manifiesto los obstáculos a enfrentar en este campo.

Las relaciones monetario-financieras entre los países subdesarrollados

Durante el decenio de 1970, la cooperación monetario-financiera pasó a desempeñar un papel de mayor importancia entre los países subdesarrollados, en la misma medida en que se incrementaron las relaciones comerciales y de otro tipo entre ellos.

El desarrollo de la cooperación en esta esfera trajo aparejados "el establecimiento de arreglos de pagos regionales y subregionales en formas de cámaras de compensación, uniones de pagos y centros de reserva (a menudo en el contexto de planes de integración comercial), y la creación de instituciones multinacionales para la financiación del desarrollo y de fondos nacionales de desarrollo para la asistencia exterior".⁷

La modalidad de cooperación vigente en la forma de cámaras de compensación, demostró con claridad su utilidad al reducir el volumen en di-

visas realmente transferido entre los países asociados a ellas. Según datos de la UNCTAD, hasta 1979 existían 7 acuerdos de este tipo que involucraban a 49 países del Tercer Mundo.

No obstante, la esfera de mayor trascendencia e importancia en la que se han desarrollado estos vínculos, ha sido el financiamiento del desarrollo.

Los flujos financieros provenientes de la OPEP representaron el 21,3% de la ayuda oficial al desarrollo ofrecida al Tercer Mundo entre 1974 y 1980. Por otra parte, esta ayuda fue ofrecida con un elemento concesionario, que alcanzó el 89,1% en 1980, índice prácticamente similar al de los países capitalistas desarrollados en ese año.⁸

Sin embargo, el volumen de recursos financieros provenientes de la OPEP no cubrieron las expectativas del Tercer Mundo en este campo, pues sólo representaron aproximadamente un 13% de los excedentes de capital obtenidos entre 1974 y 1980. Estos recursos se concentraron en un área económica muy restringida y no beneficiaron de manera significativa a los países más duramente afectados por la elevación de los precios del petróleo.

ORIENTACIÓN GEOGRÁFICA DE LA AYUDA OFICIAL
PARA EL DESARROLLO OTORGADA POR LA OPEP

(en por ciento)

	1979	1980
Ayuda bilateral	100,0	100,0
Países árabes	84,2	80,1
Países no árabes de África	2,7	3,6
Países no árabes de Asia	2,9	10,7
Europa	0,5	4,4
América Latina	0,6	0,3
Indeterminada	9,1	0,9
Ayuda multilateral de países árabes miembros de la OPEP	100,0	100,0
Países árabes	48,5	44,5
Países no árabes de África	28,4	39,6
Países no árabes de Asia	9,5	6,4
Europa	3,0	3,0
América Latina	6,4	2,3
Oceanía	0,4	0,4
Indeterminada	3,8	3,8

FUENTE: OECD. *Development Co-Operation Review*, 1981, París, 1981, p. 113.

La cooperación económica entre países subdesarrollados se ha venido ensayando también en otras esferas, pero con resultados mucho más modestos y más bien de carácter experimental.

No cabe duda que ha sido en el ámbito comercial y en el campo monetario-financiero donde más se ha avanzado en estos vínculos. Sin embargo, hasta el presente año, tomando en cuenta los importantes lazos establecidos durante la década pasada, subsisten numerosos obstáculos que han impedido que la Cooperación Sur-Sur desempeñe un papel más relevante en las relaciones económicas internacionales del Tercer Mundo.

A ella se han opuesto, muchas veces de forma encubierta, los países capitalistas desarrollados, que ven en esta cooperación un peligro para sus mecanismos de dominación colonial y neocolonial. Esta forma de cooperación ha sido distorsionada y desviada por las empresas transnacionales, empeñadas en darles una utilización adecuada a sus objetivos de ganancia, que nada tienen que ver con los genuinos intereses de nuestros pueblos.

Entre otras cosas, no ha existido la debida comunicación y concertación de esfuerzos entre los propios países subdesarrollados para llevar adelante nuevos mecanismos de cooperación que, a la postre, beneficiarían a todos por igual.

Un análisis sereno y objetivo de nuestras realidades nos indica, sin embargo, lo mucho que aún puede avanzarse en el terreno de la llamada Cooperación Sur-Sur.

Sin perder de vista nuestras limitaciones y desechando aquellos proyectos que idealizan tal vez estas potencialidades, mucho es lo que pudiera hacerse para resolver gravísimos problemas que afectan a nuestros pueblos. El problema alimentario y el desarrollo agrícola; la cooperación en las esferas de la salud, la educación y la cultura; la complementación industrial, la prestación de asistencia y servicios técnicos, son algunas de las esferas en las cuales, sumando lo que ya se ha obtenido y puede avanzarse en el ámbito comercial y monetario-financiero, tenemos derecho a concebir esperanzas reales de colaboración y ayuda mutua en beneficio de nuestros pueblos.

10

La calidad de la vida en el mundo subdesarrollado

La profunda crisis económica en que se halla sumido el mundo contemporáneo, acentuada en los países subdesarrollados por el pobre desarrollo general de sus fuerzas productivas y la deformación de sus estructuras económicas, repercute y agrava de forma directa la dramática situación en que viven los pueblos de esos países, potenciando las terribles carencias que conforman la calidad de la vida en el Tercer Mundo. Hambre, miseria, enfermedad, ignorancia, desempleo, falta de oportunidad, falta de seguridad, desigualdad, desesperanza, son las palabras con las que se podrían resumir las condiciones de vida de una gran parte de la población actual del planeta.

La injusticia económica y social que entraña el abismo que separa las condiciones de vida de los sectores más altos de las sociedades capitalistas desarrolladas de las masas explotadas y humilladas en todo el mundo, y, en particular, en el mundo subdesarrollado, es una afrenta a la conciencia colectiva de la humanidad. Tomar conciencia de estas realidades es una necesidad imperiosa de nuestra época, por lo que esta situación, que afecta a tres cuartas partes de la humanidad, supone en términos de dolor humano, de despilfarro de inteligencias y de vidas.

Más allá de las cifras, los índices y los datos estadísticos, en sí mismos terribles en su fría elocuencia, está la trágica situación, individualizada cientos de millones de veces, que representa el hambre, la pobreza absoluta y el desamparo total. Ella es la expresión del inmenso abismo que separa hoy a los países subdesarrollados de los desarrollados, y es la expresión, además, de las manifiestas desigualdades que aún subsisten en el interior de la inmensa mayoría de los países del Tercer Mundo, que no se reflejan en toda su crudeza en los indicadores estadísticos generales.

Población

La población mundial al inicio de nuestra era ascendía a 200-300 millones de habitantes. La humanidad necesitó 16 siglos para alcanzar en 1650

CRECIMIENTO DEMOGRÁFICO

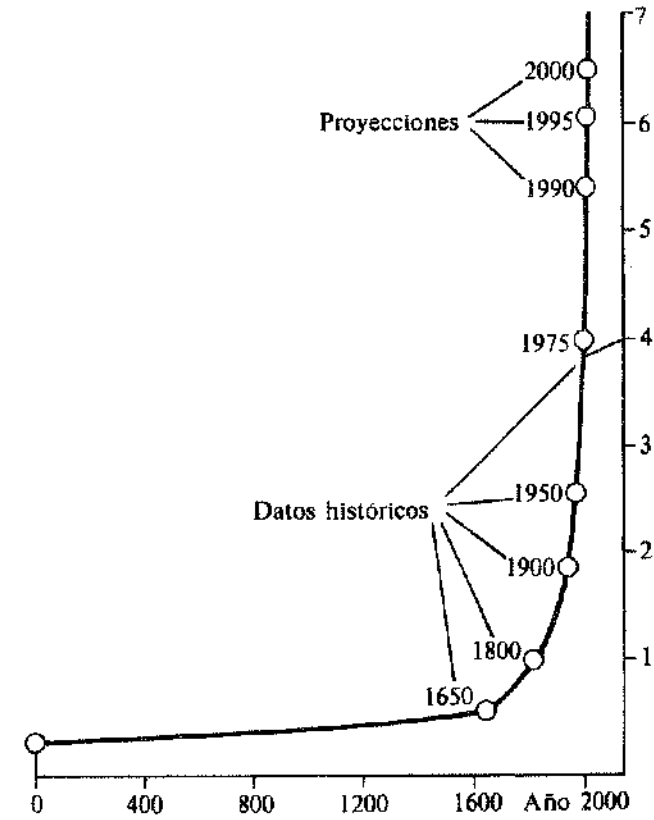
(proyección para el año 2000, por regiones y países seleccionados)

	1975 (en millones)	2000 (en millones)	Por ciento de incre- mento en el 2000	Por ciento promedio de incremento anual	Por ciento de la pobla- ción mun- dial en el 2000
Total mundial	4 090	6 351	55	1,8	100
Países desarrollados	1 131	1 323	17	0,6	21
Países subdesarrollados y China	2 959	5 028	70	2,1	79
África	399	814	104	2,9	13
Asia y Oceanía	2 274	3 630	60	1,9	57
América Latina	325	637	96	2,7	10
URSS y Europa Oriental	384	460	20	0,7	7
América del Norte, Europa Occidental, Japón, Australia y Nueva Zelanda	708	809	14	0,5	13
República Popular China	935	1 329	42	1,4	21
India	618	1 021	65	2,0	16
Indonesia	135	226	68	2,1	4
Bangladesh	79	159	100	2,8	2
Pakistán	71	149	111	3,0	2
Nigeria	63	135	114	3,0	2
Brasil	109	226	108	2,9	4
México	60	131	119	3,1	4
Estados Unidos	214	248	16	0,6	4
URSS	254	309	21	0,8	5

FUENTE: *The Global 2000 Report to the President*, vol. 1, p. 9.

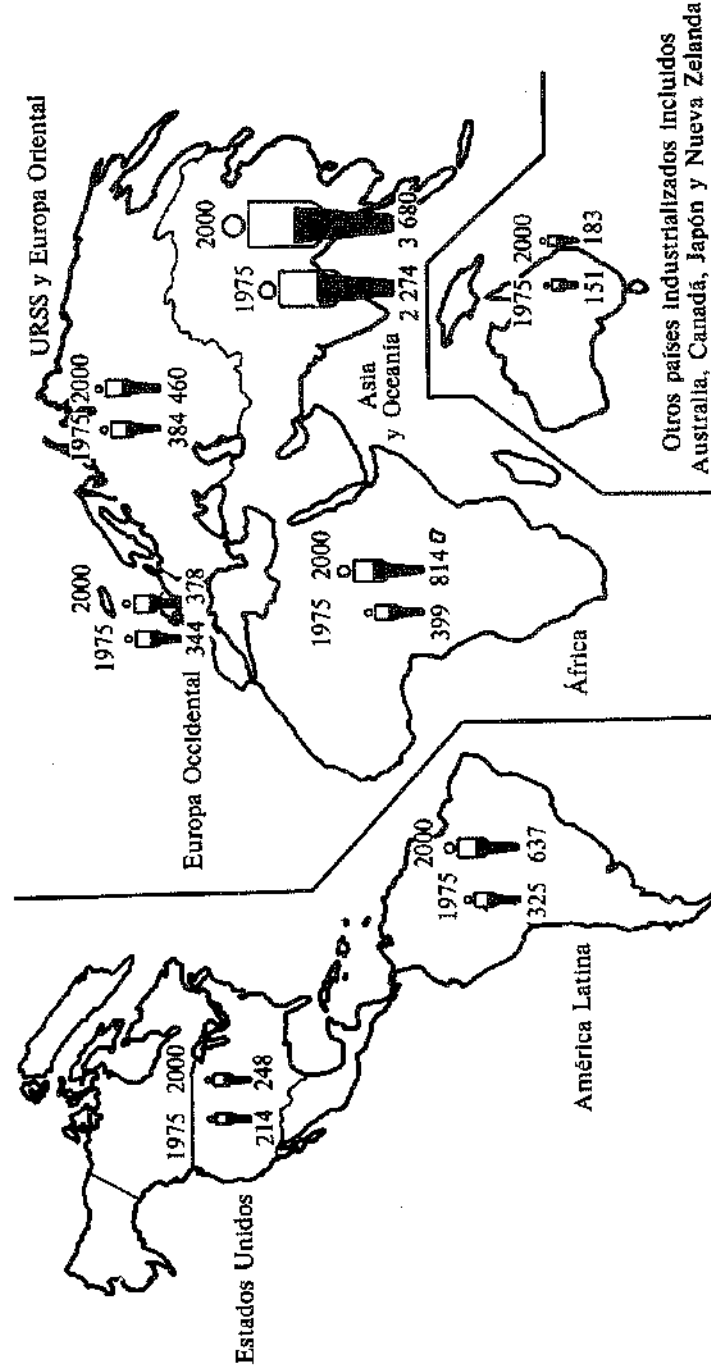
una población de 500 millones de habitantes. Su crecimiento entonces tenía un ritmo de un 0,3% anual, con el cual se duplicaba en 250 años. En los siguientes 200 años creció 500 millones, y mil millones más un siglo después. En 1925 la población mundial llegó a los 2 mil millones de habitantes. Ya en 1962 sumaba 3 mil millones, y con una tasa de crecimiento de un 2,1% anual se duplicaba en 33 años. En 1975 alcanzó los 4 mil millones. La población mundial, ascendente a 1 600 millones de habitantes en 1900, casi se triplicó en los primeros 80 años de este siglo, y necesitará tan sólo 20 años más para añadir otros 2 mil millones y sobrepasar los 6 mil millones en los albores del siglo XXI. En las últimas dos décadas del siglo XX la población mundial crecerá más que a todo lo largo de su historia hasta 1900.¹

CRECIMIENTO DE LA POBLACIÓN MUNDIAL
(en miles de millones de habitantes)



FUENTE: Elaborado a partir de datos del Club de Roma.

DISTRIBUCIÓN DE LA POBLACIÓN MUNDIAL 1975 y 2000



Las figuras representan el crecimiento medio en millones de personas

FUENTE: *The Global 2000 Report to the President*, vol. I, 1980.

Pero estas cifras resultan aún más impresionantes en el caso de los países del Tercer Mundo.

En 1980, tres de cada cuatro habitantes de nuestro planeta vivían en el mundo subdesarrollado. Con la actual tendencia de su crecimiento, a partir de 1990 se añadirán cada año 95 millones de habitantes a la población de los países subdesarrollados, o sea, su aumento será cada ocho años similar a la población total de la India en la actualidad, y dos veces la población de América Latina en 1981.

Mientras la población en las regiones desarrolladas crecerá hasta el 2000 a un ritmo promedio del 0,6%, en el mundo subdesarrollado en su conjunto lo hará a un ritmo del 2,1%, esto es, tres veces más rápido. Desglosado con mayor detalle este índice, arroja que en el continente africano la población aumentará un 2,9% al año, en América Latina un 2,7%, un 2,1% en el sur de Asia y un 1,4% en los países subdesarrollados del Asia Oriental.

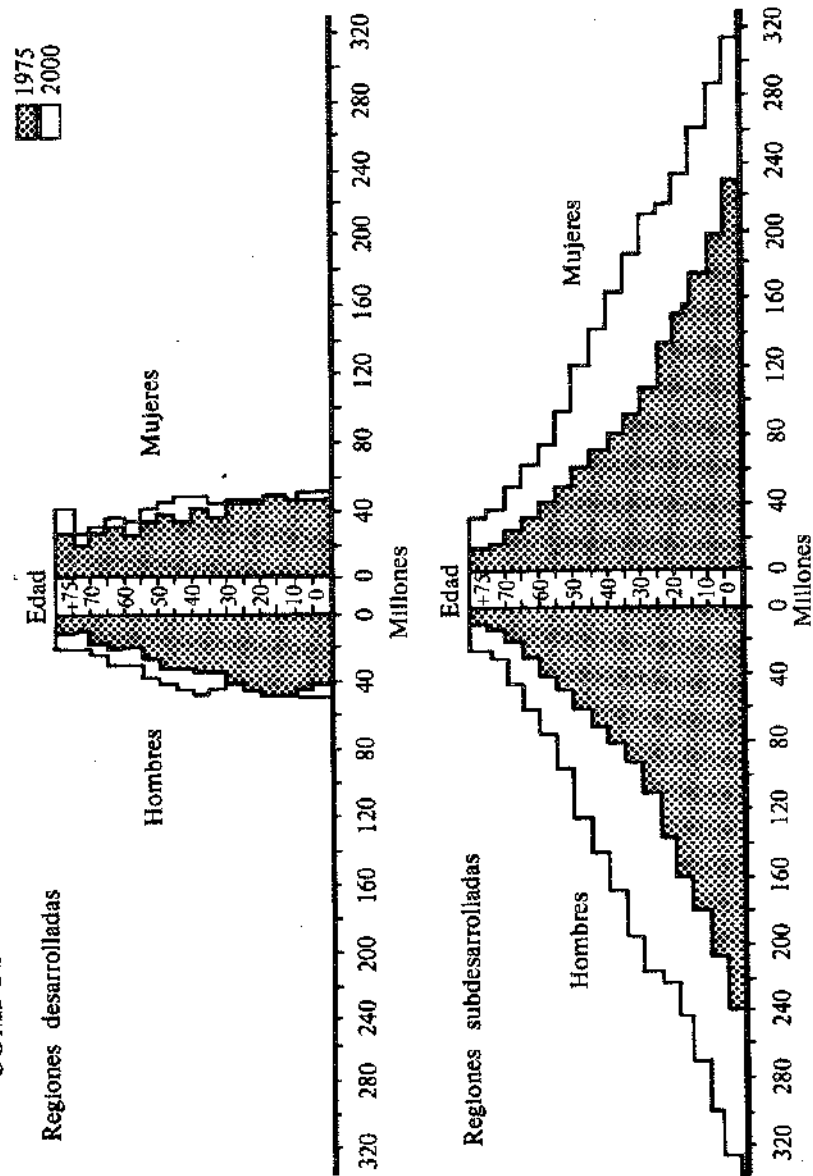
Dicho en otras palabras, estos ritmos de incremento significan que la población del mundo subdesarrollado aumentará un 70% en este cuarto de siglo, al tiempo que la de los países desarrollados lo hará sólo en un 17%. Más del 90% del total del crecimiento poblacional en el lapso que nos separa del año 2000, tendrá lugar en los países subdesarrollados.

A finales del siglo, por tanto, el 79% de la población mundial vivirá en la parte menos desarrollada del mundo. Cuatro de cada cinco ciudadanos del planeta vivirán en un país subdesarrollado. La población de África aumentará a más del doble en los últimos 25 años del siglo, de 399 millones en 1975 a 814 millones en el 2000. La de América Latina, igualmente, crecerá un 96%, casi el doble de los 325 millones con que contaba en 1975. Se duplicará con creces la población de algunos de los países más populosos del mundo subdesarrollado, como Bangla Desh, Pakistán, Nigeria, México o Brasil.

Hasta no hace mucho, el año 2000 parecía el indicador de un lejano futuro de imprevisibles sucesos. Todavía hoy se habla a veces del año 2000 como de una fecha remota, un hito distante en el camino de la humanidad, y algunos no se percatan cabalmente de que ese año 2000, que ha servido de base a proyecciones generalmente catastróficas sobre el futuro del hombre, está casi al alcance de la mano, al doblar de la esquina en nuestro camino. Las dos terceras partes de la población mundial en el año 2000 ya vive en el mundo de hoy; la población infantil que nace cada día en nuestros países formará la inmensa mayoría de los adultos para esa fecha; los niños que en el año 2000 tendrán menos de 15 años —población ésta que sirve de base a tantas cifras estadísticas— empezarán a nacer a la vuelta de apenas dos años.

El esfuerzo que hoy se haga para protegerlos, para evitar sus muertes y enfermedades, por proporcionarles alimentos, alojamiento, medicinas, ropa y enseñanza, conformará las calidades humanas básicas de la vida de ese porcentaje decisivo de la población futura del planeta. Y, sin em-

COMPOSICIÓN DE LA POBLACIÓN MUNDIAL POR EDADES Y POR SEXO



FUENTE: *The Global 2000 Report to the President*, vol. I, 1980.

bargo, de acuerdo con las tendencias actuales, ¿qué mundo les legaremos a esos niños? ¿Qué vida espera a esos 5 mil millones de bocas que deberán alimentarse en los países de nuestro mundo subdesarrollado, a esos 5 mil millones de cuerpos que habrán de vestirse, calzarse, abrigarse, a esas 5 mil millones de mentes que pugnarán por adquirir conocimientos, a esos 5 mil millones de seres humanos que se debatirán en busca de una vida mínimamente decorosa, digna al menos de la condición humana? ¿Qué calidad tendrán sus vidas?

No se olvide, sin embargo, que el fenómeno de la población, su crecimiento y la incidencia de éste en la evolución de la economía mundial, y muy especialmente en la crítica situación de los países subdesarrollados, no pueden analizarse con seriedad y rigor si junto a las cifras elocuentes que se han señalado no se toman en cuenta también los factores socioeconómicos, que son la base y la causa principal de dicho crecimiento. Los pueblos de los países subdesarrollados no son más pobres y hambrientos, ni padecen de enfermedades, ni son analfabetos, por sus altos índices de natalidad. El crecimiento incontrolable de la población no responde sólo a factores biológicos; es, por encima de todo, el resultado precisamente de las condiciones socioeconómicas y culturales en las que, a lo largo de siglos de opresión y explotación, fueron sumidos esos pueblos. Es evidente que el propio desarrollo de los pueblos conduce a una reducción de la tasa de natalidad. Podrá hablarse de control de la natalidad, de planeamiento familiar, de política demográfica, sobre una base moral, ética y realmente humana, si la primera acción se dirige, precisamente, a la solución de las causas que originan el problema.

Ingresos

Las estadísticas de ingresos evidencian la notoria desigualdad que existe en el mundo de hoy entre los países más ricos y los más pobres. Según estimaciones basadas en datos del Banco Mundial, el Producto Nacional Bruto per cápita de un grupo seleccionado de 19 países capitalistas desarrollados, ascendió en 1980 a la suma de 6 658 dólares de 1975, mientras 63 países de los denominados "de ingresos medios" presentaban un promedio de 903 dólares, y otros 33 países llamados "de bajos ingresos", un promedio de 168 dólares. En términos de este indicador, por tanto, la brecha que separa actualmente al habitante promedio de los países más desarrollados del poblador medio de algunos de los países más pobres, se traduce en un Producto Nacional Bruto per cápita 40 veces superior.

Un estudio concluido hace cinco años en Estados Unidos arrojó como resultado que en el año 2000 el Producto Nacional Bruto per cápita a escala mundial habrá aumentado aproximadamente un 53%, para alcanzar la cifra de 2 311 dólares en valores constantes de 1975. En los países desarrollados en conjunto, el Producto Nacional Bruto per cápita promedio ascenderá a casi 8 500 dólares, mientras que en los subdesarrollados se man-

tendrá en menos de 590 dólares. Esto quiere decir que, tomados de conjunto ambos grupos de países, el valor de la producción bruta per cápita, que en 1975 era para el mundo subdesarrollado 11 veces inferior, habrá incrementado en el año 2000 su relación de inferioridad a más de 14 veces. Nuestros países serán aún más pobres en relación con los más desarrollados.

Si en los últimos 25 años del siglo, los países desarrollados aumentarían aproximadamente en 4 160 dólares su Producto Nacional Bruto per cápita, en valores constantes de 1975, para un incremento de más del 96%, en los países subdesarrollados este aumento será de apenas 205 dólares, esto es, un 54%. Cada aumento de un dólar en el Producto Nacional Bruto per cápita de los países subdesarrollados, considerados en conjunto, equivaldrá a un incremento de 20 dólares en el de los países desarrollados.²

Planteémonos esta interrogante: a sus mismas tasas de crecimiento de la década de 1970, ¿cuánto tiempo demorarían los pueblos de los países subdesarrollados y, en particular, los de los países más pobres, en alcanzar el ingreso per cápita *actual* de los principales países capitalistas desarrollados?

La respuesta matemática es impresionante.

TENDENCIAS DE LA BRECHA ENTRE PAÍSES SUBDESARROLLADOS Y DESARROLLADOS

Países	PIB/hab Dólares - 1980	Año en que se alcanzaría igual nivel de PIB/hab	
		Todos subdesarrollados	Menos desarrollados
Estados Unidos	9 890	Año 2407	Año 6007
RFA	11 096	2463	6508
Francia	9 289	2379	5757
Japón	9 097	2370	5677
Gran Bretaña	5 620	2208	4233

FUENTE: Elaborado a partir de UNCTAD. *Handbook of International Trade and Development Statistics, 1981.*

En otras palabras, a sus tasas actuales de crecimiento, los países más pobres necesitarían de dos mil a cuatro mil años, o más en algunos casos, para eliminar la brecha que los separa del nivel actual de los países capitalistas más desarrollados.

Parejamente, si notables han sido en los últimos años las diferencias en los niveles de ingreso per cápita que se aprecian entre los países capitalistas desarrollados y el Tercer Mundo, más acentuada es aún la desigual dis-

tribución de tales ingresos al interior de los propios países subdesarrollados.

En efecto, según datos del Banco Mundial para una muestra de 23 países subdesarrollados, se aprecia cómo el 20% de la población con los niveles de ingreso más bajos, obtiene solamente entre un 1,9% y un 10,4% del total de los ingresos. Mientras tanto, el 10% con los niveles más altos, percibe entre el 27,5% y el 50,2% de los ingresos totales. En tales circunstancias, no es de extrañar que, en 1980, 800 millones de personas en los países subdesarrollados obtuvieran un ingreso per cápita anual de menos de 150 dólares. Ello significa que aproximadamente el 24% de la población del Tercer Mundo obtuvo un ingreso diario equivalente a 41 centavos de dólar en ese año.

La desigual distribución del ingreso que se observa en la mayoría de los pueblos sometidos aún a relaciones sociales injustas y discriminatorias, evidencia la necesidad de cambios profundos y esenciales en sus estructuras político-sociales internas, que aseguren el acceso de las amplias mayorías a los beneficios de las políticas de desarrollo.

Hambre

Más de 500 millones de seres humanos pasan hambre hoy en el mundo, casi en su absoluta totalidad habitantes de nuestros países subdesarrollados. La desnutrición crónica alcanzaba en 1975, según estimados de la FAO, el 22% de la población de África, el 27% de la del Lejano Oriente, el 13% de la de América Latina y el 11% de la del Cercano Oriente. El hambre y la subalimentación son la condición permanente de la vida de más de la quinta parte de la población del mundo subdesarrollado, aproximadamente el 15% de la población mundial.

Según datos recientes de la propia FAO, 40 millones de personas, la mitad de ellas niños, mueren cada año de hambre y desnutrición. Si decidiéramos hacer un minuto de silencio por cada una de las personas que en 1982 murieron por causas relacionadas con el hambre, no podríamos saludar la llegada del siglo XXI, porque aún permaneceríamos en silencio. Y esta realidad palidece ante la tragedia actual de un mundo que ha incorporado el hambre a su cotidianidad como un fenómeno endémico.

El UNICEF calcula que más de 100 millones de niños menores de 5 años —el 20% de la población mundial de esa edad— sufren de desnutrición proteínico-calórica. De ellos, al menos 10 millones padecen desnutrición profunda, sin contar la inmensa cantidad de niños afectados por diversos tipos de enfermedades carenciales.

En 1975, en 80 países subdesarrollados más del 10% de la población estaba subalimentada. En 49 de ellos la cifra se elevaba a más del 15%. Padecían de anemia nutricional entre el 20% y el 25% de los niños, entre el 20% y el 40% de las mujeres adultas, y el 10% de los hombres.

Según datos recientes de la Oficina Panamericana de la Salud, un millón de niños mueren cada año en América Latina producto del hambre y la desnutrición. El hambre es la causa directa o el principal factor asociado del 38% de las muertes de niños menores de un año, y del 70% de los de 1 a 4 años de edad, en esa región del mundo subdesarrollado, que es la menos crítica desde el punto de vista alimentario.

Se estima que actualmente, en los países desarrollados, la media per cápita de consumo calórico asciende a 3 400 unidades diarias, mientras en el mundo subdesarrollado fluctúa entre 2 mil y 2 400, y mucho menos de 2 mil en los países más pobres. En 1979, el suministro diario de calorías per cápita era un 7% por debajo del mínimo vital requerido en los países de África, en conjunto. En los países más pobres, el déficit se estimaba en más del 17%. De hecho, la situación de este índice, que en general ha presentado una cierta mejoría estadística de conjunto en los últimos años, ha empeorado en más de un 5% en los países más pobres en relación con 1970. En un gran número de países subdesarrollados, la relación entre calorías ingeridas y calorías necesarias se deterioró entre 1963 y 1975.

SUMINISTRO MEDIO DE CALORÍAS

(promedio 1974-1976)

	<i>Cifras per cápita</i>	<i>Necesidades medias (por ciento)</i>
Mundial	2 535	107
Países desarrollados	3 315	129
Países subdesarrollados	2 180	95
África	2 180	93
Lejano Oriente	2 025	91
América Latina	2 525	106
Cercano Oriente	2 560	104

FUENTE: FAO. *Agricultura. Horizonte 2000*, p. 3.

Los análisis cualitativos revelan que los cereales constituyen el 60% de las fuentes de calorías en el mundo subdesarrollado. Más grave es la situación en África, donde la cantidad disponible de alimentos per cápita ha disminuido en los últimos años, y donde, en conjunto, el 21% de las fuentes calóricas proviene de raíces y tubérculos —en algunos países más del 50%—, con el consiguiente nivel críticamente bajo en el consumo de proteínas.

El habitante promedio de un país subdesarrollado consume hoy una tercera parte menos de calorías que el de un país desarrollado, y dispone de un suministro per cápita de proteínas equivalente tan sólo al 58% del de estos últimos. En los países subdesarrollados, el consumo per cápita de

proteínas de origen animal es casi un 80% inferior, y el de grasas 3,5 veces menor que en los desarrollados.

En términos comparativos, el nivel de suministros de productos alimentarios por persona aumentó, a mediados de la década de 1970, 3,2 veces más en los países desarrollados que en los subdesarrollados. En los primeros cinco años de la década anterior, este aumento había sido de 2,9 veces, lo cual evidencia que el abismo alimentario que separa a los dos grupos de países, lejos de cerrarse, se ensancha cada vez más.

Lo particularmente sensible de esta situación es que, como resulta cada día más evidente, no se trata de un problema de producción o incapacidad física para garantizar un suministro adecuado de alimentos a la creciente población mundial. Lo cierto es que, a diferencia de algunos planteamientos tendenciosos de la cuestión, no existe una relación inversamente proporcional entre el ritmo de crecimiento de la producción de alimentos y el ritmo de crecimiento de la población. En todo caso, la relación entre estos dos elementos no es matemática, sino social. Son las condiciones de producción y reproducción de la vida material las que determinan la forma y proporción en que se distribuyen los alimentos, tanto entre las naciones como entre los grupos sociales dentro de cada país.

En otras palabras, *se producen en el mundo alimentos suficientes. Sin embargo, hay gente que vive con hambre, y hay gente que muere de hambre.*

Es obvio que una parte importante de la solución de este agudo problema está en el aseguramiento de fuentes alimentarias suficientes. En eso todo el mundo está de acuerdo. Pero la solución no depende tan sólo de la búsqueda de respuestas técnicas o científicas para el aumento de la producción y la productividad en la esfera alimentaria, ni de la incorporación a la producción de alimentos de nuevas extensiones de tierra, sino que está indisolublemente unida a la solución de problemas estructurales fundamentales de las economías de una gran mayoría de los países subdesarrollados y del actual orden económico internacional, que impiden una distribución equitativa de los alimentos tanto a nivel nacional, entre los diferentes grupos de población e ingresos, como a nivel internacional.

En América Latina, por ejemplo, la región del Tercer Mundo con mejor posición relativa en materia alimentaria, la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) de Naciones Unidas constató que en el período de 1971-1974 el 20% más pobre de la población —sólo el 3% de los ingresos totales— consumía una dieta energéticamente deficitaria en un rango de 550 a 700 calorías por debajo de las necesarias. A su vez, el 50% de la población latinoamericana —14% de los ingresos— apenas alcanzaba el consumo calórico mínimo. Por su parte, el 5% de la población —31% de los ingresos— consumía entre 1 700 y 2 300 calorías en exceso respecto a las necesidades medias.

La FAO considera que tan sólo con el suministro de unos 230 kilogramos de cereales al año por persona, se cubre adecuadamente el mínimo de necesidades calóricas diarias del ser humano promedio. El mundo produce

alrededor de 1 300 millones de toneladas anuales de cereales, lo cual significa la posibilidad de poder suministrar esos 230 kilogramos a más de 5 mil millones de personas, esto es, a casi un 20% más de la población actual del planeta. En diversos estudios recientes se ha llegado a la conclusión de que la capacidad de producción actual de cereales de la Tierra puede multiplicarse varias veces. En conjunto, el volumen total de alimentos que se producen actualmente en el mundo está por encima de las necesidades de calorías y proteínas de cada habitante del planeta.

Son, pues, otros los problemas que están en la raíz del actual drama del hambre. Las cifras estadísticas globales no revelan su verdadera dimensión, en tanto no toman muchas veces en cuenta análisis diferenciados entre los diversos sectores de ingreso de la población de un país o una región determinada. El hambre es un fenómeno asociado de manera íntima a la pobreza, a los profundos desniveles de ingreso en la mayoría de nuestros países, a la falta de oportunidad, a la ignorancia, a las desigualdades e injusticias.

Una muestra elocuente de la desigualdad en materia alimentaria entre las diversas regiones del mundo contemporáneo consideradas de conjunto, es el hecho de que, mientras decenas de millones de personas mueren literalmente de hambre en los países más pobres cada año, las estadísticas sanitarias de los países capitalistas desarrollados revelan el crecimiento progresivo, entre las capas de población de más altos ingresos, de la incidencia de enfermedades derivadas, al menos parcialmente, de la ingestión excesiva de alimentos, o de dietas desbalanceadas por el consumo mayor de lo adecuado de las fuentes energéticas de las que están privadas enormes porciones de la población del mundo subdesarrollado.

Mientras en algunos países capitalistas desarrollados los excedentes en la producción de alimentos son enormes, y el mundo contempla con frecuencia la limitación deliberada de la producción o la absurda destrucción de cuantiosos volúmenes de productos alimentarios para satisfacer intereses de precios y competencia de mercados, la FAO considera que las reservas de alimentos de los países subdesarrollados han alcanzado el nivel más peligroso que se recuerda.

A esta desigualdad contribuye de manera notable el encarecimiento relativamente más rápido de los precios de los alimentos en los países del Tercer Mundo, al compararse con los países desarrollados. Mientras que los precios aumentaban en estos últimos a un ritmo anual medio del 10% entre 1972 y 1980, en los países más pobres ese ritmo alcanzaba más de un 16% promedio anual en el mismo período.

El Director General de la FAO se ha referido recientemente a esta situación, que califica de "terrible paradoja":

Aunque existen alimentos suficientes para todos, 500 millones de personas sufren aún hambre y enfermedades y llegan incluso a morir por ser demasiado pobres para comprar alimentos que están ya ahí. En algunos países se acumulan montañas de alimentos mientras en otros

persisten el hambre y la pobreza. Los obesos van en busca de nuevas curas y a los malnutridos no se les ofrecen remedios. Se mimosa a muchos animales domésticos y se olvida a los niños que padecen hambre. ¿No es éste un fenómeno extraño, que los historiadores y economistas de épocas futuras considerarán, sin duda alguna, misterioso e inexplicable?²

Casi la totalidad de las proyecciones realizadas en los últimos años coinciden en afirmar que habrá en el mundo, en los umbrales ya cercanos del nuevo siglo, más hambrientos y malnutridos que hoy.

La FAO, por ejemplo, estima que 150 millones de seres humanos se agregarán a la vuelta de 10 años a los que en el presente padecen hambre y desnutrición. El Banco Mundial, por su parte, calcula que la cantidad de malnutridos se elevará de entre 400 y 600 millones a mediados de la década de 1970, a la impresionante cantidad de 1 300 millones en el año 2000, es decir, habrá más del doble de hambrientos en el mundo. El UNICEF prevé que uno de cada 5 niños en el mundo del año 2000 estará malnutrido. Según una de estas proyecciones, cientos de millones de seres humanos en el mundo subdesarrollado morirán de hambre antes del año 2000.

Aumentará también, en lo que a la alimentación se refiere, la brecha entre los países subdesarrollados y los desarrollados. Si entre 1974 y 1976, en los países desarrollados el consumo per cápita de calorías mostraba un 29% de exceso sobre el mínimo diario requerido de ingestión calórica, ese exceso seguirá ampliándose notablemente hacia el año 2000. Dicho de otra forma, el habitante promedio del mundo desarrollado dispondrá en ese momento de mucho más de un tercio por encima de los recursos calóricos que necesita. Sin embargo, el habitante promedio del mundo subdesarrollado en su conjunto dispondrá de menos calorías per cápita, cuyo consumo promedio era ya en el período de 1974-1976 un 5% menor que el mínimo requerido para el desarrollo normal de las facultades vitales del hombre.

El análisis regional de los datos ofrecidos por una de las proyecciones realizadas en materia alimentaria, revela, entre otros índices alarmantes, que en los últimos 25 años del siglo el consumo per cápita estimado de calorías disminuirá de hecho, con relación a los niveles actuales, en un 4% en el norte de África y el Medio Oriente, y en un desastroso 13% en el África subsahariana. En esta última región, se contempla la perspectiva de un índice global de consumo per cápita de calorías en el año 2000 de un 23% por debajo del nivel diario mínimo requerido, con cifras aún más dramáticas en algunos países individuales.

Las proyecciones en materia de consumo per cápita de cereales son igualmente sombrías. Mientras que en el mundo desarrollado una persona consumía como promedio en 1975 un 180% más de cereales al año—inclui-

dos los que se transforman en carnes, leche y huevos— que el habitante medio de los países subdesarrollados, esa diferencia se habrá ampliado en el año 2000 al 237%.

Salud

La insalubridad, las enfermedades y la desatención de la salud son otros aspectos fundamentales que, junto al hambre, caracterizan la dramática situación social de los países subdesarrollados. El análisis de algunos índices y cifras es revelador.

Mientras que en los países desarrollados la esperanza de vida al nacer fluctúa entre los 72 y 74 años, en el mundo subdesarrollado este índice no sobrepasa los 55 años. Quiere esto decir que el habitante promedio de un país desarrollado puede aspirar a vivir al menos 17 años más que el de un país subdesarrollado. Son esos 17 años los que precisamente nos separan del siglo XXI. Miles de millones de seres humanos que hubieran podido prolongar su vida hasta esa fecha, morirán, sin embargo, antes del año 2000, muchos de ellos por la falta de recursos adecuados para cuidar de su salud.

En algunas regiones del Tercer Mundo, la esperanza de vida es aún más limitada. En los países de África Central y Occidental, por ejemplo, la expectativa de vida fluctúa entre 42 y 44 años.

La diferencia entre estas potencialidades no se reduce simplemente a la posibilidad de vivir más, sino que se refleja también en el envejecimiento prematuro y el deterioro relativo de la salud individual. Mientras en los países desarrollados un hombre de 45 años ha alcanzado la plenitud de su vida, en otros es ésta la edad máxima a que puede aspirar.

Según datos de la Organización Mundial de la Salud, la mortalidad infantil, que en 1981 fluctuaba entre 10 y 20 muertes por cada mil nacidos vivos en los países desarrollados en conjunto, ascendía en el grupo de países más pobres a una cifra al menos 10 veces superior. El UNICEF ha expresado de manera gráfica y dramática esta realidad: de los 122 millones de niños nacidos en 1980, declarado por la comunidad mundial como Año Internacional de la Infancia, 12 millones —uno de cada 10— murieron antes de concluir el año 1981, el 95% de ellos en los países subdesarrollados. El propio UNICEF señala que dos años después, es decir, durante 1982, el número de niños muertos menores de un año sobrepasó los 14,5 millones.

En los países más pobres, según datos de la OMS, de cada mil niños nacidos vivos, aproximadamente 200 mueren antes de cumplir un año de edad, otros 100 antes de los 5 años, y sólo 500 llegarán a cumplir 40 años de vida. El UNICEF estimó en 17 millones el número de niños menores de 5 años muertos durante el año recién concluido.

Nueve de cada 10 niños en los países más pobres no reciben jamás en su primer año de vida el más elemental servicio de salud, y mucho menos son inmunizados contra las enfermedades más comunes de la infancia. En los países subdesarrollados, la desnutrición, la insalubridad y las enferme-

dades infecciosas y parasitarias, vinculadas estrechamente a factores de pobreza y atraso socioeconómico, son la causa mayoritaria de las defunciones infantiles.

En un informe publicado a principios de 1982, el Director Ejecutivo del UNICEF resumía en estas palabras la situación general de la infancia en el mundo subdesarrollado:

La vida de un niño, lejos de ser inestimable, valía menos de 100 dólares en 1981. Julciosamente gastada a favor de cada uno de los 500 millones de niños más pobres del mundo —y de sus madres—, dicha suma habría costado la asistencia sanitaria de base, la educación elemental, la atención al embarazo y la mejora de las dietas, y habría asegurado condiciones higiénicas y abastecimiento de agua para ellos. En pocas palabras, habría cubierto las necesidades básicas de la vida. [...] En la práctica, para la comunidad mundial resultó un precio demasiado alto. Por eso, cada dos segundos del año 1981 un niño ha pagado con su vida ese precio. [...] Apenas un 10% de estos niños estaban inmunizados contra las seis enfermedades infantiles más corrientes y peligrosas. Para inmunizar a todos los niños del Tercer Mundo no se habrían necesitado más de 5 dólares por niño. El no hacerlo cuesta unos 5 millones de vidas al año. [...]

1981 ha sido otro año de “emergencia silenciosa”: 40 mil niños han muerto silenciosamente cada día; 100 millones de niños se han acostado hambrientos y en silencio todas las noches; 10 millones de niños se han convertido silenciosamente en deficientes físicos o mentales; 200 millones de niños entre los 6 y los 11 años de edad, han contemplado en silencio cómo otros iban a la escuela; en fin, un quinto de la población mundial ha luchado en silencio por la mera supervivencia.³

El hambre y la desnutrición son responsables directos de las enfermedades llamadas carenciales. El bocio endémico, por ejemplo, provocado por la insuficiencia de yodo, afecta un estimado de 200 millones de personas.

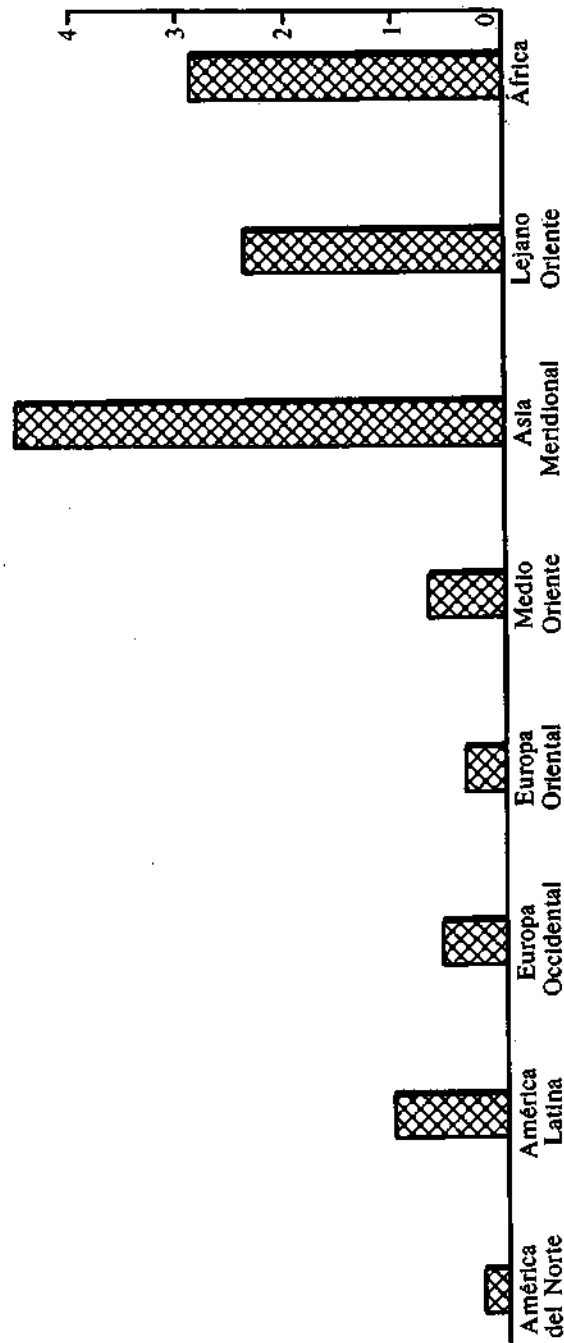
Entre 180 y 250 millones de seres humanos padecen esquistosomiasis en el mundo subdesarrollado, en particular en 70 países donde esta enfermedad es endémica. Otros 650 millones sufren de ascariasis, y 20 millones de oncocercosis o ceguera de los ríos, la cual afecta hasta el 20% de los adultos en algunas regiones de África.

El paludismo mata un millón de niños al año en el continente africano. Ochocientos cincuenta millones de personas viven en zonas donde el paludismo ha sido combatido sólo parcialmente, y otros 250 millones en zonas donde nada se ha hecho en la lucha contra esta enfermedad. Sin embargo, se calcula que el costo mundial de la lucha contra el paludismo ascendería a 2 mil millones de dólares al año.

Cada día, 35 mil niños menores de cinco años mueren víctimas de enfermedades diarreicas, casi todos en los países subdesarrollados. Solamen-

MORTALIDAD INFANTIL

De 120 millones de niños nacidos anualmente,
12 millones mueren antes del año.
(en millones)



FUENTE: Ruth Leger Sivard. *World Military and Social Expenditures*, 1981.

te en América Latina, estas enfermedades provocan alrededor de 200 mil muertes al año.

En 1982 se cumplieron cien años del descubrimiento del agente causal de la tuberculosis. Ésta, como ninguna otra, es una enfermedad profundamente asociada a factores socioeconómicos, donde la desnutrición, el hacinamiento, las condiciones miserables de existencia, la falta de higiene, el debilitamiento por otras enfermedades asociadas, la incultura y la falta de atención médica son factores determinantes. Según datos de la OMS, cada año mueren 3 millones de personas por esta enfermedad y aparecen de 4 a 5 millones de nuevos casos graves y otro tanto de formas menos severas. Estos casos se presentan fundamentalmente en las grandes masas empobrecidas del mundo subdesarrollado, y también entre los más pobres, marginados y explotados de las sociedades más desarrolladas. Sin embargo, esta terrible enfermedad puede prevenirse al costo irrisorio de unos pocos centavos y, cuando aparece, puede curarse. Cien años después del genial descubrimiento de Robert Koch, la tuberculosis continúa siendo un terrible azote de la humanidad.

El balance de estas y muchas otras ilustraciones estadísticas que pudieran mencionarse, arroja una conclusión desoladora: enfermedades derrotadas por la ciencia, cuya prevención y erradicación es posible con medidas adecuadas y en ocasiones recursos mínimos, son todavía la causa principal de muerte en el mundo subdesarrollado. El UNICEF estima que el 90% de las vidas de los niños pequeños que mueren en los países subdesarrollados se podrían rescatar mediante la aplicación de programas adecuados de inmunización, nutrición, atención perinatal, abastecimiento de agua potable, saneamiento ambiental y educación nutricional y de salud de las madres.

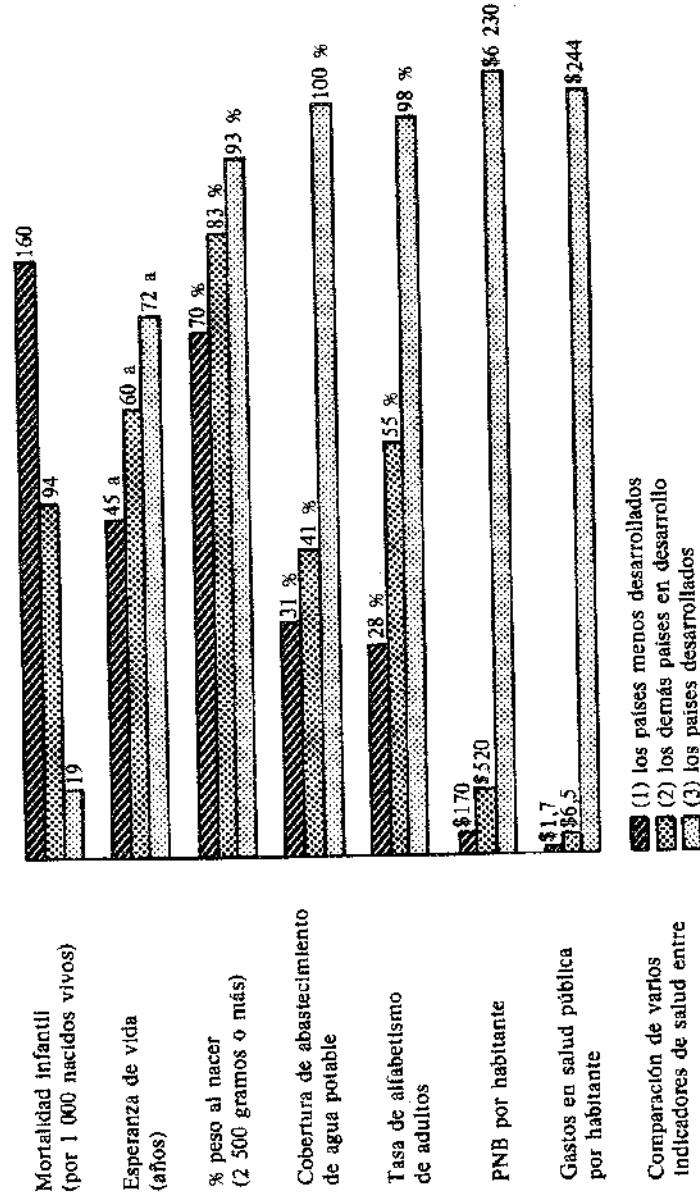
Los problemas maternos de salud y malnutrición son la causa de que cada año nazcan 21 millones de niños en los países subdesarrollados con un peso inferior al normal. En siete países, según datos de un estudio de la OMS, entre el 43% y el 47% de todas las muertes perinatales corresponden a niños que nacen bajos de peso.

Suman 25 millones las mujeres que cada año sufren complicaciones graves durante la gestación y el parto. La mortalidad materna es entre 20 y 100 veces superior en los países subdesarrollados que en los desarrollados. En cifras absolutas, el UNICEF ha estimado que 500 mil mujeres mueren cada año en África y Asia por causas relacionadas con el embarazo y el parto, dos terceras partes de ellas víctimas de desnutrición y anemia.

Ciento veinte millones de niños en los países subdesarrollados sufren de algún tipo de limitación física o mental, de los cuales más de 100 millones carecen de servicios o medios de rehabilitación de cualquier tipo. El 10% de la población de África —más de 40 millones de personas— padecía en 1978 de alguna forma de invalidez.

La poliomielitis, enfermedad erradicada en los países más desarrollados, sigue cobrando anualmente decenas de miles de víctimas infantiles entre

INDICADORES DE SALUD E INDICADORES SOCIOECONÓMICOS AFINES



FUENTE: OMS. *Estrategia mundial de salud para todos en el año 2000*, Ginebra, 1981.

la población de los países subdesarrollados donde aún no se aplican programas de inmunización masiva. La vacuna, a un costo de centavos, podría evitar la aparición de nuevos casos e impedir así la incorporación anual de miles de personas más a la enorme masa de impedidos que hoy existe en el mundo.

Según datos publicados por la OMS, cada año se suman a los niños ciegos del mundo 250 mil nuevos casos; de ellos, 100 mil son provocados por la carencia de vitamina A. Estos últimos casos podrían prevenirse tan sólo añadiendo apenas un puñado de verduras a la dieta diaria de esos niños, o suministrándoles simplemente una cápsula de vitamina A, cuyo costo es de unos centavos de dólar, cada seis meses.

La lucha contra las oftalmopatías transmisibles podría salvar de la ceguera a 7 millones de personas en el Medio Oriente en las dos o tres décadas próximas. La OMS reconoce que el factor más importante en la prevención de la ceguera es el mejoramiento de las condiciones de vida, una mejor alimentación, un mejor suministro de agua potable, un mejor saneamiento ambiental. Sin las medidas adecuadas, en el año 2000 habrá en el mundo el doble de la cantidad de ciegos que existen en la actualidad.

El UNICEF afirma que la mayoría de las afecciones que sufren los niños impedidos en los países subdesarrollados podrían haberse evitado con una nutrición suficiente, prácticas obstétricas adecuadas y una atención mayor a la lucha contra las enfermedades infecciosas y perinatales. Igualmente, muchas de esas afecciones, con una detección precoz y un tratamiento apropiado, no hubieran conducido a la invalidez. En nueve casos de cada 10, estas afecciones hubieran podido ser prevenidas o hubiera sido posible evitar que se convirtieran en impedimentos permanentes.

En este mismo sentido, la OMS ha demostrado el efecto directo y determinante de la pobreza, con sus manifestaciones colaterales de desnutrición, enfermedades infecciosas y otros resultados ambientales, en las afecciones que provocan incapacidad o impedimentos mentales. Según sus publicaciones, entre el 25% y el 30% de los niños que viven en barriadas pobres de las grandes ciudades de los países subdesarrollados y acuden a un centro general de salud, padecen alguna forma de deficiencia mental. Esta proporción oscila entre el 15% y el 18% en las zonas rurales.

Sin embargo, a la luz de estas cifras, ¿cuál sigue siendo la realidad asistencial en el mundo subdesarrollado? En el mundo desarrollado se dispone de un médico por cada 520 habitantes. En los países subdesarrollados este índice fluctúa entre 1 por 2 700 en los de mayor desarrollo relativo y 1 por 17 mil en los más pobres. En algunas zonas rurales de estos últimos sólo se dispone de un médico por cada 200 mil habitantes.

En conjunto, la misma cantidad de personas en un país desarrollado dispone de 6 veces más médicos, 5 veces más técnicos de farmacia y 12 veces más enfermeras que en un país subdesarrollado. En estos países, 1 500 millones de personas —más de la tercera parte de la humanidad— carecen de las posibilidades mínimas de acceso a la atención médica, entre ellos 400 millones de niños menores de 6 años.

Solamente en cinco países desarrollados —Estados Unidos, Inglaterra, Canadá, Alemania Federal y Australia— ejercen su profesión 120 mil médicos procedentes de países subdesarrollados. La población de estos últimos dispone globalmente de un promedio de 10 a 14 camas hospitalarias por cada 10 mil habitantes, en comparación con 95 en el mundo desarrollado.

Las cifras comparativas del gasto público per cápita en salud son igualmente ilustrativas. Según estimados de 1980, los países desarrollados invierten 244 dólares de su presupuesto anual en la atención de la salud de cada uno de sus habitantes, estadísticamente hablando, en tanto el gasto público per cápita en los países más pobres es de 1,7 dólares al año, es decir, 144 veces menos. En términos de porcentaje del Producto Nacional Bruto, las cifras son del 3,9% para los países desarrollados contra el 1% para los más pobres.

La situación de la salud en el mundo subdesarrollado se torna aún más grave en la medida en que se introducen en el análisis factores como la calidad real del servicio que se presta, el acceso al mismo o siquiera la posibilidad de adquirir los medicamentos de parte de los mayoritarios sectores de población que carecen de ingresos suficientes para afrontar el costo de esos servicios.

Según datos publicados en la revista oficial de la OMS, en 1978 el mercado mundial de productos farmacéuticos ascendió a 70 mil millones de dólares. El 85% del mismo se localiza en el mundo industrializado y un 65% en los países de la OCDE. Al mundo subdesarrollado —tres cuartas partes de la población mundial— corresponde sólo el 15% del total. La producción farmacéutica se concentra en un 88% en países industrializados y sólo en un 12% en países subdesarrollados. Solamente por este concepto, el déficit comercial ese año ascendió a 2 mil millones de dólares. Mientras en el mundo subdesarrollado el gasto por habitante en medicamentos es inferior a un dólar, en los países más desarrollados es superior a 70 dólares por persona.

Si consideramos que el acceso de la población a los medicamentos y productos biológicos es un elemento esencial para coadyuvar al mantenimiento de la salud, la triste realidad es que este fundamental renglón, lejos de estar más accesible cada día, se ha convertido en fuente de explotación y de saqueo económico para los países del Tercer Mundo.

En general, dado el desarrollo tecnológico y científico alcanzado, la industria farmacéutica transnacional de los países desarrollados de economía de mercado obtiene ganancias gigantescas con la comercialización de productos cuyo costo de producción es bajísimo. Todo esto explica que muchos de esos medicamentos no puedan estar al alcance de quienes los necesitan, y sean además un factor importante en la fuga de divisas de nuestros países subdesarrollados. La OMS estableció como esenciales para los países del mundo subdesarrollado unos 200 medicamentos. Ellos darían respuesta adecuada a las principales necesidades de éstos y se evitarían enormes gastos que a veces se realizan en medicamentos innecesarios. Muchos de estos medicamentos y vacunas, además, podrían producirse a muy bajo costo en los países del Tercer Mundo.

Algunas proyecciones realizadas en materia de salud indican que, de acuerdo con las tendencias actuales, en el año 2000 la mortalidad infantil en los países desarrollados mostrará una tasa de 10 por cada mil nacidos vivos, mientras en el mundo subdesarrollado se mantendrá a duras penas alrededor de 50, esto es, seguirá siendo al menos 5 veces más elevada. En cuanto a la esperanza de vida al nacer, las proyecciones más optimistas la sitúan alrededor de 65 años en los países subdesarrollados en su conjunto, y entre 75 y 80 en el mundo desarrollado. Sin embargo, aun en ese caso, el tercio más pobre de la humanidad no verá acrecentada su esperanza de vida a más de 50 años. Estos indicadores básicos revelan que, de mantenerse esas condiciones y tendencias, la situación de la salud habrá cambiado poco en términos relativos en los umbrales del siglo XXI.

En tanto la salud no sea considerada como un derecho fundamental del hombre y un deber de la comunidad, en tanto no se reconozca la responsabilidad del Estado y la sociedad en la atención y cuidado de la salud, en tanto no desaparezcan las desigualdades en la distribución de los recursos para la salud a escalas nacional e internacional, en tanto no se luche frontalmente contra la pobreza, el hambre, la ignorancia y la insalubridad, poco será lo que podrá lograrse en el mejoramiento de la salud humana en el mundo subdesarrollado.

Educación

El subdesarrollo es, entre otras cosas, carencia de saber y de la posibilidad de saber. Es no sólo el número de los que no saben leer y escribir. Es también el número de los que no pueden aprender a leer y escribir o continuar niveles superiores de enseñanza, por la carencia de maestros, de escuelas, de condiciones mínimas que vayan más allá de las más elementales para la subsistencia. Por eso no se puede separar el drama educacional y cultural del mundo subdesarrollado de su situación socioeconómica general.

La UNESCO calcula que en 1980 había en el mundo 814 millones de adultos analfabetos, en su inmensa mayoría en los países subdesarrollados. En este sentido, el saldo del progreso de la humanidad en los 20 años transcurridos desde principios de la década de 1960, en un periodo de auge vertiginoso de la ciencia y el conocimiento, fue el haber aumentado en 100 millones de personas las filas de los que no saben leer ni escribir. De mantenerse estas tendencias, el mundo llegará a las puertas del siglo XXI con cerca de mil millones de analfabetos, lo que equivale a más del 15% de la población mundial estimada para esa fecha.

Según datos de la propia UNESCO, el 48% de los adultos que viven actualmente en los países subdesarrollados son analfabetos. En 10 países subdesarrollados solamente, se concentran 425 millones. En 23 de los países más pobres, más del 70% de sus adultos no saben leer ni escribir.

Característico del analfabetismo es su mayor incidencia en las zonas rurales que en las urbanas, y en la mujer que en el hombre. La OMS calcula que el 66% de la población analfabeta lo constituyen mujeres.

Porque no es accidental el hecho de que la distribución geográfica y social del analfabetismo sea casi idéntica a la de la pobreza. El analfabeto es, por regla general, también el más pobre, el peor alimentado, el menos saludable, el más marginado y explotado. Tras las cifras de analfabetismo se advierte la frustración del desarrollo de las facultades y potencialidades del hombre, la limitación del individuo como persona y como integrante de una comunidad, la explotación y la ignorancia de un mejor destino; y se asoma el drama social del subdesarrollo, la pérdida de la identidad nacional, el atraso social y económico.

Según datos de la UNESCO y el UNICEF, más de 200 millones de niños en el mundo subdesarrollado carecen de escuelas o de medios y posibilidades de asistir a ellas. Menos de la mitad de los niños nacidos cada año tendrá la posibilidad de aprender a leer y escribir. Menos de 4 de cada 10 niños que pueden asistir a la escuela, concluyen la enseñanza primaria en los países subdesarrollados en conjunto. Entre un 15% y un 20% de los alumnos de la enseñanza primaria son reprobantes, y los niveles de deserción alcanzan un grado elevadísimo.

Tras estos datos y como causa de estos índices, está la situación de pobreza que impele al abandono de la escuela, las distancias a recorrer para tener acceso a las aulas y las pésimas condiciones materiales de muchos centros escolares. No se olvide el hecho de que para no menos del 14% de los niños entre 10 y 14 años en los países subdesarrollados, su incorporación a la fuerza laboral activa para ayudar a sostenerse y a sostener a sus familias es la única opción de sus vidas. Uno de cada 4 niños en el mundo subdesarrollado entra en la vida económicamente activa sin un mínimo de educación.

De los datos aportados por el Banco Mundial en su informe sobre el desarrollo mundial en 1980, se desprende que, a pesar de la enorme diferencia en volumen poblacional, por cada estudiante de nivel secundario en un país subdesarrollado, hay casi 4 en los países capitalistas desarrollados. La proporción de matriculados en la enseñanza universitaria con relación a la población de 20 a 24 años, sólo alcanza en el mundo subdesarrollado un 4%, mientras que en los países desarrollados se eleva al 36%. Añadamos a esto, para mostrar un cuadro más sombrío aún, la cantidad de graduados universitarios en los países subdesarrollados que se pierden anualmente en virtud de la política de robo de cerebros desarrollada por las mayores potencias del mundo capitalista.

Los países subdesarrollados, con una población tres veces superior a la de los desarrollados, disponían en 1977 de 732 mil profesores menos que éstos. Hay que tener en cuenta, además, la insuficiente preparación de una parte del personal docente y la carencia de vías o mecanismos para remediar esta insuficiencia en numerosos países subdesarrollados, lo que afecta

sin duda la calidad de la enseñanza limitada y en general poco calificada que se imparte.

En los países desarrollados, en 1978, había 22 científicos e ingenieros por cada 10 mil habitantes. En los países subdesarrollados, en conjunto, este mismo índice era de apenas 1,2. La UNESCO estima que ese mismo año se concentraban en los países desarrollados el 95,6% de los gastos dedicados a la investigación científica.

Según cálculos de la UNESCO, en 1977 el mundo dedicaba como promedio 126 dólares por habitante a la educación. Pero mientras los países desarrollados alcanzaban en este indicador 314 dólares por habitante, los países subdesarrollados apenas disponían de 24 dólares, es decir, 13 veces menos recursos per cápita para la educación.

No es posible dejar de señalar un aspecto que se opone adicionalmente a los esfuerzos por la educación y el desarrollo cultural que se realizan en nuestros países. Continuamente, unas veces de forma sutil y otras abierta, los medios masivos de difusión del imperialismo están llevando a cabo un proceso de penetración que, en el terreno ideológico y cultural en general, está dirigido a erosionar nuestras identidades nacionales, a crear hábitos y conductas ajenos a las necesidades y posibilidades de los pueblos del Tercer Mundo, a despreciar nuestras culturas y deformar ante los pueblos su propia imagen. Nada tiene esto que ver con el flujo de ideas ni con el auténtico intercambio entre los pueblos de los resultados de sus culturas. Son esos mismos medios los que trabajan para crear imágenes consumistas alejadas de toda racionalidad, e imponer ilusiones adormecedoras como verdades absolutas para nuestros pueblos. Un enorme porcentaje de los programas de televisión que se transmiten hoy en el Tercer Mundo, proceden de los países capitalistas desarrollados. Las agencias de prensa transnacionales manipulan y presentan a conveniencia las noticias originadas en nuestra área, o transmiten las foráneas hacia su interior con una óptica interesadamente distorsionada. Así, a través de la prensa y la radio inundan a los países subdesarrollados de un producto elaborado para deformar la realidad. Este trabajo encaminado a la dominación de nuestras mentes quedó ampliamente evidenciado y denunciado en un reciente foro de los ministros de Cultura de los países latinoamericanos, convocado recientemente por la UNESCO.

Empleo

Si la pobreza —base fundamental de la actual situación social en el mundo subdesarrollado— está en relación directa con el grave problema de los bajos ingresos de cuantiosos sectores de la población de nuestros países, éste, a su vez, se vincula estrechamente con la situación del empleo en esos países.

El fenómeno del desempleo y subempleo es, pues, otro de los elementos que caracterizan la situación actual en el orden social de los países subde-

sarrollados. Este fenómeno no puede ser considerado como una mera cuestión cuantitativa, es decir, como el simple desaprovechamiento o incapacidad de las economías de estos países para ocupar a toda la fuerza de trabajo, sino cualitativamente como el reflejo del carácter irracional e injusto del sistema de relaciones económicas existente, el cual genera la paradoja de que en un mundo donde existe tanta pobreza y en el que muchos millones de seres humanos tienen insatisfechas sus necesidades más elementales, la capacidad productiva del hombre no es aprovechada en su totalidad.

A comienzos de la presente década, la población económicamente activa del mundo se estimaba en unos 1 800 millones de personas, de las cuales poco más de 1 200 millones —el 67% del total— pertenecían a los países subdesarrollados. En correspondencia con el ritmo de crecimiento demográfico, la población económicamente activa aumenta en los países subdesarrollados a una tasa del 1,7%, mientras que en los países desarrollados lo hace sólo en un 1,1%.

La enorme distancia económica y científico-técnica existente entre los países subdesarrollados y desarrollados, se evidencia en las distintas estructuras de la población económicamente activa. Según datos del Banco Mundial, en los países subdesarrollados y desarrollados, respectivamente, el 71% y el 6% se empleaba en la agricultura en 1980, el 14% y el 38% en la industria y el 15% y el 56% en los servicios. La clara deformación de la estructura ocupacional de los países subdesarrollados es uno de los elementos que están en la base de la grave situación de desempleo y subempleo que padecen estos países.

Según las más recientes estimaciones de la OIT, el monto de los trabajadores desempleados y subempleados en el mundo subdesarrollado ya rebasa la cifra de los 500 millones de personas, lo cual constituye aproximadamente el 50% de la población económicamente activa de la región. Tomando los datos disponibles de una muestra de países subdesarrollados, la tasa media de desempleo en los mismos se comportó por encima del 10% desde comienzos de la pasada década. Por otra parte, en los países subdesarrollados, la situación socioeconómica general determina la aparición de enormes masas de trabajadores subempleados que constituyen un sustancial desaprovechamiento de la fuerza de trabajo de estos países.

El fenómeno del desempleo y del subempleo en los países subdesarrollados se ve agudizado por la creciente migración de grandes masas campesinas hacia las ciudades, motivada por las condiciones miserables de existencia y la falta de trabajo en el medio rural, y que buscan paradójicamente resolver incorporándose a las muchedumbres que habitan los barrios marginales, donde no sólo viven en similares condiciones, sino que incrementan el gigantesco ejército de desempleados urbanos. El análisis global de las cifras del desempleo y del subempleo en los países subdesarrollados, encubre la diferente dinámica que muestran estos fenómenos en los dos principales sectores poblacionales de cada país. El desempleo abierto muestra tasas superiores en las zonas urbanas. En cambio, las activida-

des productivas en las zonas rurales tienden a propiciar más el desempleo encubierto o subempleo.

Los bajos ingresos de la población de los países del Tercer Mundo y el alto porcentaje de personas dependientes de un solo ingreso familiar, están entre las razones fundamentales que explican que en el mundo subdesarrollado sea más elevado que en ninguna otra parte la presencia del trabajo infantil. Según datos de la OIT, de los 52 millones de niños menores de 15 años incorporados a la fuerza de trabajo en 1979, casi 51 millones, es decir, el 98%, corresponden a los países subdesarrollados. De más está decir que muchas veces son estos menores los que realizan los trabajos más ingratos y peor pagados. La grave situación económica existente en los países capitalistas ha repercutido en el hecho de que los empleadores hayan tendido a sustituir el trabajo masculino por el infantil y el femenino, como una forma de tratar de elevar sus ganancias.

En cuanto a las condiciones de trabajo, puede ser ilustrativo el indicador de la duración de la semana laboral. En los países desarrollados ésta fluctúa entre 35 y 40 horas, mientras que en los países subdesarrollados es de 45 a 56 horas, con medias de aproximadamente 47, 48 y 44 horas semanales en África, Asia y América Latina, respectivamente. De lo anterior se desprende que la semana laboral es en los países subdesarrollados entre un 28% y un 40% mayor que en los países desarrollados actualmente.

Dentro de los propios países desarrollados de economía de mercado, el desempleo hoy alcanza las cifras más altas de la posguerra. En los países de la OCDE alcanza ya el 10% de toda la fuerza laboral, y asciende a más de 32 millones. Son estos obreros, muchos de ellos los más explotados y marginados del sistema, sin trabajo y sin perspectivas inmediatas, el centro de la explosiva y crítica situación que tanto preocupa a esos gobiernos. Sin embargo, cientos de millones de trabajadores del mundo subdesarrollado carecen permanentemente de trabajo y muchos más se ocupan de manera temporal en actividades secundarias y mal remuneradas. Ellos no tienen subsidios ni forma alguna de resolver su situación, cuya causa y cuyas raíces están precisamente en las condiciones de atraso y dependencia a las que han estado sometidos los países subdesarrollados. Es necesario luchar y buscar soluciones para los 32 millones de desempleados de los países desarrollados, pero al mismo tiempo es esencial, moralmente imprescindible y económicamente determinante, buscar solución también a las enormes masas de desempleados de los países subdesarrollados.

La relación entre desempleo, subempleo y pobreza se ha ido haciendo cada vez más nítida en la medida en que puede apreciarse que, ante una situación de recesión más o menos crónica a nivel mundial, la cual incide en el aumento del nivel de desempleo y del subempleo, los trabajadores tienden a aceptar salarios menores, y muchas veces inferiores a los límites legalmente establecidos. Esto, a su vez, tiene que ver de manera directa con el aumento de la cantidad de personas que viven en condiciones de extrema pobreza.

Los pronósticos que se han realizado acerca de la probable tendencia de la situación del empleo en los países subdesarrollados, tienden a coincidir en una agudización progresiva. Así, por ejemplo, según la OIT, la población económicamente activa alcanzará en 1987 la cifra de 2 045 millones, o sea, unos 250 millones de trabajadores más, de los cuales el 85% corresponderá a los países subdesarrollados. Para absorber el crecimiento de la población y liquidar el desempleo, habría que incrementar anualmente los puestos de trabajo en un 3,9% en los países subdesarrollados. La misma fuente considera que sería necesario crear entre 1980 y el 2000 un total de 880 millones de puestos de trabajo en los países subdesarrollados.

No podemos concluir este epígrafe sin incluir unas palabras relacionadas con la mujer, tanto en su relación con el empleo como en sus condiciones generales de vida, especialmente crueles y desiguales en los países subdesarrollados.

La mujer, en general, sufre increíbles formas de explotación y discriminación, pero esto se agudiza lógicamente en el Tercer Mundo, donde el peso principal de la pobreza, tanto en el terreno económico como en la salud y la cultura, cae sobre ellas. Para que se tenga una idea de la gravísima situación laboral de las mujeres, sobre todo en los países subdesarrollados, basta indicar que, según datos aportados por la OIT, las mujeres, que representan el 35% de la fuerza de trabajo mundial, reciben alrededor de una décima parte de los ingresos mundiales.

Pero en los países desarrollados es más alto el porcentaje de mujeres que tienen acceso al trabajo. En el mundo subdesarrollado, su acceso a las fuentes de trabajo en países donde muchas veces el desempleo y subempleo masculinos alcanza más de un 50% de la fuerza laboral, se convierte para la mujer en algo absolutamente imposible, incluso para la que tenga algún tipo de calificación, y sólo se apela a ellas muchas veces para los trabajos menos agradables y peor remunerados.

Como mujer, este sector de la sociedad del Tercer Mundo sufre redobladamente todas las calamidades con respecto al resto de las condiciones de vida que existen en nuestra área. Son ellas, además, las que, por llevar la pesada carga del hogar, reciben el mayor impacto de la falta de hospitales, asistencia médica, escuelas, instituciones para niños, programas materno-infantiles, de higiene, etcétera. Es elevadísimo el número de mujeres que no recibe ninguna atención durante el embarazo. Un porcentaje varias veces más alto que en el mundo desarrollado, como ya se señaló, fallece durante el parto sin ninguna asistencia, y son ellas las que ven morir en los países más pobres la mitad de sus hijos antes de que éstos arriben a los 15 años de edad.

Vivienda y otras condiciones materiales

Más de mil millones de personas —una cuarta parte de la humanidad— viven actualmente en condiciones de extrema pobreza, con sus secuelas de hacinamiento, inseguridad e insalubridad. No menos de 300 millones

de niños, aproximadamente el 20% de la población infantil mundial, están en esta situación.

Aunque el problema de la vivienda en los países subdesarrollados tiene una relación inmediata con el incremento poblacional, un análisis que lo vinculara tan sólo a ese factor constituiría un enfoque parcial y, por ende, superficial de la cuestión. Para todos es evidente que este problema está estrechamente relacionado también, entre otros, con el fenómeno al que se ha dado en llamar de “urbanización explosiva” en el mundo subdesarrollado.

Por primera vez en la historia, el crecimiento de la población urbana en los países subdesarrollados es superior en términos absolutos al de la población rural. En 1950, existían en estos países 25 ciudades de más de un millón de habitantes y una población total de 50 millones de personas. Ya en 1985, habrá en el mundo subdesarrollado 147 ciudades con más de un millón de habitantes, en las cuales vivirán 465 millones de personas. En el año 2000, se prevé que 12 de las 15 ciudades más populosas del mundo estarán en países subdesarrollados. El éxodo rural significará en algunos casos el 90% del crecimiento previsto de la población urbana.

En los últimos 20 años del siglo, la población infantil urbana en el mundo subdesarrollado casi se duplicará, para alcanzar hacia fines de la década de 1990 la cantidad de 666 millones. No menos de 10 ciudades en países subdesarrollados contarán en el año 2000 con más de 10 millones de habitantes, entre ellas México con más de 30 millones y Calcuta y Bombay con casi 20 millones cada una. Aproximadamente el 40% de la población del mundo subdesarrollado en el 2000 será urbana.

Estas proyecciones en materia de urbanización significan que los países subdesarrollados necesitarán de un incremento de casi el 70% en sus servicios urbanos para poder mantener el nivel per cápita de servicios de 1975, harto insuficiente, como es sabido, en la mayoría de los casos.

Para enfrentar tan sólo el crecimiento demográfico, sería necesario hasta fines de siglo construir en los países subdesarrollados casi 750 millones de nuevas viviendas. La UNESCO calcula que se requerirá globalmente una tasa anual de construcción de viviendas de unas 8 a 10 por mil habitantes. Actualmente, en la mayoría de los países subdesarrollados, la tasa es del orden de 2 a 4 por cada mil habitantes, y en muchos países es de menos de 1.

Este fenómeno de urbanización acelerada del mundo subdesarrollado trae aparejados, además de la merma proporcional efectiva de la población rural y potencialmente de la producción agrícola, otros problemas importantes de carácter social. En primer lugar, el crecimiento desmesurado de estas concentraciones urbanas provoca la creación de fuentes importantes de contaminación ambiental, que se suman a los demás factores que en el mundo contemporáneo están contribuyendo a degradar las condiciones del medio.

Pero quizás más grave aún es el hecho de que un porcentaje importante de este incremento de la población urbana se viene realizando sobre la base del

crecimiento de los barrios marginales, con la consiguiente agudización de los problemas derivados de las condiciones miserables e insalubres que caracterizan este tipo de asentamientos humanos. El hacinamiento, la promiscuidad, la falta de acceso a fuentes seguras de agua, la carencia de instalaciones sanitarias, el incremento de la violencia, la prostitución, las drogas, el delito en general y demás manifestaciones de conductas antisociales, son algunas de las consecuencias sociales que genera, en la gran mayoría de los países subdesarrollados, esta forma de crecimiento urbano, que por sus conocidas raíces sociales y económicas no es ni puede ser planeado sobre base alguna que asegure un mínimo elemental de condiciones de urbanización.

Ya hoy, en muchas de las grandes ciudades en los países subdesarrollados, entre una cuarta parte y dos tercios de sus pobladores viven en barrios marginales. Y la tendencia hacia el crecimiento de estos asentamientos humanos miserables es, por desgracia, ascendente. La gran mayoría de la población de esos monstruosos conglomerados urbanos cuyo crecimiento se prevé en las próximas dos décadas, vivirá en esas mismas condiciones, o quizás peores.

Otro de los problemas que tienen mayor incidencia en las condiciones de vida de grandes masas de la población en el mundo subdesarrollado, es el del acceso y disponibilidad de fuentes de agua adecuadas.

Si bien es cierto que el agua cubre las tres cuartas partes de la superficie del planeta, solamente el 0,8% de las fuentes mundiales de ese líquido se presenta en condiciones naturales aptas para el consumo humano o animal. Y de esa ínfima parte, menos aún está disponible o al alcance del hombre, y una parte más reducida todavía no está contaminada por fuerzas naturales o humanas.

Se calcula que las necesidades de agua para el consumo humano, la agricultura y la industria en el año 2000, serán tres veces superiores que las actuales. Sin embargo, en muchas zonas del mundo—sobre todo del mundo subdesarrollado— el suministro de agua es ya un problema en la actualidad. Según algunas proyecciones, el suministro per cápita mundial de agua se reducirá en un 35% solamente como resultado del crecimiento demográfico. Otros aspectos del problema son la creciente destrucción o contaminación de las fuentes de agua y de los ecosistemas costeros, a causa de la urbanización acelerada, la industrialización no controlada y el empleo de pesticidas y otros productos químicos contaminantes en la agricultura.

La OMS estima actualmente que no menos de 2 mil millones de seres humanos carecen de fuentes estables y seguras de suministro de agua. Según la propia organización, el 78% de la población rural en el mundo en 1976, casi en su totalidad de los países subdesarrollados, no disponía de medios adecuados de abastecimiento de agua. La ONU estima que cuatro de cada cinco niños que viven en las zonas rurales del mundo subdesarrollado carecen de agua limpia o condiciones de saneamiento.

Las causas fundamentales de morbilidad y mortalidad en los países subdesarrollados son las enfermedades transmitidas por el agua: las fiebres en-

téricas, la disentería, la tifoidea, el cólera, las infecciones amebianas, la esquistosomiasis y muchas otras. La OMS estima que no menos de 750 mil personas mueren cada mes a causa de enfermedades relacionadas con el consumo de agua contaminada. Más de 1 500 millones de habitantes del mundo subdesarrollado viven expuestos a estas enfermedades, y cada año se producen cientos de millones de casos nuevos.

Un estudio auspiciado por la OMS revela que una madre de familia en el África Oriental consume entre el 12% y el 27% de sus energías en el acarreo diario de agua para el consumo de su casa y su familia. En algunas ciudades africanas, un trabajador puede llegar a gastar el 10% de su salario en comprar agua.

En un mundo que ha presenciado avances espectaculares de la ciencia y la técnica, y que dedica recursos colosales a la creación de los medios capaces de destruir la humanidad, resulta vergonzosa la incapacidad para suprimir las condiciones que obligan todavía a decenas de millones de mujeres y niños en los países subdesarrollados a invertir una parte considerable de tiempo y energías cada uno de los días de su vida solamente en buscar y acarrear, desde distancias a veces de varios kilómetros, el líquido vital de la existencia. Con el aporte anual de 6 mil millones de dólares por parte de la comunidad internacional—menos de lo que la humanidad invierte en cinco días en gastos militares, una fracción minúscula de lo que se gasta anualmente en bebidas alcohólicas—, se cumplirían cabalmente los objetivos del Decenio del Agua proclamado por las Naciones Unidas.

Hay una cuestión que no debe olvidarse en este examen, y es el hecho de que casi dos mil millones de habitantes del mundo subdesarrollado dependen de la madera para la solución de sus necesidades de cocina y calefacción. El consumo anual de madera para estos fines se calcula por la FAO en más de 1 400 millones de metros cúbicos, y pudiera elevarse en el año 2000 ampliamente por encima de esta cifra. De hecho, casi el 90% del consumo de madera en los países subdesarrollados es en forma de leña para cocinar y calentarse. En los países más pobres, 9 de cada 10 personas dependen de la leña para estas necesidades vitales.

Las fuentes tradicionales de energía—leña, estiércol y desechos vegetales— cubren entre el 50% y el 75% de las necesidades totales de energía de los países subdesarrollados, según datos del Banco Mundial. En África esta cifra alcanza el 90%. De todas ellas, la leña es la más ampliamente utilizada. En Tanzania la leña suministra el 59% de la energía consumida, el estiércol el 38%, el 2,5% los desechos vegetales y el 0,5% otras procedencias. La leña representa el 70% del consumo total de energía en África, el 34% en América Latina y el 30% en Asia.

Según el Banco Mundial, el consumo de leña en los países subdesarrollados origina la desaparición de 10 a 15 millones de hectáreas de bosques por año. Como resultado de la destrucción de los bosques, ya la obtención de la leña constituye un problema crítico en muchas regiones del mundo

subdesarrollado. La propia FAO estima que más de mil millones de personas viven en zonas donde hay grave escasez de leña. Y las tendencias presentes permiten predecir que hacia fines de siglo la escasez de leña afectará posiblemente a más de 2 mil millones de personas, es decir, nada menos que a la tercera parte de la humanidad, para la cual un recurso tan elemental de la existencia estará cada vez más lejos de su alcance físico o económico.

EL MUNDO SUBDESARROLLADO

Hambrientos	+ 500 millones
Con una esperanza de vida inferior a los 60 años	1 700 millones
Carentes de posibilidad alguna de acceso a la atención médica	1 500 millones
Que viven en condiciones de extrema pobreza	+ 1 000 millones
Desempleados y subempleados en el mundo subdesarrollado	+ 500 millones
Con un ingreso per cápita anual de menos de 150 dólares	800 millones
Adultos analfabetos	814 millones
Niños carentes de escuela o de posibilidad de asistir a ella	+ 200 millones
Carentes de fuentes estables y seguras de agua	2 000 millones
Dependientes de la leña para sus necesidades vitales	+ 1 500 millones

Los indicadores analizados no revelan en toda su dimensión la cabal magnitud de los problemas sociales a que se enfrentan los países del mundo subdesarrollado, en la antesala ya de un nuevo siglo. Por muy expresivas que puedan resultar las cifras estadísticas, jamás serán capaces de transmitir la trágica realidad de la vida de las grandes masas de la población en los países subdesarrollados.

El subdesarrollo es un fenómeno económico y social único y global. Es también, y sobre todo, un hecho político. Cada una de sus manifestaciones que se puedan aislar a los efectos de un examen, se integran, complementan y relacionan como elementos activos, esenciales y condicionadores del fenómeno general. Explotación y dependencia, pobreza y hambre, inseguridad y desempleo, insalubridad e ignorancia, son si se quiere formas o enfoques para el análisis de una realidad única, que es el subdesarrollo, en cuya base no se encuentra más que un orden económico internacional injusto y una manifiesta desigualdad en la distribución de las

riquezas, tanto entre las diversas naciones como dentro de muchas de ellas.

Combatir esta situación, luchar por disminuir o erradicar esta desigualdad, requiere también de un enfoque integral. No se trata, como plantean algunos, de reducir aisladamente los índices de fertilidad y las tasas de natalidad para detener o controlar el crecimiento demográfico. No se trata solamente tampoco, por ejemplo, de ejecutar políticas efectivas de conservación de recursos y protección del medio ambiente. Las soluciones no son sólo —ni principalmente— físicas, sino sociales. Se trata de influir sobre la calidad de la vida, no sólo combatiendo las graves carencias en cada esfera, sino actuando sobre el conjunto en función del desarrollo de nuestras sociedades, que no es necesariamente sinónimo de crecimiento económico.

Las tendencias sobre las cuales se basan las sombrías proyecciones para el futuro inmediato del mundo, y, en particular, de los países subdesarrollados, si bien son la expresión más elocuente de la intolerable situación de injusticia y desigualdad que prevalece todavía hoy, no reflejan necesariamente un destino inexorable. La humanidad puede, si se lo propone realmente, derrotar con su acción este futuro de injusticia agravada que se vislumbra, y conquistar con su lucha un claro futuro de equidad.

11

Armamentismo y desarrollo

Enfrentado a la crisis económica más grave de los últimos 50 años, el mundo contemporáneo encara la más absurda carrera armamentista en toda su historia, que significa, por su magnitud, su poder destructivo y su grado de refinamiento tecnológico, el mayor peligro que jamás haya conocido la humanidad, y ofrece la prueba más evidente de la irracionalidad y el despilfarro que caracterizan la actual crisis de las relaciones internacionales.

Como parte de una política de coacción, amenazas, desestabilización y agresión, con el consecuente aumento de la tensión internacional y el clima de guerra fría, el gobierno de los Estados Unidos ha lanzado el mayor programa de incremento armamentista en época de paz de la historia de ese país. Este programa, que persigue, en primer lugar, la alteración del equilibrio estratégico militar alcanzado durante la década de 1970 entre los países de la OTAN y el campo socialista, es de hecho el factor determinante en el gigantesco auge de los gastos militares y la actual carrera armamentista. El curso agresivo e injerencista de la administración del presidente Reagan, apoyado en el enorme potencial ofensivo acumulado de las fuerzas armadas de los Estados Unidos y sus aliados de la OTAN, constituye la amenaza más grave que pueda concebirse a la paz y la seguridad de todos los pueblos del mundo.

Sólo en fuerzas nucleares estratégicas ofensivas, los Estados Unidos disponen, en estos momentos, de más de 2 mil vectores de armas nucleares capaces de lanzar 10 mil cargas de una capacidad destructiva colosal. Sin embargo, ya al finalizar la década de 1970 los Estados Unidos iniciaron un amplio programa de incremento de su capacidad militar ofensiva y, en particular, de su potencial estratégico nuclear, para lo cual han emprendido, entre otras acciones, el desarrollo de los proyectiles Crucero y el proyectil balístico intercontinental MX, portador de 10 cabezas nucleares independientes de 600 kilotones cada una; el desarrollo del bombardero estratégico B-1; la construcción de los submarinos nucleares Trident, portadores de 24 proyectiles nucleares cada uno; el reequipamiento de 300 proyectiles inter-

continentales Minuteman III con nuevas ojivas nucleares de 350 kilotonnes y alta precisión; la producción de la bomba de neutrones; el despliegue de 572 nuevas capacidades nucleares de alcance medio en Europa; la acelerada organización de las llamadas fuerzas de despliegue rápido, instrumento injerencista de alcance global y el aumento y diversificación de su arsenal de armas químicas y biológicas destinadas a volatilizarse, paralizar, esterilizar o animalizar al ser humano.

Desde el punto de vista económico, esta desorbitada carrera significó en 1980 un incremento, en términos reales, de un 3,7% de los gastos militares en los Estados Unidos con relación al año anterior, y de un 6% en 1981. Según el plan propuesto por Reagan, esos gastos aumentarían en ese país a una tasa promedio anual del 8% entre 1983 y 1987, y alcanzarían en 1987 la cifra de 356 mil millones de dólares, esto es, alrededor del 36% del total de gastos presupuestados en ese país para ese año. Los 258 mil millones de dólares ya aprobados para gastos militares en 1983, no serían más que el comienzo de una vasta escalada que conduciría en 1987 al monto acumulado de un millón 600 mil millones de dólares. Según este proyecto, entre 1977 y 1987 se produciría el incremento sin precedentes del 272% en los gastos militares en los Estados Unidos.

Esta política de creación de una impresionante fuerza militar para tratar de resolver mediante el uso indiscriminado o la amenaza de la fuerza los complejos problemas que afectan al mundo de hoy, ha sido la que ha empujado a la humanidad en una espiral armamentista que pone muy seriamente en peligro la paz y la supervivencia misma del hombre.

La creciente presión ejercida por los Estados Unidos en esa dirección sobre sus propios aliados, con el consecuente aumento de los gastos militares de éstos, y la proporcional e inevitable respuesta que toda esta política ha generado en los países socialistas, explican que en el mundo de hoy, en medio de una de sus mayores crisis económicas y en un momento en que miles de millones de personas apenas cuentan con recursos mínimos para su más elemental subsistencia, se inviertan gigantescas sumas en gastos militares.

GASTOS MILITARES EN EL MUNDO
(en millones de dólares a precios constantes de 1979)

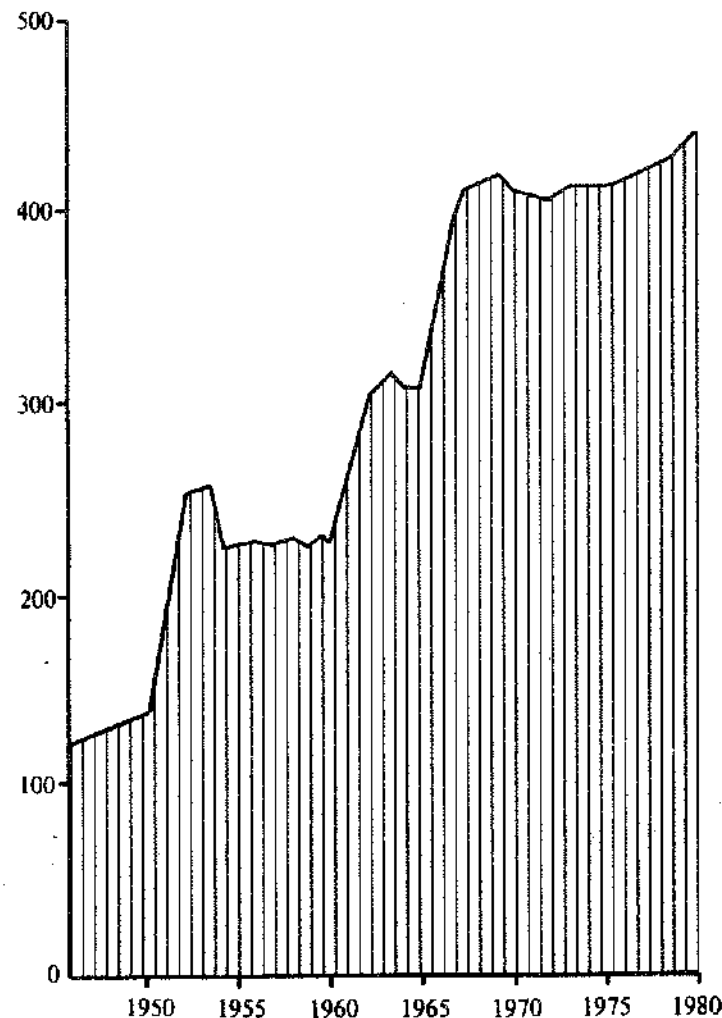
1972	416 304	1977	464 127
1973	421 045	1978	478 007
1974	435 629	1979	492 927
1975	448 421	1980	502 542
1976	456 045	1981	518 727

FUENTE: SIPRI. *Yearbook*, 1982, p. 140.

Se calcula que el mundo invirtió en gastos militares en el año recién concluido una cifra cercana a los 650 mil millones de dólares. ¡Más de 1 700 millones de dólares diarios, 74 millones cada hora, más de un millón de dólares por minuto!

GASTOS MILITARES MUNDIALES, 1948-1980

(en miles de millones de dólares; precios y tipos de cambio de 1978)



FUENTE: Datos recopilados de varias publicaciones del SIPRI.

El costo directo de la carrera de armamentos ha sobrepasado la fabulosa cifra de 6 millones de millones de dólares a partir de la Segunda Guerra Mundial, lo que equivale, en la práctica, al Producto Nacional Bruto del mundo entero en 1975. Según datos de la ONU, los gastos militares en el mundo en 1980 representaron el equivalente del Producto Interno Bruto conjunto de África y América Latina en ese mismo año y el 6% del valor global de la producción de bienes y servicios.

La humanidad dispone ya de los medios para aniquilarse a sí misma varias veces. Solamente la fuerza explosiva de las 50 mil bombas, ojivas y cargas nucleares emplazadas o almacenadas en el mundo, equivale a 16 mil millones de toneladas de TNT, más de un millón de veces la potencia destructiva de la bomba lanzada en Hiroshima. Sin embargo, *cada día es más evidente que la carrera armamentista, lejos de garantizar una mayor seguridad, entraña riesgos cada vez más graves e inmediatos.*

Por otra parte, el incremento de los medios bélicos de destrucción, impulsado por la actual administración norteamericana, ocurre en medio de la profunda crisis que afecta a la economía capitalista mundial, e ignora las negativas consecuencias que han demostrado tener históricamente los gastos militares. En efecto, la militarización de la economía no sólo ha tenido a lo largo de la historia repercusiones políticas en la sociedad capitalista, sino que en la misma medida en que los gastos militares han ido absorbiendo un volumen mayor de recursos, también ha aumentado su significación perniciosa desde el punto de vista económico.

A partir del papel estimulante que desempeñó la industria bélica sobre la actividad económica durante la Segunda Guerra Mundial, los gastos militares pasaron a desempeñar un papel de cierta importancia en el proceso de reproducción capitalista.

Sin embargo, muy pronto quedó demostrado que los efectos positivos que pudieran tener los gastos militares sobre el desarrollo económico, se reducían a situaciones coyunturales. Los más serios y diversos estudios científicos ratificaron que los beneficios económicos a corto plazo, derivados de la militarización de la economía en condiciones de disponibilidad de recursos ociosos, quedaban probablemente anulados por sus efectos negativos a largo plazo sobre el crecimiento económico.

Se apreció así el carácter inflacionario de los gastos militares al crear poder adquisitivo y demanda efectiva, sin una contrapartida en forma de aumento de la producción consumible o de la capacidad productiva para hacer frente a las futuras necesidades de consumo, efecto negativo que se agudiza mucho más cuando tales gastos se realizan a base de colosales déficit presupuestarios. Quedó en evidencia, además, la correlación inversa existente entre el aumento de los gastos militares, con el consiguiente desvío de recursos humanos y absorción de recursos materiales, y el crecimiento de la productividad del trabajo y de la inversión. Se puso de manifiesto, igualmente, la capacidad mucho más limitada de las inversiones militares que las civiles para generar empleos, y aliviar así una de las ma-

nifestaciones más agudas de la crisis. Se ha estimado que sólo con los incrementos del presupuesto militar propuestos por la presente administración de los Estados Unidos, en comparación con lo que había programado originalmente el gobierno anterior, se impide reducir el desempleo en ese país en 900 mil personas.

Dentro del preocupante contexto general de la carrera armamentista en el mundo, *es motivo de particular alarma el crecimiento de los gastos militares en los países del mundo subdesarrollado, sobre todo teniendo en cuenta los gravísimos problemas económicos y sociales que enfrentan hoy esos países.*

Calculados en precios constantes de 1979, los gastos militares de los países del Tercer Mundo ascendieron en 1972 a 33 mil millones de dólares. Diez años después, en 1981, alcanzaban ya la cifra de 81 281 millones, es decir, un volumen dos veces y media superior. La participación de esos países en el volumen total de gastos militares se ha duplicado en los últimos 10 años, y representa, en estos momentos, cerca del 16% de ese total mundial.¹

GASTOS MILITARES DE LOS PAÍSES SUBDESARROLLADOS (en millones de dólares a precios constantes de 1979)

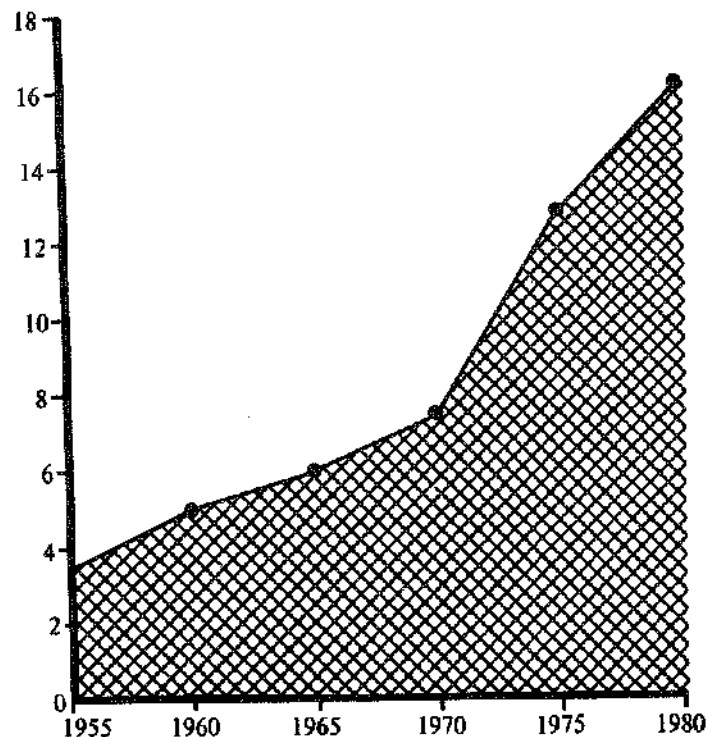
	<i>Gastos</i>	<i>Por ciento de los gastos de todo el mundo</i>
1972	32 980	7,9
1973	37 296	8,8
1974	48 074	11,0
1975	56 034	12,4
1976	63 946	14,0
1977	63 630	13,7
1978	66 085	13,8
1979	67 838	13,7
1980	71 316	14,1
1981	81 281	15,6

FUENTE: SIPRI. *Yearbook*, 1982, p. 140.

El clima internacional de tensión y violencia generado por la política agresiva de las potencias imperialistas y sus gendarmes regionales, las agresiones y presiones directas o indirectas para desestabilizar o destruir procesos revolucionarios y defender intereses neocoloniales, los conflictos regionales muchas veces alentados por esos mismos intereses, son los principales factores que han contribuido a la incorporación de los países del Tercer Mundo a la carrera armamentista.

Más de 30 países del mundo subdesarrollado producen hoy armamentos. El volumen de producción de la industria militar en estos países, alcanzaba en 1979 la cifra de 5 mil millones de dólares. Más de 15 millones

PARTICIPACIÓN DEL TERCER MUNDO EN EL TOTAL DE GASTOS MILITARES EN EL MUNDO (en por ciento)



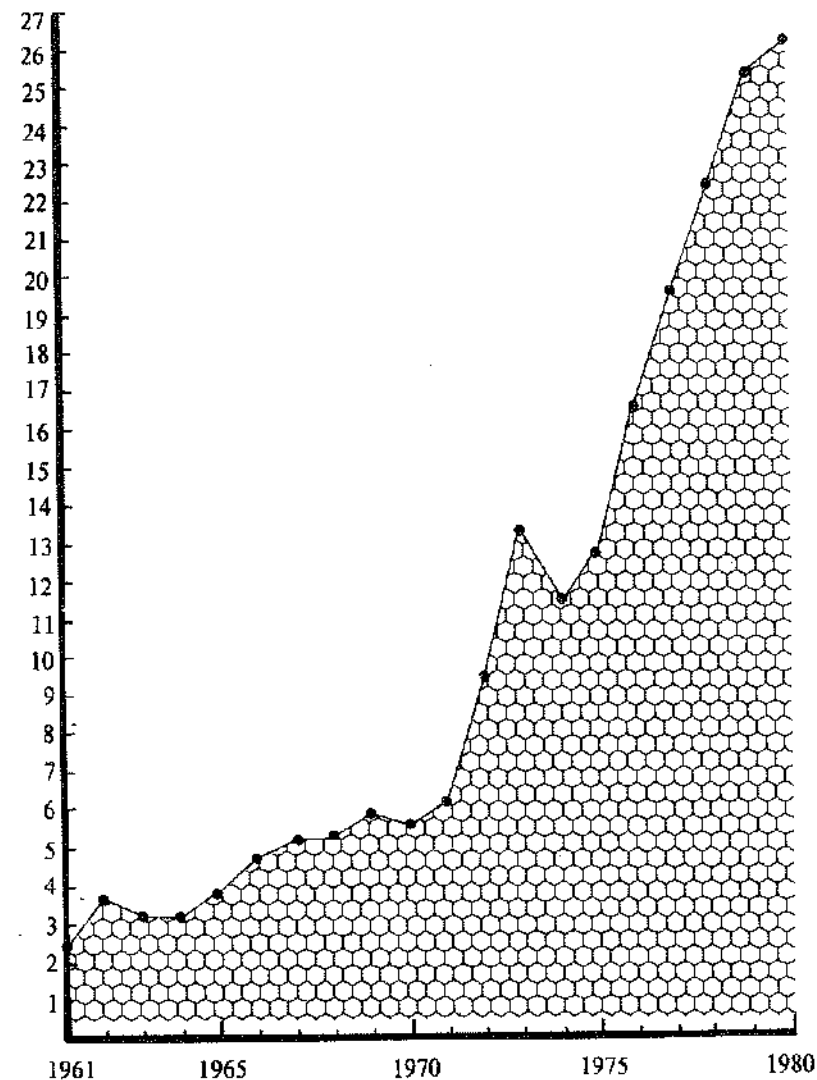
FUENTE: SIPRI. *Yearbook*, 1981.

de individuos forman parte de las fuerzas armadas regulares de los países subdesarrollados, lo cual representa alrededor del 60% del total de los efectivos militares regulares en el mundo.²

Colateralmente a la carrera armamentista, se desarrolla, a pasos agigantados, el *comercio de armamentos*, cuyo valor se elevaba en 1980 a aproximadamente 26 mil millones de dólares anuales. De este total, cerca de las tres cuartas partes corresponden a importaciones de armas y material bélico realizadas por los países subdesarrollados.³ De acuerdo con cálculos recientes, el valor de las exportaciones de armas a los países del Tercer Mundo, en precios constantes de 1975, aumentó de 3 mil millones de dólares en 1970 a casi 9 mil millones en 1980, esto es, un 200% de incremento en la década. A precios corrientes, el mundo subdesarrollado importó

en 1980 armamentos por valor de 19 500 millones de dólares,⁴ es decir, según la FAO, más del doble del valor total de cereales importados por los países de más bajos ingresos ese mismo año.

COMERCIO MUNDIAL DE ARMAMENTOS (en miles de millones de dólares)

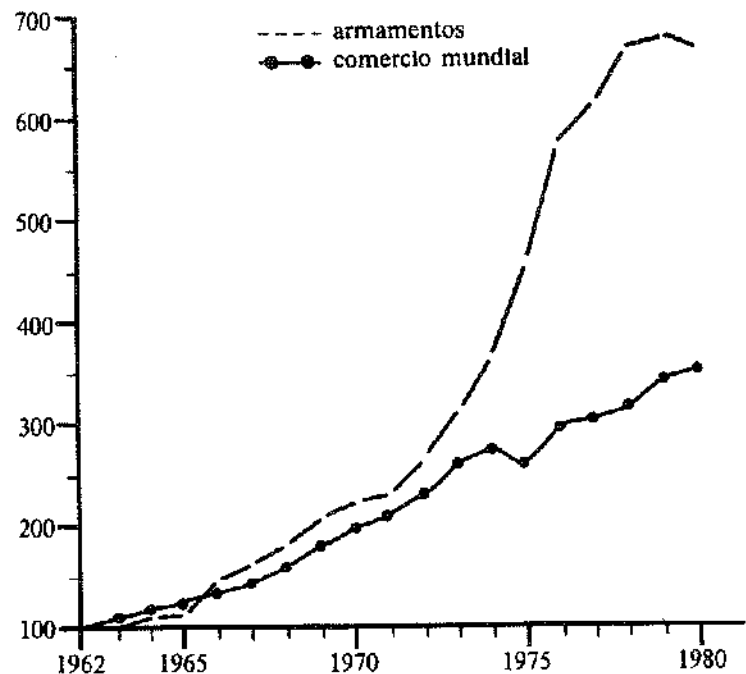


FUENTE: Ruth Leger Stvard. *World Military and Social Expenditures*, 1982.

El comercio de armamentos representa una considerable carga sobre las débiles economías de los países subdesarrollados. Significa el más estéril, improductivo y desigual de los intercambios para esos países. El comercio de armamentos priva al país importador de recursos que podría haber utilizado en actividades productivas. Los gastos en la importación de armamentos no generan ni un aumento en el consumo ni en la producción, ni una producción futura que permita sufragar los gastos que ocasiona, ni promueven la salud, la educación y la cultura.

EXPORTACIONES DE ARMAMENTOS AL TERCER MUNDO COMPARADAS CON EL COMERCIO MUNDIAL, 1962-1980

(1962 = 100)



FUENTE SIPRI. *Exports of Major Weapons to the Third World*; United Nations. *Statistical Yearbook*, 1974 y 1978; *UN Monthly Bulletin of Statistics*, enero de 1982.

En estas condiciones, los efectos económicos de los gastos militares para los países subdesarrollados son aún más negativos que para el conjunto de los países más avanzados. Según estudios recientes, los aumentos de los gastos militares, como por ciento del Producto Interno Bruto, están en relación inversa con la tasa de crecimiento económico. Por cada dólar

gastado en armamentos en los países subdesarrollados, se ha establecido que la inversión interna tiende a reducirse en 25 centavos. Las importaciones de armas agudizan el déficit en la balanza de pagos de los países subdesarrollados. En 1978, estas importaciones llegaron a constituir casi el 50% del saldo negativo en cuenta corriente del Tercer Mundo en su conjunto.

¿Está la humanidad realmente en condiciones de permitirse el lujo de este colosal despilfarro de recursos que supone la carrera armamentista?

Cien millones de personas estaban vinculadas en el mundo en 1980, de manera directa o indirecta, a actividades militares, sin utilidad económica efectiva para la sociedad. Este número es en la actualidad 3 veces superior que el total de maestros y médicos en todo el mundo. Medio millón de científicos e ingenieros entregaban su potencial creador, a fines de la década de 1970, a las actividades de investigación con fines militares y desarrollo de armamentos, para las cuales se invierten al año en el mundo más de 50 mil millones de dólares.

Con los recursos que se destinan en la actualidad en un solo día a gastos militares, podría sufragarse el costo anual del programa de eliminación total del paludismo. El mundo invierte en 5 horas en gastos militares el equivalente del total del presupuesto anual del UNICEF para programas de atención a la infancia.

La actividad militar consume en todo el mundo una enorme variedad y cantidad de recursos no renovables y de reservas de materias primas. En el caso de metales como el aluminio, el cobre, el plomo y el zinc, la demanda militar sólo de los Estados Unidos fluctúa entre el 11% y el 14% de la demanda total en el mundo. El consumo militar mundial de hidrocarburos líquidos equivale a más del doble del consumo anual de África.

Lo que cuesta el entrenamiento del personal militar de los Estados Unidos representa el doble del presupuesto para la educación de 300 millones de niños en edad escolar en el sur de Asia. Los gastos en todo el mundo en salud pública sólo ascienden aproximadamente a un 60% de los gastos militares.

El costo del prototipo de un bombardero moderno equivale a los salarios de 250 mil maestros durante un año, o al de la construcción y equipamiento de 75 hospitales de 100 camas. El precio de un submarino nuclear Trident equivale a lo que costaría mantener asistiendo a la escuela durante un año a 16 millones de niños en los países subdesarrollados, o al costo de construcción de 400 mil viviendas para 2 millones de personas. Con lo que cuesta un tanque moderno podrían construirse mil aulas para 30 mil niños en los países del Tercer Mundo.

El 5,9% del Producto Nacional Bruto de los países de Asia, África y América Latina se invierte en armas y gastos militares, mientras que el 1% se destina a la salud pública y el 2,8% a la educación. Los países más pobres, es decir, aquellos cuyo ingreso per cápita es inferior a los 200 dólares anuales,

gastan como promedio en actividades militares casi la misma cantidad que en inversiones destinadas a la agricultura. Con el 1% de los presupuestos militares de los países desarrollados, podría resolverse el déficit existente en la asistencia internacional para el financiamiento del incremento en la producción de alimentos y el establecimiento de reservas de emergencia.

En los países subdesarrollados en su conjunto hay actualmente un soldado por cada 250 habitantes y un médico por cada 3 700. Según estimados recientes, el mundo gasta hoy día un promedio de 19 300 dólares al año por cada soldado, mientras que los gastos públicos destinados a la educación promedian tan sólo 380 dólares por cada niño en edad escolar. Por cada 100 mil habitantes del planeta hay 556 soldados y 85 médicos. Los presupuestos de los Estados Unidos y los países de la Comunidad Económica Europea asignan 45 dólares per cápita a la investigación con fines militares, y 11 dólares a las investigaciones relacionadas con la salud del hombre.⁵

De mantenerse las tendencias actuales en la carrera armamentista, en los próximos 20 años se habrá invertido en gastos militares, a los precios actuales, la astronómica cifra de 15 millones de millones de dólares. El comercio mundial de armamentos se elevará para el año 2000 a 100 mil millones de dólares anuales, y el mundo contará con más del doble del actual poder nuclear de destrucción de la especie humana.

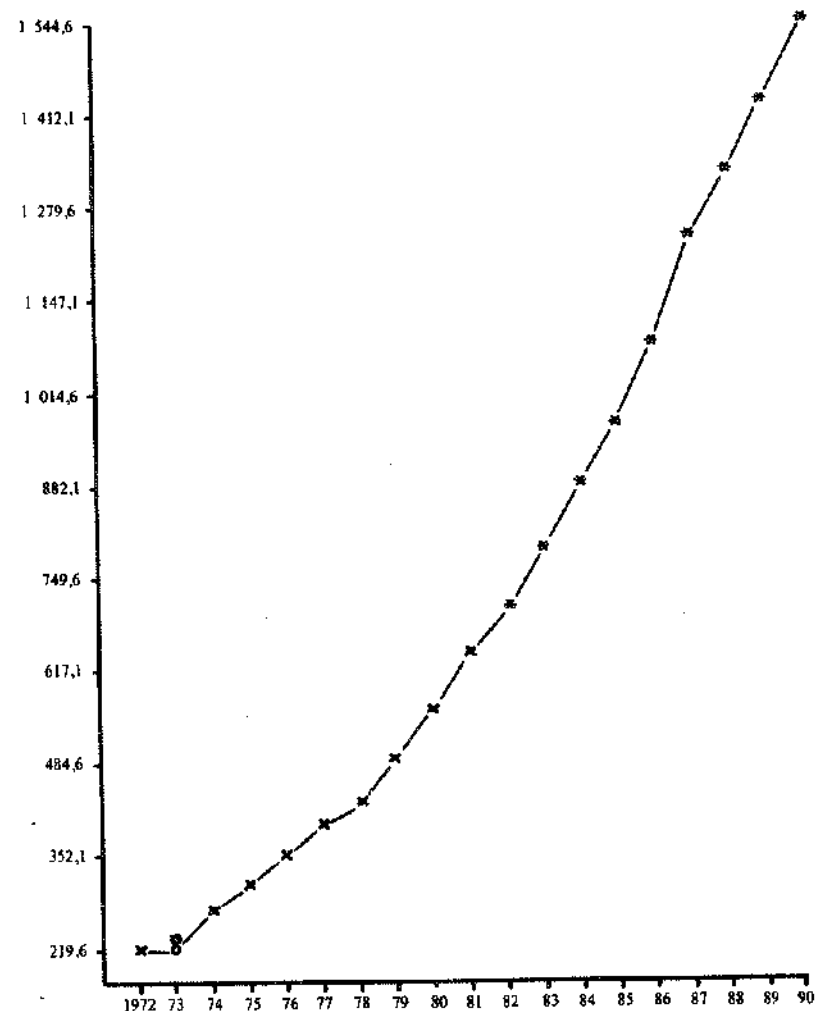
Las sumas dedicadas en el mundo de hoy a los gastos militares y el extraordinario despilfarro de recursos que supone la carrera armamentista, son la manifestación más evidente de la absurda demencia y la irresponsabilidad de sus ideólogos e impulsores. *La convicción de que muchos de los problemas económicos y sociales que aplastan o angustian a una parte mayoritaria del género humano, pudieran aliviarse, de manera sensible, si tan sólo una fracción de los recursos destinados a los gastos militares se utilizaran en el noble objetivo del progreso y el bienestar de los pueblos, no puede más que causar un sentimiento de incredulidad e indignación en toda mente honesta.*

Según señala un estudio de la UNCTAD,

[la] carrera armamentista significa una continua y expansiva distracción de recursos escasos —humanos y materiales—, mientras las más apremiantes necesidades de muchos pueblos permanecen sin ser satisfechas. Hoy, el per cápita de ingreso de los países en desarrollo resulta en promedio de 12 a 13 veces menor que en los países desarrollados. Unos 570 millones de personas en los países en desarrollo están mal nutridas; 800 millones de adultos son analfabetos; 250 millones de niños no van a la escuela; 1 500 millones tienen escaso o ningún acceso a los servicios médicos. Además, hay pocas perspectivas de que la situación mejore significativamente de aquí a fines de siglo. Incluso en los países económicamente más desarrollados, hay millones de personas con un nivel de vida por debajo de la línea oficial de la pobreza. Gigantescos recursos son necesarios para resolver tales problemas globales como el alimentario, energético, de materias primas y ambiental.⁶

TENDENCIAS DEL IRRACIONAL GASTO MILITAR DEL MUNDO

(en miles de millones de dólares)



NOTA METODOLÓGICA: La estimación se realizó sobre la base de una función cuadrática, del tipo $y = a + bx + cx^2$ que satisfizo los supuestos básicos del modelo, que ofrece un coeficiente de determinación de 0,9967.

FUENTE: SIPRI: *Yearbook*, varios números; OECD. *Main Economic Indicators*, diciembre de 1982.

Además, ¿qué sentido tiene hablar de equilibrio nuclear estratégico, de seguridad militar, de participación en la vida política de su comunidad, al hambreiento, al desposeído, al enfermo, al ignorante, a aquel carente de oportunidad o siquiera de esperanza? No olvidemos que la paz, motivo central de preocupación de los pueblos, no se logrará en el mundo en tanto no se resuelva la dramática situación de miles de millones de seres humanos cuya vida, en el mejor de los casos, se reduce a una lucha diaria por la mera supervivencia.

Frente al peligro que plantea la carrera armamentista, se alza la trágica realidad del genocidio por omisión que comete cada día la humanidad, al condenar a la muerte a millones de seres humanos por el solo hecho de destinar tan cuantiosos recursos al desarrollo de los medios para matarlos de otra manera.

Los gastos militares, las guerras, los armamentos son fenómenos promovidos y desarrollados por el sistema capitalista y por la política imperialista de agresión e intimidación. La lucha contra esas manifestaciones irracionales y peligrosas de tal política, constituye hoy una de las acciones más urgentes de toda la humanidad y, en particular, de los pueblos del mundo subdesarrollado, que están entre los afectados más directamente por la guerra y la carrera armamentista.

Sólo en términos económicos, las posibilidades que abriría el desarme para el desarrollo de nuestros pueblos son claramente positivas. Todas las proyecciones indican que el actual ritmo de la carrera armamentista afectaría de manera violentamente negativa el bienestar económico general en todas las regiones del mundo, casi sin excepciones. En los países subdesarrollados en conjunto, contribuiría a agudizar la ya desesperada situación de las enormes masas de desposeídos y explotados. En cambio, Naciones Unidas ha estimado que el desarme produciría un incremento del 3,7% en el Producto Nacional Bruto mundial para el año 2000, entre otros muchos beneficios en el orden económico y social.

Ayudar a convertir esta utopía en realidad es nuestro deber ineludible para con las generaciones del futuro.

La absurda lógica que pretende buscar mayor seguridad mediante el lanzamiento de este gigantesco programa armamentista, y la proporcional respuesta que el mismo determina, han conducido al mundo, paradójicamente, al momento de mayor peligro, menor seguridad y más frágil estabilidad de toda su historia, y hace encarar a la humanidad la real posibilidad de su total y definitiva destrucción. La carrera armamentista que enfrenta hoy la humanidad, significa en realidad la amenaza más directa e inmediata para su propia supervivencia. Detenerla e invertirla, es hoy, sin duda alguna, el aporte más decisivo a la causa de la paz, el objetivo más esencial y determinante que el mundo tiene ante sí.

Epílogo

Hasta aquí hechos y realidades imposibles de rebatir. A nadie se le puede escapar que problemas tan complejos y difíciles no tienen soluciones fáciles. Nuestras aspiraciones y demandas chocan contra la incompreensión, el egoísmo, los intereses colosales y el enorme poderío tecnológico, económico, militar y político del imperialismo y sus formas neocolonialistas, así como con las rígidas e inexorables leyes que rigen este sistema, que ha impuesto al Tercer Mundo relaciones económicas brutalmente explotadoras, desiguales, asfixiantes e injustas, peores aún y más sofisticadas que el propio sistema colonial cuya erradicación, después de la Segunda Guerra Mundial, tantas esperanzas despertó en la humanidad.

Pero no tenemos otra alternativa que luchar hasta imponer nuestras reivindicaciones. Constituimos la inmensa mayoría de la humanidad, y nuestros derechos e intereses no pueden continuar pisoteados eternamente.

Nos amenaza, en primer lugar, a todos los pueblos del mundo sin excepción, el peligro de una guerra nuclear devastadora, que podría significar incluso el fin de la humanidad.

Si no se crea un verdadero clima de paz y seguridad para todos los Estados, grandes y pequeños, y no cesa la absurda carrera armamentista —que aumenta en loca espiral, como en ningún otro momento de la historia—, no sólo crecería el peligro de guerra mundial hasta hacerse infernal realidad, sino que ni siquiera podría soñarse con disponer de los recursos indispensables para hacer frente a las necesidades del Tercer Mundo planteadas en este Informe. Sin una drástica reducción de los gastos militares, la tarea sería imposible.

Cuando alguien se pregunte de dónde pueden salir los cuantiosos recursos que los países subdesarrollados necesitarán en los próximos veinte años, la respuesta está ahí: en los 650 mil millones de dólares que ya se empiean cada año en gastos militares; en la fabulosa cifra de 15 millones de millones de dólares que al ritmo actual de crecimiento, según estimado conservador, se emplearán en esos próximos veinte años en tales gastos

improductivos y absurdos. Con una tercera parte de esta cifra bastarían y sobrarían los recursos requeridos.

Las actuales condiciones de la economía mundial y sus perspectivas sombrías, deben motivar una reflexión profunda en los gobernantes y en las mentes más lúcidas de los países desarrollados. La tormenta que se cierne sobre nosotros afectará en no poca medida al conglomerado mundial de naciones. El atraso económico, la carencia de medios financieros, la contracción severa de su comercio externo, el hambre, el desempleo y la ausencia de las más elementales condiciones de vida en el Tercer Mundo, no pueden a la larga resultar de beneficio alguno a los países capitalistas desarrollados. Por el contrario, la evolución positiva de nuestra situación ejercería una favorable influencia en el auge del comercio mundial y aliviaría las situaciones de desempleo, subutilización de las capacidades instaladas y el estancamiento de las economías de éstos. Constituye una verdad obvia que si nuestras economías se expandieran, ello contribuiría a disminuir la tensa situación de crisis que en la actualidad se ha generado en esos países. La continuación de la explotación que arruina al Tercer Mundo terminaría inexorablemente por arruinar a todos.

A grandes rasgos, los esfuerzos fundamentales del Movimiento de los No Alineados y de todos los países del Tercer Mundo se pueden sintetizar en los siguientes objetivos:

- *Luchar sin descanso por la paz, por mejorar las relaciones internacionales, por detener la carrera armamentista, por reducir drásticamente los gastos militares y exigir que una parte considerable de esos fondos cuantiosos sean dedicados al desarrollo del Tercer Mundo.*
- *Luchar sin tregua por el cese del intercambio desigual, que deprime los ingresos reales por exportación, descarga sobre nuestras economías el costo de la inflación generada en los países capitalistas desarrollados y arruina a nuestros pueblos; por impulsar un efectivo funcionamiento de los convenios de productos básicos existentes y la concertación de otros, y exigir el cumplimiento de las demandas sobre productos básicos contenidas en el Programa de Acción para el establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional.*
- *Luchar contra el proteccionismo, que multiplica las barreras arancelarias y no arancelarias e impide el acceso a los mercados de nuestras exportaciones de productos básicos y de manufacturas, reduce la competitividad de nuestros productos y actúa como poderoso mecanismo de presión y coerción contra los países subdesarrollados.*
- *Los recursos gigantescos que históricamente han sido sustraídos al Tercer Mundo por el intercambio desigual, los intereses leoninos de la deuda, las ganancias extraídas por la inversión privada extranjera, el robo de ce-*

rebros y otras formas de explotación, son muy superiores a la deuda externa contraída por los países subdesarrollados.

Luchar para que la deuda externa sea cancelada para el gran número de países que no tienen posibilidad real de pagarla, y que sea aliviada drásticamente la carga de su servicio para aquellos que, bajo nuevas condiciones, pudieran cumplir sus compromisos.

- *El equilibrio en las balanzas de pago de los países subdesarrollados exige un flujo masivo de recursos, no sólo para cubrir los déficit sino para compensar el descenso de los ingresos por exportación y facilitar el desarrollo.*

Luchar por medidas urgentes que detengan o compensen el deterioro de los ingresos por exportación de los países subdesarrollados, y otras de asistencia directa para el equilibrio de sus balanzas de pago, el cual de ningún modo puede intentar restablecerse —como hasta ahora— mediante más endeudamiento o reducción de importaciones.

- *Luchar por el establecimiento de un nuevo sistema monetario y financiero internacional equitativo, estable y universal, que refleje en sus modalidades de crédito y votación las necesidades de los distintos grupos y categorías de países, y no el poderío económico de algunos de sus miembros; capaz de actuar con sentido genuinamente multilateral, y no en respuesta a las presiones de la banca transnacional y de un grupo de potencias capitalistas; y que pueda, en fin, responder de manera consecuente a la magnitud y el carácter estructural y a largo plazo de los problemas de las balanzas de pago de los países subdesarrollados.*

- *La existencia de grandes masas hambrientas y desnutridas en el mundo constituye una afrenta para toda la humanidad. Es preciso buscar una solución estable y permanente a este grave problema.*

Luchar por el desarrollo, con ayuda internacional, de planes para que cada país pueda autoabastecerse al máximo posible de los alimentos básicos; por crear conciencia de la necesidad inevitable —si queremos derrotar el hambre, el desempleo y subempleo rurales— de profundos cambios socioeconómicos y estructurales, como la reforma agraria, que posibiliten la adopción de formas superiores de producción agrícola; y por impulsar, también con la cooperación internacional, programas contra la erosión, la desertificación, la deforestación y otras formas de degradación de los suelos, protegiendo además las fuentes principales de agua en cada país y creando nuevas reservas mediante presas y otros medios.

Debe buscarse inmediata solución al agudo déficit de alimentos en determinadas regiones del mundo, mediante un importante flujo proveniente de los grandes excedentes mundiales transferidos en forma de donaciones, créditos blandos y ventas a precios especiales.

Es de vital necesidad la creación de reservas alimentarias mundiales, luchando a la vez, por inhumana y egoísta, contra la deliberada reducción de

la producción de alimentos y su absurda destrucción por motivos comerciales en determinados países desarrollados.

• El llamado redespigue industrial, que persigue objetivos de máximas ganancias para las transnacionales mediante la utilización de fuerza de trabajo barata, tecnologías simples y sistemas de comercio intrafiliial, no puede satisfacer las legítimas necesidades de industrialización de los países subdesarrollados. No puede basarse nuestro desarrollo en esta nueva forma de dependencia, que pretende convertirnos en exportadores de manufacturas simples y nos escamotea la producción de bienes de equipo y capital.

Luchar por una industrialización que responda a nuestros intereses, sea capaz de integrarse al resto de la economía, y propicie las bases del desarrollo; y por impedir que sean las empresas transnacionales y la inversión privada extranjera las que controlen, y de hecho ejecuten, un proceso deformante de industrialización del Tercer Mundo.

• La firmeza de los Estados en defensa de su soberanía constituye el mejor código de conducta frente a las acciones incontroladas de las empresas transnacionales, que intentan imponer a nuestros países un modelo transnacionalizado de aparente desarrollo.

Luchar en cada uno de nuestros países por la adopción de las medidas para el control y limitación de las actividades de las empresas transnacionales, ejerciendo a plenitud el derecho de soberanía sobre nuestros recursos, incluido el derecho a la nacionalización, e impidiendo la aplicación por estas empresas de patrones de inversión, de tecnología, de remisión de ganancias y de consumo, ajenos a las realidades y necesidades de los países subdesarrollados.

• *Luchar resueltamente por una solución estable y definitiva a las necesidades energéticas del Tercer Mundo, tomando en cuenta, además del petróleo, la utilización conjunta de otras fuentes de energía renovables y la cooperación económica internacional indispensable para su desarrollo.*

• La dramática situación que vive el mundo subdesarrollado—agravada por las repercusiones de la profunda crisis económica actual—origina obligaciones para todos los países desarrollados, fundamentalmente aquellos que a lo largo de siglos se han enriquecido con la más despiadada explotación del Tercer Mundo.

Luchar por asegurar, junto al flujo imprescindible de sustanciales recursos derivados de la reducción de los gastos militares y de otras fuentes, un aporte de recursos financieros, tecnológicos y humanos que coadyuven a la solución de los complejos problemas antes analizados. Muchos países que no disponen de medios financieros suficientes—entre ellos un grupo de países subdesarro-

llados—podrían participar aportando otros recursos de acuerdo con sus posibilidades, como es la asistencia mediante el envío de médicos, ingenieros, proyectistas, profesores y otros técnicos, en forma gratuita o bajo favorables condiciones de pago.

• Se impone aprovechar el vasto campo de posibilidades que incluye la asistencia técnica, la capacitación y diversas formas de cooperación en el campo de la salud, la educación, la agricultura, la construcción y otros aspectos de vital interés para nuestros países.

Luchar consecuentemente por un sólido y coherente movimiento de cooperación entre los países subdesarrollados, que no debe subordinar las economías más débiles a las más fuertes, sino actuar como un eficaz instrumento de lucha en la autodefensa colectiva frente a las agresiones económicas, en la coordinación de posiciones para las negociaciones internacionales y en la máxima utilización conjunta de todos nuestros recursos y experiencias.

• La experiencia de los años transcurridos desde el lanzamiento de la Declaración y el Programa de Acción para el establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional, nos permite apreciar con claridad sus virtudes indudables, sus limitaciones presentes y sus posibilidades de desarrollo. Sin embargo, hasta hoy no se ha logrado una sola de sus demandas, ni siquiera el inicio de un auténtico proceso de negociaciones, a causa de la negativa actitud asumida por los principales países capitalistas desarrollados.

Luchar por el rescate y la aplicación de los aspectos más positivos de nuestras demandas por un Nuevo Orden Económico Internacional, combatiendo a quienes intentan mediatizarlas, y continuar exigiendo un proceso de negociaciones globales que sirva realmente de foro para la discusión y la búsqueda de soluciones a nuestros acuciantes problemas.

• La transformación de las relaciones económicas internacionales es una condición necesaria pero no suficiente para el progreso de nuestros países.

Luchar por llevar a la conciencia de todos los Estados del Tercer Mundo la necesidad de promover los cambios estructurales internos indispensables y las medidas encaminadas a elevar el nivel de vida de la población, que forman parte inseparable de todo genuino proceso de desarrollo, particularmente aquellas relacionadas con la redistribución del ingreso, la generación de empleo, la salud, la vivienda y la educación.

• La salud es un derecho esencial de todos los hombres y una responsabilidad de toda la sociedad. Los datos de este Informe expresan con toda crudeza las dramáticas condiciones de salud que afectan a las grandes masas del Tercer Mundo. Para todos está claro que la solución de estos y otros graves problemas está en la eliminación del subdesarrollo, pero mucho puede hacerse de inmediato.

Luchar con urgencia por enfrentar la crítica situación actual de la salud en el Tercer Mundo, mediante la masiva movilización de recursos financieros y humanos nacionales e internacionales que tal empresa necesita. Es imprescindible impulsar programas de atención materno-infantil, control de enfermedades transmisibles, saneamiento ambiental, suministro de alimentos para la infancia, suministro de agua y otros. A lo anterior debe unirse la urgente necesidad de la ampliación de los servicios de salud, la consecuente formación del personal técnico imprescindible y el aseguramiento de los medicamentos básicos esenciales que tales condiciones demandan.

• Entre las consecuencias más graves y negativas del subdesarrollo del Tercer Mundo se encuentra el increíble atraso de la educación general y técnica, sin la cual es imposible todo proceso de verdadero desarrollo y la utilización de los grandes avances científico-técnicos que en todos los campos ha logrado el hombre.

Luchar con firmeza, y con la indispensable ayuda internacional, por desarrollar programas contra el analfabetismo, por la escolarización de todos los niños, por la elevación de los niveles de enseñanza, por la formación masiva de técnicos y personal calificado, por el acceso de nuestros pueblos a la enseñanza universitaria y por el desarrollo de las ricas y centenarias potencialidades de las culturas de nuestros pueblos, combatiendo toda forma de dependencia o colonialismo cultural, o deformación de nuestras culturas.

• Las Naciones Unidas, a través de sus organismos especializados -FAO, UNESCO, OMS, UNICEF, PNUD, UNCTAD, ONUDI, las comisiones económicas y otras entidades regionales- han reflejado en múltiples ocasiones, en sus serios y profundos trabajos, la gravedad extrema de los problemas que hemos venido analizando. Esos estudios han sido, en realidad, una denuncia permanente ante tanta injusticia, egoísmo, insensibilidad y desinterés; han sido además un permanente llamado a la conciencia y la responsabilidad de toda la humanidad frente al increíble drama que reflejan los hechos expuestos en este Informe. No hay sustituto posible para esta organización mundial, que abarca a todos los Estados.

Luchar por elevar el prestigio, la autoridad y el papel de las Naciones Unidas y sus agencias especializadas; brindarles nuestro sólido y ampliamente mayoritario apoyo en la lucha por la paz y la seguridad de todos los pueblos, por un orden internacional justo y por la solución al trágico problema del subdesarrollo que afecta a la inmensa mayoría de los países. La existencia de una organización como las Naciones Unidas, con solidez, influencia y poder crecientes, es cada vez más indispensable al futuro del mundo.

• Por último, la unidad de todos los países del Tercer Mundo es imprescindible. Los problemas aquí planteados son comunes a todos nosotros, por encima de concepciones políticas, sistemas de gobierno, convicciones

filosóficas o creencias religiosas. Puede y debe ser común el enfoque sobre cuestiones vitales que nos afectan y las soluciones que debemos encontrar. Hemos de saber estar también por encima de las querellas locales que nos convierten a veces en enemigos por viejas disputas o intrigas, ambiciones o maquinaciones del imperialismo. Todas son hijas, por lo general, del sistema de dominación y colonaje que nos subyugó durante siglos. Las guerras entre países del Tercer Mundo deben quedar abolidas como ley primera de nuestros Estados y como conducta consecuente con nuestra lucha por la paz universal.

Luchar tesoneramente por la unidad más estrecha del Movimiento de los Países No Alineados y de todos los Estados del Tercer Mundo. No permitir que nada ni nadie nos divida. Solucionar mediante negociaciones y fórmulas políticas los problemas que en ocasiones enfrentan a algunos de nuestros países. Formemos un haz indestructible de pueblos para exigir nuestras nobles aspiraciones, nuestros legítimos intereses, nuestro derecho irrenunciable a sobrevivir, como países del Tercer Mundo y como parte inseparable de la humanidad.

No ha sido nunca la resignada sumisión ni el derrotismo ante las dificultades lo que nos ha caracterizado. Hemos sabido enfrentar con sentido unitario, firmeza y decisión, complejas y difíciles situaciones en estos últimos años. Juntos nos hemos esforzado, juntos hemos luchado, y juntos hemos obtenido victorias. Con ese mismo espíritu y determinación, debemos estar dispuestos a librar la más colosal, justa, digna y necesaria batalla por la vida y el porvenir de nuestros pueblos.

Notas

1 INTRODUCCIÓN

- ¹ ONU. *Informe económico mundial, 1981-82*.
- ² OECD. *Economic Outlook*, no. 32, diciembre de 1982.
- ³ UNCTAD. *Handbook of International Trade and Development Statistics*, 1972. Se excluyen los combustibles.
- ⁴ Idem, 1980.
- ⁵ Datos de la FAO.

2 LA CRISIS ECONÓMICA Y SU REPERCUSIÓN EN LOS PAÍSES SUBDESARROLLADOS

- ¹ Datos del FMI. *World Economic Outlook*, Washington, junio de 1981, p. 111.
- ² *Ibid.*, p. 112.
- ³ ONU. *World Economic Survey 1981-82*, Nueva York, 1982.
- ⁴ CEPAL. "Balance preliminar de la economía latinoamericana durante 1981". Documento L. 260/Rev. 1, p. 5.
- ⁵ "Survey of Economic and Social Conditions in Africa 1980-81". Documento E/ECA/CM. 8/17, p. 4.
- ⁶ ONU. *World Economic Survey 1980-81*, Nueva York, 1981, p. 71.
- ⁷ ONU. *World Economic Survey 1981-82*, Nueva York, 1982, pp. 3-7 y 14-17.
- ⁸ OECD. *Economic Outlook*, no. 32, diciembre de 1982, p. 5.
- ⁹ *National Institute Economic Review*, no. 4/82, Londres, p. 30.
- ¹⁰ Estimado de la OCDE en diciembre de 1982.
- ¹¹ ONU. *World Economic Survey 1981-82*, Nueva York, 1982, p. 7.

3 PRODUCTOS BÁSICOS Y OTROS PROBLEMAS COMERCIALES

- ¹ Informaciones tomadas o calculadas a partir de GATT. *El comercio internacional, 1980-81*.
- ² FAO. *Situación y perspectivas de los productos básicos 1981-82*, pp. 111, 112, 113, 114, 119, 120 y 121.
- ³ CEPAL. *Las relaciones económicas externas de América Latina en los años ochenta*, p. 57.
- ⁴ UNCTAD. "La transformación de productos primarios antes de su exportación". TD/229/Sup. 1. Manila, 1979.
- ⁵ Artículo publicado en la revista *Ceres*, septiembre-octubre de 1981, p. 25.

⁶ UNCTAD. "Relación existente entre los precios de exportación y los precios de venta al consumidor de algunos productos básicos exportados por los países en desarrollo" TD/184/Sup. 3. 1976.

⁷ UNCTAD. "Dimensiones del poder de las empresas transnacionales" TD/B/C.I/219. 1981, p. 55.

⁸ Ibid., p. 61.

⁹ Ibid., p. 60.

¹⁰ Ibid., p. 92.

¹¹ UNCTAD. "Sistema de comercialización y distribución del banano". TD/B/C.I/162.

¹² UNCTAD. "Dimensiones del poder de las empresas transnacionales", p. 17.

¹³ Ibid., párrafo 72.

¹⁴ "Evaluación de los resultados de las Negociaciones Comerciales Multilaterales" TD/B/778. Add. 1. 26 de febrero de 1980.

¹⁵ CEPAL. *Las relaciones económicas externas de América Latina en los años ochenta*, p. 22.

¹⁶ Ibid., p. 19.

4 CUESTIONES MONETARIAS Y FINANCIERAS

¹ Calculado a partir de datos de UNCTAD. *Handbook of International Trade and Development Statistics. Supplement 1980*, pp. 250-253.

² Calculado a partir de datos de ONU. *World Economic Survey 1981-82*, pp. 9 y 56.

³ Calculado a partir de datos de Banco Mundial. *Informe sobre el desarrollo mundial 1982 y BID. Informe anual 1981*.

⁴ Banco Mundial. *Informe sobre el desarrollo mundial 1981*, Washington, 1981, p. 69.

⁵ UNCTAD. *Trade and Development Report 1981*, Nueva York, 1981, pp. 3 y 13-14.

⁶ ONU. *World Economic Survey 1981-82*, p. 66.

⁷ FMI. ob. cit., p. 135.

5 AGRICULTURA Y ALIMENTACIÓN

¹ FAO. *Agricultura: horizonte 2000*, Roma, 1981.

² FAO. Revista *Ceres*, enero-febrero de 1982.

³ Mesarovic, Mihaljo y Eduard Pestel. *La humanidad en la encrucijada*. Informe al Club de Roma, FCE, México, 1975.

⁴ FAO. Revista *Ceres*, mayo-junio de 1981, p. 24.

⁵ UNESCO. Revista *Correo*, mayo de 1980.

⁶ FAO. Revista *Ceres*, septiembre-octubre de 1982.

⁷ FAO. Revista *Ceres*, julio-agosto de 1981.

6 INDUSTRIALIZACIÓN Y DESARROLLO ECONÓMICO

¹ ONUDI. *La industria mundial desde 1960. Progresos y perspectivas*, 1979, pp. 81-82.

² Ibid., p. 80.

³ VI Conferencia Cumbre de los Países No Alineados. *Declaración económica*. Párrafo 58. La Habana, 1979. El subrayado es nuestro.

7 LAS EMPRESAS TRANSNACIONALES

¹ ONU. *Transnational Corporation in World Development. A Re-examination*. Tabla II-8.

² Ibid., Tabla II-32.

³ Ibid., p. 35, nota 64.

⁴ UNCTAD. *Handbook of International Trade and Development Statistics 1979*, p. 13.

⁵ Resoluciones 3201, 3202 y 3281 de la Asamblea General de la ONU.

⁶ ONU, ECOSOC. "Commission on Transnational Corporations". E/C. 10/1982/6. 28 de mayo de 1982.

8 LA LLAMADA CRISIS ENERGÉTICA

¹ Banco Mundial. *Informe sobre el desarrollo mundial 1979*, Washington, 1979, p. 43; 11ª Conferencia Mundial de Energía. "Energy Problems of the Developing Countries", Munich, septiembre de 1980.

² *Perspectivas de la OCDE*, no. 27, París, julio de 1980, p. 143.

³ OECD. *Economic Outlook*, no. 32, diciembre de 1982, p. 61.

⁴ GATT. *El comercio internacional, 1979-80*, Ginebra, 1980, p. 9.

⁵ FMI. *World Economic Outlook 1981*, Washington, 1981, p. 128.

⁶ OECD. *Economic Outlook*, no. 31, julio de 1982, p. 136.

⁷ Cálculo a partir de datos de la revista *Fortune*, números correspondientes a mayo entre 1973 y 1980.

⁸ Ibid., agosto de 1981.

⁹ ONU. *World Economic Survey 1981-82*, Nueva York, 1982, p. 50.

¹⁰ OECD. *Economic Outlook*, no. 31, julio de 1982; ONU. ob. cit., p. 53.

¹¹ FMI. ob. cit., p. 146.

9 COOPERACIÓN ENTRE PAÍSES SUBDESARROLLADOS

¹ UNCTAD. *Informe sobre el comercio y el desarrollo 1981*, Nueva York, 1982, p. 51.

² UNCTAD. ob. cit., p. 52.

³ GATT. *El comercio internacional, 1981-82*, Ginebra, 1982. Cuadro 25A del Apéndice.

⁴ UNCTAD. "Cooperación económica entre países en desarrollo: consideraciones y datos complementarios relativos a las esferas de acción prioritaria". TD/244/Supp. 1. Manila, mayo de 1979, p. 24.

⁵ Ibid.

⁶ CEPAL. "Integración y cooperación regionales en los años 80", en *Estudios e informes de la CEPAL*, no. 8, Santiago de Chile, 1982, p. 100.

⁷ UNCTAD. *Informe sobre el comercio y el desarrollo 1981*, p. 53.

⁸ OECD. *Development Co-Operation Review 1981*, París, 1981, p. 79.

10 LA CALIDAD DE LA VIDA

EN EL MUNDO SUBDESARROLLADO

¹ Datos de FAO, UNESCO e informes al Club de Roma.

² Discurso del Director General de la FAO en ocasión del Segundo Día Mundial de la Alimentación, Roma, 16 de octubre de 1982.

³ *El estado mundial de la infancia 1981-1982*. Informe de James P. Grant, Director Ejecutivo de UNICEF, Nueva York, 1982.

11 ARMAMENTISMO Y DESARROLLO

¹ SIPRI. *Yearbook 1982*, Londres, 1982, p. 140.

² Ruth Leger Sivard. *World Military and Social Expenditures 1982*, p. 26.

³ Ibid., p. 9.

⁴ Ibid., p. 26.

⁵ Ibid., p. 22.

Fuentes principales utilizadas

MOVIMIENTO DE PAÍSES NO ALINEADOS

VI Cumbre de Países No Alineados: *Declaración económica*, La Habana, 1979.

ORGANIZACIÓN DE NACIONES UNIDAS (ONU)

Informe económico mundial 1980-81. Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de la Secretaría General, Nueva York, 1981.

Informe económico mundial 1981-82. Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de la Secretaría General, Nueva York, 1982.

"Transnational Corporations in World Development. A Re-examination". ECOSOC. Comisión on Transnational Corporations. E/C.10/1982/6. 28 de mayo de 1982.

Statistical Yearbook 1979-80, Nueva York, 1980.

"La croissance de l'industrie mondiale", 1969 y 1970.

Yearbook of Industrial Statistics, 1977, 1979 y 1980.

Monthly Bulletin of Statistics, 1980 y 1981.

"Estudio de la relación entre desarme y desarrollo". Informe del Secretario General. Documento A/36/356. 5 de octubre de 1981.

ORGANIZACIÓN PARA LA AGRICULTURA Y LA ALIMENTACIÓN (FAO)

Agricultura: horizonte 2000, Roma, 1981.

Discurso del señor Edouard Saouma, Director General de la FAO, en ocasión del Segundo Día Mundial de la Alimentación, Roma, 16 de octubre de 1982.

Situación y perspectivas de los productos básicos 1981-82, Roma, 1982.

El estado mundial de la agricultura y la alimentación. 1980, Roma, 1981.

Id., Roma, 1982.

Id., Roma, 1979.

Magnitud de las necesidades, Roma, 1981.

Cuarta encuesta alimentaria mundial, Roma, 1977.

Plan indicativo mundial provisional para el desarrollo agrícola, Roma, 1970.

La agricultura hacia el año 2000: problemas y opciones de América Latina, Roma, febrero de 1981.

La agricultura hacia el año 2000. C 79/24. Julio de 1979.

La lucha contra el hambre, Roma, s/f.

"El estado mundial de la agricultura y la alimentación en 1981". Informe del Director General de la FAO al 21º Período de Sesiones. Documento C 81/1 y Sup. 1. Agosto y noviembre de 1981.

REVISTA CERES

enero-febrero de 1980, no. 73; marzo-abril de 1980, no. 74; mayo-junio de 1980, no. 75; julio-agosto de 1980, no. 76; septiembre-octubre de 1980, no. 77; noviembre-diciembre de 1980, no. 78; enero-febrero de 1981, no. 79; marzo-abril de 1981, no. 80; mayo-junio de 1981, no. 81; julio-agosto, de 1981, no. 82; septiembre-octubre de 1981, no. 83; noviembre-diciembre de 1981, no. 84; enero-febrero de 1982, no. 85; mayo-junio de 1982, no. 87; julio-agosto de 1982, no. 88; septiembre-octubre de 1982, no. 89.

ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS PARA LA EDUCACIÓN, LA CIENCIA Y LA CULTURA (UNESCO)

Estadísticas de educación. Último año disponible. París, noviembre de 1981.

Anuario estadístico 1981. París, 1981.

REVISTA CORREO DE LA UNESCO

junio y octubre de 1976; marzo, abril y julio de 1977; febrero de 1978; abril de 1979; mayo y septiembre de 1980; febrero, abril y octubre de 1981; mayo y junio de 1982.

FONDO DE LAS NACIONES UNIDAS PARA LA INFANCIA (UNICEF)

Estado mundial de la infancia, 1981-1982. Informe del Director Ejecutivo, Nueva York, 1982.

Annual Report 1982. Nueva York, 1982.

The State of the World's Children, 1980. Nueva York, 1980.

Informe general del Director Ejecutivo sobre la marcha de los trabajos. Documento E/ICEF/681. 24 de abril de 1981.

Report of the Executive Board. Documento E/ICEF/685. Mayo de 1981.

Unicef News, no. 113, 1982. Nueva York, 1982.

ORGANIZACIÓN MUNDIAL PARA LA SALUD (OMS)

World Health Statistics Annual, 1980. Ginebra, 1980.

Sixth Report on the World Health Situation, 1973-77, Ginebra, 1980.

Estrategia mundial de salud para todos en el año 2000, Ginebra, 1981.

REVISTA SALUD MUNDIAL

febrero-marzo, mayo y julio de 1977; agosto-septiembre de 1980; enero, febrero-marzo de 1981; abril de 1982.

CONFERENCIA DE LAS NACIONES UNIDAS SOBRE EL COMERCIO Y EL DESARROLLO (UNCTAD)

Handbook of International Trade and Development Statistics, 1972, Nueva York, 1972.

Id., 1979. Nueva York, 1979.

Id., 1980. Nueva York, 1980.

Id., 1981 y Suplemento. Nueva York, 1981.

Documento UNCTAD/TDR/2 (vol. 2).

Documento TD/229/Sup. 1. "La transformación de productos primarios antes de su exportación". Manila, 1979.

Documento TD/184/Sup. 3. "Relación existente entre los precios de exportación y los precios de venta al consumidor de algunos productos básicos exportados por los países en desarrollo". 1976.

Documento TB/B/C.1/219. "Dimensiones del poder de las empresas transnacionales". 1981.

Documento TD/B/C.1/162. "Sistema de comercialización y distribución del banano".

Documento TD/B/778/Add. 1. "Evaluación de los resultados de las negociaciones comerciales multilaterales". 25 de febrero de 1980.

Trade and Development Report 1981, Nueva York, 1982.

"Cooperación económica entre países en desarrollo. Consideraciones y datos complementarios relativos a las esferas de acción prioritarias". TD/244/Sup. 1. p. 24. Manila, mayo de 1979.

ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO INDUSTRIAL (ONUDI)

La industria mundial desde 1960. Progresos y perspectivas, Viena, 1979.

COMISIÓN ECONÓMICA PARA AMÉRICA LATINA (CEPAL)

Las relaciones económicas externas de América Latina en los años ochenta, Santiago de Chile, 1981.

"Balance preliminar de la economía latinoamericana durante 1981". CEPAL/L. 260/Rev. 1.

"Integración y cooperación regionales en los años 80", en *Estudios e informes de la CEPAL*. no. 8. Santiago de Chile, 1982.

COMISIÓN ECONÓMICA PARA ÁFRICA

"Survey of Economic and Social Conditions in Africa, 1980-1981". E/ECA/CM.8/17.

ACUERDO GENERAL DE ARANCELES Y COMERCIO (GATT)

International Trade 1980-81, Ginebra, 1981.

El comercio internacional en 1979-80, Ginebra, 1980.

FONDO MONETARIO INTERNACIONAL (FMI)

Informe anual 1982.

World Economic Outlook, Washington, junio de 1981.

International Financial Statistics, Washington, mayo de 1978 y mayo de 1982.

ORGANIZACIÓN DE COOPERACIÓN Y DESARROLLO ECONÓMICO (OCDE)

Economic Outlook, no. 30, diciembre de 1981; no. 31, julio de 1982; no. 32, diciembre de 1982.

Concentration et politique de concurrence, 1979.

Development Co-Operation Review, París, 1981.

Main Economics Indicators, abril de 1982 y diciembre de 1982.

BANCO MUNDIAL

Informe sobre el desarrollo mundial 1981, Washington, 1981.

World Development Report 1982, Washington, 1982.

Informe anual 1980, Washington, 1980.

Annual Report 1982, Washington, 1982.

BANCO INTERAMERICANO DE DESARROLLO (BID)

Informe anual 1979.

Informe anual 1981.

STOCKHOLM INTERNATIONAL PEACE RESEARCH INSTITUTE (SIPRI)

World Armaments and Disarmament. SIPRI Yearbook 1982. Londres, 1982.

Armaments or Disarmament. SIPRI Brochure 1982. Londres, 1982.

World Armaments and Disarmament. SIPRI Yearbook 1981. Londres, 1981.

¿Armamentos o desarme? Folleto de SIPRI 1981. Londres, 1981.

CLUB DE ROMA

Peccel, Aurelio. *Testimonio sobre el futuro*. Taurus, Madrid, 1981.

Meadows, Dorella y otros. *Los límites del crecimiento*. Informe al Club de Roma. Fondo de Cultura Económica, México, 1981.

Mesarovic, Mihailo y Eduard Pestel. *La humanidad en la encrucijada*. Segundo Informe al Club de Roma, FCE, México, 1975.

Peccel, Aurelio. *La calidad humana*. Taurus, Madrid, 1977.

Tinbergen, Jan y otros. *Reshaping the International Order*. A report to the Club of Rome, Dutton, Nueva York, 1976.

FUENTES OFICIALES NORTEAMERICANAS

The Global 2000 Report to the President. A Report Prepared by the Council on Environmental Quality and the Department of State. Washington, 1980.

Economic Report to the President, 1982.

Survey of Current Business, agosto de 1980 y agosto de 1981.

World Indices of Agricultural and Food Productions. US Department of Agriculture. Washington, julio de 1981.

U.S. Exports. US Department of Commerce. Washington, septiembre-diciembre de 1981.

OTRAS FUENTES

Sivard, Ruth Leger. *World Military and Social Expenditures 1982*, World Priorities, Leesburg, 1982.

National Institute Economic Review, National Institute of Economic and Social Research, Londres.

11th World Energy Conference. "Energy Problems of the Developing Countries. Round Table Discussion Papers", Munich, septiembre de 1980.

World Wheat Facts and Trends. Report One. Centro Internacional de Mejoramiento de Maiz y Trigo. México, agosto de 1981.

National Geographic, vol 163, no. 1. January, 1983.

Sivard, Ruth Leger. *World Military and Social Expenditures 1981*. World Priorities, Leesburg, 1981.

Bank for International Settlements. *51 st Annual Report*. Basle, 1981.

La fotocomposición de este libro
fue realizada en la Editorial Pueblo y Educación.
La impresión y el acabado fueron llevados a cabo
en el Combinado Poligráfico "Alfredo López",
ambos del Ministerio de Cultura, en La Habana, Cuba.
Se terminó la impresión en el mes de febrero de 1983,
"Año del XXX Aniversario del Moncada".

